

ARQUEOLOGIA

Revista de la Dirección de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia/Segunda época



Pintura rupestre en la región de Cuauhtochco, Veracruz
Omar Ruiz Gordillo

Hallazgos funerarios de la época olmeca en Chilpancingo, Guerrero
Rosa Ma. Reyna Robles y Guadalupe Martínez Donjuán

Proyecto Manatí 1989
Ponciano Ortiz y Ma. del Carmen Rodríguez

Dos esculturas olmecoides en Tlaxcala
Rosalba Delgadillo Torres y Andrés Santana Sandoval

Basureros del Formativo Tardío en Don Martín, Chiapas
Alejandro Martínez Muriel

Las calzadas prehispánicas de la Isla de México.
Algunas consideraciones acerca de sus funciones
Margarita Carballal Staedtler y María Flores Hernández

Un juego de pelota en la ciudad de México
Luis Alberto Martos López y Salvador Pulido Méndez

Nuevas perspectivas sobre las migraciones de los pipiles y los nicaraos
William R. Fowler

Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo
Beatriz Braniff

1

ENERO-JUNIO

1989

ARQUEOLOGIA

Revista de la Dirección de Arqueología del INAH

PUBLICACION SEMESTRAL

Consejo Editorial:

Alba Guadalupe Mastache
Jorge Angulo V.

Producción Editorial:

Beatriz Quintanar H.
Daniel Díaz Castañeda

Director General: **Roberto García Moll** • Secretario Técnico: **Joaquín García Bárcena** • Coordinador Nacional de Difusión: **Jaime Ball Wuest** • Director de Arqueología: **Angel García Cook** • Subdirector de Estudios Arqueológicos: **Alejandro Martínez Muriel** • Correspondencia: Lic. Verdad 3, 06060 México, D.F.

Indice

Presentación

2

Pintura rupestre en la región de Cuauhtochco, Veracruz

Omar Ruiz Gordillo

3

Hallazgos funerarios de la época olmeca en Chilpancingo

Rosa Ma. Reyna Robles/Guadalupe Martínez Donjuán

13

Proyecto Manatí 1989

Ponciano Ortiz/Ma. del Carmen Rodríguez

23

Dos esculturas olmecoides en Tlaxcala

Rosalba Delgadillo Torres/Andrés Santana Sandoval

53

Basureros del Formativo Tardío en Don Martín, Chiapas

Alejandro Martínez Muriel

61

Las calzadas prehispánicas de la Isla de México.

Algunas consideraciones acerca de sus funciones

Margarita Carballal Staedtler/María Flores Hernández

71

Un juego de pelota en la ciudad de México

Luis Alberto Martos López/Salvador Pulido Méndez

81

Nuevas perspectivas sobre las migraciones de los pipiles y los nicaraos

William R. Fowler

89

Oscilación de la frontera norte mesoamericana:

un nuevo ensayo

Beatriz Braniff

99

Noticias

Mitla, rescate de la tumba 1-89

Nelly Robles García

115

El Señor de la Muerte, Las Flores-Cinco Poblados, Alamo-Temapache, Veracruz

Humberto Besso-Oberto G.

119

Indice de autores

123



Presentación

Con este volumen iniciamos hoy una nueva época de la revista Arqueología.

Desde hace mucho tiempo ha sido una preocupación de la comunidad académica y científica de la arqueología mexicana contar con foros apropiados para que puedan ver la luz, oportunamente, los avances y resultados de investigación y establecer así vínculos eficientes de intercambio e información entre los estudiosos de la materia.

En fecha reciente la revista se publicaba en forma de cuaderno. Con ese trabajo pudimos constatar que la revista Arqueología, además de una necesidad, es un proyecto viable gracias a la participación creciente de colaboradores y también por la demanda que tuvieron los cuadernos.

Sabemos que con la aparición de Arqueología en su nueva presentación tendremos mayor aceptación entre el público nacional y extranjero, y que quienes están interesados en dar a conocer sus trabajos verán, con agrado, que a la preocupación de reunir los artículos se ha unido la de salir a tiempo y elevar la calidad de la edición.

Pero éstas no son ni las únicas ni las principales inquietudes; aspiramos a que Arqueología constituya un foro abierto para todos los arqueólogos de México y del mundo que estén interesados en participar y contribuir al avance y desarrollo de la ciencia arqueológica desde la trinchera del trabajo y la polémica teórica sobre los principales problemas y retos que plantea la modernidad a la comunidad arqueológica, con la óptica de un presente que se acerca ya al final del milenio.

Imagino ya al lector con este número en sus manos y estoy seguro de que esta meta alcanzada por la Dirección de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia servirá, sin duda, de aliento para todos los colegas en el desempeño de su trabajo.

Roberto Garcia Moll

Pintura rupestre en la región de Cuauhtochco, Veracruz

Omar Ruiz Gordillo

Aun cuando en el estado de Veracruz se han localizado abundantes motivos pictóricos en cuevas, refugios, acantilados, cañadas, rocas móviles, etc., no han sido objeto, hasta la fecha, de un estudio analítico detallado, que permita establecer pautas para la interpretación y comparación con otras áreas.

Actualmente, algunas de estas pinturas son objeto de culto religioso, como las de la cueva Chicompa, en el cerro de Tlacuilotectla, próximo al pueblo de Coyame-tla, municipio de Zongolica; en el interior de esa cueva, los habitantes construyeron, en 1954, un pequeño altar e integraron el conjunto religioso a una pequeña pintura en color rojo, a la que conocen con el nombre de Diablito.

En este documento se tratará de las pinturas que se encuentran en la región de Cuauhtochco, Veracruz, donde se realizaron inspecciones a los sitios en cuestión, encontrándose conjuntos pictóricos en buenas condiciones de conservación, aunque, en varios casos, el contexto está alterado por saqueos, remoción de piedras, basura inorgánica y huellas de fogata en el interior.

Las pinturas aún no han sido totalmente registradas, el trabajo realizado en ellas comprende, hasta el momento, el levantamiento fotográfico y esquemático de las cuevas, así como la solicitud de vigilancia de la autoridad más cercana a cada sitio.

Este artículo pretende, como parte de una investigación más extensa, presentar las pinturas rupestres halladas en la región de Cuauhtochco, cercana a la ciudad de Córdoba, Veracruz, y explicar en lo posible estas manifestaciones artísticas (ver figura 1).

La región

La región en donde se localizan las cuevas está ubicada en el municipio de Carrillo Puerto, uno de los más extensos del estado de Veracruz. Los sitios se encuentran en el inicio de la planicie aluvial, dentro de una amplia porción del territorio comprendida entre los 200

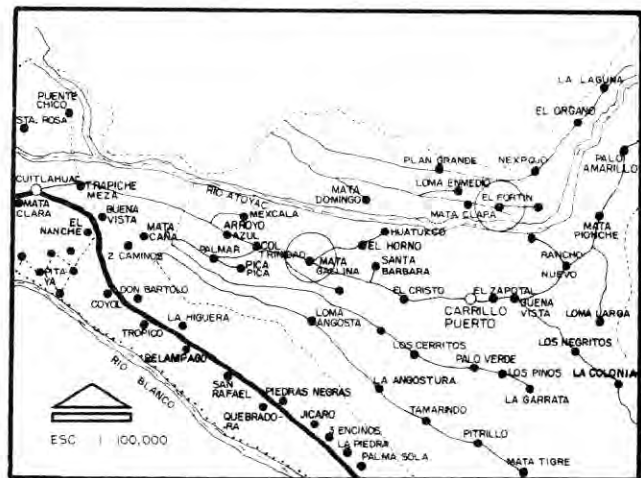


Figura 1. Región de Cuauhtochco.

y los 1,000 m sobre el nivel del mar, en las postrimerías del valle de Orizaba. Existen abundantes areniscas y calizas del Cretácico, lo cual ha permitido la formación de cavidades y barrancos.

Los tipos más frecuentes de cavernas son las simas, resumideros, cuevas o grutas y los abrigos o covachas.

Las simas son cavidades esencialmente verticales y la forma en que se presentan en superficie son generalmente pozos, a los que se llama sótanos. Una formación de este tipo en la región es la reportada en el municipio de Zongolica, en la Congregación de Zojampa, y ha sido denominada Ascuhautlamanca; tiene 370 m de profundidad, según los espeleólogos F. Ackerman y Genoveva Rovillón.

Los resumideros son agujeros pequeños, que captan agua de la superficie y la transportan a las profundidades, generalmente se les encuentra en las depresiones cercanas a corrientes de agua.

Las cuevas o grutas presentan una acción horizontal y con frecuencia están localizadas al pie de los grandes

macizos cercanos a corrientes de agua; sin embargo, el desarrollo de dichas cuevas está asociado a las fallas y fracturas geológicas.

A los abrigos o covachas se puede considerar, por otro lado, como formaciones aún jóvenes; son, sin embargo, las más utilizadas por el hombre aun en la actualidad y, por supuesto, en la época prehispánica. Los motivos pictóricos que trataremos en páginas adelante fueron hallados precisamente en abrigos.

Los sitios

Tres son los sitios hasta ahora descubiertos en la región de Cuauhtochco: Cueva Pintada, Cueva Quitzintla y Cueva Cuauhtochco; las tres son formaciones pequeñas en las que las paredes, de caliza, exhiben conjuntos de motivos pictóricos muy semejantes, aun cuando cada una tiene elementos significativos para su estudio arqueológico y estético.

Se tienen noticias, aunque no la ubicación exacta, de otra cueva —mencionada por Medellín Zenil como Cueva Pintada—, pero situada más al sur de Cuauhtochco, cercana a Cotaxtla. Otra cavidad más, inspeccionada por el autor de este ensayo, se localiza cerca de Santa Bárbara, a pocos cientos de metros del camino a Huatusco. En dicha cavidad no existen pinturas, pero fue utilizada en época prehispánica como tumba, aunque, debido al intenso saqueo a que estuvo sujeta quedan pocos materiales en su interior (ver figura 2).

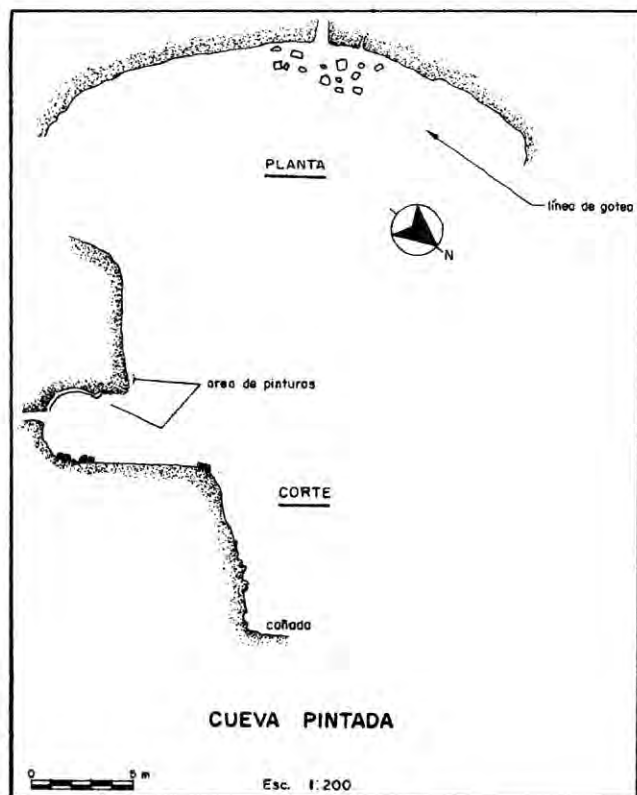


Figura 2. planta y corte de Cueva Pintada.

Cueva Pintada

Este abrigo se localiza a pocos cientos de metros de la comunidad de Mata Gallina (ver croquis de ubicación); cerca de la cavidad se encuentra en explotación una gran mina de arena, en la cual han aparecido, ocasionalmente, algunos fragmentos de restos óseos, sin que esto haya sido confirmado.

Afortunadamente, los sitios en donde se encuentran las pinturas son, relativamente, desconocidos para las poblaciones cercanas, por ello las representaciones gráficas se han conservado en buen estado; no obstante, hay datos que indican la presencia esporádica de personas.

La oquedad —la más grande de las tres a que hacemos referencia—, tiene 23 m de largo en la línea de goteo, y 4 de profundidad horizontal, a partir de la misma línea. La amplitud del piso del abrigo es de 9.70 m luego inicia la suave pendiente hacia las profundidades de la barranca, en cuyo fondo corre, silenciosamente, un pequeño arroyo (ver figura 2).

En el centro del abrigo, en la parte interior, se encuentran algunas piedras, al parecer sin orden, que presentan manchas oscuras, posiblemente causadas por fogatas recientes. Las paredes están ligeramente más erosionadas en su parte inferior, sin presentar huellas de formación de estalactitas ni estalagmitas, aunque la mayor parte de la superficie tiene ya una pátina, que ha integrado las pinturas a la misma composición de la roca.

La Cueva Pintada es la que mayor número de pinturas tiene en la superficie, algunas se localizan en la pared exterior, y muestran uso de pigmentos rojos, en tanto que las interiores son de color blanco y una negra. Hay un total de 58 motivos pictóricos; en su mayoría son representaciones de animales, geométricas y antropomorfas. Además tiene algunos agujeros pequeños, diseminados por toda la superficie, presumiblemente de origen natural, que fueron utilizados por los artistas al realizar su obra.

Cueva Quitzintla

El sitio Cueva Quitzintla es sumamente interesante por su posible relación con la zona arqueológica de Cuauhtochco, ya que se localiza en la parte inferior del cerro en el que los antiguos habitantes construyeron el majestuoso edificio y los muros que fortifican la zona arqueológica referida.

Este abrigo es utilizado, ocasionalmente, por pastores, quienes encierran ahí sus ovejas, hecho que ha causado diversas alteraciones, tanto al piso como a las paredes de la cueva. Su entrada está localizada a 23 m de altura sobre el nivel del espejo del agua del arroyo que desemboca en el río Atoyac, el cual corre a pocos cientos de metros de esta cañada. La planta, de forma semicircular, tiene dos niveles, con 70 cm de diferencia, conformando una especie de altar natural en la topografía del abrigo (ver figura 3).

A partir de la línea de goteo, la profundidad máxima del abrigo es de 3.80 m, en tanto que el largo de la boca, también medida sobre la línea de goteo es de 13 m. Los

motivos pictóricos son seis, zoomorfos, y están diseminados en toda la superficie, aunque bastante borrosos, debido a las manchas de humo, las cuales se han impregnado en la roca a través de los años.

Es realmente difícil proteger este abrigo porque, como ya se dijo, es muy conocido por pastores, leñadores y campesinos, quienes lo utilizan frecuentemente, aunque, parece, no realizan actos de vandalismo en el interior del mismo.

Cueva Cuauhtochco

A este abrigo le fue dado ese nombre por su cercanía a la zona arqueológica de Cuauhtochco; es el más pequeño de los tres aquí mencionados; se encuentra al oriente del mencionado sitio arqueológico, a poco más de 100 m de altura sobre el nivel del río Atoyac. La boca, medida sobre la línea de goteo es de 12 m; y su profundidad es de ocho metros, aunque su altura máxima es de 1.50 m. Está casi oculta por una tupida vegetación, lo que la ha protegido del saqueo. Tiene sólo dos motivos pictóricos zoomorfos; y posiblemente tuvo otro tipo de ocupación, a juzgar por la presencia de fragmentos de grandes ollas de barro burdo (ver figura 4).

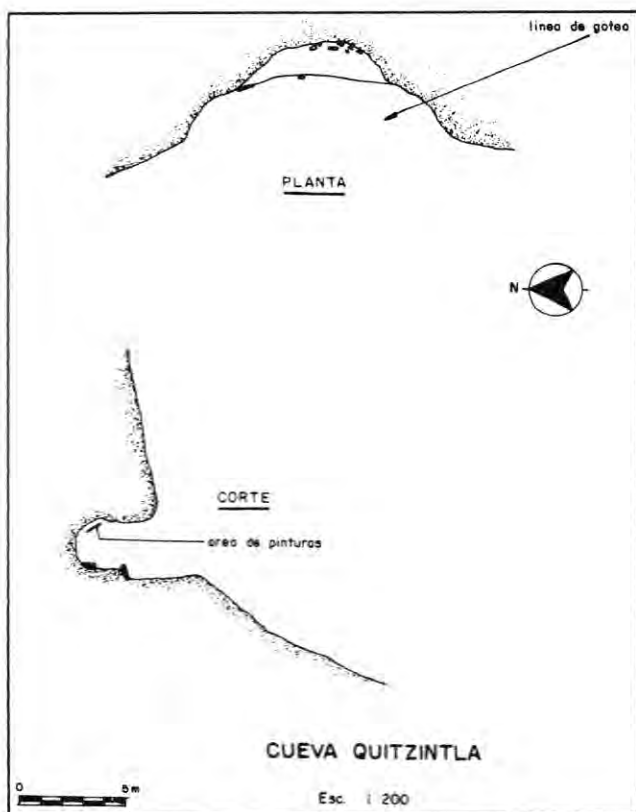


Figura 3. Planta y corte de la Cueva Quitzintla. En el corte se observa el altar natural y el área pintada.

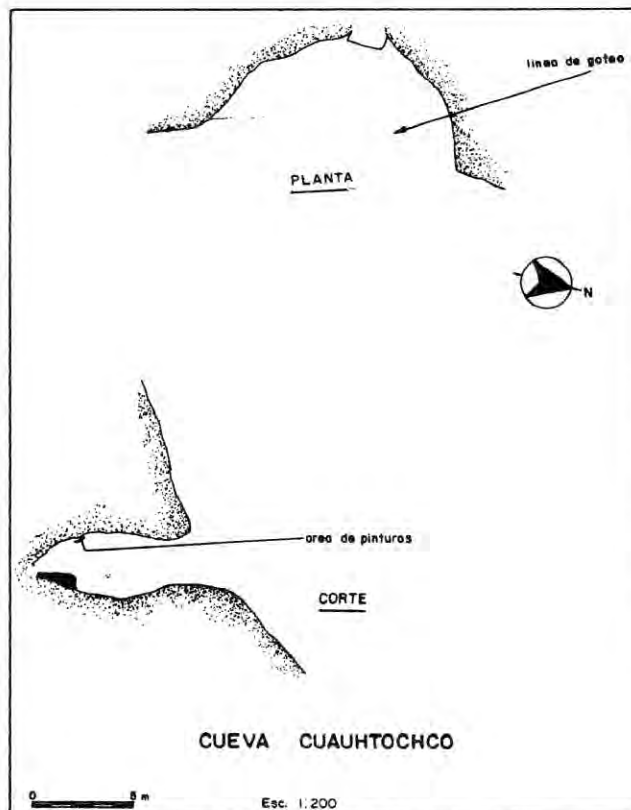


Figura 4. Planta y corte de la Cueva Cuauhtochco.

La figura humana-divina

Bajo esta categoría clasificamos a tres figuras encontradas en la parte superior de la Cueva Pintada; representan a *Tlaloc*, con su grotesca bigotera. Los tres motivos versan sobre el mismo tema, pero con ligeras variantes; el trazo es irregular y en ocasiones muy descuidado, tanto que sugiere la idea de líneas rectas, en vez de curvas, como correspondería al contorno de un ojo.

El motivo más simplista de *Tlaloc* consiste en dos círculos irregulares sobre una línea horizontal, de la cual emergen tres líneas verticales con una longitud similar a la que alcanzan los ojos.

Sin embargo, estas tres líneas no son equidistantes sino que dos parecen estar más próximas que la tercera, que es, a la vez, la línea más gruesa, más floja en el trazo y en la precisión de los relieves de la superficie (ver figura 5).

El siguiente motivo es otro *Tlaloc*, representado por dos círculos ligeramente elípticos, pintados sobre una línea horizontal irregular, ya que la presión de la mano del artista revela una inseguridad, motivada, quizá, por las irregularidades de la pared de la cueva.

De la línea horizontal, parten hacia abajo otras cinco líneas rectas de diferentes longitudes y espesores. Esta figura introduce una variante respecto a la anterior, ya que del extremo inferior de las líneas de la orilla parten dos curvas hacia afuera, semejando, a primera impresión, bigotes, como los dibujaría un niño (ver figura 6).



Figura 5. *Tlaloc*, representado en forma muy esquematizada.

La tercera figura, la más hermosa por su abstracción y realismo, es un *Tlaloc* coronado por siete líneas verticales que nacen de una horizontal; podemos suponer que representan cabello. Falta una línea que demarcaría el rostro; sin embargo, éste se interpreta a través de la disposición de los ojos, la nariz, la boca, el bigote y la barba (ver figura 7).

Los ojos de la anterior figura son dos círculos concéntricos, uno de tamaño muy pequeño; en él es evidente el aparente descuido del artista al utilizar líneas



Figura 6. *Representación de Tlaloc*. En este caso las líneas curvas conforman la bigotera.



Figura 7. *Tlaloc*, representado en forma más compleja que las figuras anteriores.

muy angostas para expresar el iris; alrededor de este primer círculo encontramos otro, de mayores dimensiones, aunque es notable que el diámetro de cada uno de los círculos grandes es distinto. De la línea de los ojos parten dos ganchos que se prolongan hacia arriba, sin llegar a tocar la línea horizontal que delimita la cabeza. La nariz está expresada por una línea burda vertical, situada entre los círculos mayores (descritos como los ojos) de la figura.

En conjunto, la representación gráfica tiene un aspecto grotesco, conformado por la posible presencia de anteojeras, bigotera y la impresión de volatividad de las líneas, aisladas entre sí.

Un elemento sobresaliente de la composición es la bigotera, que está constituida por una sola línea, casi recta, y dos verticales que la delimitan; el trazo de las tres, sin embargo, es uno solo, que inicia en el extremo derecho inferior y termina en el extremo izquierdo inferior. De la línea recta arranca un semicírculo irregular que forma la boca, en ella se observan apenas tres pequeños segmentos de línea, que sugieren la idea de dientes. De la parte inferior de este semicírculo se desprenden tres líneas más, que aparecen representadas en las figuras anteriormente descritas.

Otra figura, que incluimos dentro de la categoría *humana-divina* por su aparente similitud con elementos de la religión mesoamericana, son dos pequeñas manos que, aun cuando no llegan a tocarse, muestran la unión a través de la punta de los dedos, que están representados por líneas de trazo burdo, los cuales se extienden hacia afuera en forma radial; lo interesante de estas figuras es que fueron hechas con pigmentos blancos (ver figura 8).



Figura 8. Dos pequeñas manos hechas con pigmentos blancos.

La figura animal

Estos motivos constituyen la mayoría de los temas, en ellos los artistas lograron una extraña integración entre realista y abstracta. La variedad de especies representadas es amplia; por su realismo sobresalen las siguientes: tortuga, mono, cienpiés, cangrejo, venado, víbora y lagartija.

Entre las figuras se encuentran, además, algunas combinaciones de diversos elementos, como animales y árboles, sin embargo, no son, de ninguna manera, el tema medular del conjunto pictórico de la Cueva Pintada, de donde proceden las fotografías que se incluyen aquí.

Es interesante observar cómo el artista empleó únicamente un sólo material para bosquejar los contornos de animales presentes en la cueva, siguiendo los pequeños relieves naturales de las paredes.

El caso que más llama la atención es una tortuga, cuyo contorno fue magníficamente trazado alrededor de una protuberancia de la pared; lo singular de esta figura es que la prominencia fue modificada artificialmente para configurar no sólo la forma del caparazón de la tortuga, sino algunos rasgos del mismo; es decir, la impresión causada por esta pintura-escultura, es la de un realismo bastante profundo (ver figura 9).

El cienpiés, por el contrario, es de un trazo muy pobre, consistente en una línea casi recta, en cuyos extremos aparece una bifurcación. A lo largo de la línea que funge como cuerpo, se encuentran distribuidas pequeñas líneas rectas a manera de pies; lo raro es que el pintor se tomó demasiadas molestias para representar, uno por uno, estos segmentos, ya que de un lado imprimió doce pinceladas, una por cada pie, y del otro lado del cuerpo pintó catorce trazos (ver figura 10).

La víbora, el animal mítico que aparece en Mesoamérica ligado a otros animales y como parte importante de la cosmogonía, también está presente en el conjunto pictórico de la Cueva Pintada, con una característica muy peculiar de este lugar, aunque no extraña por completo al conjunto representado.

Las víboras trazadas son dos —emergen de un hueco natural de la pared—, la imagen visual es exquisita, ya



Figura 9. Representación de una tortuga, trazada alrededor de una protuberancia en la pared para configurar la caparazón.

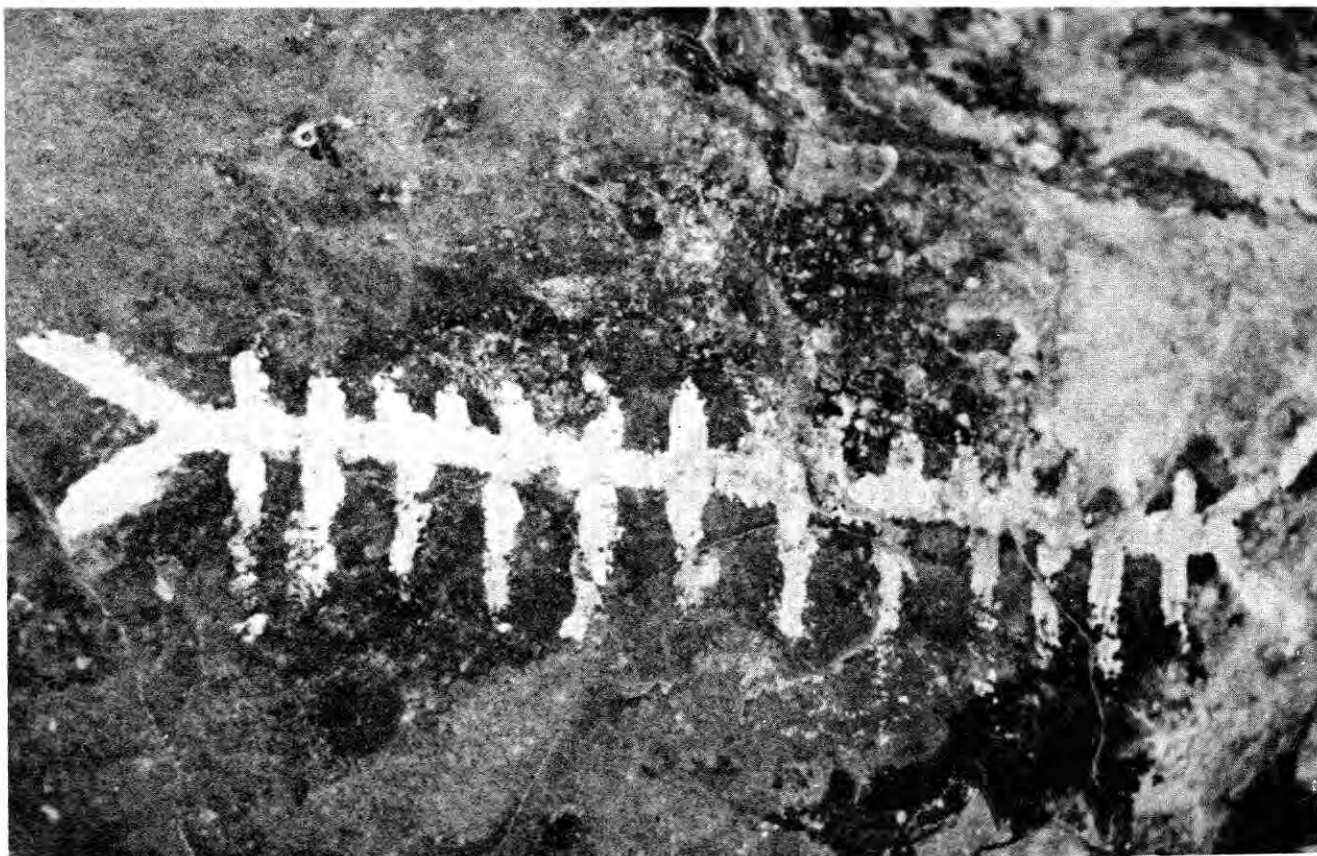


Figura 10. Representación de un cienpiés en la Cueva Pintada.

que uno de los extremos del cuerpo del animal parece que aún permanece en el interior de dicha oquedad. Una de las víboras tiene el cuerpo ondulante, y sigue las prominencias de la pared, sin embargo, carece de cabeza. La otra víbora, por el contrario, tiene un trazo casi recto, antinatural en un animal ligado —como arriba se dijo— en la cosmogonía mesoamericana, a las curvas y ondulaciones del agua y la tierra (ver figura 11).

También está presente la lagartija, magníficamente estilizada y con las dos patas traseras, en forma de cuadro, rematadas en pequeñas líneas que se cruzan semejando uñas y garras; con el tronco del cuerpo ligeramente hinchado y las dos extremidades delanteras más cortas que las traseras. La cabeza consiste en una mancha, casi perfectamente circular; de ella, con un trazo, que se agudiza hacia el final de la cola del animalito, el artista conformó el eje del cuerpo (ver figura 12).

En las paredes de la Cueva Pintada también hay una figura que llama la atención porque, posiblemente, representa un mono. Consiste, en esencia, de una línea curva, de la cual sale, en la parte media, un trazo circular, que se transforma en una línea concéntrica a manera de cola. Del punto de unión de la cola y el cuerpo, arranca otra pequeña línea. En la parte media del tronco tiene una protuberancia, que indica el vientre; de éste parten dos líneas curvas ascendentes que semejan brazos, cuyo remate son cuatro pequeñas líneas a guisa de manos. La cabeza, una masa informe, tiene en su extremo superior dos pequeñas líneas a modo de orejas. Del



Figura 11. Representación de una serpiente con trazos casi rectos.



Figura 12. Lagartija.

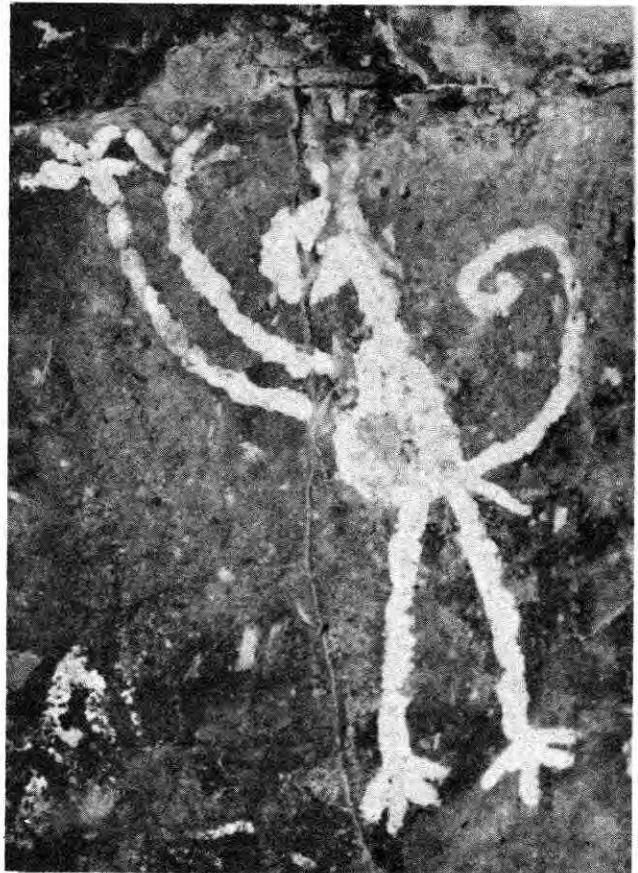


Figura 13. El mono, alusión a la fecundidad representada por el abultado vientre y las manos ascendentes.

vientre brota otra línea descendente y curva, que representa la otra pata del animal, en los extremos de las cuales se encuentran otras pequeñas líneas, simulando las garras o dedos.

En síntesis, es interesante la presencia de este animal, entre otras cosas, por los trazos que emergen del vientre mismo y las manos ascendentes, en clara invocación hacia el espacio (ver figura 13 y 14).

Otros elementos, cuya identificación no es segura porque están borrosos, son varias figuras de venados carentes de movimiento; constan de líneas gruesas y delgadas, torpes en su manufactura, que, al parecer, tratan de representar animales en manada, son frecuentes los conjuntos de dos o tres venados.

En las cuevas Quitzintla y Cuauhtochco, los motivos son venados, realizados con trazos semejantes a los de la Cueva Pintada.

La figura abstracta

En las diferentes cuevas, las figuras abstractas son las que más llaman la atención, también son las más difíciles

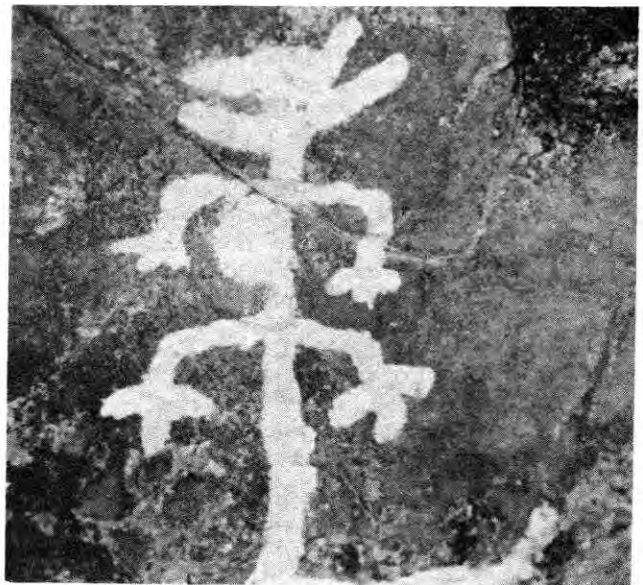


Figura 14. Nuevamente el vientre abultado presente en el pensamiento del artista.

de identificar, ya que no es tarea sencilla saber su verdadero simbolismo. Entre ellas encontramos un elemento presente en diferentes pueblos prehispánicos: la espiral pintada en color oscuro (ver figura 15).

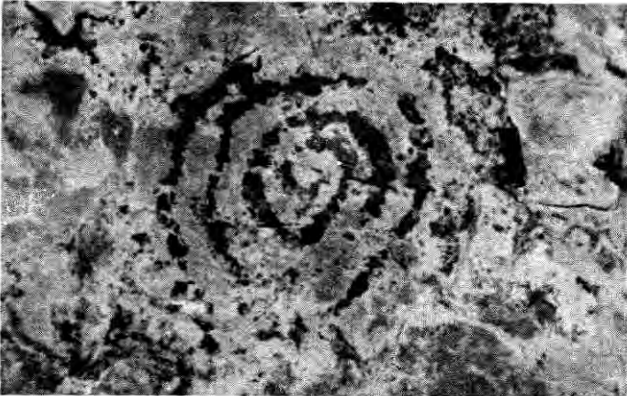


Figura 15. La espiral es el único elemento en color negro; su presencia en diversos sitios prehispánicos constituye una incógnita.

La figura abstracta central del conjunto de Cueva Pintada es la siguiente: sobre una perfecta media luna de proporciones reducidas, se encuentran cuatro pequeñas líneas verticales y sobre ellas, una recta de pequeñas dimensiones, se forma así un tablero sobre el que se desplantan, en forma vertical y casi recta, una línea que en su extremo superior se torna curva y casi concéntrica.

En el lugar en que la recta comienza a hacerse curva se encuentra un animal, cuyas extremidades fueron dibujadas en forma radial. Lo interesante de este conjunto radica en que el animal está siendo devorado por una víbora de cuerpo delgado y mandíbula abierta. Entre la media luna, base del tablero, y la mitad del cuerpo de la víbora, se localiza una estrella de siete picos; en su extremo inferior, la víbora está ligada con la representación simbólica de un animal sostenido sobre un cuerpo carente de patas, pero que muestra cuatro brazos, dos encima de los otros, y en medio, un abultado vientre, la cabeza se soluciona por trazos que distinguen las fauces y las dos orejas, pero no los ojos (ver figura 16).

Es interesante observar que en todo el conjunto hay probables alusiones a la fertilidad; manifestada por los vientres abultados y el ciclo constante del movimiento vida-muerte-vida, víbora-mono-víbora. Llama también la atención la ausencia de aves, tal parece que todo se concentraba en la tierra: tortuga, lagartija, víbora, y en el agua: cangrejo y otros (ver figura 17).

Materiales empleados

Hemos mencionado que los pintores emplearon poca variedad cromática: blanco, negro y ocre. Del primero tenemos una extensa muestra en la Cueva Pintada; la totalidad de motivos en las otras dos cuevas están hechos con este color.

En negro tenemos un solo motivo: la espiral. En ocre hay dos figuras de animal en el exterior de la Cueva Pintada: una víbora y un venado, ambos bastante deteriorados.

Los colores ocre, rojo, amarillo y negro tienen como base varios óxidos minerales de origen volcánico, que se encuentran presentes en la región; el blanco, por cierto el más durable de los colores, es el producto de la aplicación de piedra caliza desmoronada y disuelta en agua.

Al paso de los años, las pinturas se han recubierto de una pátina provocada por la humedad y materias sedimentarias, propias del medio ambiente.

Discusión

En una región donde las manifestaciones pictóricas se presentaban aisladas y en conjuntos muy reducidos, es importante la presencia de pinturas en cuevas. Solamente una de las cuevas está aislada del agua, la Cueva Quauhtochco, que se significó por su relativa lejanía, aunque también es la única que presenta otros materiales, en este caso la cerámica.

Los temas predominantes en las representaciones gráficas de las cuevas son animales: venados, tortugas, cangrejos, monos, víboras, etc., son pocas las figuras en donde los trazos intentan establecer nexos mágicos



Figura 16. Animal siendo devorado por una serpiente.

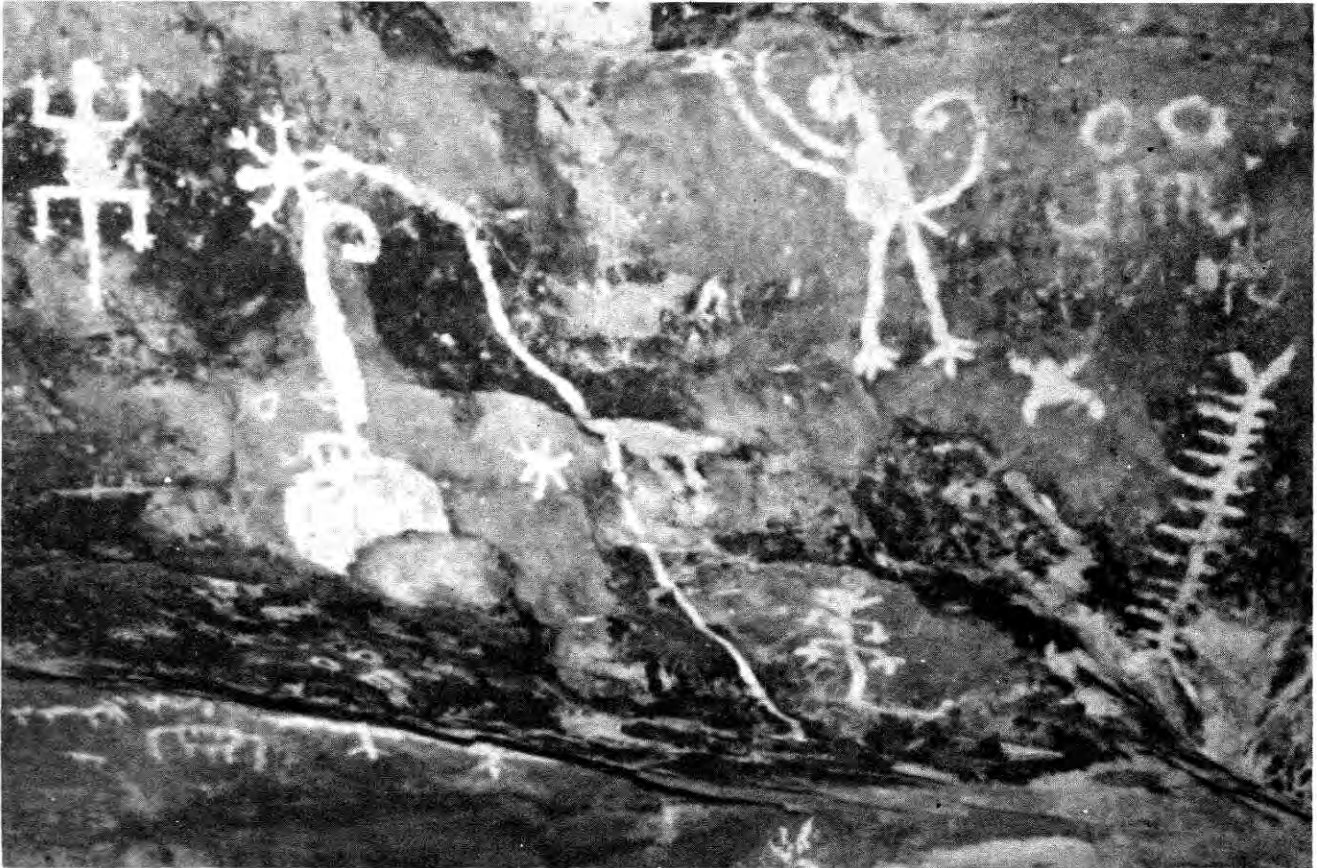


Figura 17. Una perspectiva del conjunto de Cueva Pintada, reunión de figuras humanas-divinas, animales y elementos abstractos.

o simbólicos y se reducen a tres las manifestaciones religiosas —*Tlaloc*—, presentes en las paredes de las cuevas. La Cueva Pintada es la que más datos aporta (ver figuras 18, 19 y 20).

Hasta el momento no se han realizado investigaciones formales en torno a estas pinturas rupestres, a excepción de estas páginas, como antes se señala.

Los colores empleados fueron el blanco y negro, quizá el gris, y en general el estilo es abstracto, por ello las figuras corresponden a patrones geométricos y zoomorfos, aunque hay figuras antropomorfas-divinas, como *Tlaloc*. Estas pinturas están asociadas a un gran centro, como lo fue Cuauhtochco.

Las superficies con pinturas son, en su mayoría, más



Figura 18. Representación de un animal.



Figura 19. Figuras zoomorfas.



Figura 20. Representación probable de animales.

blandas que las capas que forman los pisos y, por tanto, continúan sufriendo la erosión, que incide directamente en la calidad cromática de los motivos.

Corresponde a los especialistas en conservación dictar las medidas necesarias para preservar uno de los conjuntos pictóricos más interesantes del estado de Veracruz, no sólo por la cantidad de figuras, sino por su

emplazamiento y su información sobre la vida prehispánica.

Bibliografía

Boas, Franz

1947 *Arte primitivo*, Fondo de Cultura Económica, México.

Du Solier, Wilfrido

1939 "Una representación pictórica de Quetzalcóatl en una cueva", en *Revista mexicana de estudios antropológicos*, tomo III, pp. 129-141, México, D.F., México.

Giedion, Sigfried

1981 *El presente eterno: Los comienzos del arte*, Alianza Editorial, S.A., Madrid, España.

Noguera, Eduardo

1965 *La cerámica arqueológica de Mesoamérica*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, D.F.

Ruiz Gordillo, J. Omar

1981 *Informe de la visita a la región de Zongolica, Veracruz, en relación a descubrimientos de algunas cuevas con presencia de pintura rupestre*, Archivo del Centro Regional de Veracruz, INAH.

Hallazgos funerarios de la época olmeca en Chilpancingo, Guerrero

Rosa Ma. Reyna Robles
Guadalupe Martínez Donjuán

Durante siete semanas, en los meses de junio y julio de 1989, se efectuó un rescate arqueológico en la ciudad de Chilpancingo, Guerrero (ver lámina 1), a raíz de una denuncia recibida en el Centro Regional Guerrero del INAH, que fue atendida por las autoras de este artículo.

Al este de Chilpancingo se descubrió, accidentalmente, una tumba prehispánica en un nuevo fraccionamiento habitacional llamado Sociedad Cooperativa Regional del Sur, Coovisur (ver lámina 2). Al hacer la excavación para la cisterna de una de las casas, un trabajador cayó al interior de la tumba. Esta circunstancia propició su destrucción y saqueo, dejando muy pocas evidencias de su estado original. A pesar de esto, y a partir de la primera inspección de la construcción prehispánica y su contenido, se decidió emprender el rescate para liberar totalmente el área que ocuparía la cisterna.

Los materiales cerámicos y óseos estaban, en general, muy deteriorados, tanto por la excesiva humedad, como por la reciente destrucción de que habían sido objeto. Gracias a la colaboración y asesoría de campo

del antropólogo físico Zaid Lagunas, fue posible rescatar datos básicos de los enterramientos. Los restos humanos mejor conservados se trasladaron al Departamento de Salvamento Arqueológico, en donde la antropóloga física Rosa Ma. Peña hizo su análisis.

Las muestras de tierra tomadas durante la excavación, así como la que contuvieron las vasijas, fueron analizadas por el biólogo Lauro González; la identificación de los restos de concha estuvo a cargo del biólogo Gerardo Villanueva, ambos investigadores del Departamento de Salvamento Arqueológico. La restauración de las vasijas se llevó a cabo en la Sección de Restauración del mismo departamento.

Los estudios mineralógicos y petrográficos fueron realizados por la geóloga Ma. de la Luz Rivas, de la Comisión de Fomento Minero; los dibujos de las vasijas por Miguel Covarrubias R., y las láminas, por Guadalupe Martínez Donjuán.

Este rescate arqueológico pudo efectuarse gracias a la colaboración de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, el Departamento de Salvamento Arqueológico y el Centro Regional Guerrero del INAH, así como con el apoyo del gobierno del estado de Guerrero, a través de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Obras Públicas, pero sobre todo por la comprensión y ayuda de los colonos de Coovisur, sin cuya hospitalidad y paciencia no hubiera sido posible llevarlo a cabo.

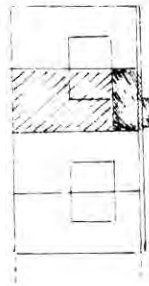
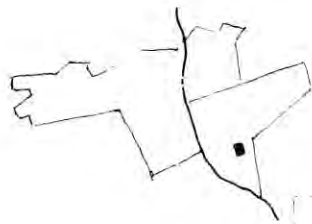
La comunicación que a continuación se presenta es una síntesis de un trabajo mayor (Reyna, Martínez Donjuán y González Quintero, en preparación).

Descripción del hallazgo

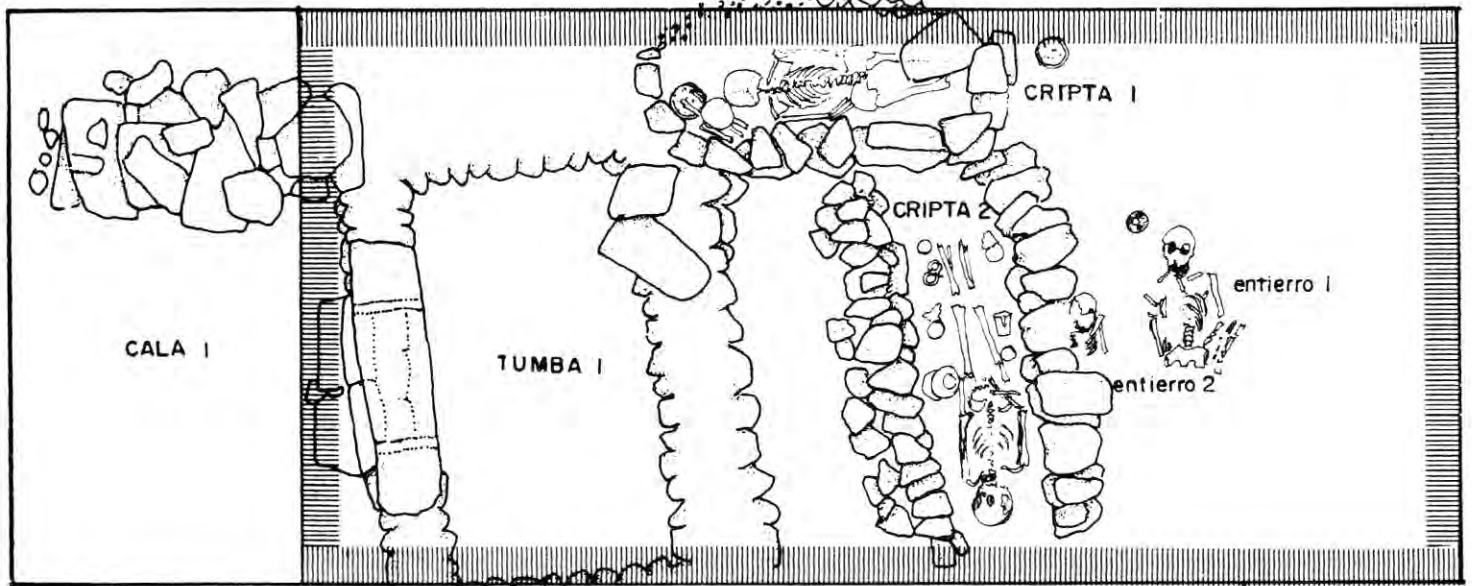
El rescate cubrió la exploración de una tumba, dos criptas, dos cistas; un entierro primario, tres secundarios y



Lámina 1. Mapa del estado de Guerrero. Municipio de Chilpancingo y localización de la colonia Coovisur.



manzana 22
casa 2



g. mtz. donjuan

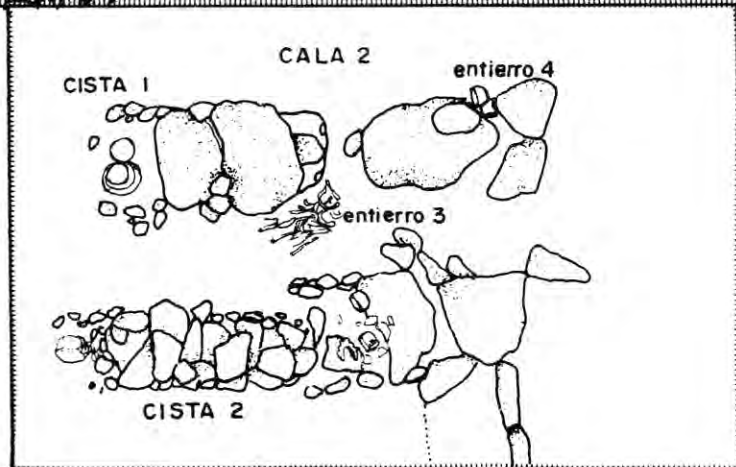


Lámina 2. Planta general de las excavaciones en Coovisur.

la localización de dos cistas; un entierro primario, tres secundarios y la localización de dos cistas más, todo esto en un área de 25 m² y entre 1.40 y 3.35 m de profundidad (ver lámina 2).

Tumba 1

La tumba se ubica en el extremo poniente del área que ocuparía la cisterna. A nuestro arribo se encontraba perforada en la parte superior y oriental del techo; gran cantidad de huesos humanos estaban en el exterior, así como siete vasijas y tiestos.

Aunque irregular en su planta, la tumba adopta forma rectangular: mide 2.20 m de largo, de sur a norte, y 1.45 m de ancho, de este a oeste. Está totalmente construida con lajas de piedra caliza unidas con lodo y piedras pequeñas. Tiene paredes verticales hasta los 1.20m, sobre las cuales se colocaron lajas saledizas de mayor tamaño, que cierran a 1.85 m de altura para formar una bóveda falsa. No se encontraron evidencias de ningún tipo de aplanado sobre paredes o techo.

Al poniente tuvo una puerta o acceso, tapiado por dos grandes lajas que fungían como puertas, dos como jambas y una como dintel (ver foto 1); al interior se accedía por medio de dos escalones. El piso, en la parte central y poniente, estaba alterado, incluyendo parte de los escalones. Alrededor de esta zona se exploraron gran canti-

dad de huesos humanos, todos de entierros secundarios (ver lámina 3). Con base en las síntesis mencionadas se determinó que pertenecieron, por lo menos, a cinco individuos adultos. Un hallazgo interesante fue un diente mutilado del tipo C4, según la clasificación de Javier Romero (Peña, 1989).

La mayoría de las vasijas se encontraron rotas y apiladas junto a la pared norte de la tumba (ver lámina 3), algunas de ellas representativas del estilo olmeca. Entre los objetos de ofrenda personal se hallaron varios fabricados en piedra verde.

Entierros 1 y 2

Al continuar con la exploración del área que ocuparía la cisterna, se localizó un entierro primario a 1.40 m de profundidad (Entierro 1). Se trataba de un individuo adulto de sexo masculino, orientado de norte a sur, cuyas piernas fueron removidas por los albañiles, al igual que el cuello de un extraordinario botellón que tuvo como ofrenda. Cerca de él se hallaron los restos de un entierro secundario de adulto y dientes de infante (ver Entierro 2, en la lámina 2). Por la disposición de algunas piedras calizas empotradas en las paredes de la cisterna, cabe suponer que estos enterramientos hubiesen estado colocados dentro de una cripta.

Lámina 3. Planta de la Tumba 1.

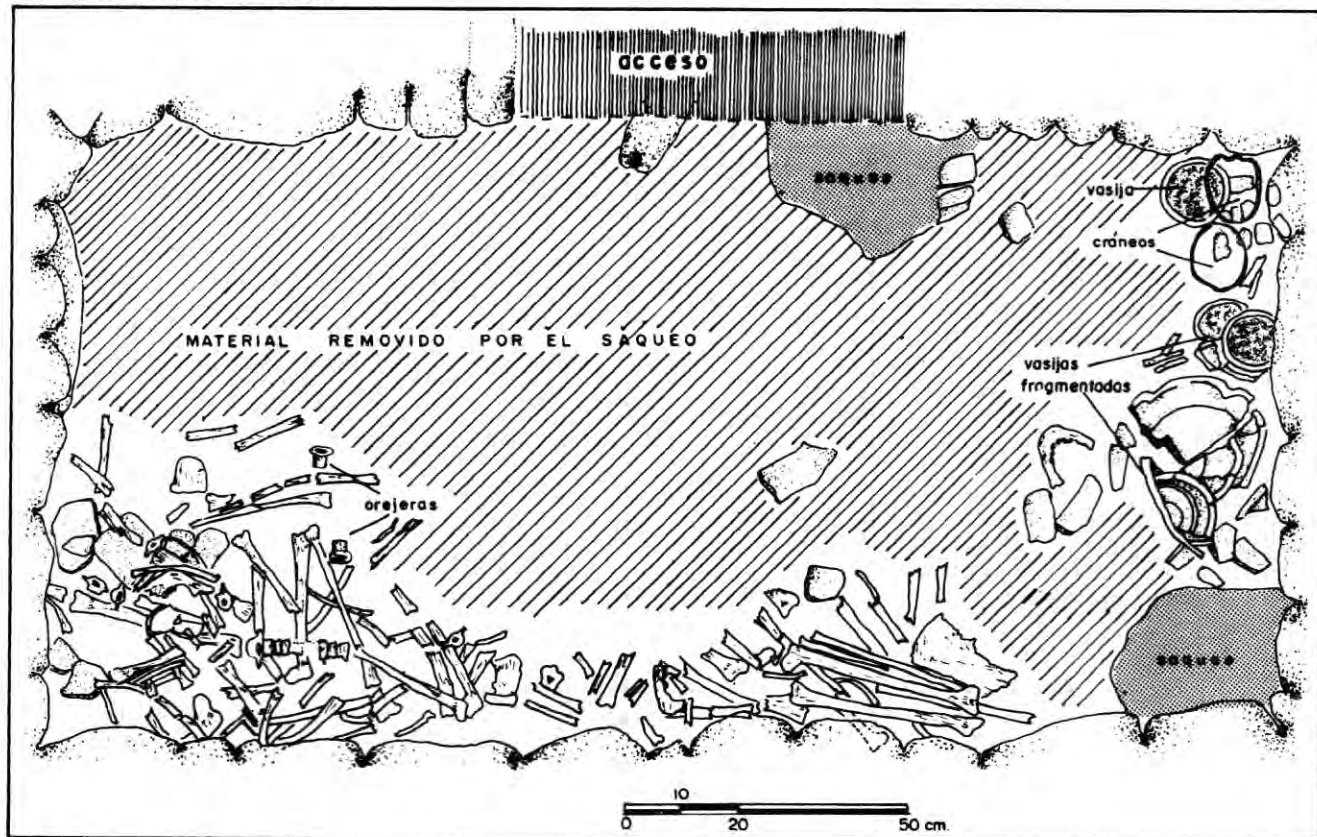




Foto 1. Acceso a la Tumba 1, visto desde el interior.

Cripta 1

Entre los 1.74 y 1.94 m de profundidad se localizaron las paredes de la primera cripta; sus tapas habían sido destruidas por los albañiles, pero adoptaban una forma abovedada. El interior contuvo dos entierros: uno primario y uno secundario. El primario correspondía a un individuo adulto, posiblemente de sexo masculino, en decúbito ventral extendido, orientado de poniente a oriente. El entierro secundario consistía de un cráneo y algunos huesos largos de otro individuo adulto. Se encontraron dos vasijas asociadas, una colocada cerca del cráneo del entierro primario y otra sobre sus pies. Es curioso el hecho que al individuo enterrado le quedó chica la cripta, ya que los pies y la vasija, colocada sobre éstos, se hallaron fuera de la construcción (ver lámina 2). Como ofrenda personal había un colgante de magnetita.

Cripta 2

La segunda cripta explorada fue, sin duda, la más espectacular, la de mayores proporciones y la más rica en ofrendas (ver foto 2). Media 2.20 m de largo por 1.30 m de ancho; las paredes alcanzaban 60 cm de altura y estaba tapiada con seis grandes lajas colocadas horizontal-

mente. En el interior se descubrió el esqueleto de un individuo adulto, de sexo masculino, en decúbito dorsal extendido, colocado sobre una capa de pigmento rojo de óxido de hierro, de, aproximadamente, cinco centímetros de espesor. La ofrenda, colocada a los lados y a lo largo del cuerpo, consistió en ocho vasijas, cuatro elementos en forma de pequeños cajetes fabricados en arcilla sin cocer, al igual que uno en forma de "pinito" (ver foto 3). Dos de las vasijas estaban una sobre otra, como recipiente y tapa, con gran cantidad del mismo pigmento rojo en su interior.

Cista 1

Con objeto de conocer el exterior de la arquitectura de la tumba —lo que no se logró— se hizo una cala al sur de la misma. A escasos 70 cm de profundidad se encontraron las tapas de una cista, construida con lajas burdas de piedra caliza y cantos rodados. Media 90 cm de largo por 50 cm de ancho; en su interior se localizaron algunos fragmentos delgados del cráneo de un infante. La ofrenda consistió en cuatro vasijas colocadas en el extremo oeste: tres de ellas encimadas y una aislada (ver lámina 2).



Foto 2. Vista general de la Cripta 2.

Cista 2

Cincuenta centímetros al sur, y paralela a la cista descrita, se localizó otra de 1.40 m de largo por 50 cm de ancho. La planta es de forma lanceolada; en su interior se localizó el entierro primario de un adulto colocado en decúbito ventral extendido y orientado de oeste a este, que por falta de tiempo y recursos no se exploró (ver figura 2).

Entierro 3

Entre las cistas 1 y 2 se exploró el entierro secundario formado por huesos largos y un cráneo fragmentado de adulto. A la misma profundidad y al oriente de la Cista 2 se encontraron fragmentos de vasijas pertenecientes a enterramientos anteriores (ver lámina 2).

Entierro 4

Al oriente de la Cista 1, pero a 80 cm de profundidad, se detectaron algunos fragmentos del cráneo de un infan-

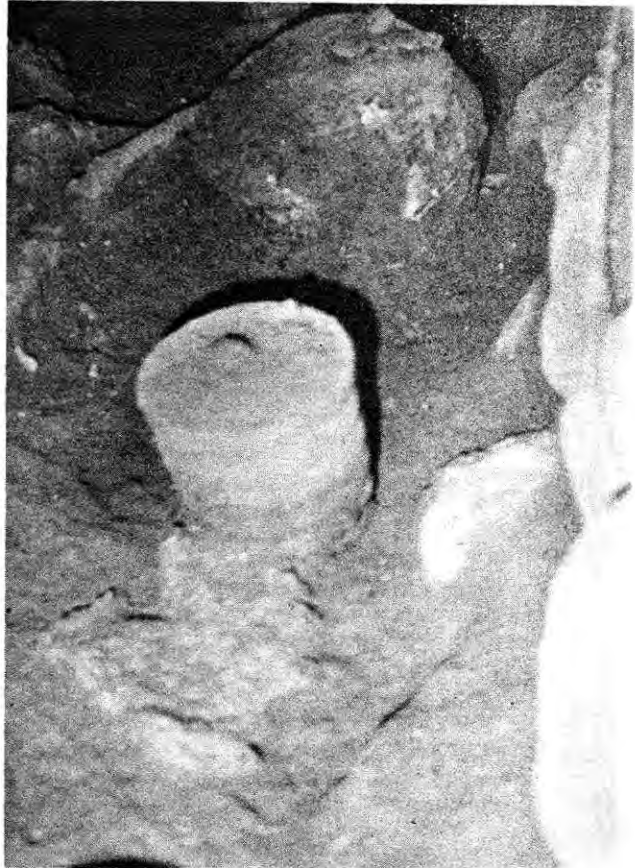


Foto 3. Vasijas de ofrenda de la Cripta 2.

te. Este entierro fue perturbado al construir los cimientos de la cisterna; dos vasijas se asociaban a él (ver lámina 2).

Por quedar totalmente fuera del programa del rescate, además de que se agotó el presupuesto, ya no fue posible explorar otras dos cistas que se localizaron en esta cala.

Los materiales ofrendados

El total de ofrendas asociadas a las sepulturas descritas fue de 33 vasijas, seis objetos y cinco elementos, más los materiales orgánicos e inorgánicos que contuvieron algunos recipientes.

De la Tumba 1 se recuperaron 12 vasijas: siete de manos de los saqueadores y cinco exploradas en el rescate arqueológico. Entre éstas hay vasos, una olla y varios cajetes, y platos de base convexa y paredes curvo-divergentes. Algunas vasijas conservan restos de engobe mate, de consistencia polvosa, o bien adherido (ver foto 4). Estas pueden relacionarse con los tipos Cesto Blanco e Ixta Blanco de las fases Manantial Tetelpan de Zohapilco, Tlapacoya, Estado de México (Niederberger, 1976 y 1987) y con el grupo cerámico Pozole White de La Cueva, Chilpancingo, Guerrero (Schmidt,



Foto 4. Cajete con engobe blanco. Procedente de la Tumba 1.

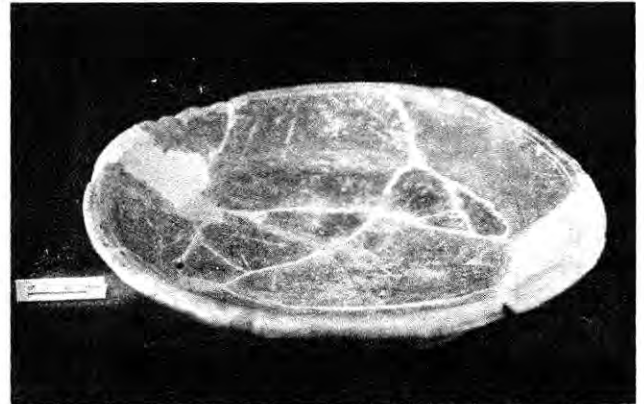


Foto 5. Plato con diseño de doble línea quebrada en el borde. Procedente de la Tumba 1.

1976). Otras tienen engobe café rojizo de lustre medio, aplicado a "brochazos" y se relacionan con los diversos tipos "jaspeados" de La Cueva (Schmidt, *op. cit.*), así como con el tipo Chilapa Naranja de Zohapilco (Niederberger, 1976). Un vaso tuvo engobe café negruzco pulido y se relaciona con el tipo Volcán Pulido de Zohapilco, de la fase Manantial (Niederberger, *op. cit.*) y con el grupo cerámico Soapy Gray de La Cueva (Schmidt, *ibid.*).

Entre las vasijas destacan algunas con decoración incisa, cuyos diseños son atribuibles al estilo olmeca: un vaso con base plana (ver figura 1), un pequeño cajete con motivos arrifionados, un plato con doble línea quebrada en el borde (ver foto 5), un vaso con el rostro modelado e inciso de *baby face* (ver foto 6) y un vaso con un complicado diseño colocado en un panel (figura 2).

Complementa el equipo funerario un par de orejeras talladas en diorita, una cuenta esferoide en feldespato verde, un hacha miniatura en jadeíta y un fragmento de navaja prismática en obsidiana.

El análisis del contenido de algunas vasijas reveló, entre otras cosas, la presencia de fragmentos carbonizados de maíz (*Zea*), tiza y copal. Las muestras de tierra tomadas al interior de la tumba mostraron la presencia de algodón (*Gossypium*), zacate (*Setaria*), frijol (*Phisalis*), óxido de hierro, conchas de bivalvo (*Lamelibranchio*) y concha nácar (*Pinctada mazatlanica*) (González, 1989; Villanueva, 1989).

Las vasijas de la Cripta 1 son de base convexa y paredes curvo-divergentes; es posible que las dos hayan tenido engobe blanco polvoso, ahora totalmente perdido. Contenían restos de conchas de bivalvo y fragmentos carbonizados de materia orgánica. Un colgante de forma trapezoidal fabricado en magnetita se halló cerca del cuello del entierro primario (ver figura 3).

Las ocho vasijas de la Cripta 2 incluyen cajetes de base convexa y vasos de base plana, con engobe blanco mate y café rojizo jaspeado; uno de ellos con engobe naranja amarillento pulido y acanaladuras horizontales

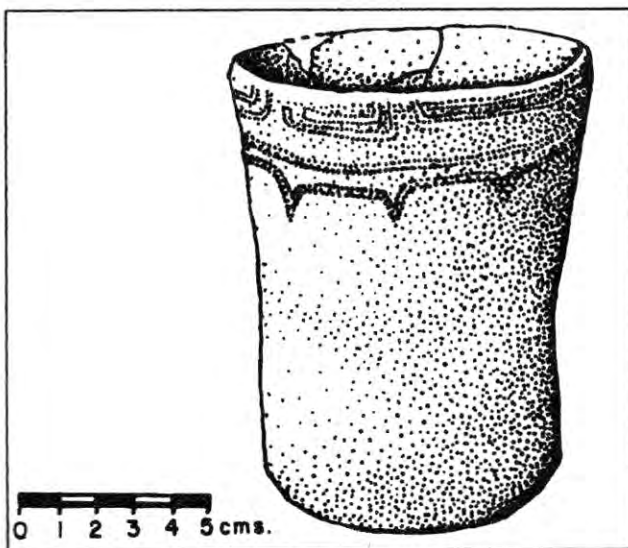


Figura 1. Vaso de base plana y diseño inciso, común dentro de la iconografía olmeca. Procedente de la Tumba 1.



Foto 6. Vaso con el rostro de un *baby face*. Procedente de la Tumba 1.

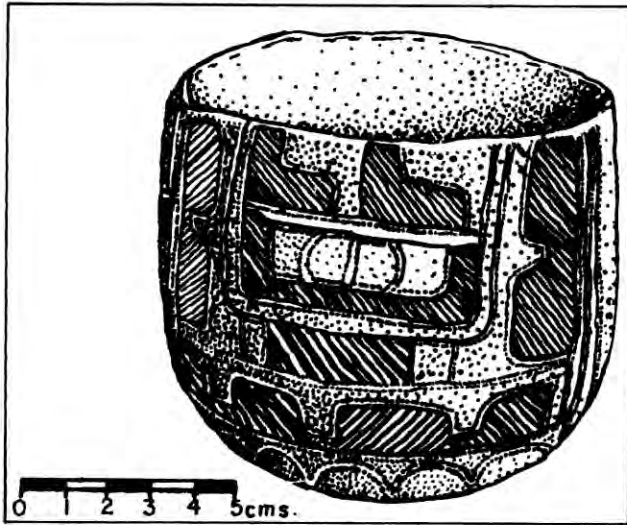


Figura 2. Vaso con complicado diseño inciso, con engobe café rojizo jaspeado. Procedente de la Tumba 1.

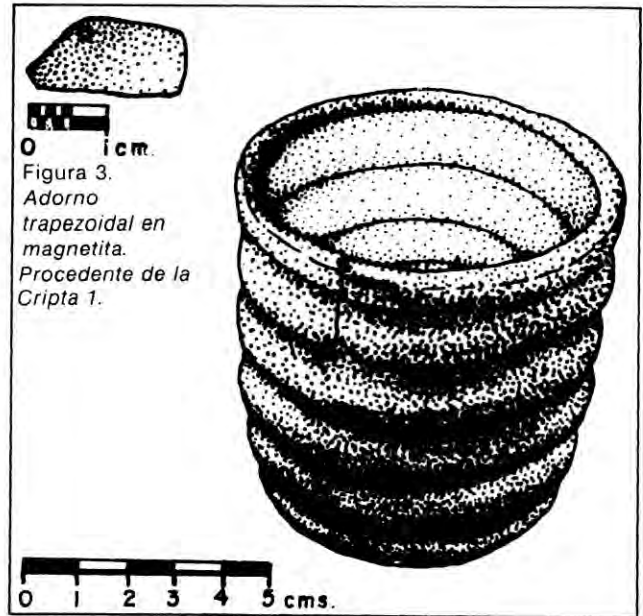


Figura 3. Adorno trapezoidal en magnetita. Procedente de la Cripta 1.

Figura 4. Vaso ofrendado en la Cripta 2.

(ver figura 4). El análisis de su contenido mostró la presencia de óxido de hierro, gramíneas, chilillo (*Polygonum*), conchas de bivalvo y otros materiales carbonizados.

Los cuatro cajetes de la Cista 1 son de manufactura sencilla, con barbotina alisada y mate, en tonos oscuros (ver figura 5). Contuvieron únicamente caracoles diminutos (*Helix*, *Euglandina* y *Pomatiopsis* T), especímenes presentes en el medio ambiente y en el resto de las construcciones funerarias. Sin embargo, en el interior de la cista se halló madera de pino (*Pinus*), una semilla de epazote (*Chenopodium*) y coleópteros.

Los fragmentos de vasijas hallados cerca de la Cista 2, por sus características formales, parecen pertenecer a un periodo anterior a la construcción de las cistas. Una de ellas es una vasija doble con asa canasta, similar a la que ilustra Niederberger en su obra de 1987 (Figura

556); la otra es un vaso con amplia boca, parecido al que aparece en la Figura 555 de la obra citada. Entre las evidencias que quedaron de su contenido, se registraron conchas de bivalvo, restos carbonizados de gramíneas y una mosca de fruta (*Glossophaga*).

El fragmento de botellón del Entierro 1, es uno de los ejemplares más bellos que hemos conocido; sobre un engobe negro pulido tiene decoración incisa y excisa en la que conserva restos de pigmento rojo frotado (ver figura 6). Fueron detectados en su interior caracoles diminutos.

Las dos vasijas asociadas al Entierro 4 fueron un cajete de boca arrañonada y borde pintado en rojo que contuvo fragmentos de madera de pino (*Pinus*) y guijarros encalados, y un vaso de base ligeramente convexa y

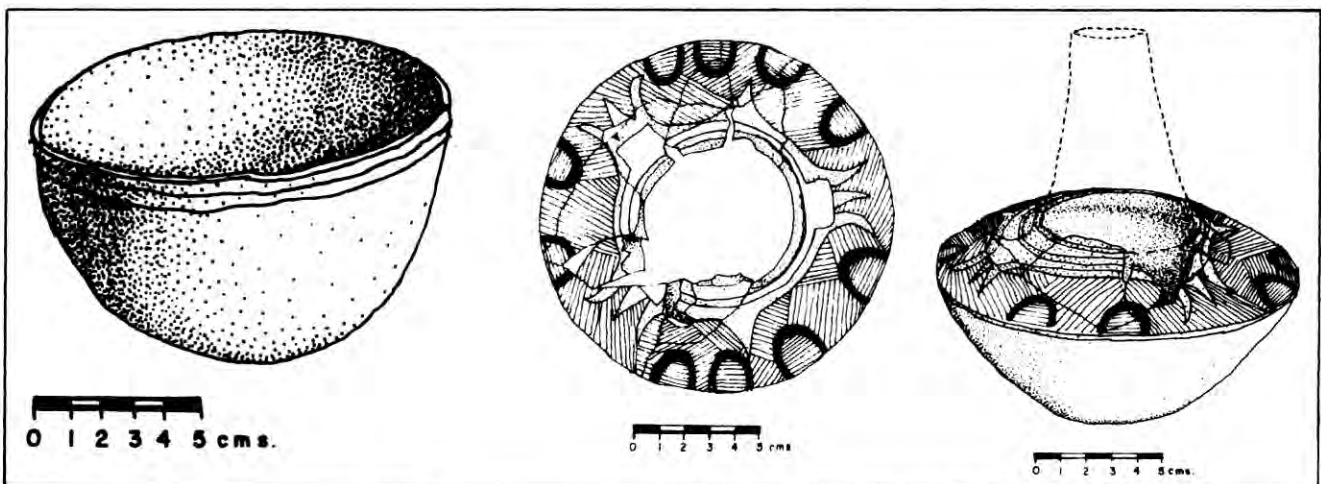
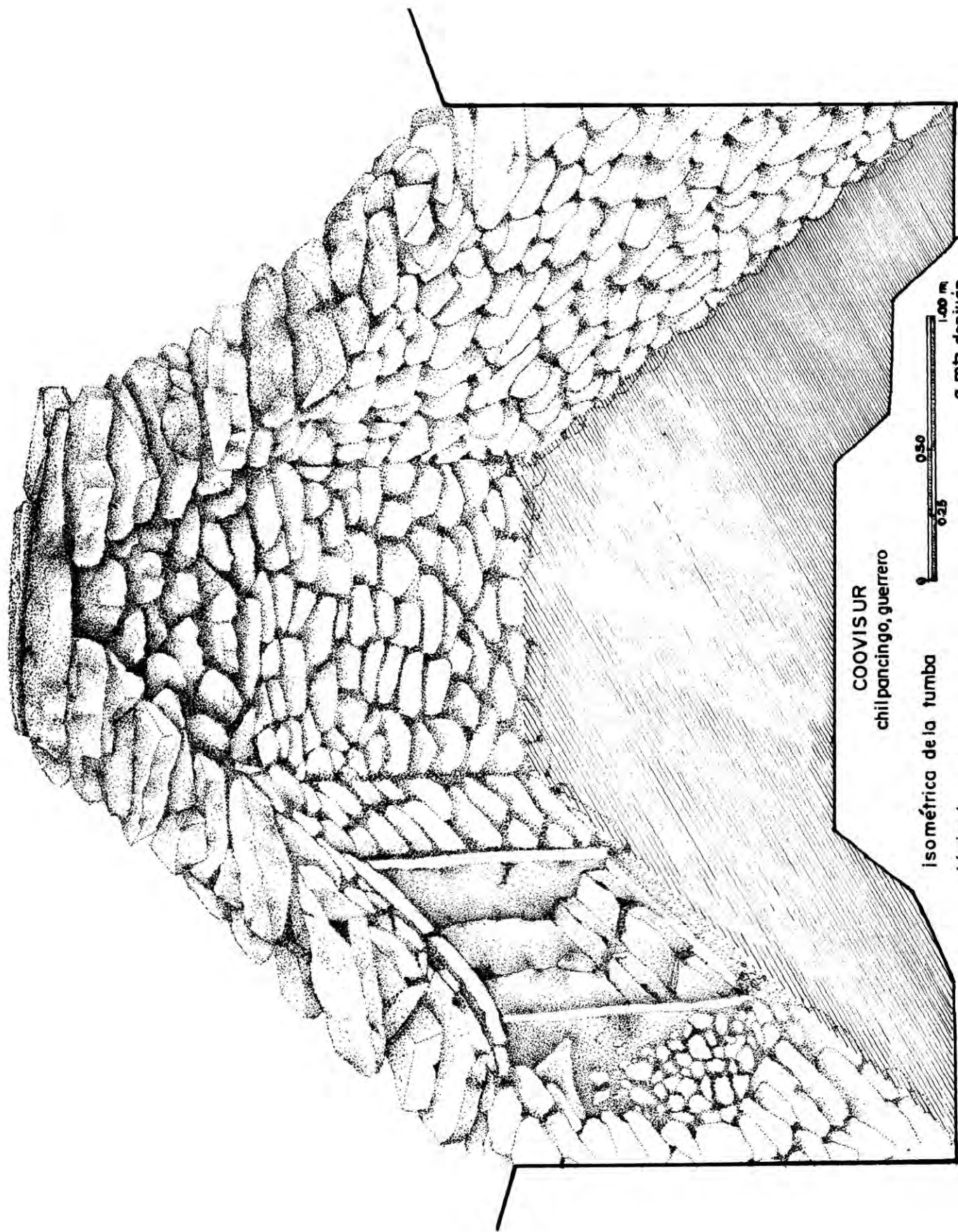


Figura 5. Cajete de manufactura sencilla. Procedente de la Cripta 1.

Figura 6. Fragmento de botellón con pigmento rojo frotado. Procedente del Entierro 1.



COOVISUR
chilpancingo, guerrero

isométrica de la tumba



Lámina 4.

g. mtz. donjuan

acanaladuras en el cuerpo, así como guijarros encajados.

Arquitectura funeraria

Las construcciones exploradas en Coovisur, corresponden a los tipos que Agrinier clasifica como Tumba, Cripta y Cista (Agrinier, 1964:2). Sobre las construcciones techadas con bóveda falsa, Smith (1962) da una amplia explicación y señala las diferentes formas que existen, sus características y su origen probable y distribución en Mesoamérica, a partir de Uaxactún en el Petén guatemalteco desde 350 d.C. Sin embargo, no menciona dos importantes hallazgos en el estado de Guerrero sobre este tipo de arquitectura: la tumba de Tehuehuetla en la región de Tierra Caliente (Weitlaner, 1947: 77) y la de Oztotitlán, cerca de Teloloapan (Moedano, 1947:105-106). Tampoco hace referencia a las encontradas en el Cerro del Venado, en Chimalacatlán, Morelos (Müller, 1948).

A estos hallazgos, paulatinamente se han venido agregando otros en esas mismas entidades, aunque con características diversas en algunos de sus elementos, quizá como una variación del mismo sistema constructivo. Del estado de Guerrero se han reportado: La Organera, en Xochipala (Schmidt, 1977); una nueva tumba en Oztotitlán (Rodríguez, 1979); cinco tumbas localizadas en Teopantecuanitlán por Martínez Muriel, en 1987, una de las cuales fue explorada por Martínez Donjuán en 1987-88, y la de Coovisur en Chilpancingo, en 1988 (ver lámina 4) (Reyna, Martínez Donjuán y González Quintero, en preparación). De Morelos se reportó un conjunto de construcciones de este tipo en la Mesa de Tepalcates, en Tlaquitenango y en Coaxintlán (Besso-Oberto, 1988:86-101).

Estos esporádicos, pero importantes hallazgos, no han aportado —excepto el de Chilpancingo— los elementos suficientes para ubicarlos con certeza dentro de un contexto cultural y cronológico, ya que todas las tumbas se han encontrado saqueadas. A pesar de ello, algunos investigadores han intentado explicar la presencia de este tipo de estructuras, observando en las características arquitectónicas el "rasgo de más peso", para explicar los contactos con el área maya (Schmidt, *op. cit.*) o la influencia "mayoide" extendiéndola hasta la escultura (Moedano, *op. cit.*). Su cronología, en todos los casos, excepto en los hallazgos que nos ocupan, siempre se ha colocado entre el Clásico tardío y el Postclásico. Sin embargo, el mayor número de construcciones con bóveda falsa, fuera de la zona maya, se localiza en la parte central y norte del estado de Guerrero y el sur de Morelos, preformando, a pesar de las variantes mencionadas, una región de origen y evolución de esta técnica constructiva.

El segundo tipo, denominado Cripta, tiene su más espectacular antecedente en La Venta, Tabasco, con la encontrada en el Montículo A-3 (Drucker, 1952). En cambio, las dos construcciones de este tipo exploradas en Chilpancingo, son más modestas en cuanto a su acabado. Aunque las dos se han agrupado bajo el nombre de Cripta, ambas presentan variaciones en su construcción. La primera, llamada Cripta 1, presenta los

extremos distales redondeados, acercándose más a una forma elíptica que rectangular, y las tapas que la cubrían tenían una terminación semiabovedada, como se pudo constatar en la pequeña porción que se encontró en el extremo noreste. En la segunda, Cripta 2, los extremos distales carecen de cerramiento, los cuales parecen haber estado constituidos por el corte de la excavación prehispánica, construyendo únicamente las paredes paralelas, cubiertas con tapas. En este sentido, esta última presenta semejanza con la de La Venta, aunque con acabado más burdo.

El tercer tipo, designado como Cista, es la construcción funeraria más sencilla y pequeña, pues se reduce a rodear y cubrir el cuerpo del muerto con piedras burdas e irregulares. Las cistas que por ahora se relacionan con las que aquí se tratan, por sus similitudes características, son las del Arbolillo, exploradas por Vaillant (1935) y la de Loma Torremote (Reyna, 1976) en el Valle de México; las de Chalcatzingo en el estado de Morelos (Grove, 1987) y la de San José Mogote, en el Valle de Oaxaca (Flannery y Marcus, 1983).

Reflexiones finales

Las excavaciones arqueológicas practicadas en la colonia Coovisur de Chilpancingo, Guerrero, aportan nuevos datos de gran relevancia sobre los portadores de la cultura olmeca en el actual territorio guerrerense.

La exploración de un número relativamente elevado de entierros, en una pequeña área de, aproximadamente, 30 m², y la ausencia total de evidencias de ocupación habitacional, como pisos, muros, agujeros para postes, etc., indica que el concepto de cementerio, entendido éste como un espacio dedicado exclusivamente al enterramiento de seres humanos, era vigente en esta población.

Este cementerio estuvo en uso durante el Preclásico, algunos rasgos estilísticos peculiares y formas particulares de los objetos cerámicos, permiten situarlo en la época olmeca, aproximadamente entre 1000 y 700 antes de Cristo.

La abundancia de construcciones funerarias indica que en este lugar se inhumaban personajes de alto rango. La riqueza de las ofrendas, mejor manufactura y monumentalidad de la tumba y de las criptas, en contraposición a la pobreza arquitectónica y de ofrendas que tuvieron las cistas, sugiere que a través del tiempo se enterraban individuos de menor importancia. En efecto, las construcciones más suntuosas y con ofrendas más ricas son las más antiguas.

Por el momento, la construcción más antigua con bóveda falsa o "bóveda maya", es precisamente la encontrada en Coovisur; su origen local explica la presencia, más o menos frecuente, de este tipo de construcciones, en épocas posteriores, dentro de territorio guerrerense, lo que significa que no puede seguirse considerando como una influencia venida de la zona maya, pues es aquí mismo donde está su génesis.

La distribución de los restos óseos al interior de la tumba, así como las diferencias formales y estilísticas de las vasijas asociadas, muestran su reutilización en un periodo comprendido entre 1000-900 y 800-700 a.C.,

posiblemente por individuos de un sólo linaje. Esta misma temporalidad puede aplicarse a las dos criptas y al Entierro 1.

El Entierro 4, por sus ofrendas, se puede situar hacia 800-700 a.C., y las cistas en las postrimerías de la época olmeca.

Los materiales cerámicos tienen una estrecha relación con los de Teopantecuanitlán, un sitio monumental contemporáneo, descubierto recientemente en el municipio de Copalillo, Guerrero, y con algunos materiales del sitio La Cueva, en la misma ciudad de Chilpancingo.

Las vasijas de este sitio, aunque dentro del estilo olmeca panmesoamericano, tienen rasgos locales, tanto en la materia prima utilizada, como en la forma y diseños. Los complicados diseños, como asienta Niederberger, no responden puramente a convenciones decorativas, sino a un conjunto de informaciones esotéricas "escritas", producto de sus reflexiones cosmológicas y religiosas (1987:712) y, agregaríamos, de sus preocupaciones primarias de subsistencia.

Es claro que las evidencias encontradas en Coovisur corresponden a una sociedad altamente jerarquizada, misma que participó de manera activa y creadora dentro de la civilización olmeca.

La riqueza de información que este sitio ofrece es enorme, desafortunadamente no por mucho tiempo, ya que la zona está en vías de urbanización inminente, y, a corto plazo, el entendimiento sobre su ocupación espacial, así como sobre el proceso de desarrollo social de sus antiguos habitantes, será imposible de conocer, a menos que se efectúen investigaciones arqueológicas a la brevedad posible, lo cual plantea la imperiosa necesidad de aglutinar los intereses académicos (a través de proyectos interdisciplinarios), con los de las instancias competentes, institucionales y gubernamentales, para rescatar, a corto plazo, un legado irrecuperable.

Bibliografía

Agrinier, Pierre

- 1964 *The Archaeological Burials at Chiapa de Corzo and their Furniture* New World Archaeological Foundation Paper. Publication No. 12, number sixteen. Brigham Young University, Provo, Uta.

Besso Oberto, Humberto

- 1988 "La bóveda prehispánica en el estado de Morelos". *Arqueología* 2: 85-102, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, México.

Drucker, Philip

- 1952 *La Venta, Tabasco: a study of olmec ceramics and art* Bureau of American Ethnology. Bulletin 153, Smithsonian Institution, Washington, USA.

Flannery, Kent V. y Joyce Marcus

- 1983 "The Growth of Site Hierarchies in the Valley of Oaxaca": Part I. *The Cloud People*: 53-64 (K. Flannery y J. Marcus, eds.) Academic Press, New York, USA.

González Quintero, Lauro

- 1989 *Informe del laboratorio de botánica 2/89 sobre materiales orgánicos encontrados en muestras y vasijas del Fraccionamiento Coovisur, Chilpancingo, Gro.*, Subdirección de Salvamento Arqueológico, INAH, MS.

Grove, David (ed.)

- 1987 *Ancient Chalcatzingo*. University of Texas Press, Austin, USA.

Moedano Koer, Hugo

- 1947 "Breve noticia sobre la zona de Oztotitlán, Guerrero", *El occidente de México*: 105-106, IV Reunión de Mesa Redonda, SMA, México.

Müller, Florencia

- 1948 "Chimalcatlán", *Acta Antropológica* III, 1, México D.F.

Niederberger, Christine

- 1976 *Zohapilco, cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la Cuenca de México*, Colección Científica No. 30. Arqueología, INAH, México.

- 1987 "Paleopaysages et archæologie preurbaine du Bassin de México". *Collection Etudes Mesoaméricaines* (2 T), vol. XI, Centre d'études Mexicaines et Centraméricaines, México.

Peña Gómez, Rosa Ma.

- 1989 *Informe de los restos óseos recuperados en el rescate arqueológico Coovisur 1988 en Chilpancingo, Guerrero*, Subdirección de Salvamento Arqueológico, INAH, MS.

Reyna Robles, Rosa Ma.

- 1976 "Salvamento arqueológico en la periferia de la ciudad de México, una experiencia", *Las fronteras de Mesoamérica*: 81-87, XIV Reunión de Mesa Redonda, SMA, México.

Reyna R., Rosa Ma., Guadalupe Martínez D. y Lauro González Q.

- En *Rescate arqueológico en un cementerio olmeca* preparación del Preclásico Medio en Chilpancingo, Guerrero.

Rodríguez Betancourt, Felipe

- 1979 *Informe arqueológico de las actividades realizadas en la inspección a la zona arqueológica de Oxtotitlán, Guerrero*, Departamento de Salvamento Arqueológico, INAH, MS.

Schmidt, Paul

- 1976 *Archaeological excavations at La Cueva, Chilpancingo, Guerrero*, Ph. D. Thesis, Tulane University, MS.

- 1977 "Rasgos característicos del área maya en Guerrero: una posible interpretación", *Anales de Antropología*, Vol. XIV: 63-73, IIA, UNAM, México.

Smith, A Ledyard

- 1962 "The Corbeled Arch in the New World", *The Maya and their Neighbors*: 202-221, University of Utah Press.

Vaillant, George

- 1935 "Excavations at El Arbolillo", *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, 35 (2), New York.

Villanueva, Gerardo

- 1989 *Reporte de una muestra biológica*. Sección de Biología de la Subdirección de Salvamento Arqueológico, INAH, MS.

Weitlaner, Robert J.

- 1947 "Exploración arqueológica en Guerrero", *El occidente de México*: 77-85, IV Reunión de Mesa Redonda, SMA México.

Proyecto Manatí 1989*

Ponciano Ortiz

Ma. del Carmen Rodríguez

El Proyecto Manatí dio inicio en mayo de 1988, como consecuencia del descubrimiento fortuito de un conjunto de esculturas (bustos) labradas en madera, restos óseos humanos, madejas de hule, semillas, hachas de piedra verde, cerámica y otros artefactos, efectuado por un grupo de campesinos al cavar unos estanques para utilizarlos como criaderos de peces. En un artículo anterior (Ortiz, Rodríguez y Schmidt, 1988) nos referimos a las características del sitio y a los hallazgos de la temporada realizada en 1988.

La segunda temporada de trabajo de campo del Proyecto Manatí debe ser considerada como la continuación de rescate y salvamento arqueológico, realizado en 1988 en el caso específico de El Manatí, se intenta determinar las causas que motivaron a los habitantes antiguos de la localidad a realizar una ofrenda masiva, que aparentemente estuvo vinculada al cerro y a los manantiales que brotan del mismo (Ortiz y Rodríguez, 1989a).

Al mismo tiempo se efectuaron exploraciones tendientes a conocer, de forma más amplia, la vinculación existente entre este hecho con las comunidades aledañas. Por lo cual se ha estructurado una investigación de carácter integral y de área, con un enfoque interdisciplinario que permita entender a las comunidades olmecas, intentando dar un contexto regional a las ofrendas del cerro Manatí.

Durante esta segunda fase, el proyecto se concentró en el estudio del sitio Manatí y en la comunidad habitacional de El Macayal, cuyos pobladores debieron ser los principales involucrados en el ritual celebrado en ese lugar.

La segunda temporada del Proyecto Manatí tuvo co-

mo objetivo efectuar varias actividades de campo que se describen a continuación:

1. Continuar con la excavación de salvamento en el cerro Manatí para rescatar lo que aún pueda permanecer *in situ* como parte de la ofrenda, y para lograr el cabal entendimiento de su contexto. Por lo tanto se continuó con la excavación de área, iniciada en la temporada anterior.

2. La continuación del mapeo en El Manatí, para ubicar los accidentes naturales y modificaciones artificiales que permitan entender mejor la mecánica del lugar.

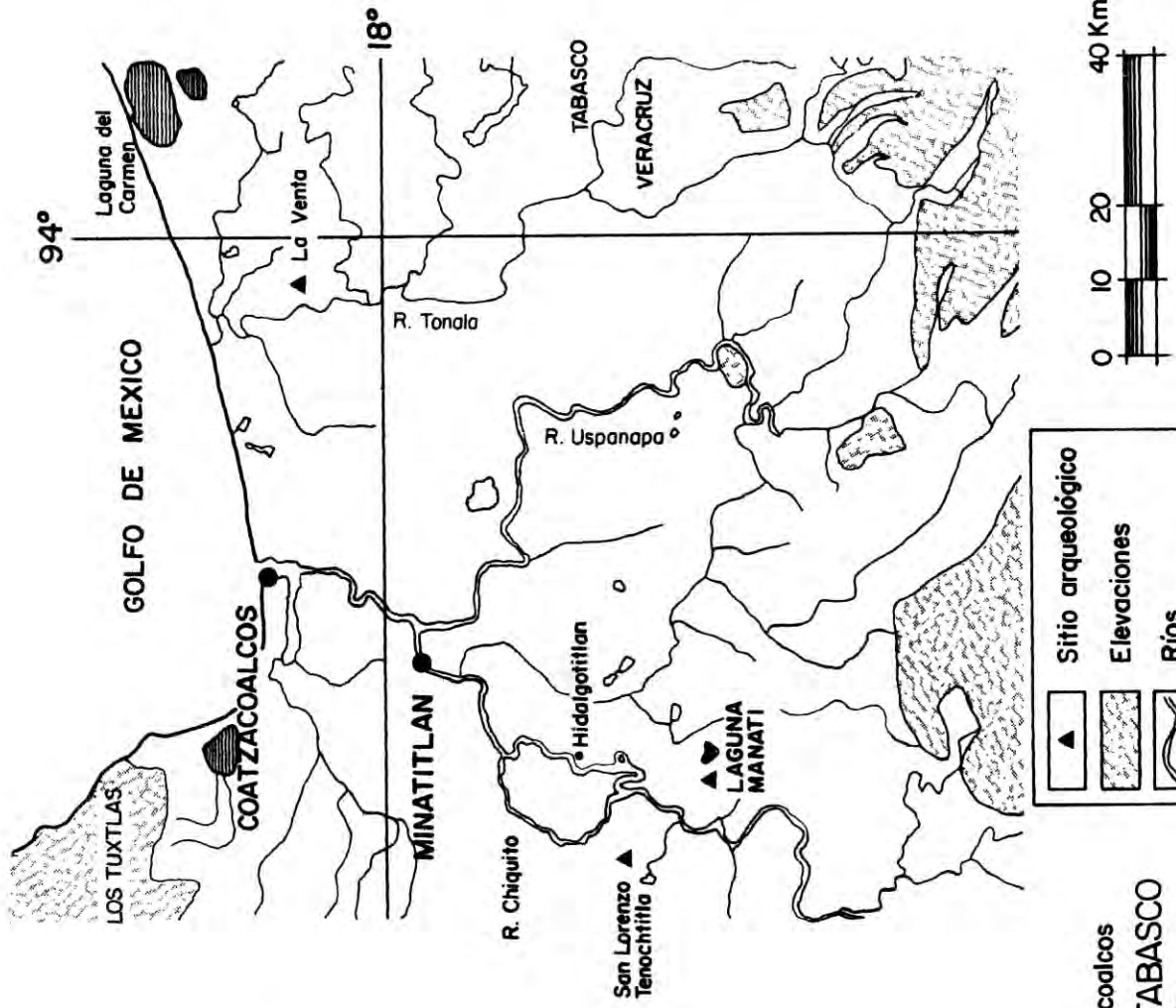
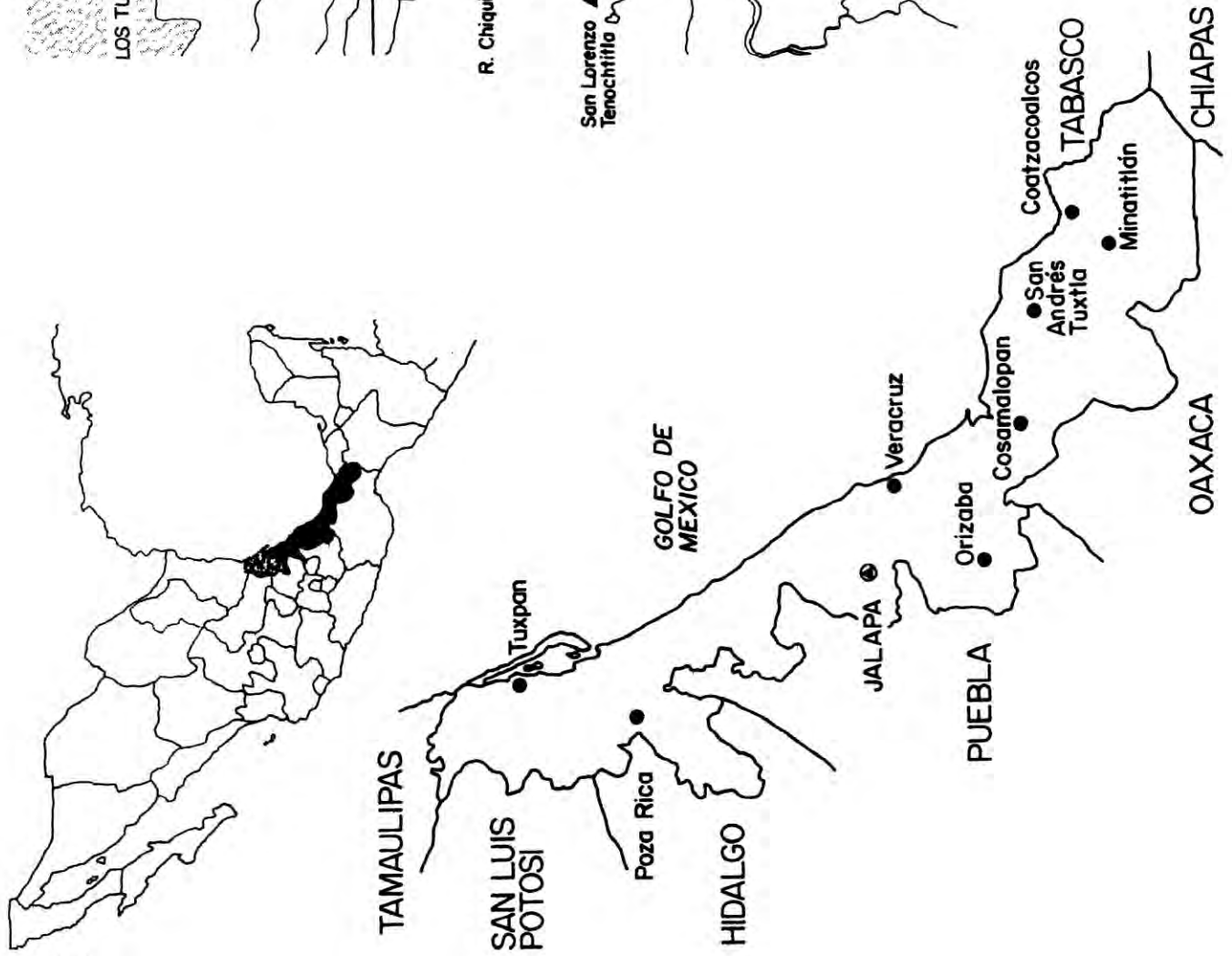
3. Un reconocimiento intensivo, para corroborar o descartar la existencia de modificaciones culturales al cerro Manatí, en cuya parte baja, que estaba más limpia de monte, se observaron los restos de alineamientos de rocas sin carear y muy burdos, que al parecer sirvieron de contención para evitar el arrastre de materiales. Esta actividad no se pudo efectuar por falta de tiempo y por la cantidad de vegetación que creció en las faldas del cerro.

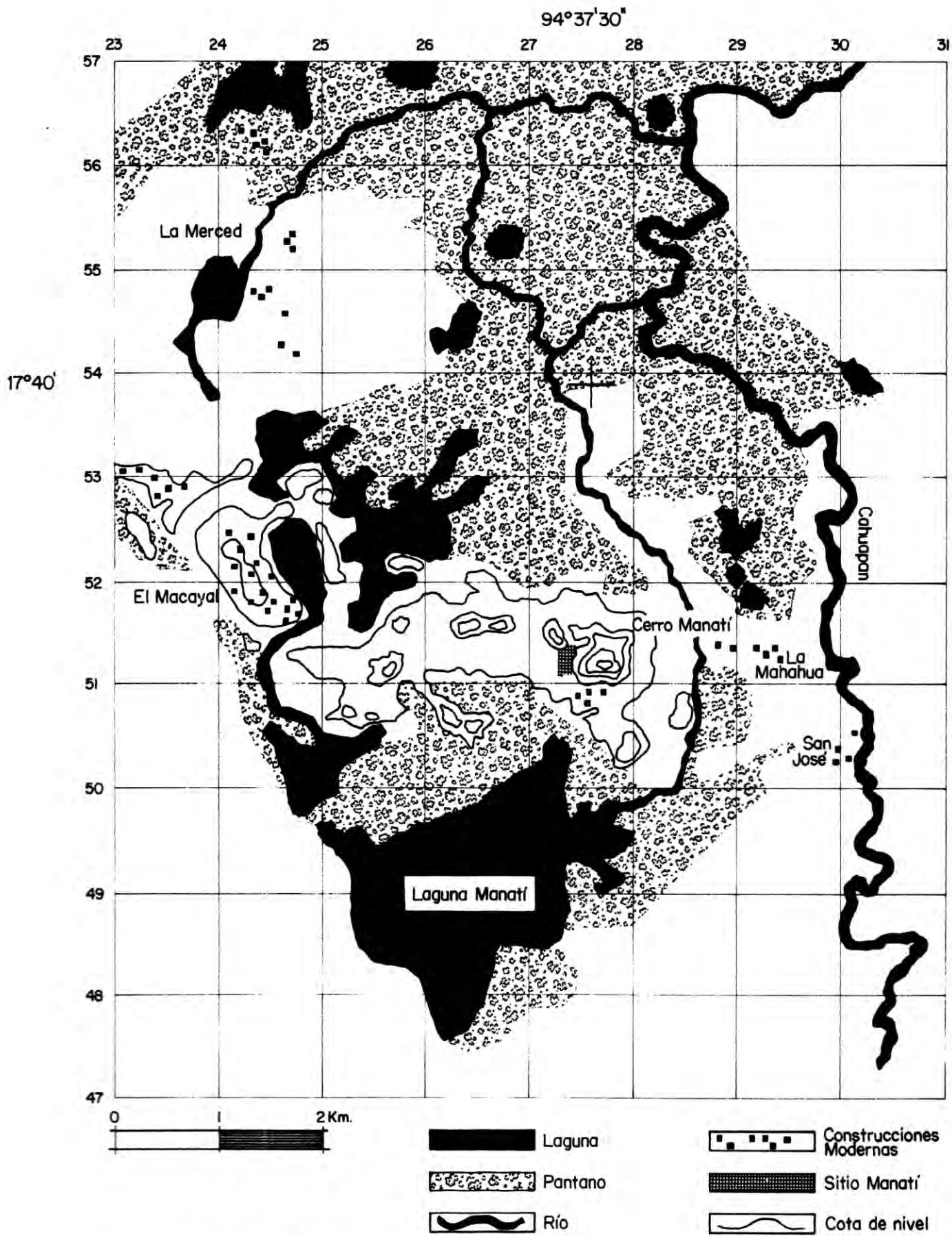
El trabajo de campo en el cerro Manatí

La temporada de campo del Proyecto Manatí 89 comenzó el 9 de abril y se prolongó hasta el 16 de junio; es conveniente mencionar que se perdieron dos semanas debido a problemas que se presentaron con la comunidad.

Dada las especiales características del sitio, hubo que efectuar algunas actividades previas, la primer tarea fue encauzar, nuevamente, el agua de los manantiales y evitar que se derramara sobre el área de excavación, para lo cual reconectamos la tubería usada la temporada pasada, después procedimos a vaciar el área inundada con una bomba de 2" hasta secarla casi completamente, se removió la palizada y las piedras que se colocaron como muro de contención para sostener las paredes y evitar de este modo los derrumbes, este sistema funcionó bastante bien (ver foto 1), pues en realidad no hubo serios deslizamientos de las paredes, por

*Con la colaboración de Paul Schmidt, del Instituto de Investigaciones Antropológicas UNAM; Alfredo Delgado, de la U.R. Cultural Populares, Acayucán; Luis Heredia, Daniel Nahmad, Ignacio Montes, Jesús Ramírez, del Centro Regional Veracruz INAH; César Correa, Julio Chan, de la Dirección de Restauración del Patrimonio Cultural INAH; Lourdes Hernández, Eric O. Juárez, Jorge Bautista, Ricardo Herrera, J. Manuel Hernández L., de la Facultad de Antropología U.V., y Stephen A. Nelson, de Tulane University.





Basado en el plano E15C25 (Nuevo Atoyac) de INEGI



Foto 1. Palizada y piedras que se colocaron como sistema de contención de muros.

supuesto que el dejar el área inundada también debió ayudar; después procedimos a limpiar el lodo o cieno acumulado en el fondo del lecho, ésta fue una tarea lenta y cuidadosa, para localizar el nivel de excavación alcanzado el año pasado, indicado por una cubierta de polietileno.

En la temporada anterior no se logró terminar de excavar el Elemento 15, que se ubica en el extremo norte del cuadro A2C1 y que, según los datos, indicaba la posibilidad de enterramientos de esculturas, así que decidimos continuar ampliando la excavación hacia ese extremo, es decir en los cuadros A2C1, A2C2 (parte), A3C1, A3C2.

En estas secciones no se alcanzó mucha profundidad, porque el lecho rocoso va subiendo en dirección norte y, además, las capas superiores ya habían sido removidas por la erosión, o eran muy delgadas, de tal modo que los estratos VIIIa y VIIIb (que son los que contienen las esculturas), se inician en la superficie actual, de ahí que algunas de las piezas localizadas estaban casi a flor de tierra. Los estratos VIIIa y b, no tuvieron tanto espesor como en el extremo sur y la estratigrafía, por tanto, no fue tan complicada. La estratigrafía que siguió al barro negro rosáceo y rosado (VIIIa y b) fue básicamente la misma que la encontrada con anterioridad (ver planos 1, 2 y 3).

Se continuó trabajando también en los cuadros excavados la temporada pasada (A1D1, A1C1, A1C2, B1C1,

B1C2), ya sobre el lecho rocoso en los estratos IX y X, encontrándose hachas, cuentas de jade, fragmentos de cerámica y morteros, por lo general, con tendencia a aparecer en concentraciones; las hachas, al parecer, fueron arrojadas en conjuntos de tres a ocho, en cada momento, lo que parece indicar que hubo varios momentos de ofrenda.

Los fragmentos de cerámica y morteros se encuentran a mayor profundidad entre las rocas, en un nivel más bajo y asociados con capas de arena, que quizá indiquen la presencia cercana de un sitio habitacional; las cuentas de jade ocurren en concentraciones hacia el extremo sur de la excavación, en los cuadros B1C1, B1C2 y A1C2; es decir, en la misma área que se localizaron la temporada pasada y por lo regular asociadas con una capa de gravilla, al parecer de coluvión, producto del acarreo del cerro; abajo de dicha gravilla ya no se localiza, aparentemente, evidencia arqueológica.

También fue relevante la presencia de más concentraciones de piedras areniscas sin trabajar —cuyo espesor fue de los 10 a los 40 cm—, amontonadas y sin orden aparente, similar a las encontradas en la temporada pasada y que designamos como Elemento 15.

Estos amontonamientos están asociados con algunas de las esculturas, uno de ellos se encontró al lado de la Escultura 4 (Elemento 16) y otro cerca de las esculturas 8 y 9. (Elemento 18).

Los túmulos sobresalen, prácticamente, de la superfi-

cie; pareciera que las piedras fueron arrojadas a un pozo o que el barro que sirvió de amarre fue lavado por las filtraciones de agua. Se pueden encontrar entre las rocas objetos modernos, como sucedió con el Elemento 16, en donde se halló casi en la superficie un envase de plástico para cloro, utilizado por las lavanderas, así como pedazos de tela y bolsas de polietileno que se fueron filtrando entre las piedras, por lo que, en un principio, suponíamos que debía tratarse de amontonamientos recientes, colocados para cimentar las partes más fangosas. Si bien en un principio no estábamos seguros de su real antigüedad y función, el hecho de encontrarse asociados por lo menos en tres casos a esculturas, nos hace pensar que sean antiguos y que su función fue, de algún modo, indicar o proteger las esculturas y que, por tanto, se hayan usado, como ya se dijo, a manera de túmulos funerarios.

En esta temporada se removió a lo sumo una extensión de 20 m² y se excavó a una profundidad de más o menos 1.50 m promedio. El sitio de trabajo estuvo limitado en la parte este por un estanque hecho por los campesinos, a que denominamos la Poza Roja, al Norte y al Oeste por la Poza Grande; es decir, únicamente hemos excavado los camellones que dejaron los campesinos entre poza y poza, área de por sí sumamente alterada por la erosión y las remociones de material recientes, de ella hemos logrado rescatar seis esculturas completas y un fragmento de otra (parte de la cabeza), un bastón de mando pintado de rojo con la empuñadura en forma de cabeza de pájaro y como pico un diente de tiburón; otra escultura se localizó en el cuadro A1C2, en la intersección del estrato amarillo de coluvión superior y el barro negro; lo que significa que en esta temporada se localizaron seis esculturas en total, que sumadas a las dos de la temporada pasada, hacen un total de 10 bustos *in situ*.

Las esculturas 4 y 10 se encontraron aisladas. La escultura 4 estaba sepultada, de cabeza, al pie de uno de los amontonamientos de piedra (Elemento 16), y no tuvo objetos asociados directamente, aunque ligeramente arriba se encontraron pedazos de hematita y un fragmento de vasija.

Sin embargo, parece que las esculturas localizadas en el extremo norte formaron una unidad de enterramiento más compleja. Se trata de dos conjuntos, uno de ellos constituido por tres esculturas y el otro por dos, acomodadas siguiendo un eje Este-Oeste, más o menos, y separadas entre sí por el bastón de madera, el cual se orientó, casi directamente, al Norte magnético.

Aparentemente el conjunto de tres esculturas (dos femeninas y una masculina) fueron objeto de un ritual religioso o mágico mucho más complejo que el conjunto de dos, pues éste se acompañó de plantas, restos óseos de animales y un "bastón" o "espada" similar al que se encontró asociada a la Escultura 1 la temporada pasada y por lo menos una de ellas fue cubierta con una capa de tule o petate. Más adelante se descubrirán con mayor detalle estos elementos.

La estratigrafía

En el área excavada ocurre básicamente la misma estratigrafía que la observada y descrita en la temporada

pasada, sin embargo, se presentaron algunos cambios, consecuencia de la erosión provocada por el agua de los manantiales y de la actividad humana desarrollada en dicha área (mucho más cercana a los lavaderos y que hace algunos años tenía gran actividad o mayor uso), pero no de una mecánica estratigráfica diferente (Ortiz, Rodríguez, *et al.*).

Observaciones sobre la estratigrafía. Temporada 1988

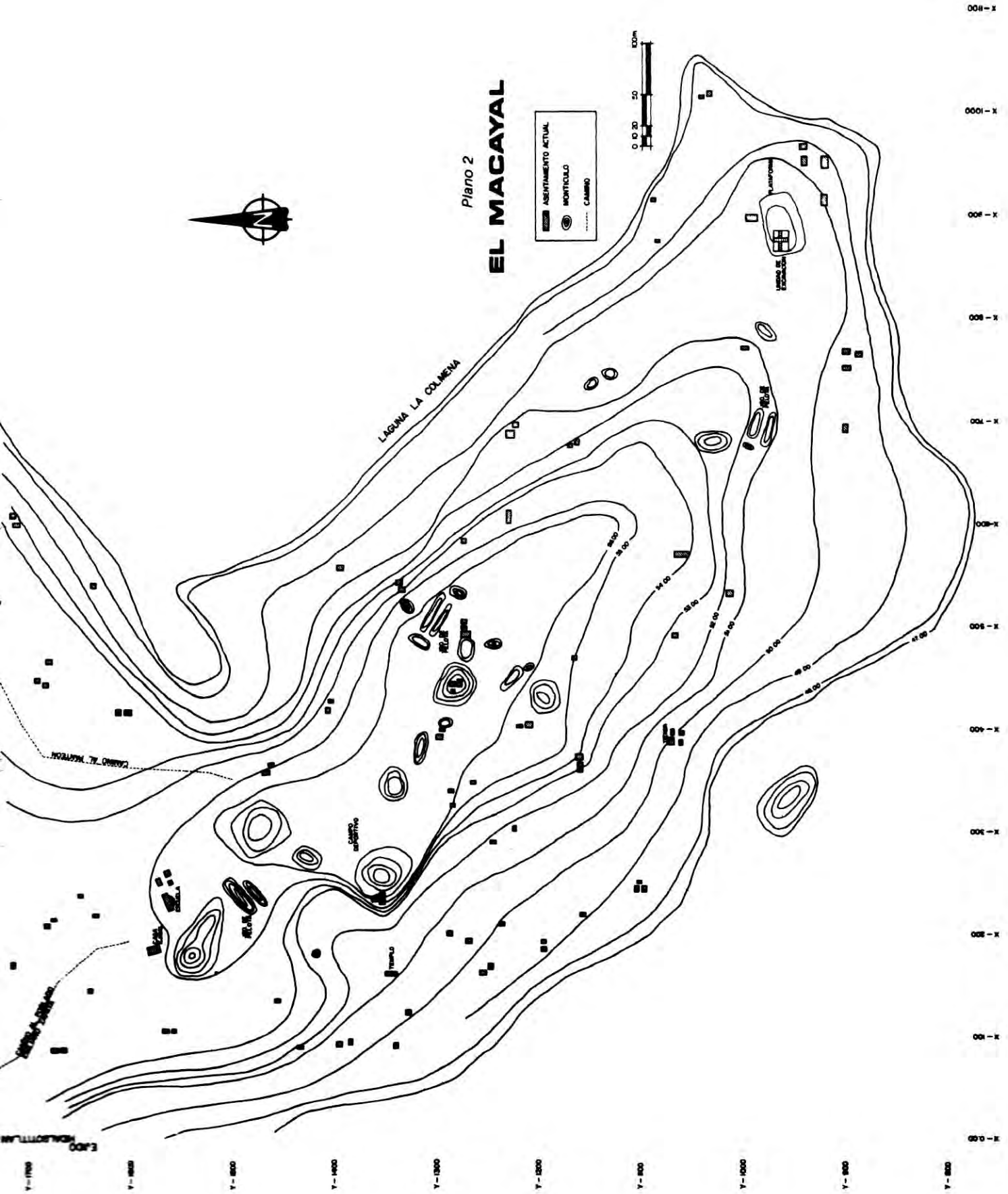
Como dijimos antes, entender o reconstruir la estratigrafía del Manatí ha resultado bastante difícil, debido a las alteraciones ocasionadas por la destrucción que los campesinos hicieron al remover y depositar materiales por todo el terreno. Sin embargo, lo que ha provocado cambios más severos ha sido la acción del agua, tanto aquella proveniente de las inundaciones de la laguna y de las lluvias torrenciales, así como la de los manantiales que nacen al pie del cerro, que aparentemente ha fluido por siglos, provocando acarrees, erosión y sedimentaciones.

La estratigrafía básica estuvo constituida, al parecer por ocho capas, las cuales presentan grosores diferentes, aumentar en las partes menos alteradas o disminuir en aquellas con muchos disturbios, especialmente en las partes más cercanas al cerro, donde se observa una mayor concentración de lentes de arena y grava fina, producto, posiblemente, de deposición coluvial que parecen haber formado playas y que distorsionaron las capas matrices, en tanto que más lejos del cerro los suelos se muestran menos alterados porque los depósitos fueron más gruesos o profundos.

El primer estrato, descrito de arriba hacia abajo, consistió en una tierra húmeda de formación reciente, ligeramente compacta, de color café claro y que rindió escasos materiales cerámicos correspondientes al periodo Formativo y Clásico, así como artefactos modernos mezclados entre las piedras de tamaño medio y grande que se encuentran dispersas, que probablemente rodaron del cerro o fueron colocadas recientemente. Este estrato fue localizado, principalmente, en los cuadrantes B1C1 y B1C2, donde se inició la excavación, en aquellas secciones que no fueron alteradas por la actividad moderna o por el saqueo de los campesinos.

El segundo estrato consistió en un suelo arenoso de color grisáceo de textura suave, cuyo grosor fue mayor en la parte este de la excavación, próxima al cerro, y más delgado hacia el oeste, o bien no se encontró. Abajo del depósito de arena, en el cuadrante B1C2, se localizaron restos que posiblemente indiquen la presencia de un piso de piedras pequeñas hacia el extremo norte del cuadro B1C2, del cual no fue posible conocer su extensión total; en este depósito aún se continuó encontrando escasos tiestos del Clásico y algunos objetos modernos, lo que ocurría, principalmente, hacia el centro de la excavación donde el terreno había sido alterado por un camino que formó una hondonada.

El tercer estrato se encontró en casi toda la excavación de la Temporada 88, fue de textura ligeramente



compacta y de color amarillo. Esta capa se juntaba en algunas secciones directamente con el barro negro rosáceo, chicloso y suave de la capa VIIIa, que mostró muchas alteraciones en el lado este. Este depósito definitivamente corresponde al Formativo, pues proporcionó algunos tiestos así como varios elementos de esa época, destacando una ofrenda de cuchillos con mango de asfalto y dos concentraciones de lascas de obsidiana. Este estrato ya estaba descubierto en algunas partes por la erosión o la remoción moderna.

La capa negra rosácea chiclosa por lo regular sigue a la amarilla especialmente en el lado oeste del cerro, mientras que en la parte norte, cerca del nacimiento, está a flor de tierra, asociado con capas de arena y gravilla de origen coluvial, así como con la concentración de las grandes rocas que deben formar parte del lecho encontrado en el fondo de la excavación, lo cual indica un descenso pronunciado de N-S. Esta capa y la siguiente fueron designadas en el momento de la excavación como estrato VIII.

Los siguientes estratos no mostraron evidencia de fuerte ocupación, ya que únicamente se localizaron algunos elementos aislados; entre ellos, un entierro secundario, el cual consistió en una parte del cráneo, del maxilar y de la mandíbula, ubicados en el estrato negro arenoso; a esta sección la designamos como capa VI,

pero debe corresponder al barro negro rosáceo pegajoso, que más adelante llamamos capa VIIIa, sólo que en esta parte los escurrimientos cercanos de los manantiales lavaron más el barro, dándole esa textura arenosa. También localizamos en la primer temporada una vasija completa del tipo Negro Inciso, similar a lo que Coe llamó Limón Inciso.

En opinión de la arqueóloga Zurita, el color oscuro también es producto de una alta concentración de carbón, esto se confirmó cuando se sometieron a flotación varias muestras de este barro, del cual, al ser lavado, solamente quedaba una arena fina y restos de carbón; si efectivamente el barro se decoloró por la gran cantidad de materia orgánica, sólo pudo deberse a una gran quema de árboles y plantas en un lugar próximo, pues en la parte excavada no localizamos barro quemado o tierra quemada, a no ser que se haya mezclado intencionalmente el carbón para obtener ese color.

Por lo regular, a este estrato le siguió otra capa de barro de similar textura y compactación, pero con mayor humedad y cambios en el color, tornándose de una tonalidad rosácea a otra casi roja en algunas secciones, producto de la alta proporción de hematita (?). Este estrato y el anterior se interrumpieron por delgados lentes o capas de materia orgánica —semejantes al tule y pasto—, depositados de manera horizontal, como



Foto 2. Capa del suelo que posiblemente formó parte de un antiguo cauce o fondo de una poza.

si fueran acarreados por crecientes del pantano o la laguna cercana; la frecuencia del tule fue mayor hacia la parte sur de la excavación. Estos estratos de barro descansaban sobre una capa compacta, casi impermeable, consistente en un depósito de materia orgánica (posiblemente formada por zacate, hojas, ramas, etc., cuyas especies aún no tenemos identificadas), la cual varía en grosor de 3 a 10 cm y formaba una especie de alfombra que, incluso, al secarse queda como madera comprimida que se desprende o separa fácilmente, dicho estrato seguía el contorno formado por el lecho de piedras, pero se adelgaza hasta desaparecer en el cuadro B1C1, es decir, hacia el extremo sur de la excavación. Al remover este estrato las filtraciones de agua fueron abundantes.

El estrato siguiente fue el depósito de las piedras grandes que, suponemos, formaron el lecho de una poza o de un viejo cauce de arroyo, asociado con un suelo arenoso suave y de color oscuro que se encontraba en el nivel freático (ver foto 2). En este lecho fueron encontradas; de manera dispersa, varias hachas de serpentina o jadeíta, cuentas de jade, fragmentos de metales, huesos humanos y de animales, así como unos extraños objetos de madera que parecen semillas o pequeñas vasijas talladas, y concentraciones de cerámica, que por lo regular se acomodaron entre las rocas. Asociados con este depósito se localizaron, en la Temporada 88, dos bloques de la misma piedra arenisca, que muestran acanaladuras y depresiones sin un diseño definido, similares a las llamadas afiladuras de hachas como las que presentan algunos de los monumentos de San Lorenzo y Chalcatzingo.

Abajo del estrato de arena más burda, observado claramente en el lado sur y especialmente en las partes donde no había piedras, apareció un estrato de arena fina y aun dentro de ella se continuaron encontrando algunos tiestos, todos correspondientes a la época Formativa.

Fue en el estrato de barro chicloso de color rosáceo oscuro, pero intrusivas al rosado, donde se encontraron las dos primeras esculturas en la temporada pasada y las ocho de la Temporada 89. La primera, Escultura 1, se localizó a 2.10 m de profundidad, dentro de un gran bloque que se deslizó ligeramente de la esquina NW del cuadro A2C1. Consideramos que no se alteró seriamente su ubicación original, cuando mucho cinco centímetros y aunque los niveles superiores estaban alterados, tanto por el derrumbe como por los campesinos, podemos decir que la escultura fue encontrada *in situ*. La matriz donde apareció dicha pieza fue el barro negro, pero intrusivo a la capa rosada, al igual que la Escultura 2, sólo que a diferencia de la primera, ésta se localizó asociada a un amontonamiento de piedras areniscas (Elemento 15), sin un aparente acomodo, pero se pudo observar que las de arriba fueron más grandes y mucho más pequeñas las de abajo.

Entre el acumulamiento de piedras se encontraron capas o depósitos de hojas, colocadas a manera de ofrendas, de dichas hojas sólo quedaba la impresión de un color negro, observándose aún sus nervaduras. También se encontraron pequeñas concentraciones de un barro muy fino de color verduzco, que se describen adelante.

Observaciones de la estratigrafía. Temporada 1989

La capa de humus I y II, la amarilla III y parte de la café oscura arenosa (subdividida en V, VI y VII), no son claras en esta sección (cuadros A3C2, A3C1, A4C2, A2C2), pues ya se han deslavado y sólo aparecen como lentes o pequeñas porciones mezclados por la actividad reciente, especialmente al norte y oeste, los estratos VIIIa y VIIIb sí están presentes, pero son de menor espesor, sobre todo hacia la falda norte del cerro, donde el lecho de la poza o arroyo va subiéndose ligeramente.

Hacia el cerro, es decir al lado este, en algunas secciones se pueden observar los estratos de coluvión compacto de barro amarillento (III) con lentes de grava, gravilla y arena producto del deslave del cerro y que en el extremo sur se extiende cubriendo los estratos de barro negro rosáceo y rosado.

En esta sección, al estrato rosado (VIIIb) también le sigue la capa de tierra vegetal compacta (IX), que se extiende como alfombra sobre el lecho rocoso siguiendo la topografía que configura.

Después de la capa orgánica, continúa otra de una arena fina (X) mezclada en algunas partes con barro negruzco o con la tierra vegetal, éste fue el estrato que rindió mayor cantidad de material cultural, como cerámica, fragmentos de molcajetes o morteros, manos de morteros y fue el momento en el que se arrojaron o colocaron la mayoría de las hachas, así como las cuentas de jade (ver fotos 3, 4 y 5).

Asociada con la capa arenosa, especialmente en la orilla del cerro, hacia el este, se observan otros depósitos de coluvión o cascajo de gravilla y abajo de estos un barro amarillo chicloso que ya no muestra evidencia cultural, por lo que debe corresponder al tepetate. Donde aún no se encuentra esta capa es en las partes más profundas del lecho, aquí se continúan lentes de arena, que a mayor profundidad es más gruesa y pura. En el estrato X también se localizan gran cantidad de restos orgánicos bien preservados, así como ramas, hojas, troncos, raíces (ver foto 6) y semillas —algunas de coyol y otras que parecen ser de una variedad de ciruelo, cono-



Foto 3. En la capa X se encontraron hachas y tiestos.

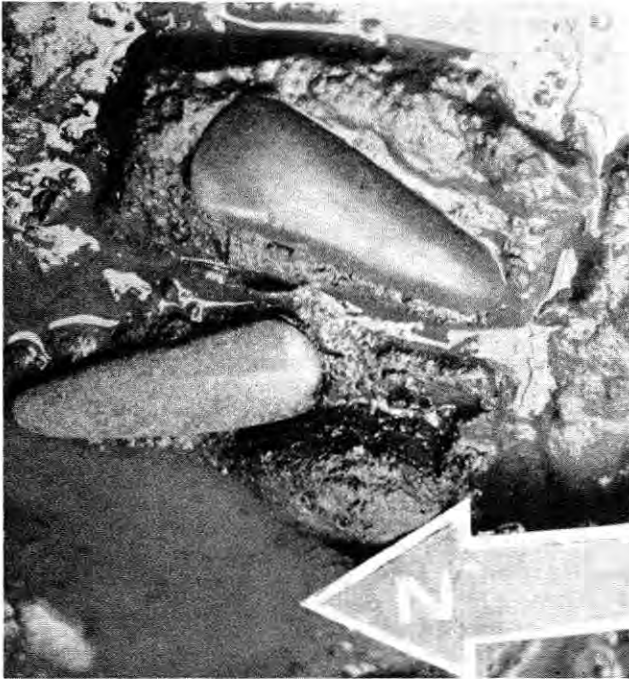


Foto 4. Hachas in situ, capa X.

cida localmente como jobo—, que se depositaron en el fondo y se fueron cubriendo con arena; la preservación de estos restos orgánicos es tal, que algunas ramas con espigas todavía conservan su punta, pudiéndose aún pinchar con ellas, su coloración es negruzca y dan la impresión de estar quemadas o fosilizadas; todas estas plantas fueron recolectadas para su posterior identificación y fechamiento (ver Perfil Estratigráfico 1).

El lecho de piedras areniscas, como se podrá observar en los perfiles, sigue un declive de norte a sur y la concentración de rocas con mayor tamaño se localizan en el extremo SW, mientras que hacia la parte norte éstas disminuyen en cantidad y tamaño, observándose incluso partes sin la presencia de ellas, sobre todo conforme va aumentando el declive del estrato arenoso (ver planta 1 y cortes A, B, C y D). Entre las rocas areniscas se encuentran 12 que muestran evidencia de trabajo



Foto 5. Hacha in situ, posiblemente arrojada como ofrenda.

humano (incluyendo las dos que se localizaron la temporada pasada), consisten en simples acanaladuras o afiladuras que no representan diseños definidos (ver foto 7), algunas de estas afiladuras son bastante angulares en forma de "V", pudiendo ajustar la punta de alguna hacha; lo que podría ser un indicador de que en esa época el lecho o poza no era muy profundo, de tal modo que los artesanos especializados en labrar las hachas se hayan podido acomodar para aprovechar tanto lo abrasivo de la piedra como la propia arena del fondo y el agua para sacar filo a las hachas, es posible que en su pulimento o acabado final se haya utilizado también la hematita especular como un abrasivo.

Las afiladuras son bastante similares a las que muestran varios monumentos de San Lorenzo, incluyendo las cabezas colosales y algunos altares.

Los elementos

Se continuó numerando los elementos siguiendo la catalogación utilizada la temporada pasada.

Elemento 15

Fue excavado parcialmente la temporada anterior y consistió en un amontonamiento de piedras areniscas, sin un aparente acomodo, sólo que en la parte inferior predominan las piedras pequeñas, mientras que las de arriba son de mayor tamaño, hasta de 50 cm de diámetro. Asociado al elemento (ya descrito con detalle en el informe de la temporada pasada) se localizó la Escultura 2, así como concentraciones o manojos de hojas, ramas y otros restos orgánicos, incluyendo huesos de animales y una gran cantidad de pigmento rojo (ver fotos 8 y 9).

En esta temporada se continuó trabajando en dicho elemento, encontrándose una prolongación de piedras pequeñas, aumentaron los manojos de hojas y atados de plantas en carrizos, apreciándose en algunos casos los restos de cuerda o cordel de dos cabos; la proporción de huesos de animales aumentó e incluyó un frag-



Foto 6. Troncos encontrados en la capa X.



Foto 7. Afiladuras en forma de "V".

mento de calota y huesos largos, todos estos restos ocurrieron de manera dispersa, no en posición anatómica, y fueron impregnados de hematita, la cual también tiñó el barro. Junto con todo ello, pero más abajo, se halló una bola de hematita como de 30 cms de diámetro, que mostró restos de cuerda de dos cabos, directamente sobre la superficie, indicando que también fue atada.

Al este del Elemento 15, el año pasado se localizaron los restos de un entierro primario de animal, cuya

estructura ósea es semejante a los encontrados en el Elemento 15. Siguiendo la orientación E-W, esta temporada se halló la Escultura 4, asociada con otro amontonamiento de piedras, similar al Elemento 15, al cual se designó como Elemento 16. Es decir, las esculturas 1, 2 y 4, así como los elementos 15 y 16, siguen un eje Este-Oeste, por lo que es probable que correspondan a



Foto 8. Impresiones de hojas.

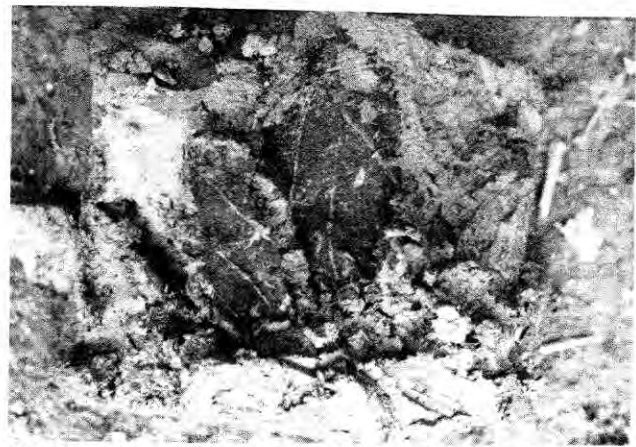


Foto 9. Junto a la Escultura 2 se encontraron manojos de hojas y otras concentraciones de origen volcánico.



Foto 10. Lugar en donde fue sepultada la Escultura 4.

una misma época de enterramiento y al mismo ritual mágico-religioso.

Elemento 16

Consistió en otra concentración de piedras areniscas que prácticamente sobresalen en la superficie actual (llegan a los 2.10 m), y son intrusivas de la capa VIIIb; fue localizado al este del Elemento 15 dentro del cuadro A2C2. Al pie de estas piedras se sepultó la Escultura 4 (ver foto 10). Si bien no se observa un acomodamiento regular como sucedió con el Elemento 15, si se repite el mismo fenómeno, las piedras más grandes se colocaron arriba y alcanzan de 50 a 70 cm de diámetro, llegando a pesar aproximadamente 100 kilos, su tamaño va disminuyendo, teniendo las de más abajo entre 10 y 20 cm; dichas piedras son intrusivas al estrato VIIIa, en corte se observa una forma semicónica, pero con sus paredes de forma irregular. La parte superior del elemento se presenta altamente alterado por actividad moderna, por el agua de los manantiales y la lluvia, que provocaron que objetos modernos se filtraran entre las rocas, tales como bolsas de plástico y pedazos de tela. Este elemento también fue alterado en su lado este por otra excavación de los campesinos, a la cual designamos como Poza Roja, nos informaron que en ese lugar

se encontraron algunas esculturas, así como los enterramientos humanos.

En la orilla oeste de lo que sería el arranque del acumulamiento de piedras se localizó la Escultura 4, cabeza abajo, casi vertical, con su rostro mirando al cerro; arriba de la escultura, entre las piedras pequeñas se encontró un cajete incompleto, un hacha petaloide y un fragmento de semilla en forma de vaina de una fruta similar al jinicuil o chalahuite, así como dos pequeñas concentraciones de barro fino verdusco.

Elemento 17

Este elemento está compuesto por un conjunto de objetos, pero integrado fundamentalmente por tres esculturas (5, 6 y 7), asociadas con material orgánico compuesto por ramas, hojas, huesos de animales dispersos y una caña trabajada o "bastón" incompleto.

Las esculturas se acomodaron formando un semicírculo, la Escultura 6 fue colocada en decúbito lateral derecho con su cabeza en dirección al cerro, pero mirando al norte, su espalda o cuerpo, sigue una orientación E-W (80 grados). Pegada a su base se colocó la Escultura 5, su cabeza estaba adosada casi al centro de la base de la Escultura 6 en ligero ángulo NE, dando forma a un semi-

circulo, también fue colocada en decúbito lateral derecho (ver foto 11). En un nivel ligeramente más bajo que estos dos bustos, se localizó la Escultura 7, ésta cerraba el semicirculo, su base pegaba con la de la Escultura 5 y su cara miraba al sur, es decir al rostro de las esculturas 5 y 6, con su cabeza en dirección al este o hacia el cerro, fue colocada en posición semilateral izquierda, el bastón fue puesto sobre su cabeza, aunque no descansaba sobre ella.

Al centro de este conjunto se colocó el cráneo de un animal, entre la cabeza de la Escultura 5 y la base de la Escultura 6 y junto a ellas pedazos de tallos o ramas similares a una caña, que los campesinos identifican como junquillo. Estas cañas fueron acomodadas cubriendo parte del cráneo y tenían además restos de cordel de dos cabos o hilos trenzados, como si hubieran sido atadas. Junto a los tallos se observaron restos de materia orgánica de hojas o manojos de plantas degradadas, de las hojas únicamente quedó la huella de un tono oscuro; pareciera que los junquillos, junto con las hojas y plantas formaron atados o manojos que fueron colocados sobre el cráneo del animal y al lado de las esculturas como parte de la ofrenda ritual.

Como ya se mencionó, la Escultura 7 fue localizada después de levantar las esculturas 5 y 6; también tuvo asociados varios huesos largos y fragmentos de cráneo de un animal aun sin identificar, similar al que estaba junto a las otras dos esculturas; sobre el pecho tenía una mayor cantidad de restos de plantas, especialmente de

hojas de las que sólo quedaba la impresión, así como restos de cordel trenzado en dos hilos, igual al localizado en los otros elementos descritos. Junto a su cuello se colocó un pendiente en forma de cuenta elaborada en asfalto, ligeramente arriba de la cabeza y alrededor de la escultura se hallaron piedrecillas de color negro de textura arenosa, pensamos que se trata de concreciones, pero no parece que hayan sido puestas intencionalmente.

La Escultura 6 aún conservaba una especie de cubierta o petate de tule que le tapaba principalmente el rostro y parte del cuerpo, con restos de cuerda, como si se hubiera atado formando un bulto mortuario semejante al trato que se le dio al entierro uno. La Escultura 5 había sido dañada con anterioridad por los campesinos, afectando su espalda y parte de la base, sin embargo, se observó materia orgánica degradada, similar al tule, sobre todo abajo de la cabeza y en su costado. La Escultura 7 también mostró indicios de materia orgánica a un lado de su cabeza, de la cara, así como sobre el pecho y además restos de cuerda o cordel trenzado.

Elemento 18

Consistió en otro amontonamiento de piedras areniscas de estructura y forma similar a los ya descritos, tampoco se observa un acomodamiento regular, pareciera que se



Foto 11. Vista de las esculturas Lulú y Chispa.

hizo el hueco y en él se arrojaron primero piedras pequeñas, que aumentan en tamaño, siendo las de arriba de mayores dimensiones. Este túmulo es de menor tamaño que los anteriores, pero parte de él fue afectado por la actividad moderna, pues sobresalía en la superficie actual (ver foto 12). También es intrusivo a la capa VIII y estuvo asociado a las esculturas 8 y 9.

Estas esculturas no mostraron otros objetos asociados ni evidencia de cuerdas, restos óseos o manojos de plantas, pero sí hay coincidencia en la presencia de una cama o cubierta de tule y tallos.

También se encontró asociado a dicho elemento (túmulo y esculturas) un cajete de paredes rectas divergentes de baja altura y cubierto con un engobe blanco que corresponde al tipo *Mina white* de San Lorenzo (Coe y Dhiel, 1980: 177), que fue colocado casi al arranque.

La escultura 8 fue sepultada en decúbito lateral derecho, con su cabeza orientada al oeste, mirando al sur, mientras que la Escultura 9 fue colocada boca abajo; es decir, en decúbito ventral con la cabeza orientada al oeste y su base al este.

Es bastante probable que exista una relación estrecha entre este elemento y la presencia de un "bastón de mando", que fue catalogado como Objeto Especial 2. Se localizó entre el conjunto de tres esculturas (5, 6 y 7) y el que ahora se describe, pero más próximo a las esculturas 8 y 9.



Foto 12. La parte superior de este túmulo fue afectada por la actividad moderna.

Elemento 19

También fue considerado como elemento un conjunto de ocho hachas que fueron ofrendadas, cuatro de ellas en pares, tres juntas y una más separada, pero todas en un área relativamente pequeña, dando la idea de que su acomodo se efectuó de manera simultánea; en este caso pareciera que sí fueron enterradas y acomodadas, ya que hay relación tanto en su posición (punta y talón), como en cantidad, es decir, dos conjuntos de dos, un conjunto de tres y otra aislada. Este conjunto de ocho hachas fue localizado en el estrato IX, pero algunas son intrusivas al X.

Los dos primeros pares tienen un excelente acabado, perfectamente pulidas, al grado de reflejar imagen y elaboradas en un material verde claro, que debe ser nefrita o jadeita. El conjunto de tres son de un material calizo y una de ellas en mal estado de preservación, mientras que la aislada parece ser granito o basalto, pero de excelente pulimento.

Elemento 20

Consistió en un conjunto de cuatro hachas; tres de ellas se encontraron una sobre otra, dentro del estrato orgánico (IX) y la última ligeramente separada y es intrusiva a la capa arenosa (X). El conjunto de tres, tienen su filo orientado al noroeste, mientras que la aislada apunta en dirección contraria. Se depositaron en el declive o pendiente que corre de norte a sur, en la parte donde no se concentran las rocas y debió pasar una suave corriente que desembocaba en el lecho más profundo.

Elemento 21

Corresponde al conjunto de tres bolas de hule de diferente tamaño, una mide 12 cm, de diámetro; otra 8 cm, y



Foto 13. Tres bolas de hule, localizados en el sitio, forman el denominado Elemento 21.

la tercera, 13 cm (ver foto 13). Se colocaron en forma alineada en dirección noreste (55 grados).

Se localizaron asentadas sobre la capa IX, pero dentro del barro rosado VIIIb, observándose pequeñas lenticulas de materia orgánica. Parece que se ofrendaron en forma aislada, los elementos más próximos son el 15 y el 18 formando un eje Noreste-Suroeste. El elemento 16 se encuentra al sureste y más al sur tenemos la Escultura 4, más o menos a 10 cm sobre el nivel de las bolas de hule.

Objetos especiales

Varios artefactos por su importancia fueron considerados como tales.

Objeto Especial 1

Consistió, en parte, de un conjunto de amarres o cuerda anudado que sostenía un manojó de hojas asociadas al Elemento 15; de los tres amarres que se observaron, dos eran torcidos de dos cabos y el otro de tres.



Foto 14. Báculo o bastón de mando, su pico está representado por un diente de tiburón.



Foto 15. Bastón de mando, luego de completada su excavación.

Objeto Especial 2

Corresponde a un báculo o bastón de mando labrado en madera, mide 1.10 m de largo y 2.5 cm de diámetro en su parte más angosta y 3.5 cm en la más ancha, y es de corte transversal cilíndrico. Lo que sería el mango o empuñadura es más grueso, su extremo remata en un ovoide, similar a la cabeza de un ave y lo que correspondería al pico está representado por la incrustación de diente de tiburón (ver fotos 14 y 15). Se localizó entre la capa IX y X, la parte superior descansaba sobre el estrato de materia orgánica (IX), mientras que la punta en la capa arenosa (X). Este bastón abarcó parte de los cuadros A3C2 y A4C2, orientado con una desviación de 5 grados del Norte magnético, casi en medio del conjunto de tres esculturas (Elemento 17) y del de dos (Elemento 18), como separando ambos conjuntos, sin embargo, estaba más cerca de este último.

Es posible, entonces, que haya sido colocado en el mismo momento que se sepultaron ambos conjuntos y que, por tanto, forme parte del mismo complejo ceremonial.

Una característica especial de este bastón, además de su particular forma, es que se pintó de un color rojo-naranja; al momento de su descubrimiento aún mantenía un brillo como de esmalte, dicha coloración se observó con más claridad en la parte superior o empu-



Foto 16. Plato bicromo de paredes rectas divergentes y fondo plano.

ñadura y se prolongaba hasta casi la mitad, no se limpió totalmente, ya que parte de él se encontró en el estrato arenoso y se formaron concreciones, que cuando se intentó remover la tierra, también se desprendían partes de la pintura. Es posible, además, que tenga grabados en relieve, pero no lo sabremos hasta que se limpie totalmente, esa tarea será responsabilidad de los restauradores del INAH. Tenemos la esperanza que el proceso de consolidación no destruya la pintura.

Objeto Especial 3

Es también un bastón o báculo labrado en madera, pero de forma y acabado diferente al antes descrito, su

empuñadura tiene forma semicilíndrica y su punta es lanceolada prismática, de corte irregular. Cuando los campesinos hicieron la excavación de la Poza Roja destruyeron una parte de este elemento, pues no fue hallado en el proceso de excavación, sino que sobresalía en el perfil de la pared sur de la Poza Roja, que se encuentra ubicada justamente en el arranque del cerro. Se rescató para evitar que se perdiera. Los campesinos informaron haber encontrado varias esculturas y restos óseos humanos al momento de construir la Poza Roja.

Este bastón parece formar parte del Elemento 16 en su extremo este, y está colocado siguiendo un eje Este-Oeste con las esculturas 1, 2 y 4, así como con el Entierro 2. Es similar a los que se encontraron asociados con la Escultura 1 y con el conjunto formado por las esculturas 5, 6 y 7.

Tomando en cuenta los datos antes mencionados y los que informan los campesinos, es probable que el bastón haya estado asociado con otro conjunto de esculturas, que quizá sean las que ellos removieron o bien con otras que aún permanezcan *in situ*. Esta sección no fue excavada por falta de tiempo.

Objeto Especial 4

Se trata de un plato bicromo por cocción diferencial, de paredes rectas divergentes con el fondo plano (ver foto 16) se encontró roto, pero completo. Se localizó en el cuadro A3C2, a una profundidad de 2.73 m, depositado sobre la capa de arena (X); arriba, pero a un costado, se halló el Elemento 18, integrado por el amontonamiento de piedras y el conjunto de esculturas 8 y 9.

Objeto Especial 5

Comprende un conjunto de 69 cuentas de jadeíta y serpentina de variadas dimensiones y acabados, su cantidad indica que deben pertenecer a por lo menos dos sartales o collares, que se arrojaron como ofrenda al agua, al igual que las hachas. Estas cuentas deben formar parte del mismo conjunto de 56 que fueron rescatadas la temporada pasada. Algunas de ellas se encontraron dispersas abarcando parte de los cuadros A1C2, A1C1, B1C2 y B1C1, pero la mayoría estaban concentradas entre las raíces de un árbol antiguo, alrededor y debajo de una gran piedra arenisca; descansaban en la capa X entre la grava y arena que se encuentra sobre el estrato de barro amarillo chiclosos estéril.

Asociada a las cuentas, se localizó un fragmento de figurilla en barro (Objeto Especial 6). Es del tipo "Cara de niño", pero sólida; muestra deformación del cráneo, a la altura de las orejas se efectuaron unos cortes en ángulo en ambos lados después de la cocción, indicando que esta pieza fue reusada y que aparentemente se utilizó como pendiente o pectoral, quizá formando parte de alguno de los collares que se arrojaron en la poza ya alrededor de ella se encontraron cuentas de piedra verde (ver foto 17).



Foto 17. Fragmento de figurilla del tipo "Cara de niño".

En esta sección, también se localizaron varios fragmentos de lo que en un principio identificamos como barro sobrecocido, ya que su textura es similar a la escoria que se forma en los hornos que alcanzan altas temperaturas, llegando al punto de la vitrificación. Sin embargo, al observarlas en el laboratorio, pudimos darnos cuenta que más bien deben corresponder a "estalactitas" que se formaron por la filtración de agua en un espacio abierto o cueva originando concreciones arenosas que por la acción del agua semejan gotas. De ser cierta nuestra última observación, nos estaría indicando la presencia cercana de una cueva o bien de un abrigo rocoso.

Las esculturas: descripción morfológica

Ya describimos el contexto en el cual fueron encontrados estos extraordinarios bustos en madera, sin embargo, cabe ahora presentar una descripción preliminar de cada uno de ellos, ya que esto también nos deberá ayudar a encontrar explicaciones sobre la función de este singular ritual que formó parte de una importante actividad religiosa y social de este grupo. Cabe aclarar que el estudio estilístico, con un enfoque desde el punto de vista formal de la historia del arte, aún no se ha podido efectuar, ya que nos faltan datos particulares de las piezas, que no fue posible obtener por la fragilidad de las mismas y por su difícil manipulación o manejo. Esa tarea se deberá efectuar con toda paciencia cuando las esculturas hayan sido restauradas y consolidadas, y puedan manejarse sin correr el riesgo de dañarlas.

Escultura 3, Negro

Esta pieza fue la primera que encontramos durante la Temporada 89. Se localizó en el cuadro A3C2, casi en la superficie. Se trata de un fragmento de escultura, que

corresponde a la cabeza de un busto bastante dañado; se halló con el rostro hacia abajo y entre una porción de tierra removida, por lo que en un principio pensamos que se trataba sólo de un fragmento de madera reciente, sin embargo, después de limpiarlo, pudimos apreciar que se trataba de un madero labrado y que aún conservaba parte de las facciones de un rostro humano, aunque muy erosionado, pero distinguiéndose todavía los rasgos faciales. La mitad derecha se encuentra bastante dañada, así como la parte posterior. Tiene una altura de 24 centímetros.

La forma del rostro se ajusta al estilo del resto de las esculturas. Sus ojos fueron indicados por incisiones inclinadas para obtener cavidades rasgadas; lo que se conserva de la nariz nos indica que fue de forma ancha

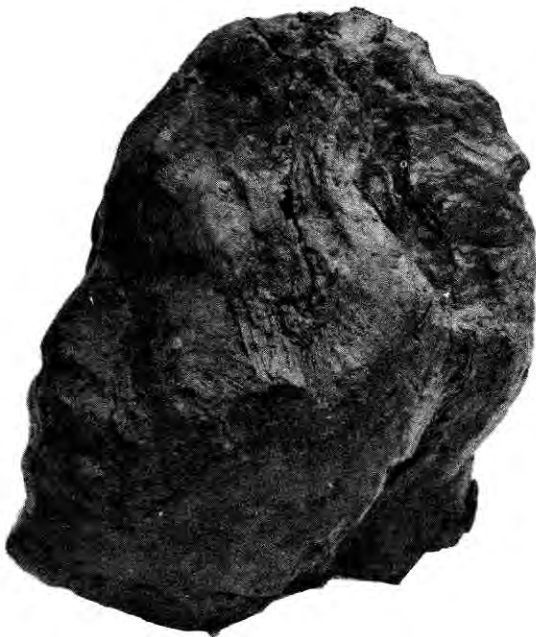


Foto 18. Cabeza de la Escultura 3.

con los labios gruesos y bien representados, su mentón está bien delineado y por su prolongación se podría pensar que representaron un personaje barbado. Tiene los pómulos ligeramente abotagados o sobresalientes. En lo general da la impresión de un personaje de rasgos negroides, que se pueden apreciar con más facilidad en una vista de perfil. Su cráneo es de forma redonda, es posible que si se haya indicado deformación, sin em-

triangular, pero con un perfil recto; su boca es grande bargo, por el grado de deterioro ya no se puede observar con claridad (ver foto 18).

Escultura 4, Toño

Fue encontrada cabeza abajo, casi verticalmente. Es la primer escultura que se ha localizado en esta peculiar posición y desconocemos por ahora la razón (ver foto 19). Tiene una altura de 47 cm; el ancho de su base es 22 cm y el de los hombros, de 21 centímetros.

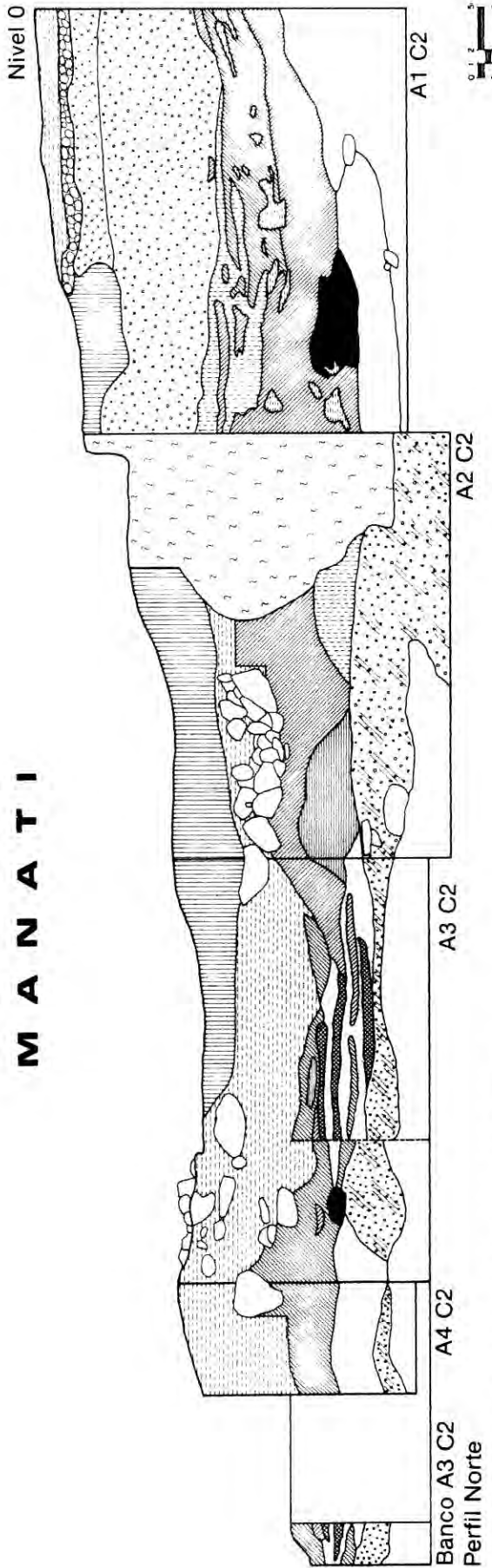
Se trata, al igual que el resto de las esculturas, del



Foto 19. Escultura 4, colocada cabeza abajo.

busto de un personaje, en este caso de sexo masculino, inferimos esto ya que muestra un pecho plano, a diferencia de las que hemos identificado tentativamente como femeninas, por tener delineados ligeros pechos sobresalientes. La cabeza y el tronco fueron labrados a la altura de la cintura; carece de brazos, sólo se representó parte del hombro o del arranque de ellos. Por lo tanto, lo importante en estas representaciones no fue en realidad

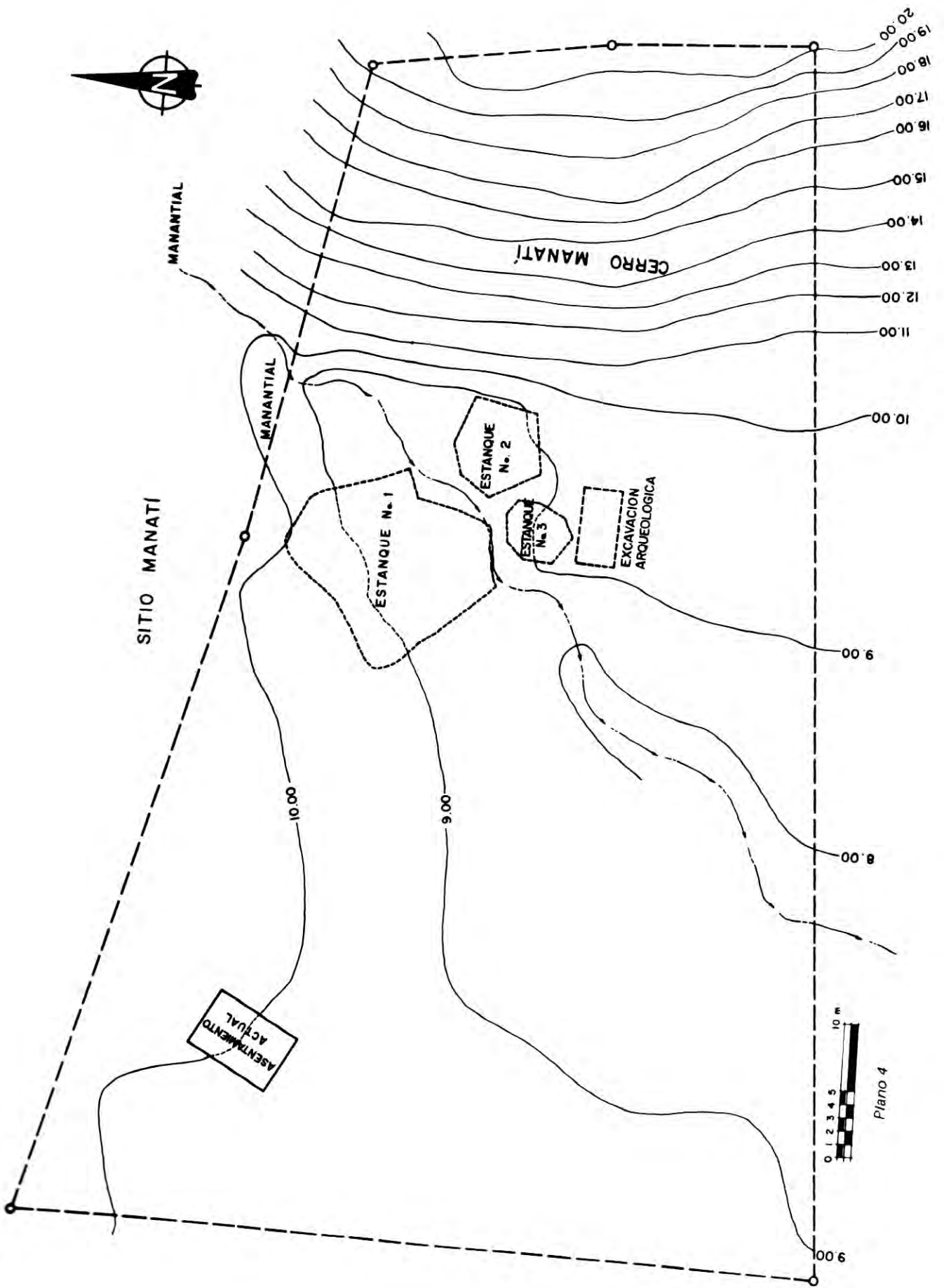
M A N A T I



- ▨ Capa III barro amarillento con gravilla
- ▩ Piedras Elemento 4
- ▨ Tierra negra compacta Capa IV
- ▨ Grava depósito coluvial de color amarillento Capa V
- ▨ Arena amarilla Capa VI y VII
- ▨ Barro consistencia húmeda y chiclosa de color negro rosado Capa VIIa
- ▨ Barro consistencia húmeda y chiclosa de color rosado Capa VIIb
- ▨ Lentes de materia orgánica (parte de la Capa IX)
- ▨ Arena suelta fina Capa X
- ▨ Grava Capa XI
- ▨ Tepetate Capa XII
- ▨ Lentes de gravilla
- ▨ Lentes de arena blanca
- ▨ Barro rosado con arena
- ▨ Relleno
- ▨ Derrumbe
- ⊙ Piedra

Plano 3

Proyecto Arqueológico Manati 89
 Sitio El Manati
 Perfil Este
 Cuadro: A1, 2, 3, 4 - C2
 Resp.: Ponciano Ortiz y Carmen Rodríguez
 Levantaron: Lourdes Hernández y Alfredo R. S. "El Guero"
 Dibujo: Lourdes Hernández
 Esc.: 1:20



el cuerpo, sino el rostro, el cual siempre recibió un esmerado cuidado.

En el caso de esta escultura, se observa que la cabeza y el rostro son de forma rectangular y lo que corresponde al torso o cuerpo afecta la forma de un trapecio; su base, circular, es bastante ancha, lo cual obedece definitivamente a una búsqueda del equilibrio de la pieza, ya que la cabeza tiene casi el mismo largo que el cuerpo, sino se le hubiera dado esa anchura a la base, el peso de inclinación de la cabeza no hubiera permitido que se equilibrara. Lo que se observa, entonces, en esta pieza y las otras, es una búsqueda de proporción entre cabeza y tórax, de tal modo que pudieran colocarse asentadas sobre su base; es decir, para ser observadas de frente, quizá sobre un altar, si es que cumplieron una función adoratoria antes de ser sepultadas, por los datos obtenidos pensamos que debió ser lo más probable.

La base de esta escultura, como algunas de las otras que se describirán, remata con un ligero reborde no mayor de dos centímetros, que por lo general corta a la altura de la cadera.

La pieza, vista de frente, muestra la cabeza redondeada, aparentemente no presenta deformación del cráneo, no hay indicaciones de cabello por lo que es de suponerse que se trata de un individuo rapado. Sus ojos

parecen estar entrecerrados y tienen una forma oblicua, los párpados superior e inferior fueron bien indicados los pliegues del entrecejo están presentes, pero son suaves (ver foto 20).

Su nariz es chata y bastante ancha, el labio superior es excesivamente grueso y tiene las comisuras dobladas hacia abajo, el labio inferior es más delgado, lográndose el efecto de una boca entrecerrada. Su mentón está bien representado. Sus orejas fueron indicadas por un rectángulo vertical al rostro, pero apenas sobresalen.

El cuello es corto, se podría decir que carece de él, pues el mentón descansa casi directamente sobre el pecho.

Vista de perfil, su cabeza muestra una ligera inclinación hacia el frente, que contrasta con el pecho plano. La representación del torso en este caso es muy corto, el diámetro de la base es mucho mayor que el ancho del pecho a diferencia de las otras piezas, por lo que se observa una mayor desproporción.

Al igual que todo el resto de las esculturas, no se representaron los brazos, sino únicamente parte del arranque de los hombros y tampoco se observan huellas de que hayan estado articulados.

En lo general, el rostro de esta escultura nos da la idea de un personaje de rasgos toscos, severos y de una actitud adusta. Su acabado parece burdo, aún se notan las huellas o cortes del instrumento, que no se limaron o borraron.



Foto 20. Vista de frente de la Escultura 4. Muestra el cráneo rapado y los ojos rasgados.

Escultura 5

Como ya se mencionó, este personaje fue sepultado junto con otros dos formando un conjunto. Por el grado de deterioro sólo obtuvimos su altura, mide 42 cm. También es un busto con cabeza y tronco, sin extremidades.

Aparentemente, se trata de la representación de una mujer, a juzgar por las ligeras prominencias de su pecho, que pensamos deben ser la indicación de los senos de una jovencita púber. Por supuesto, no descartamos la posibilidad de que en realidad se trate de un hombre musculoso con pechos desarrollados.

Lamentablemente, esta pieza fue afectada seriamente en la parte posterior de la cabeza, espalda y base por los campesinos al momento de excavar la Poza Grande, se encontró prácticamente a la orilla, por fortuna no sufrió daños serios en su parte frontal, incluyendo el rostro.

Al igual que todas las piezas, lo importante en ella fue la representación del rostro y también la búsqueda de un equilibrio entre cabeza, tronco y base, de tal modo que pudiera mantenerse erecta o vertical y mostrarse de ese modo (ver foto 21).

La cabeza y rostro son, también, de forma rectangular: la frente es amplia y alargada, con el cráneo rapado, pues no hay representación del cabello.

Sus ojos son oblicuos entrecerrados, de apariencia mongólica; los párpados están bien marcados, así como los pliegues del entrecejo; la nariz es larga y angosta, con cierta tendencia a ser aguileña, sus labios son gruesos, pero no exageradamente, también tiene las comi-



Foto 21. En la Escultura 5 el tallador buscó equilibrar la cabeza, el tronco y la base.

suras hacia abajo y la boca entrecerrada, pero sin llegar a mostrar los dientes, su mentón es ligeramente sobresaliente y no está pegada al pecho —como en la Escultura 4. Sus orejas están insinuadas por un rectángulo alargado vertical que sobresale ligeramente.

El tronco, a partir de la espalda, tiene casi el mismo largo que la cabeza, es de forma trapezoidal, pero menos pronunciado que el de la Escultura 4, pues su base no es tan ancha, se presenta más o menos proporcional al ancho de la espalda, por lo que mantiene un buen equilibrio. Vista de perfil se nota con mayor claridad la deformación del cráneo, sus ojos entrecerrados y abotagados, su nariz medio aguileña, los labios gruesos semiabiertos y el mentón bien representado.

En lo general, esta pieza da la impresión de una obra en la que los escultores se esmeraron cuidando los detalles, obteniendo un excelente acabado y una armonía y proporción en todos sus rasgos faciales, no se observan en el rostro las huellas de los cortes del instrumento que en la Escultura 4 aún se aprecian, es posible que su pulido se haya logrado con arenas frotadas con textil o utilizando un cuero suave.

Por su físico, da la impresión de que se trató de representar a una mujer joven, robusta, sin llegar a ser obesa, cuyas mejillas están bien indicadas pero no son

salientes, sus rasgos son finos y su rostro sugiere una actitud serena, casi de meditación.

Esta escultura, al igual que cada una de las rescatadas, muestra una individualidad, lo cual podría indicar que, a la misma vez que se buscó representar un estereotipo étnico, cuyos rasgos fundamentales son similares, también se deseó caracterizar una personalidad singular, como si se tratara de retratos de individuos o personas quienes debieron cumplir un importante rol dentro de su comunidad y, por ello, se debía rendir culto a su memoria.

Escultura 6

Formaba un conjunto con las esculturas 5 y 7, acomodadas en un semicírculo, miraba al Norte, con la cabeza orientada al Este; es decir, hacia el cerro. Esta es una de las esculturas cuyo rostro y expresión difiere del resto que hemos encontrado *in situ*. Tiene una altura de 47.5 cm; 22 de ancho en la base y 20 cm de ancho en los hombros.

Esta escultura, vista de frente, afecta la forma de un triángulo alargado, su cráneo muestra deformación bien acentuada, incluso con hendidura en las sienas o parietales y cráneo muy alargado. No hay representación del cabello, por lo que se trata de un individuo rapado. Sin embargo, su rostro muestra una marcada deformación, que a primera vista pareciera intencional, pues aparentemente no fue producto de un aplastamiento por el peso de la tierra sobre ella o por cualquier otro accidente natural postenterramiento; dicha deformación afectó, principalmente, la parte izquierda de su rostro, acentuándose en el ojo, ceja y parte del cráneo en su parietal izquierdo, que se ve bastante hendido presentando un rostro distorsionado (ver foto 22).

Sus ojos fueron delineados por leves cortes oblicuos mongoloides, característica claramente observable en el ojo derecho, el izquierdo se ve deforme, pero también es oblicuo, aunque con una mayor inclinación; sus párpados son muy abotagados, su ceja es alta, principalmente la izquierda. Fuera de esta deformación, el resto de sus rasgos son perfectos.

Su nariz es completamente diferente a la de las otras esculturas, es afilada de perfil recto, muestra indicación de las fosas. Su boca es pequeña, aunque de labios gruesos, especialmente el superior, el cual también tiene las comisuras caídas o dobladas hacia abajo. Su mentón está perfectamente logrado y proporcionado con todo el rostro.

Este es uno de los bustos cuya cabeza se desprende más del cuerpo, mediante la representación del cuello que, aunque corto, está denotado.

El tronco también es de forma trapezoidal, tiene una mayor altura que el tamaño de la cabeza y su base es más ancha que la espalda, por lo que se obtuvo un mejor equilibrio, a pesar de que el ancho de su cabeza es mayor que el pecho. El corte de los brazos no es simétrico, se ve más alto el izquierdo que el derecho.

En el pecho muestra una hendidura central, que da el efecto de pequeños senos, por lo que ahora pensamos se trata de la representación de una mujer. Sus brazos

no fueron labrados, sólo una pequeña parte de los hombros, al igual que todas las piezas talladas en madera del Manatí.

Su lado izquierdo está un tanto desproporcionado, su cabeza muestra una ligera inclinación a la derecha, aunque quizá esto sea accidental, debido a una hendidura o ligera rajadura que presenta en el cuello.

Vista de perfil, la escultura es rectangular, con deformación del cráneo en forma de pera o aguacate; de frente recta y con la parte posterior del cráneo hendido y alargado; sus ojos son mongoloides, semiabiertos, como escrutando o buscando algo, también con el párpado inferior abotagado; el perfil de la nariz es recto y afilado con las fosas nasales indicadas, ésta es una clara diferencia con el resto de las piezas. El labio superior es grueso, más sobresaliente que el inferior, lográndose el efecto de una boca entrecerrada, su mentón es ligeramente sobresaliente, sus mejillas o pómulos están bien indicados; aunque el cuello es corto, la cabeza y el mentón no descansan directamente sobre el pecho.

Su tórax es saliente, lo que da la idea de pequeños senos, el cuerpo se va ensanchando hacia la base, arranca a la altura de donde estaría el ombligo; de perfil; se puede notar con mayor claridad que es mucho más angosto el pecho que la base.

El acabado de esta pieza también fue cuidadoso, todos los rasgos del rostro fueron bien logrados, sin des-



Foto 22. Una de las características de la Escultura 6 es la bien acentuada deformación craneal.

cuidar detalles, incluyendo los párpados, fosas nasales y mejillas; la deformación del cráneo es bastante notable. Esta es, quizá, una de las esculturas proveniente del contexto que muestran un mejor acabado, aunque en la frente y parte del ojo derecho, especialmente en la ceja, se notan pequeños cortes del instrumento, que no se lograron borrar totalmente. Si bien, a primera vista, como dijimos antes, esta pieza nos da la impresión de haber representado una persona con deformación facial, quizá se deba a las características de la materia prima que se utilizó para labrarla; si uno observa con cuidado su ojo, a la altura de la ceja y frente, se podrá notar que el escultor se topó con el nudo de una rama, como se sabe, éstas son más difíciles de desbastar, por su dureza; así que, tal vez, esto explique su apariencia deforme, sin embargo, hasta que dicho busto se pueda manejar con mayor detalle, se podrá saber con certeza este aspecto de su manufactura.

Parte del rostro fue pintado de color rojo a base de hematita, abarca parte de las mejillas de lado a lado, así como la boca, a semejanza de una máscara bucal, esta decoración también fue observada en las esculturas 1 y 2, al igual que en otras figuras que nos entregaron los campesinos.

Escultura 7

Formó parte del conjunto de tres bustos acomodados en semicírculo; asociada con restos óseos de animales, atados de manojos de hojas y plantas, aunque depositada en un nivel ligeramente más bajo. Esta escultura miraba hacia el este, con la cabeza orientada al norte. Mide 43 cm de altura y el ancho de su base 22; el ancho de los hombros es de 20 centímetros.

La cara y cabeza —vistas de frente—, tienen la forma de un ovoide. La cabeza tiene deformación craneal similar a las piezas anteriores, no hay representación de cabello, por lo que se supone se trata de un individuo rapado (ver foto 23).

Los ojos son oblicuos o mongoloides, semiabiertos y bien trazados, denotándose perfectamente su cuenca; aunque no hay representación de la pupila. Los párpados son abotagados, tanto el superior como el inferior; el entrecejo está remarcado obteniéndose una mirada seria, adusta, escrutadora. Su nariz es ancha, recta, pero chata. La boca es grande y de labios gruesos, especialmente el superior, que tiene la comisura hacia abajo. Los pliegues de la mejilla y labios están bien marcados, por lo que se obtuvo una expresión bucal y facial de suma seriedad, casi de enojo. El mentón es redondeado, pero no prominente. Los pómulos o mejillas fueron bien representadas. Las orejas están indicadas por un rectángulo alargado y son simétricas. Todo parece señalar que se trata de la representación de un tipo robusto, sin llegar a ser obeso.

Su tronco también tiene la forma de un trapecio, por lo ancho de su base y el adelgazamiento de la cintura; su espalda y hombros son casi del mismo ancho que la base; la altura del tronco del cuello a la base es mayor que el de la cabeza, lo que da a la pieza una buena proporción y una posición de mejor equilibrio.



Foto 23. La Escultura 7 no mostró deformación del cráneo. Al parecer se trató de representar un individuo obeso.

Al igual que en las otras esculturas, no fueron representados los brazos, únicamente los hombros.

En esta escultura, vista de perfil, se nota con mayor claridad la deformación del cráneo; sus ojos abotagados, la nariz ancha y sus labios gruesos; el cuello, aunque también es corto, se desprende más del tronco que las otras piezas, lográndose una mejor proporción. El pecho es recto y con un adelgazamiento a la altura de la cintura, que se va ensanchando para dar forma a la base circular, cuyo diámetro es casi igual al de la espalda.

En esta pieza, también se logró un excelente acabado, todos los rasgos del rostro fueron bien terminados, no se observan distorsiones; se nota simetría en sus ojos, nariz y boca. Todas las facciones de la cara fueron perfectamente acabadas y pulidas, no hay muestras claras de los cortes o navajazos que deja, por lo regular, el instrumento, por lo que se le debió pulir, como en el caso de las otras, utilizando arenas finas, frotando con un textil o un fragmento de cuero suave.

La escultura guarda, en lo general, una semejanza formal en sus rasgos con las otras piezas, pero en los detalles de su cara; ojos, nariz, boca y expresión, se logró obtener una especial personalidad, la de un personaje en actitud de meditación, de rostro adusto y serio.

Escultura 8

Como ya se mencionó, este personaje se encontró asociado a la Escultura 9 y al Elemento 18. Al igual que todos los anteriores, se trata de un busto en el que se representó el rostro y el tronco, no así las extremidades superiores. Mide 47 cm de altura; 22 en el ancho de la base, y en el de los hombros o espalda 21 centímetros.

Tanto el rostro como la cabeza son de forma ovoide, más angular hacia el mentón y ancho al extremo de la cabeza, mientras que el tronco, labrado a la altura de la cadera, presenta la forma de un trapecio.

Visto de frente, el rostro, aunque de estilo similar a las otras esculturas, conserva su individualidad; sus ojos son rasgados, los párpados están bien definidos y fueron delineados por un abotagamiento ligero, sobre todo el inferior. La nariz, de forma triangular, es ancha y chata, con las fosas indicadas. La boca se esculpió con las comisuras hacia abajo, y tiene los labios gruesos, parece como si estuvieran entreabiertos. El mentón es redondeado y bien definido.

La cabeza se representó sin cabello, al igual que todas las otras se trata de personajes rapados. El cuello es corto, casi pegado al torso.

A pesar de que los hombros no fueron tallados simétricamente, muestra equilibrio entre la proporción de la cabeza y el torso, que es de mayor altura.

De perfil, se puede observar que la escultura tiene el cráneo deformado, su nariz es corta y recta, y el labio superior es más grueso que el inferior. Las orejas se representaron con el pabellón, no como en los demás bustos, en los que se tallaron de forma rectangular.

El pecho es plano y tiene un leve ensanchamiento a partir de la cintura, que remata en un ligero reborde de la base circular.

En lo general, podemos señalar que en esta obra, aunque no se aprecia la perfección y el detalle que tienen algunas de las otras esculturas, estéticamente es armónica. Físicamente da la impresión de que se trató de representar a un individuo joven de complexión esbelta.

Escultura 9

Al igual que todas las anteriores, se trata de un busto con el rostro y el torso a la altura de la cadera, también carece de brazos. Mide 48 cm de altura, 23 en el ancho de la base, y en el de los hombros 23 centímetros.

Su rostro, de frente, muestra forma rectangular; sus ojos fueron indicados por incisiones en forma de media luna, por lo que dan la impresión de estar semiabiertos; los párpados también se representaron mediante abotagamientos leves. Los pliegues del entrecejo están bien marcados. Su nariz es triangular, bastante ancha con las fosas indicadas. Su boca es grande, con labios gruesos y caídos hacia los lados. El mentón es redondeado y ligeramente prominente.

Su cuello es corto y muy pegado al pecho, aunque su barbilla no descansa sobre él.

El torso es de forma trapezoidal; es decir, más angosto a la altura de las axilas, con un ensanchamiento progresivo hasta la altura de la cintura, rematando en una base plana circular, con un ligero reborde.

Vista de perfil, se nota la cabeza alargada, indicando deformación; su nariz ancha, de perfil recto y con su labio superior prominente y el inferior más delgado. Su mentón es proporcional al rostro. Sus orejas, al igual que en las otras esculturas, fueron señaladas por un rectángulo, aunque en este caso es más angosto.

En las mejillas se observan cortes angulares, como si no se hubieran borrado bien las huellas del instrumento. Su pecho es plano, por lo cual se piensa se trata de un individuo de sexo masculino.

El torso tiene una mayor altura que la cabeza y la base es más ancha que los hombros. Sin embargo, sí se logró un equilibrio tanto anatómico como estilístico.

Escultura 10

Aunque se trata de un busto, esta escultura, en su conjunto, es distinta, ya que fue labrada en una tabla que no debió tener más de 6 cm de espesor. Se encontró en muy mal estado de conservación, rota en el cuello y con varios desprendimientos en los hombros. Mide 41 cm de altura; de ancho en la base, 27; de espesor en la cabeza, 5; y de espesor en la base tres centímetros.

De frente, el rostro es ovoide y a causa de la erosión ha perdido casi todos sus rasgos. De los ojos, únicamente se observan los indicios de las oquedades y los párpados. La nariz en una ligera prominencia de forma triangular. No se distinguen los labios, el mentón está parcialmente destruido.

No tiene cuello, el tronco se representó hasta la mitad del pecho y no se aprecia el muñón de los brazos, como en las demás esculturas.

Discusión

Es de todos conocido que una de las áreas más importantes de asentamiento de la llamada Cultura Olmeca, se ubica en el sur de Veracruz, especialmente, en la región de Los Tuxtlas y en la cuenca baja del río Coatzacoalcos, incluyendo parte de Tabasco. Uno de los centros más cercanos a nuestra área de estudio y que ha sido excavado con mayor detalle es San Lorenzo Tenochtitlan (Stirling, 1943, 1955; Coe y Diehl, 1980; Beverido, 1972; Brüggemann, 1970). El otro, ubicado en el pie de monte de la Sierra de Los Tuxtlas, es Laguna de los Cerros, importante asentamiento que tuvo ocupación olmeca contemporánea al sitio anterior y que fuera estudiado por Medellín Zenil en los años sesenta (1960, 1971), por Bove (1978) y por Ortiz (1986). Tres Zapotes, en la región de Los Tuxtlas, Ver., también aportó importantes datos sobre el desarrollo de esta cultura (Drucker, 1943; Weiant, 1943; Ortiz, 1975) y habría que mencionar los trabajos efectuados en La Venta, que aunque un poco más alejada, nos ha aportado una gran cantidad de información sobre esa sociedad (Drucker *et al.*, 1959), y las recientes investigaciones de González. Con todo, es fácil observar que el estudio de la proble-

mática olmeca en esta región no ha sido del todo continua, pues se ha visto interrumpida durante varias décadas.

Por otro lado, la mayoría de las investigaciones en torno a lo olmeca, han centrado sus esfuerzos en tratar de caracterizar algunos de los aspectos más relevantes de esta sociedad, sobre todo, aquellos más ligados con las manifestaciones de la élite. Dichas investigaciones han puesto un especial interés en el estudio de sus objetos suntuosos, monumentales o portátiles, tales como escultura monolítica (cabezas colosales, estelas, altares, etc.) u objetos labrados en jade (hachas, figurillas, cuentas, etc.) (Covarrubias, 1946, 1957; Piña, 1955; Fuente de la, 1975, 1977; Bernal, 1969)

Es cierto que gracias a estos estudios se ha logrado obtener importante información sobre sus redes de intercambio comercial y de sus influencias en otras regiones, esto nos ha permitido especular sobre sus sistemas de contacto y las condiciones que permitieron que los olmecas logaran integrar una sólida estructura de poder; los enfoques dados a los estudios, principalmente de la cerámica, han facilitado avances significativos en el establecimiento de cronologías y secuencias culturales.

No obstante esto, consideramos que es preciso efectuar trabajos sobre otros aspectos más específicos, tales como estudios sobre los patrones de asentamiento, la organización espacial de sus casas habitación, de sus lugares públicos, privados y sagrados, de sus áreas especializadas de actividad, de los recursos naturales de que dispusieron, etc., que nos permitan comprender mejor su organización política, económica y religiosa.

El Proyecto Manatí intenta obtener información sobre algunos aspectos específicos, como la ideología religiosa, ligada al culto de los elementos naturales; sobre el uso diacrónico que se dio al espacio; tipo de patrón de asentamiento y la organización de sus habitats domésticos, especialmente en un asentamiento en donde los datos preliminares indican que se trataba de una comunidad rural aldeana.

Parece que la etapa más antigua de ocupación en el cerro Manatí corresponde al Formativo Medio y es contemporánea a la fase Nacaste de San Lorenzo, a juzgar por los materiales cerámicos. Actualmente, contamos con una fecha de carbono 14, obtenida de una muestra de madera de la Escultura 2, que dio 2290 ± 150 ; es decir, que data alrededor de 1000 a.C. Durante este tiempo, quizá existió un pequeño arroyo, afluente del río Coachapa, que corría entre el cerro Manatí y otra elevación de menor altura que se encuentra hacia el noroeste.

En el área donde se localizó la ofrenda debió formarse una poza de, aproximadamente, 60 m (Norte-Sur) y unos 30 m (Este-Oeste) de agua tranquila y limpia, que se alimentaba todo el año por los manantiales que nacen del cerro y cuyo lecho fue localizado en las partes más profundas de la excavación, indicado por piedras areniscas. El arroyo pudo haber fluido, principalmente en la época de lluvia, pero la poza siguió alimentándose por el agua de los manantiales. La presencia de una superficie en esta época está claramente indicada por raíces de árboles que crecieron a la orilla y de los cuales encontramos evidencia.

Esta poza de agua cristalina debió ser motivo de culto durante un tiempo considerable. Fue durante esa época cuando se arrojaron las hachas, las cuentas de jade y las vasijas. Los entierros rescatados por los campesinos se hallaron próximos al arranque del cerro, en donde el nivel del lecho rocoso sube y en donde las capas de barro negro y rosado son más delgadas, y muy alteradas, pero nuestra excavación no llegó a la zona de entierros. La idea de que originalmente existía aquí una poza de aguas tranquilas, está apoyada por la forma de acomodamiento de los materiales arqueológicos, la presencia de las cuentas de jade y las hachas, las cuales no parecen haberse movido mucho del sitio donde cayeron originalmente; contrariamente a la idea de que un arroyo de regular caudal, especialmente en la época de lluvias, pasara en este lugar, pues hubiera sido arrastrado fácilmente el material. Sin embargo, se observa que las concentraciones mayores de las cuentas y la cerámica se localizan entre las piedras o cerca de ellas, lo que pudo haberlas protegido de fuertes corrientes, pero no siempre.

Repetimos, la disposición del material, especialmente las cuentas encontradas en espacios donde no había muchas piedras, pero cerca de las concentraciones de mayor tamaño, apoya la idea de la existencia de una poza, además de los huesos de animales, las semillas, cerámica, hachas, etc. Esta idea tiene más apoyo si se toman en cuenta los datos que arrojan otros trabajos en la región, especialmente los de Arroyo Pesquero, en donde se encontró el mismo fenómeno. En este sitio, igualmente en el lecho de una poza, se rescataron más de 1200 hachas de piedra verde, algunas esgrafiadas, máscaras de piedra verde y figurillas del mismo material (Beverido, 1970: 80-81).

Es claro que un estudio de los depósitos, la geología u orografía del lugar nos ayudará a resolver éste y otros problemas. Sabemos que la práctica de ofrendas de objetos de jade (hachas, cuentas, figurillas, etc.), así como de enterramientos asociados con el agua estuvo presente en la época olmeca y que además se continuó en tiempos tardíos.

En una época posterior, se sucedieron, aparentemente, fuertes inundaciones que depositaron capas de sedimentos humíferos o de materia orgánica tales como, junquillos, zacates, hojas y arbustos que se acumularon formando una capa (IX) entre los 3 y 10 cm de espesor, este sedimento se separa con facilidad del barro rosado (VIIIb), es compacto al secarse y con apariencia de madera comprimida, parece corresponder a lo que se define como *humus bruto* o *Mor*. Hardy lo describe como un estrato que "consiste de material orgánico bruto turboso que forma una capa superficial que se separa fácilmente del suelo inmediato inferior. No está mezclado con materia mineral y es enteramente orgánico en su origen. En *mor* no se encuentran gusanos y otros animales minadores" (1970: 65).

Su gran compactación y la riqueza de materia orgánica podrían indicar serios cambios en la ecología del lugar. Este material quedó asentado o depositado siguiendo la topografía del lecho rocoso de la poza. De tratarse de un evento natural, como suponemos, quizá producto de fuertes inundaciones que arrastraron materiales orgánicos en gran cantidad, debe encontrarse

evidencia de otros depósitos similares en las cercanías de este lugar. Otra remota posibilidad es que el cerro haya sido desforestado y que mucho de este material fuera arrojado o arrastrado al fondo de la poza, aunque no se encuentran restos de troncos y ramas en ese depósito, sino más bien parece un limo extremadamente compacto que se fue acumulando a través de varios siglos, quizá asociado a una fuerte sequía, de haber ocurrido este fenómeno podría ser otra alternativa que tal vez explique el enterramiento masivo de este conjunto de esculturas.

Los estratos de barro rosado y el de coloración más oscura pueden indicar, por su consistencia y tonalidad, que se trata de una acumulación de cieno rico en materia orgánica, como de barro podrido de pantano o bien por una alta concentración de carbón. La deposición de una capa tan gruesa, como en el caso anterior, sólo pudo ser provocado por tremendas crecientes (o anegamiento más o menos permanente), que debieron causar un gran impacto ecológico en el área. La capa rosada, casi roja en algunas partes, se debe a la alta proporción de almagre o hematita, que quizá sea natural en el cerro (vimos cómo las lavanderas extraían este pigmento de entre las rocas), el cual se fue filtrando y asentando por contener partículas (¿ferrosas?) más pesadas, proceso ayudado por la presencia de agua del manantial y de la humedad ocasionada por el nivel freático.

Este barro negro y rosado está presente en prácticamente toda el área excavada, aunque su espesor varió, los depósitos más gruesos se encontraron hacia la parte este del cerro y hacia el norte, continuando al sur, pero no en forma tan pura: es decir, presentaban un mayor contenido de arena y menor coloración, quizá por ser esta parte un poco más alta y la humedad o el agua no permitió los asentamientos orgánicos ni el asentamiento del pigmento rojo.

Con base en los datos actuales, pensamos que este depósito de barro negro-rosado, debió abarcar por lo menos una extensión de aproximadamente 30 m de la orilla del cerro: es decir hacia el oeste, y posiblemente más de 50 m sobre el eje Norte-Sur, incluyendo al área excavada por los campesinos. Lamentablemente, no hemos podido conocer toda su extensión, ya que para esto se requiere de trincheras de sondeo. Sin embargo, en un pozo para agua que alcanzó más de dos metros de profundidad y que se ubica más o menos a unos 200 m al sur de la excavación, nos muestra una estratigrafía bastante diferente. Básicamente, el suelo consiste en un barro amarillo chicloso en la parte superior y más arenoso abajo, pero sin muchos cambios en su coloración. Aunque es posible que el barro negro se encuentre a una mayor profundidad.

La deposición de delgados lentes de materia orgánica, compuestos aparentemente por hierbas y pasto, que se encuentran dispuestos de manera horizontal entre las capas de barro suave y chicloso de color oscuro y rosado, podrían indicar que la sedimentación es natural, a no ser que estas plantas puedan permanecer de ese modo debido a la humedad del terreno: como se reporta, por ejemplo, en algunos lugares pantanosos de Inglaterra, a las que se conocen como *peat-bog* o turbas, cuyo proceso parece similar. Por ahora pensamos que

estos lentes indican acumulaciones provocadas por sedimentación vegetal, arrastrada por las crecientes de la laguna o plantas que crecieron y fueron luego cubiertas por el cieno, que las conservó y evitó su degradación.

Por otro lado, el grosor de estas capas en las áreas con mayor profundidad (entre un metro y uno cincuenta), podría explicarse fácilmente si en esta parte había una depresión (una poza), que mantuvo los sedimentos de las crecientes del pantano o del material arrastrado por los manantiales. Como dijimos antes, la coloración rosada de la capa inferior debió ser ocasionada por la alta proporción de almagre o hematita —que aparentemente se encuentra en yacimientos situados en la base del cerro—, que los veneros de agua fueron deslavando hasta provocar una descomposición de la matriz original hasta convertirlo en un barro rico en material ferroso. Los cortes o paredes, principalmente del lado este tenían escurrimientos de agua que venía acompañada de un color amarillento e incluso, de óxido. Las esculturas también desprendían una coloración amarillenta aceitosa, cuando se encontraban en el agua de la canoa donde los campesinos las mantuvieron por varios meses. Es muy probable que la humedad permanente y una temperatura estable hayan permitido su preservación a través de milenios.

Las características de estos estratos se ajustan a lo que se conoce como turba, y que se define como un sedimento "muy rico en agua (hasta 90%). Está formada por los restos de organismos vegetales que crecen en zonas pantanosas. Forma estratos en los que alternan capas con mayor o menor contenido en materia inorgánica (arcilla), o bien en un material gelatinoso que por desecación da una masa negra combustible llamada doplerita. El proceso que determina que los restos vegetales no se transformen completamente en dióxido de carbono y agua por la acción de los microorganismos, es la ausencia de oxígeno que impide la destrucción sobre todo de grasas y polisacáricos" (Mineralogía Geológica, 1981: 264).

Esto puede ayudar a explicar, en parte, la razón de la excelente preservación del material orgánico, incluyendo las esculturas. Otro aspecto importante para ello fue la humedad y temperatura constante del suelo, que evitó la proliferación de bacterias que actúan en la descomposición de la materia orgánica. "El anegamiento causa condiciones anaeróbicas en el suelo y por consiguiente la descomposición de los residuos vegetales se retarda y se acumula un tipo normal de materia orgánica, en cantidad mucho mayor que el tipo normal producido en condiciones aeróbicas y de buen drenaje. La forma de *humus* asociada con condiciones de anegamiento y aeración deficiente, o sea '*mor*', difiere mucho de la asociada con condiciones aeróbicas y de buen drenaje o sea '*mull*'; es de color negro oscuro, grasosa al tacto de textura fibrosa y tiene una relación de carbono-nitrógeno alta" (Hardy, 1970: 101). "La magnitud de la relación carbono-nitrógeno de la materia orgánica del suelo es también un indicador de las condiciones en que se descompone la materia orgánica. Por ejemplo, bajo condiciones anaeróbicas, inducidas por anegamiento del terreno, se forma '*mor*'; turboso de color negro, que tiene una relación C/N elevada debido a que su contenido de carbono se oxida lentamente" (*Ibid*: 99).

Estos depósitos de barro negro y rosado no proporcionaron grandes cantidades de material cultural, a excepción de las esculturas y de las concentraciones de caolín, y algunos fragmentos de vasijas aisladas, lo que indica que no se trata de superficies asociadas con una actividad habitacional o doméstica. Este es otro problema aún por resolver, pues apoyaría en parte la idea de que se trata de depósitos artificiales preparados a propósito para sepultar la ofrenda, aunque, como ya se dijo, esta posibilidad no parece estar muy fundamentada, principalmente por la presencia de los lentes de materia orgánica, pero aún no es posible descartarla. Hasta la fecha se han localizado *in situ* dos bustos en la primer temporada, ocho en la segunda y los campesinos han entregado 18, lo que hace un total de 28 piezas.

La evidencia arqueológica obtenida en sitios como San Lorenzo y La Venta, demuestran la costumbre de utilizar barros de diferentes colores para sepultar sus ofrendas. Los campesinos, conocedores de su región, opinan que este barro no es común, pues no lo han encontrado en otras excavaciones, por lo que consideran que se trata de un barro "hechizo". Los pozos para extracción de agua de la localidad, aparentemente, tampoco muestran un comportamiento estratigráfico similar al del área de la ofrenda.

Los datos, por supuesto, también indican que los artefactos rescatados del fondo rocoso deben corresponder a una o dos fases más tempranas, pues éstos no fueron enterrados, sino más bien arrojados al fondo de la poza, como lo indica el acomodo de las cuentas de jade, las hachas y la cerámica. Se lograron recuperar 56 cuentas de jade en la temporada pasada y 69 en la de 1989, cuya forma indica que se trata de varios collares o pulseras, y que debieron ser ofrendadas formando hiladas, que por la acción del agua se dispersaron, pero no demasiado.

El estrato amarillo rindió algunos materiales culturales dispersos, aunque no precisamente evidencian una ocupación doméstica o habitacional importante (tiestos dispersos, los cuchillos con mangos de asfalto, las concentraciones de obsidiana y tres vasijas casi completas, una de ellas en miniatura). En el extremo norte del cuadro B1C2, se descubrió la temporada pasada una concentración de piedras pequeñas colocadas horizontalmente, a manera de un piso, que se podría pensar indican la presencia de una casa, ya que la proporción de materiales fue ligeramente mayor. Sin embargo, por ahora, creemos que el conjunto de evidencias señala que pudo tratarse de una construcción especial ligada al culto del lugar o simplemente una calzada de acceso.

La capa de barro amarillo podría ser una acumulación producto de material coluvial de arrastre o erosión del cerro, el cual es un afloramiento de areniscas fechado en el Mioceno (Mapa geológico INEGI). Esta capa cubrió los estratos de barro negro y rosado (turba). Parece que su acumulación fue muy rápida, ya que los materiales culturales encontrados en este estrato son contemporáneos a los de las ofrendas localizadas en asociación del lecho rocoso. Esto también podría indicar que las esculturas y materiales asociados pudieron ser sepultados en la época de acumulación del estrato amarillo y que por lo tanto son intrusivas tanto al barro negro como al rosado, y así lo demuestran los datos. De

este modo, la ofrenda de cuchillos, y las concentraciones de lascas y las vasijas aisladas, resultan ser contemporáneas a las esculturas.

Relevancia de la investigación

El estudio de un espacio, ligado a un uso particular y aparentemente de un carácter sagrado, como lo debió ser el cerro Manatí, nos permitirá comprender algunos aspectos relacionados con sus prácticas mágico-religiosas. El lograr entender la mecánica de este uso, podrá facilitar, en el futuro, la posibilidad de localizar otros lugares en la localidad que reúnan las mismas condiciones ecológicas y culturales.

El estudio del sitio Manatí ofrece extraordinarias posibilidades para recuperar información, rara vez accesible al conocimiento arqueológico, gracias a las especiales condiciones de preservación no sólo de las esculturas, sino también de otros restos orgánicos asociados con este uso particular del espacio.

El Manatí guarda muchas similitudes con otros sitios olmecas, tanto de la Costa del Golfo como del Altiplano, no solamente en cuanto a los artefactos cerámicos y líticos, sino en su ideología religiosa, que se infiere a través de sus signos y símbolos, así como otras prácticas también relacionadas con su ritual. Por ejemplo, si los estratos que cubren las esculturas son artificiales y preparados, corresponderían con los elementos similares encontrados en San Lorenzo y La Venta, pequeñas concentraciones de barro verdoso, aparentemente de caolín, con hachas de piedra verde y lascas de obsidiana son otro rasgo asociado. La costumbre de efectuar ofrendas masivas es otro fenómeno relevante de esta sociedad. Por otro lado, la ubicación al pie de un cerro importante en la localidad también coincide y se ajusta a lo observado en Chalcatzingo (Grove, 1987) Las Bocas (Coe, 1965) y Teopantecuanitlán (Martínez, 1986) en donde las comunidades se asentaron en el lado oeste de una elevación importante del área.

Hemos planteado antes que, posiblemente, la razón de haber considerado este lugar como un espacio sagrado tenga que ver con el hecho de que aquí se encuentran asociados tres importantes elementos de la ideología religiosa olmeca. El agua fresca de los manantiales que nacen del cerro, y que en una época formó una poza en la cual se arrojaron como ofrenda hachas, cuentas de jade y vasijas, principalmente tecomates y ollas, es otro fenómeno similar al que se encontró por ejemplo en Arroyo Pesquero (Beverido, 1970: 80-81), otro sitio olmeca.

La presencia de pigmento rojo, tal vez hematita, que aparentemente es natural en el cerro, fue otra de las razones para considerar a este lugar como sagrado; el color rojo simbolizaba con toda seguridad la sangre, este producto, por otro lado, debió ser un importante recurso de intercambio no sólo local sino regional. Finalmente es importante la presencia del cerro, pues sabemos por los datos obtenidos, que en las sociedades del mundo Clásico, el culto a ellos fue de vital importancia y aparentemente también sucedió así desde la época Formativa (Grove, 1987). Todos estos elementos se encuen-

tran fuertemente vinculados en el sitio. Sin embargo, estas ideas, reconocemos, aún son especulaciones o hipótesis por lo que se requiere de más información para ser corroboradas.

Por otro lado, la presencia de esta ofrenda masiva plantea muchas interrogantes por resolver, pero esperamos dar respuesta a ellas con más investigaciones en el sitio. Aunque aparentemente se trata de una ofrenda que debió efectuarse en un sólo momento, no se descarta aun la posibilidad de que el sitio haya sido utilizado subsecuentemente por varios siglos y que, por tanto, lo que hemos observado sea únicamente lo correspondiente a un momento ritual, de ser así, la factibilidad de encontrar otra serie de conjuntos similares es probable.

El hecho de que en este conjunto de objetos rituales sólo se encuentren presentes esculturas labradas en madera y no en piedra, como ocurre en otros sitios, es otro aspecto que llama la atención. Dicho fenómeno podría ser explicado de varias maneras: porque las personas que ofrendaron no tenían fácil acceso a este tipo de material, principalmente basaltos, que fueron la piedra preferida, además del jade. Otra explicación podría ser que se trata de una ofrenda exclusiva de artesanos especialistas en el tallado de madera, o bien, los dirigentes del culto conocían que sus representaciones se podían preservar en esas condiciones. No sabemos si la ofrenda fue producto de una sola comunidad o si fueron varias las que rindieron culto a este lugar. La relativa cercanía de San Lorenzo Tenochtitlan y otros centros importantes ofrecen la posibilidad de que hayan sido varios los pueblos que utilizaron dicho espacio sagrado. En cuanto a las funciones de las esculturas y objetos asociados se pueden aventurar algunas hipótesis. Parece obvio que obtuvieron relacionadas al culto del agua y al cerro, dada su ubicación junto a un manantial y en un ambiente de humedad permanente.

El hecho de que algunas de ellas hayan tenido como acompañante restos óseos impregnados de rojo, tal vez indique que se trata de su *tona* o bien del animal totémico de un clan, no hemos, aún, identificado estos huesos, pero su estructura, especialmente la forma del cráneo parece corresponder a monos, este animal debió ser comido o destazado y sus huesos se colocaron de manera dispersa alrededor y sobre las esculturas. Sólo en un caso se encontró en posición anatómica (Entierro 2), pero se sepultó entre los elementos 15 y 16.

Los atados de hojas, plantas y tallos de juncos, cumplieron un importante papel dentro de la ceremonia mágico-religiosa de inhumación de las esculturas, todo parece indicar que recibieron un especial trato, como aquél que se le dio a las personas, por eso se envolvieron en tule formando un bulto mortuorio y se les ofrendó con un cuidadoso y sofisticado ritual.

Su individualidad podría indicar que se trata de representaciones de jefes o mandatarios o de personajes que alcanzaron un alto prestigio y que por lo tanto se pretendió inmortalizar, quizá los cuchillos o bastones, que algunas de las esculturas tuvieron asociados sean la insignia del poder que en vida representaron.

Resulta extraño, sin embargo, que no se observa un patrón definido en la posición de enterramiento; es decir, que se acomodaron de diversas maneras, desde

sepultarlas de cabeza, como boca abajo, en decúbito lateral izquierdo o derecho, aisladas o formando conjuntos. Lo que sí es constante es el eje de orientación que siguen los conjuntos o las aisladas. Las figuras que hasta ahora hemos localizado están alineadas formando dos ejes Este-Oeste en dirección al cerro, todas muestran un nivel de enterramiento más o menos uniforme.

La mayoría de las esculturas se ajustan a un mismo modelo formal, que nos puede indicar una concepción ideológica a manera de un símbolo religioso que se conceptualizó siguiendo esencialmente el mismo patrón, fenómeno que es común en otras religiones del mundo.

El que esta comunidad ofrendara, como ya se dijo, únicamente esculturas en madera y objetos asociados al culto del agua, indica que debió haber una jerarquización en el uso asociado a este elemento; sin embargo, el no encontrarse, hasta la fecha, escultura monumental puede ser sólo producto de la falta de acceso este recurso.

Se ha planteado también la posibilidad de que se trate de modelos que serían posteriormente labrados en piedra, por la similitud tan cercana con varias esculturas menores, como el Señor de Las Limas. Sin embargo, creemos que esta alternativa es poco probable, pues se trata de piezas completas y conservadas no desechadas, como sería el caso si hubieran sido simples bocetos. Estas esculturas, por su acabado, indican que posiblemente debieron tener una función específica dentro de un importante ritual, aunque conservan semejanzas formales, especialmente en la cabeza y rostro, pero esto se debe a que quizá se trata de estereotipos, cuyos rasgos se repiten en varias esculturas menores o en relieves. Sin embargo, no se puede descartar esta idea.

Se ha dicho por mucho tiempo que las principales comunidades olmecas se asentaron en las zonas bajas, cenagosa y de pantano, con agua y humedad prácticamente permanente dentro de una selva tropical húmeda. Su vida, por lo tanto, debió estar íntimamente ligada a este recurso con todo y los problemas que ello haya significado. Podría parecer extraño o difícil de comprender por nuestra cultura actual, el cómo un grupo humano prefirió establecerse en estos difíciles lugares y además llegar a alcanzar extraordinarios avances organizativos y una fuerte estructura económica y social.

Sin embargo, sabemos que a pesar de esa problemática los pantanos, lagunas y la selva debieron proveerles de importantes recursos no sólo alimenticios, sino para el intercambio. Conocemos con base en los estudios previos de sus representaciones, artefactos etc., que sus conceptos religiosos estuvieron ligados a esta condición especial, de ahí que el jaguar, la serpiente terrestre y acuática, el lagarto y algunos peces, sean las representaciones más comunes y que están asociadas con el culto al agua, la tierra y la fertilidad.

El problema que significó el exceso de agua, los pantanos y lagunas así como las frecuentes inundaciones, llevaron a estos grupos a la necesidad de construir grandes sistemas de drenes, como los localizados en San Lorenzo, en La Venta y en Laguna de los Cerros; toda esta ingeniería hidráulica también tuvo un carácter sagrado. La contraparte en la falta de agua potable les llevó, aparentemente, a valorar los manantiales de agua

fresca por lo cual se diseñaron sofisticados sistemas para su conducción.

Igualmente, se ha sugerido que las depresiones de San Lorenzo y de otros sitios olmecas producto de la extracción de tierra para sus estructuras, y otros efectuados a propósito, debieron aprovecharse para usarlos como aljibes de agua de lluvia y para los baños rituales de los sacerdotes, así como para mantener algunos animales y peces sagrados, como los caimanes, el pejelagarto y los manatís (Diehl, 1988) No se descarta, además, la posibilidad de su aprovechamiento como criaderos de peces y de otras especies propias de este habitat, utilizadas para alimentación y quizá para el intercambio.

Por otro lado, los datos obtenidos en nuestras temporadas de campo, en la zona habitacional de El Macayal, indican que no se trata aparentemente de una zona tan extensa como fue San Lorenzo Tenochtitlan, Laguna de los Cerros o La Venta, por lo que debe corresponder a una comunidad rural; sin embargo, parece encajar dentro de las características culturales y ecológicas de otros centro olmecas. El patrón de asentamiento y aparentemente la obtención de sus recursos fue también similar.

Aunque se tratase de un centro secundario, posiblemente de carácter rural o aldeano y que pudo ser uno de los satélites que apoyaron la economía de un centro rector del área (posiblemente San Lorenzo), no mengua su importancia, ya que nos podrá ofrecer importante información sobre cómo estuvo estructurada la economía y organización social de una comunidad, que seguramente apoyó a una de las grandes capitales olmecas.

El estudio de la cerámica de este lugar indica contemporaneidad con el vecino centro de San Lorenzo Tenochtitlan, específicamente con las fases San Lorenzo A, B y Nacaste; además está corroborado por la fecha obtenida de una escultura. Los tipos cerámicos más comunes en El Macayal-Manatí, son el Negro ahumado, con sus variantes incisas-excavadas, con diseños de franjas y "equis", idénticos al llamado Calzadas Excavado de San Lorenzo, el cual está presente en prácticamente todos los sitios que recibieron influencia de este grupo, por ejemplo en Chiapas (Lowe, 1978; Ekholm, 1969). El otro tipo común es el blanco y negro por cocción diferencial, que ha sido considerado como una de las cerámicas que evidencian la dispersión y difusión de esta sociedad. Los tecomates con decoración rastreada, semejantes al Suchiate brocheado, son también populares en este sitio. Los tecomates con decoración de mecedora, punzonado, incisión con uña y depresiones con los dedos son comunes aunque no alcanzan la frecuencia de los anteriores. Un estudio detallado deberá permitirnos el establecimiento de una secuencia cronológica cultural del sitio, que podrá ser comparada con la obtenida en San Lorenzo y otras zonas olmecas.

Como dijimos antes, la importancia de continuar con los trabajos de investigación en el cerro Manatí-Macayal, radica no sólo en la posibilidad de localizar más esculturas en madera, sino en tratar de entender todo el contexto asociado, tanto de los artefactos como de los elementos naturales. Así como por la oportunidad que se tiene de rescatar materia orgánica como semillas,

polen, restos de plantas, etc., que permitirán obtener información sobre el clima y la flora de esa época.

El reconocimiento intensivo de superficie y las excavaciones en este lugar nos deberán proporcionar importante información sobre la distribución de los restos culturales en la superficie y permitirán definir las diferentes áreas de actividad que se desarrollaron en estas comunidades, así como comprender su patrón de asentamiento y su cronología.

Bibliografía

- Bernal, Ignacio**
1969 *El mundo olmeca*. Porrúa, México
- Beverido Pereau, Francisco**
1970 *San Lorenzo Tenochtitlan y la civilización olmeca*, tesis de maestría, Universidad Veracruzana, Jalapa, Veracruz
- Bove, Frederick J.**
1978 "Laguna de los Cerros: An Olmec Central Place", *Journal of New World Archaeology* 2 (3): 1-56
- Brüggemann, Jürgen y Marie-Areli Hers**
1970 "Exploraciones arqueológicas en San Lorenzo Tenochtitlan", Instituto Nacional de Antropología e Historia, *Boletín* 39 18-23.
- Coe, Michael D.**
1965a *The Jaguar's Children: Pre-Classic Central Mexico*, New York, Museum of Primitive Art
1965b "The Olmec Style and Its Distribution" *Handbook of Middle American Indians*, editado por Robert Wauchope, vol. 3, *Archaeology of Southern Mesoamerica*, Part Two, editado por Gordon R. Willey, pp. 739-775, Austin, University of Texas Press
1970 "The Archaeological Sequence at San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz, Mexico", *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility* 8 21-34, Berkeley
- Coe, Michael D. y Richard A. Diehl**
1980 *In the Land of the Olmec, The Archaeology of San Lorenzo Tenochtitlan* Vol. 1 Austin, University of Texas Press
- Covarrubias, Miguel**
1946 "El arte olmeca o de La Venta", *Cuadernos Americanos* V, No. 28, México
1957 *Indian Art of Mexico and Central America*, Knopf, New York, U.S.A.
- Diehl, Richard**
1986 "Olmec Religion", *The Encyclopedia of Religion*, Vol. 11, Macmillan Publishing Company, New York
- Drucker, Phillip**
1943 *Ceramic Sequences at Tres Zapotes, Veracruz, Mexico* (Bureau of American Ethnology, Bulletin 140), Washington, D.C., Smithsonian Institution
1952 *La Venta, Tabasco. A Study of Olmec Ceramics and Art*, (Bureau of American Ethnology, Bulletin 153), Washington, D.C., Smithsonian Institution
- Drucker, Phillip, Robert F. Heizer y Robert J. Squier**
1959 *Excavations at La Venta, Tabasco, 1955* (Bureau of American Ethnology, Bulletin 170, Washington, D.C.), Smithsonian Institution
- Ekholm, Susanna M.**
1969 *Mound 30a and the Early Middle Preclassic Ceramic Sequence at Izapa, Chiapas* (Papers of the NAWAF No. 29), Provo, Utah
- Fuente, Beatriz de la**
1975 *Escultura monumental olmeca*, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México.
1977 *Las cabezas colosales olmecas*, (Colección Testimonios del Fondo, FCE), México
- Grove, David C.**
1987 *Ancient Chalcatzingo* (Editor), University of Texas Press, Austin.
- Hardy, Frederick**
1970 *Suelos tropicales: pedología tropical con énfasis en América*, Herrera Hermanos, México
- Lowe, Gareth W.**
1978 "Eastern Mesoamerica", *Chronologies in New World Archaeology*, editado por R.E. Taylor and Clement W. Meighan, pp. 331-393, New York, Academic Press
- Martínez Donjuán, Guadalupe**
1986 "Teopantecuantitlan", *Arqueología y Etnohistoria del Estado de Guerrero*, INAH, México
- Medellín Zenil, Alfonso**
1960 "Monolitos inéditos olmecas", *La Palabra y el Hombre* No. 16, Universidad Veracruzana, Jalapa.
1971 *Monolitos olmecas y otros en el Museo de la Universidad Veracruzana*, Union Academique Internationale, INAH, México
- Círculo de Lectores, España**
1981 *Mineralogía geológica*.
- Ortiz Ceballos, Ponciano**
1975 *La cerámica de Los Tuxtlas*, tesis de maestría, Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades, Universidad Veracruzana, Jalapa, México
1986 *Laguna de los Cerros y su área de interacción cultural. Propuesta de investigación*, Archivo Técnico del Instituto de Antropología, UV, Xalapa
- Ortiz C. Ponciano, Carmen Rodríguez y Daniel Nahmad**
1988 *Proyecto Manati: rescate arqueológico*, En Archivo Técnico del Centro Regional Veracruz, INAH, Veracruz
- Ortiz C. Ponciano y Carmen Rodríguez**
1989a *Proyecto Manati: propuesta segunda temporada*, En Archivo Técnico del Centro Regional Veracruz, INAH, Veracruz
- Ortiz C. Ponciano, Carmen Rodríguez, Paul Schmidt, Alfredo Delgado, Luis Heredia, Lourdes Hernández, Inés Gheno, Eric O. Juárez, Jorge Bautista, Martha Osorio, Judith Zurita, César Correa, Julio Chan, Ignacio Montes, Daniel Nahmad y Feroccio Hasta**
1989b *Proyecto Manati 1988: Informe final de temporada*, En Archivo Técnico del Centro Regional Veracruz, INAH, Veracruz
- Piña Chan, Román**
1955 *Las culturas preclásicas de la Cuenca de México*, Fondo de Cultura Económica, México

- 1968 "El Problema de los Olmecas", conferencia de la serie *Los olmecas* (mimeografiada), Sección Difusión Cultural, Museo Nacional de Antropología, México.

Stirling, Matew W.

- 1939 "Discovering the new worls oldest dated work of men: a Maya monument inscribed 291 B.C." *National Geographic Magazine*, Vol. LXXVI, pp.33-36, New York.
- 1943 *Stone Monuments of Southern Mexico*. Bureau

of American Ethnology Bulletin 138, Washington, D.C., Smithsonian Institution.

- 1955 *Stone Monuments of Rio Chiquito, Veracruz*. Antropological Papers No. 43, Bureau of American Ethnology, Bulletin 138, Washington.

Weiant W, Clarence.

- 1943 *An Introduction to the ceramic of Tres Zapotes, Veracruz, Mexico*. Bureau of American Ethnology. Bolletin 139, Smithsonian Institution, Washington.

Dos esculturas olmecoides en Tlaxcala*

Rosalba Delgadillo Torres

Andrés Santana Sandoval

Tlaxcala, a pesar de ser la entidad federativa territorialmente más pequeña de la República Mexicana, cuenta con numerosos asentamientos prehispánicos, cuya temporalidad, en algunos casos, es anterior a los 10,000 años antes de Cristo (García Cook, 1973); sus manifestaciones más recientes fueron las sociedades que se enfrentaron a los conquistadores europeos en 1519.

Es particularmente sobresaliente el área ubicada al suroeste del estado, en el valle formado por los ríos Atoyac y Zahuapan, ya que en ella se han localizado importantes elementos arqueológicos como los que en este artículo nos ocupan, tanto producto de investigaciones debidamente programadas, como de hallazgos aleatorios (ver plano 1).

El presente trabajo tiene por finalidad exponer el contexto y las características formales de dos esculturas antropomorfas localizadas en el cerro Xochitécatl, municipio de Nativitas, las cuales presentan elementos morfológicos que las diferencian marcadamente de otras esculturas del altiplano central y, a su vez, las afilian con un estilo que es propio de la costa del Pacífico, desde Chiapas, en la República Mexicana, hasta Honduras en Centroamérica.

Localizado al poniente de la zona arqueológica de Cacaxtla, el cerro Xochitécatl presenta diversos vestigios prehispánicos, cuya ubicación cronológica nos permite situarlos, tentativamente, según los datos hasta ahora obtenidos, en el lapso comprendido entre el periodo Preclásico Medio y el Postclásico Temprano (Spranz, 1970; Abascal *et al.*, 1976, y Santana, en preparación). El conjunto más relevante se localiza en la parte alta de esta elevación, conformándolo un grupo de plataformas, altares y tres basamentos piramidales que integran una plaza abierta al poniente.

Topográficamente el cerro Xochitécatl forma el extremo suroeste de una serie de elevaciones naturales rodeadas por suelo de aluvión (*Síntesis geográfica de Tlaxcala*, 1981: 60 y 61), ubicándose en sus costados norte y poniente un afloramiento de roca andesítica

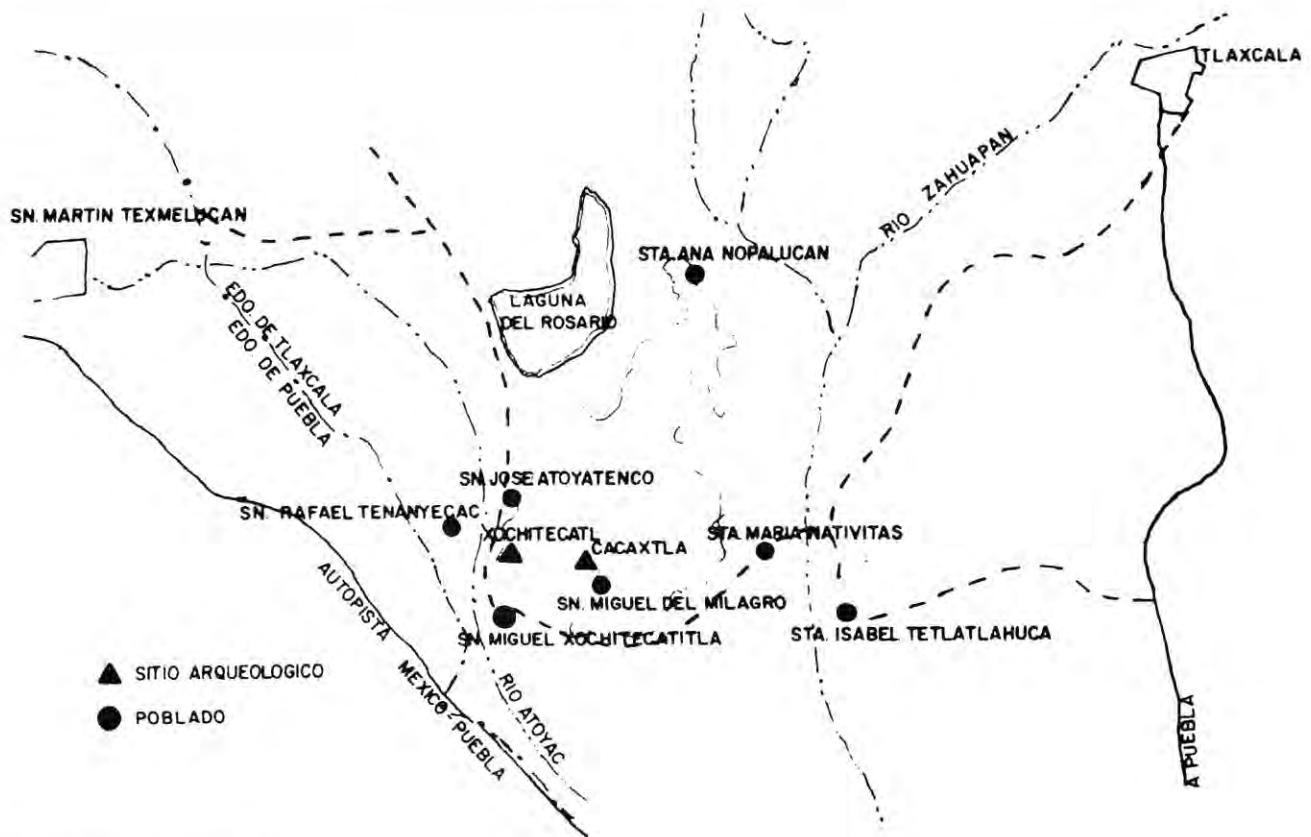
(Hiene, 1974), el cual ha sido explotado de manera continua desde la época prehispánica hasta el presente. La relevancia económica de esta cantera así como la calidad del material que de ella se extrae se refleja en las poblaciones aledañas, donde hasta hace pocos años la lapidaria era una actividad importante; son numerosos los dinteles, jambas y baldosas de piedra que pueden apreciarse en los poblados de San José Atoyatenco, San Rafael Tenanyecac, San Miguel Xochitecatitla y San Miguel del Milagro. De igual manera se ha registrado el hallazgo de varias piezas escultóricas prehispánicas procedentes de los alrededores (Muñoz Camargo, 1948: 319 y 323; Abascal, 1973 y archivo de la Sección de Arqueología del Centro Regional del INAH, en Tlaxcala).

Las esculturas que aquí se analizan fueron encontradas de manera fortuita en 1982, como consecuencia de los trabajos realizados por la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, la cual explotaba la cantera para dar mantenimiento a la Autopista México-Puebla. Durante las nivelaciones del terreno que se realizaron para instalar la trituradora de piedra en una terraza, el *bulldozer* removió los dos monolitos, hecho que fue notificado inmediatamente al INAH, en la ciudad de Tlaxcala, por vecinos del poblado de San José Atoyatenco. Un informe preliminar al respecto fue dado a conocer en la XVIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología (Santana, en prensa) (ver plano 2).

Este hallazgo motivó la suspensión definitiva de la explotación de la cantera, lo que se perseguía desde 1980; además, esta porción del cerro quedó comprendida dentro del área federal que protege al conjunto arqueológico Cacaxtla-Xochitécatl.

La escultura que se describirá en primer término corresponde a una representación femenina desnuda, en posición sedente, tallada en bajorrelieve sobre un enorme canto rodado (ver figura 1 y foto 1). La cabeza se representa descansando sobre el torso, diferenciándose de éste por medio de una acanaladura bien marcada, sin que llegue a conformar claramente el cuello. Los ojos, sin presentar detalles, se observan abiertos; la nariz es ancha y de diseño triangular. La boca es de labios gruesos, de forma casi trapezoidal y está entre-

*Este artículo es una versión revisada de la ponencia presentada en el III Simposio Internacional de Investigaciones Socio-Históricas sobre Tlaxcala, octubre de 1987.



Plano 1. Localización del área.

abierta, observándose señales de dientes; el mentón está bien definido. Las orejas son casi cuadradas (ver figura 2).

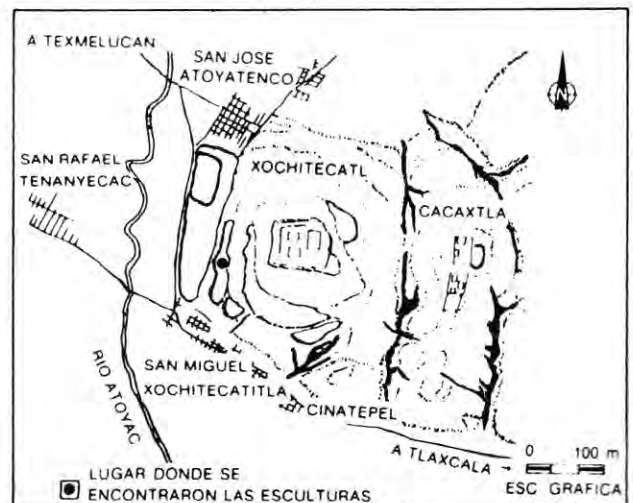
Como adornos, sobre la frente lleva una diadema o banda anudada en la nuca, la cual pasa sobre las orejas (ver figura 3). Sobre dicha banda y frente a las orejas presenta dos objetos rectangulares (ver figura 4). En la parte central de la diadema, ocupando parte de la frente y prolongándose a la región parietal, se observa un diseño triangular, que recuerda los que ilustra Miguel Covarrubias (1946: 162, figura 5), quien los clasifica como glifos que se ubican en la frente; Joralemon (1971: 32, figura 78 y 59, figura 170), los identifica como elementos distintivos del estilo olmeca (figura 3 y 5). Los senos, claramente colgantes, tienen forma triangular redondeada. Los brazos están flexionados y las manos, cuyos dedos están realizados sin detalle, están abiertas y apuntan hacia abajo, descansando sobre un vientre muy distendido (ver foto 2).

Por ser una representación de sexo femenino es factible pensar que corresponde a una mujer embarazada. Las piernas, realizadas de una manera muy esquemática y sin presentar detalles, están flexionadas y las rodillas, así como las puntas de los pies están colocadas como si estuviera apoyada sobre éstas.

En la parte central inferior del vientre, entre ambas piernas (lo que correspondería a la región genital), hay un diseño trilobulado apenas visible (ver figura 1). A la

parte posterior de la escultura únicamente se le alisó e hizo una incisión para señalar la región glútea. Las medidas aproximadas de esta escultura son 1.50 x 1.60 x 1.60 m (ver figura 5 y foto 3).

El estado de conservación de la figura es, en general, bueno, aunque en algunas porciones se observa el des-



Plano 2. Localización de las esculturas.



Figura 1. Escultura femenina. Vista frontal.

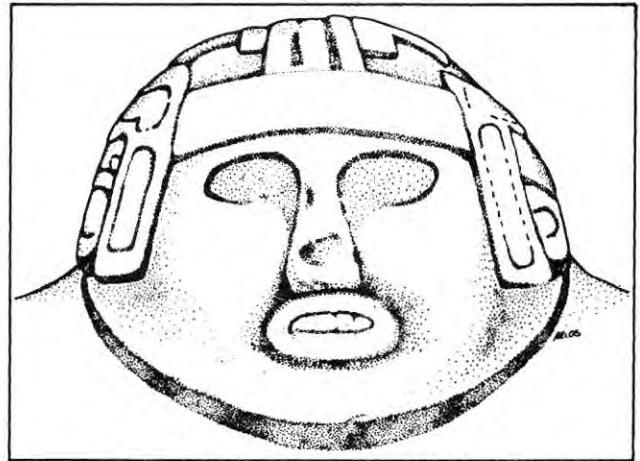


Figura 2. Escultura femenina. Detalles de la cara.

prendimiento superficial del relieve debido a la exfoliación, quedando únicamente la huella de éste. Tiene también daños recientes, ya que se le arrastró aproximadamente 800 m, sin ningún cuidado, desde el lugar en el que fue encontrada hasta la plaza cívica del pueblo de San José Atoyatenco, lugar donde, actualmente, se localizan las dos piezas.



Foto 1. Escultura femenina. Vista frontal.

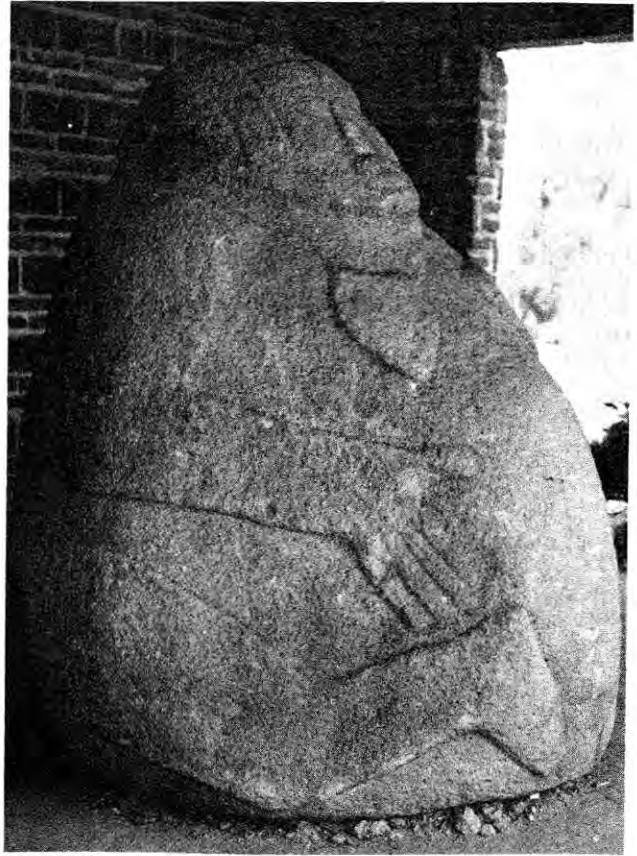


Foto 2. Escultura femenina. Vista lateral derecha. Detalles de los brazos, piernas y abdomen.

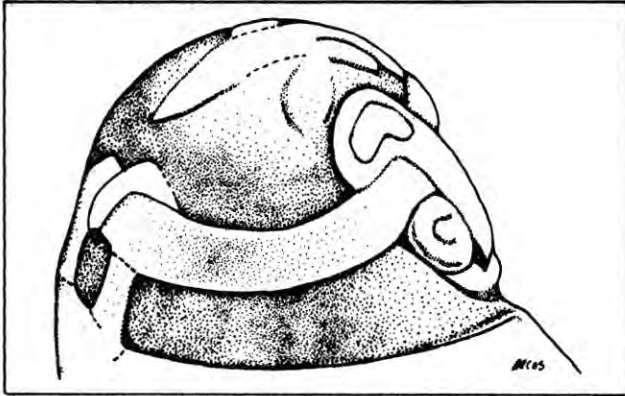


Figura 3. Escultura femenina. Vista posterior izquierda. Detalles de la cabeza.

La otra escultura, que presenta características morfológicas semejantes a la anteriormente descrita, fue elaborada de una manera menos cuidadosa, o quizá quedó inconclusa, aunque podemos decir que ambas se ejecutaron bajo el mismo patrón conceptual.

Esta pieza representa a un individuo en posición sentada, al parecer asexuado; tal vez para aprovechar la forma propia del canto aparenta ser un jorobado (ver foto 4). Esta pieza está realizada también en bajo-relieve, pero en este caso, la talla es más superficial (ver figura 6 y foto 5).

Las facciones de la cara (ojos, nariz y boca), son semejantes a los de la otra escultura, pero a diferencia de aquella no porta adornos. La separación entre el torso y la cabeza está más marcada, pero tampoco puede apreciarse claramente el cuello.

Los brazos y las piernas tienen la misma posición y proporción; las manos no fueron terminadas (ver figura 7). A la altura del abdomen presenta un motivo mixtilíneo, que se prolonga hacia abajo por medio de líneas paralelas verticales de diferentes dimensiones, el cual pudiera corresponder a un falo muy estilizado. Si este fuera el caso, se trataría entonces de una escultura de



Foto 3. Escultura femenina. Vista posterior.

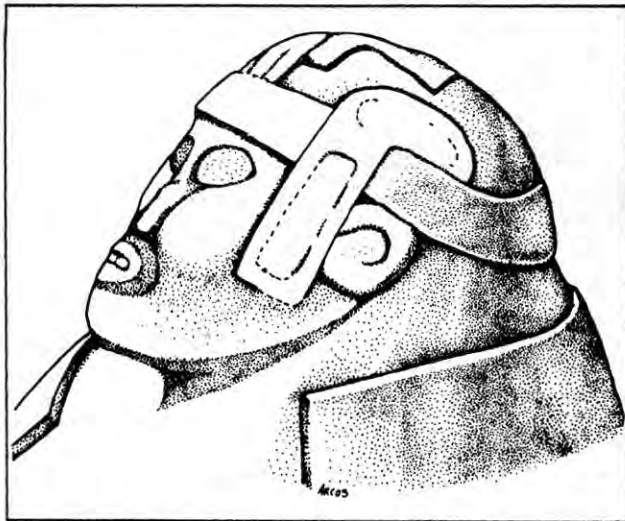


Figura 4. Escultura femenina. Detalles de los adornos.

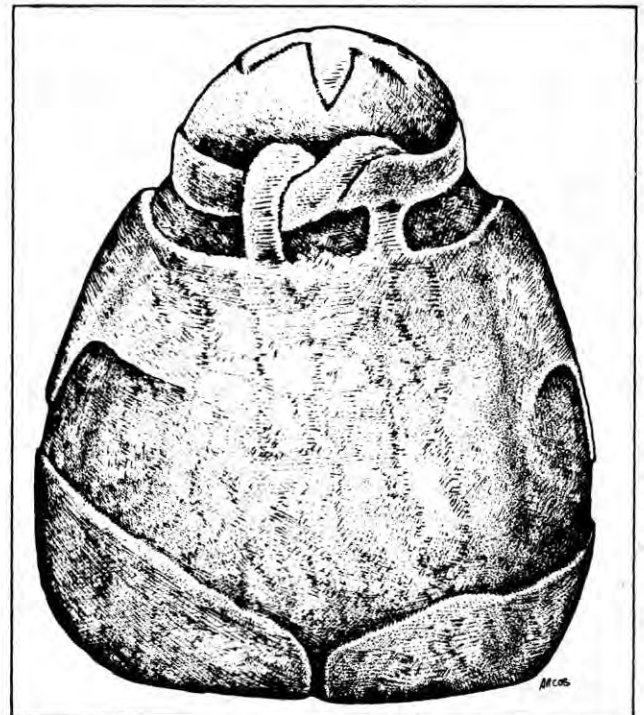


Figura 5. Escultura femenina. Vista posterior.

sexo masculino; aunque este glifo también presenta cierta semejanza con el glifo del maíz entre los olmecas tal y como lo ilustra Joralemon (*op. cit.* 13: fig. 83) (ver figura 6). La parte posterior fue trabajada de la misma manera que la escultura femenina y sus medidas aproximadas son también de 1.50 x 1.60 x 1.60 m (ver figura 8).

La pieza de referencia se encuentra ligeramente más deteriorada que la anterior, ya que tiene una grieta transversal, de carácter natural, en el frente, y en la porción que ocupa el brazo derecho se ha desprendido un fragmento superficial, quedando únicamente la huella de la talla.

Como se mencionó anteriormente, la terraza donde fueron localizadas ambas esculturas fue ajterada por la nivelación que ahí se realizó, sin embargo, se considera importante señalar que entre el material removido se encontró cerámica correspondiente a los siguientes tipos: a) Texoloc café, representada por cajetes de silueta compuesta con y sin soportes, y platos con pulimiento interior y exterior; b) Texoloc rojo, presenta un engobe rojo total pulido, sus formas corresponden a cajetes de silueta compuesta, y c) Tezoquipan rojo, presenta engobe rojo en el interior, exterior y/o por ambos lados, las formas corresponden a las ya citadas. Asimismo, se encontraron orejeras de tipo sólido-corto de color café pulido, algunas navajas y lascas de obsidiana.

Los tipos cerámicos y el de las orejeras corresponden

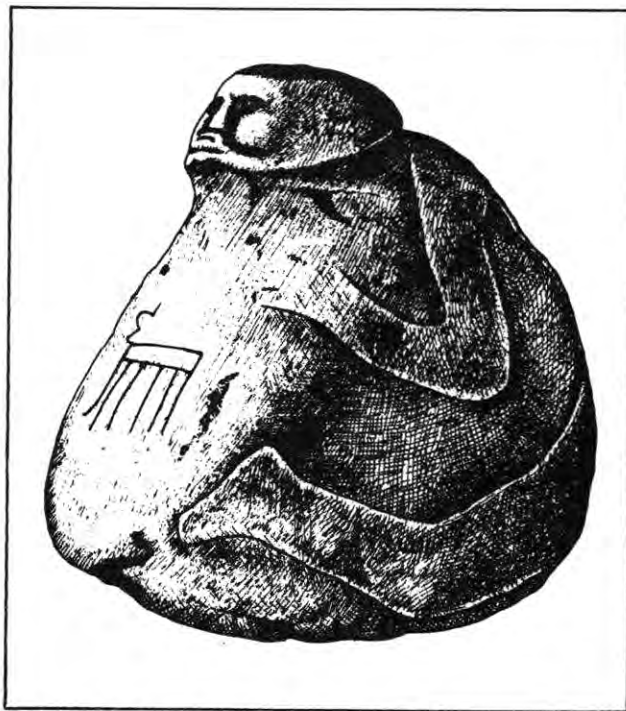


Figura 6. Escultura asexuada. Vista frontal.



Foto 4. Escultura asexuada. Vista lateral izquierda.

a las fases culturales Texoloc y Tezoquipan, en sus periodos tardío y temprano, respectivamente; contándose, por tanto, con una cronología tentativa para los monumentos de entre 500 y 200 años antes de Cristo, según la secuencia cultural para Puebla-Tlaxcala (García Cook, comunicación personal). Estas fases se caracterizan por un incremento en la población, con asentamientos que reflejan relaciones sociales más complejas con respecto a las fases anteriores, debido a que existe una mayor diferenciación social; los poblados presentan una planificación arquitectónica y una función definida. A ello contribuye el fortalecimiento del culto religioso que se practica en torno a Huehuetéotl, Tláloc y Xólotl.

Al recopilar información con el fin de realizar el análisis comparativo de estas esculturas, encontramos que a excepción de una, con evidente representación de sexo masculino, localizada en el cerro de Las Mesas, Veracruz, a la cual no se le ha asignado hasta el momento una cronología (Stirling, 1943, y Medellín, 1971). Es en la costa del Pacífico de Guatemala, El Salvador y en Honduras donde son abundantes las representaciones de individuos obesos asexuados en posición sedente, semejantes a las que aquí analizamos.

Las esculturas localizadas en el estado de Tlaxcala presentan notables afinidades con las de Centroamérica, siendo las más relevantes el tratamiento general de la figura humana sedente desnuda, de ejecución esquemática, adaptando ésta a la forma natural de la roca; situando los brazos y las piernas alrededor del abdomen y sin una definición clara del cuello.

Es importante señalar que en los ejemplares que aquí se discuten, en especial el de la representación femenina, se aprecian otros elementos que podrían calificarse

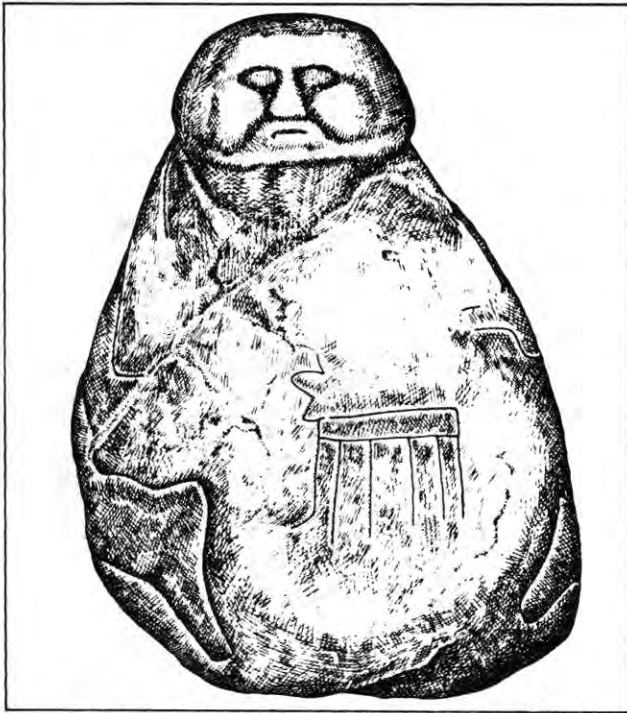


Figura 7. Escultura asexualada. Detalles de los brazos y piernas.

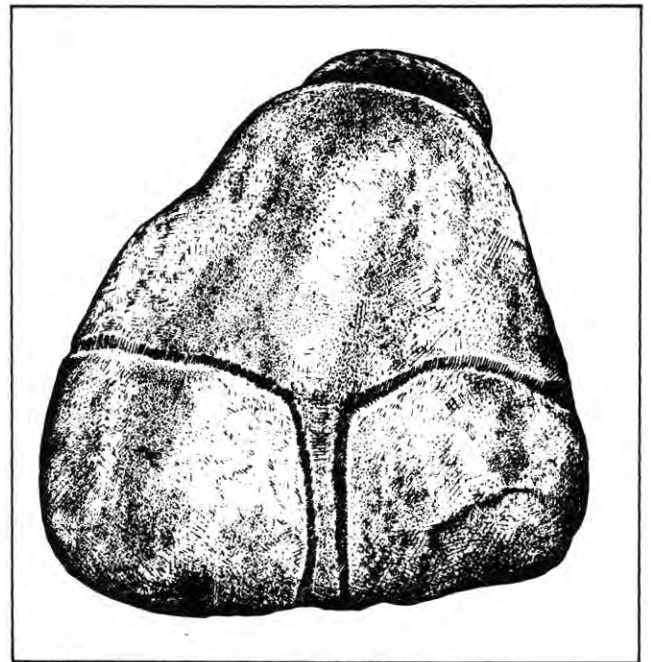


Figura 8. Escultura asexualada. Vista posterior.

como "más olmecas", si fuera posible aplicar esta expresión, tales como la diadema o banda en la frente, los adornos que de ella penden (sobre éstos últimos ver De la Fuente, 1975), la forma de la boca, así como los glifos antes mencionados.

Debido a que la mayoría de estas esculturas se han localizado fuera de contexto arqueológico, ha surgido controversia en torno a ellas, ya que la única posibilidad para fecharlas de manera aproximada ha sido su estudio estilístico; y quizá por ello la polémica aún subsiste, a pesar de ser ya numerosas las esculturas conocidas de este estilo.

Por una parte, algunos investigadores, como Román Piña Chan, consideran estas piezas como rudimentarias y representativas de una técnica "primitiva", otorgándoles una gran antigüedad. Piña Chan, al referirse a los ejemplares de Monte Alto y el Baúl, Guatemala, opina que son el antecedente de los llamados *Baby Face* de barro y de las magníficas esculturas antropomorfas realizadas por los olmecas, constituyendo una tradición escultórica en formación y un estilo regional anterior; ubica cronológicamente dichos monumentos en torno a los 1,200 años antes de Cristo (Piña Chan, 1972: 12-14).

Rafael Girard comparte este punto de vista a partir de los ejemplares encontrados en El Tránsito, La Gomera, Monte Alto y Bilbao, en Guatemala; señalando, además, a la región costera del Pacífico guatemalteco como "la cuna de la Cultura Mesoamérica". Alienta así un fuerte sentimiento nacionalista y propone al respecto una ruta de penetración desde esa región hacia la costa del Golfo de México, y ubica la cultura olmeca como una manifestación más tardía. Asimismo, al hablar de las



Foto 5. Escultura asexualada. Vista frontal.

cerámicas asociadas las ubica de manera forzada, en el Preclásico Inferior y Medio (Girard, 1971 y 1975).

Por su parte, Bernal (1968: 231) y Soustelle (1979: 115-116), mencionan que estas esculturas forman parte de la tradición escultórica monumental de los olmecas, pero sin llegar a ser características de ésta en un sentido estricto. Bernal les asigna una cronología entre el sexto y cuarto siglo antes de Cristo "... aunque es muy posible que algunas de las esculturas en roca puedan haber sido esculpidas tan temprano como el año 1000 a.C." (Bernal, 1968:233).

Richardson menciona la existencia de dos monumentos con características semejantes encontrados en Copán, Honduras, en contextos culturales mayas; sin embargo, por su forma, afirma que deben corresponder, sin lugar a duda, a periodos tempranos de ocupación en el Valle de Copán, ya que muestran gran parecido con las de Guatemala (Richardson, 1940: 326, Fig. 4).

Debido a investigaciones más recientes, una nueva corriente considera este tipo de esculturas como una tradición estilística post-olmeca bien definida, donde los artistas adaptan su obra a la piedra, obteniendo con poco trabajo la representación deseada.

Entre quienes se inclinan por este punto de vista tenemos a Parsons, quien a partir de la información obtenida en sus excavaciones en Monte Alto, las ubica entre los años 500 y 200 antes de Cristo, considerándolas pertenecientes a un estilo menos sofisticado que el olmeca y precursor del estilo de Izapa (Parsons y Jerson, 1965: 155), al que califica de "Olmecoide" (Parsons y Jerson, *op. cit.* 154 y Parsons s/f: 8) término que ya había sido empleado por Stone (1972, 41). Con respecto a las piezas procedentes de Bilbao, nos dice que son igualmente "Olmecoides" y aunque "...todavía no estamos seguros si su estilo es Pre-Olmeca o Post-Olmeca, no hay ninguna duda en cuanto a su posición relativamente temprana en el desarrollo de la escultura de piedra de Mesoamérica" (Parsons, *op. cit.*, :7); la cerámica asociada pertenece al periodo Preclásico Medio.

Asimismo, este autor elabora toda una clasificación de los monumentos de Centroamérica conocidos hasta ese momento, que agrupa según su estilo e intenta darles una cronología relativa, superando en este trabajo los realizados por Miles (1948) y Proskouriakoff (1968). A las enormes esculturas, elaboradas a partir de grandes cantos rodados, las agrupa en su División III designándolas como Monte Alto Substyle (Full-figure Boulders) y le da una cronología "Post-Olmec (500-200 B.C.);" (Parsons, 1981: 281 y 284).

Por lo que respecta a la escultura procedente de la Finca Santa Leticia, en El Salvador, Doris Stone la ubica dentro del periodo Preclásico Medio, sin aportar mayores datos (Stone, 1972).

Por nuestra parte, estamos de acuerdo con las reflexiones que hace Carlos Navarrete en cuanto al peligro que representa tratar de fechar una escultura únicamente por su estilo, aunque también es evidente que en ocasiones el estudio de la cerámica asociada podría llevarnos a errores, puesto que las piezas escultóricas pudieron ser reutilizadas en diferentes periodos arqueológicos (Navarrete, 1977: 104). Por lo que toca al estilo escultórico en sí, este autor las denomina tanto post-olmecas como pre-mayas, ubicándolas como per-

tenecientes al periodo Preclásico Medio (Navarrete, *op. cit.*, y 1986: 335).

De tal manera que los ejemplares del cerro Xochitlacatl, Tlaxcala, son las primeras esculturas con estas características encontradas en el Altiplano Central, y constituye un ejemplo más de la presencia de elementos aparentemente alóctonos en la región, del mismo modo que algunos de los rasgos iconográficos presentes en las pinturas murales de la vecina zona arqueológica de Cacaxtla, si bien éstas son mucho más tardías que las esculturas que aquí nos ocupan.

Lo anterior, sumado a los datos aportados por otras investigaciones en el área, fortalece la hipótesis de que la llegada física o cultural de grupos procedentes del sureste de México a nuestra región de estudio fue continua.

Al respecto, se ha señalado que al área cultural Puebla-Tlaxcala llegan, entre los años 1200 y 800 antes de Cristo, grupos humanos portadores de elementos olmecas (aunque pobremente representados, especialmente en el Valle Poblano) por medio de una ruta de penetración que comunicaba ésta con la costa del Golfo y el Valle de Oaxaca (García Cook, 1976 y 1987) y que la misma siguió vigente durante el periodo Clásico, vinculando el área con Teotihuacan (García Cook y Merino Carrión, 1977).

Asimismo, Parsons se refiere a un corredor que servía de comunicación entre el Norte y el Sur, desde las tierras bajas de la costa del Pacífico y del Golfo hasta las tierras altas del centro de México, a través del Istmo de Tehuantepec, ruta que pudo haber funcionado desde el apogeo olmeca (Parsons y Jerson, 1965: 150, y Parsons, 1981: 100).

Finalmente, pensamos que las fechas tentativas que por asociación cerámica puede darse a estos ejemplares es de entre 500 y 200 años a.C., la cual coincide con las fechas que tentativamente también ha dado Parsons, y que ubican este género escultórico como perteneciente al periodo Preclásico Medio y Superior, el cual muestra algunas reminiscencias de la tradición escultórica olmeca, para ese momento, ya decadente, presente también en esta porción del Altiplano Central Mesoamericano.

Por lo que toca a la función de estos monumentos, si bien la bibliografía sobre su descripción y estilo es abundante, pocos autores la mencionan.

La escultura del cerro de Las Mesas, está asociada a la fertilidad debido a que los atributos sexuales masculinos están claramente representados (Medellín, 1971: 33). Por su parte, Girard las identifica con mujeres embarazadas asociadas a la fertilidad humana y agrícola, correspondiendo a representaciones de la *Diosa Madre*, así como al antecedente de la deidad lunar entre los mayas (Girard, 1971: 24).

Nosotros pensamos que las esculturas encontradas en Tlaxcala estaban relacionadas con el culto religioso, a pesar de la sencillez y simplicidad de su forma.

El hecho de tratarse de dos esculturas, y que una de ellas, evidentemente femenina, y otra posiblemente masculina, así como la presencia de posibles glifos identificables con el maíz en cada una de ellas, nos lleva a pensar que ambas piezas estaban vinculadas a ritos propiciatorios para la fertilidad agrícola.

Bibliografía

Abascal, Rafael

- 1973 "Un monolito en Cacaxtla, Edo. de Tlaxcala", *Comunicaciones*, No. 9, pp. 35-37, FAIC, Puebla, México.

Abascal, Rafael, Patricio Dávila, Peter Schmidt y Diana Zaragoza

- 1976 "La Arqueología del Sur-Oeste de Tlaxcala", *Suplemento Comunicaciones*, No. 11, FAIC, Puebla, México.

Covarrubias, Miguel

- 1946 "El arte olmeca o de La Venta", *Cuadernos Americanos*, No. 4, pp. 153-179, México.

De la Fuente, Beatriz

- 1975 *Las cabezas colosales olmecas*, Fondo de Cultura Económica, México.

García Cook, Angel

- 1973 "Una punta acanalada en el estado de Tlaxcala, México", *Comunicaciones*, No. 9, pp. 39-42, FAIC, Puebla, México.
- 1976 "El desarrollo cultural prehispánico en el norte del valle poblano-tlaxcalteca. Inferencias", *Serie Arqueología*, Departamento de Monumentos Prehispánicos, INAH, México.
- 1981 "The Historical Importance of Tlaxcala in the Cultural Development of Central Highlands", *Supplement of the Handbook of Middle American Indians*, Vol. I, University of Texas Press, Austin, Texas, U.S.A.

García Cook, Angel y B. Leonor Merino Carrión

- 1977 "Notas sobre caminos y rutas de intercambio al Este de la Cuenca de México", *Comunicaciones*, No. 14, FAIC, Puebla, México.
- 1987 "Condiciones existentes en la región poblano-tlaxcalteca al surgimiento de Cholula", *Notas Mesoamericanas*, No. 10, pp. 153-177, Edward Simmen, Ed., UDLA, Cholula, Puebla, México.

Girard, Rafael

- 1969 *La misteriosa cultura olmeca. Últimos descubrimientos de esculturas preolmecas en Guatemala*, Guatemala, Guatemala.
- 1975 "Esculturas olmecoides de los altos de Guatemala", *Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas*, Vol. I., México.

Hiene, Klaus

- 1974 "Sobre la disposición y antigüedad de las terrazas de la ladera poniente del Cerro Xochitécatl, Tlaxcala (México)", *Comunicaciones*, No. 11, pp. 5-6, FAIC, Puebla, México.

Joralemon, Peter D.

- 1971 "A Study Olmec Iconography", *Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology*, No. 7, Dumbarton Oaks, Washington, D.C., U.S.A.

Medellín Zenil, Alfonso

- 1971 "Monolitos olmecas y otros en el Museo de la Universidad de Veracruz", *Corpus Antiquitatum Americanisium*, Vol. V., INAH, México.

Miles, See W.

- 1965 "Sculpture of Guatemala-Chiapas Highlands and Pacific Slopes and Associated Hieroglyphs",

Handbook of Middle American Indians, Vol. 2, Part 1. Middle American Research Institute, Tulane University, New Orleans, USA.

Muñoz Camargo, Diego

- 1948 *Historia de Tlaxcala*, Editor Andrés Angulo, México.

Navarrete, Carlos

- 1977 "Aportaciones a la iconografía post-olmeca del Altiplano Central de Guatemala", *Anales de Antropología*, Vol. XIV, pp. 91-108, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.
- 1986 "La escultura premaya", *El arte mexicano*, Vol. III, pp. 332-339, SEP-Salvat, México.

Parsons, Lee A.

- s/f "Primer Informe sobre las Investigaciones hechas en Las Ilusiones (Bilbao), Santa Lucia Cotzumalhuapa, Guatemala", pp. 3-11, Informe sobre las fechas de radio-carbón, procedentes de ese lugar.
- s/f "The Art and Archaeology of South and Middle America", *Central Lowlands The Corridor Between Pre-Columbian America*.
- 1981 "Post-Olmec Stone Sculpture: The Olmecan-Izapan Transition on the Southern Pacific Coast and Highlands", *The Olmec and Their Neighbors*, Essays in Memory of Matthew W. Stirling, Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington, D.C., USA.

Parsons, Lee A. y Peter S. Jensen

- 1965 "Boulder sculpture on the Pacific Coast of Guatemala", *Archaeology*, Vol. XVIII, No. 2, pp. 132-144.

Piña Chan, Román

- 1972 *Historia, arqueología y arte prehispánico*, Fondo de Cultura Económica, México.

Proskouriakoff, Tatiana

- 1968 "Olmec and Maya Art. Problem of their relation", *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Benson, Elizabeth Ed., Trustees for Harvard University, Washington, D.C., USA.

Santana Sandoval, Andrés

- en prensa "Esculturas prehispánicas en Tlaxcala; nuevos hallazgos", *XVIII Mesa Redonda de la SMA*, Taxco, Guerrero, 1983.
- en preparación *Contribución al establecimiento de una secuencia cronológico-cultural en Cacaxtla, Tlaxcala*, Tesis profesional. ENAH, INAH, México.

Secretaría de Programación y Presupuesto

- 1981 *Síntesis geográfica de Tlaxcala*, México.

Spranz, Bodo

- 1970 "Investigaciones arqueológicas en el Cerro Xochitécatl, Tlaxcala. Temporada 1969/70", *Comunicaciones*, No. 1, pp. 37-38, FAIC, Puebla, México.

Stirling, Matthew W.

- 1943 "Stone Monuments of Southern México", *Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology*, Bulletin No. 138, Washington, D.C., U.S.A.

Stone, Doris

- 1972 "Pre-Columbian Man Finds Central America", *Peabody Museum of Archaeology and Ethnology*, Harvard, University, Massachusetts, USA.

Basureros del Formativo Tardío en Don Martín, Chiapas

Alejandro Martínez Muriel

Este artículo es síntesis de una investigación realizada (Martínez Muriel, 1978) hace más de diez años; la cual, por diversas razones, nunca se ha dado a conocer. El tema de la *basura* se ha vuelto de gran interés para los arqueólogos, pues muchos de nuestros materiales de estudio son desechos de sociedades antiguas. La importancia del estudio de la basura en la investigación social, tanto en comunidades modernas como antiguas, radica en que aquella es el producto material de lo que la gente hizo. Tal como lo señala Rathje (1975) en su *Proyecto Basura*, en donde investiga la administración de recursos a nivel de unidades domésticas modernas en la ciudad de Tucson, Arizona, encontrando información muy importante que la gente nunca menciona en las encuestas socioeconómicas.

Los materiales fueron obtenidos en las excavaciones de Salvamento Arqueológico realizadas en el sitio Don Martín (A-56) durante la construcción de la Presa Hidroeléctrica de La Angostura, en el Alto Grijalva, en la región conocida como la Depresión Central de Chiapas (Con Uribe, 1981) (ver figura 1). Este documento, por limitaciones de espacio, está orientado sólo a la presentación de los resultados, así, no se incluyen descripciones detalladas o cuadros cuantitativos, que son objeto de otro trabajo (Martínez Muriel, 1978).

Los materiales provienen del interior de dos formaciones troncocónicas, las cuales son depósitos subterráneos en forma de campana o botella, que, cuando ya no cumplieron con su función original, fueron rellenas con materiales de desecho o basura y sellados por las capas de ocupaciones más tardías. Esta basura se compone de una diversidad de materiales: restos de comida, materiales de construcción, artefactos diversos, objetos suntuarios y otros, que representan una amplia gama del inventario cultural de la comunidad que los produjo.

Al interior de estos depósitos se observó un estrato uniforme, como si se tratará de una sola etapa de relleno, formado en un lapso corto, correspondiente tal vez a una o dos generaciones. Este hecho se confirmó al analizar la cerámica, ya que toda pertenece al mismo periodo; los fragmentos de una misma vasija se registraron en diferentes niveles del relleno.

Descripción del sitio

El sitio Don Martín se localizaba sobre la segunda terraza aluvial en la margen sur del Grijalva, en un potrero entre las cotas 490 a 504 msnm, en el municipio de La Concordia. Estaba formado por cinco montículos de tierra de diferentes tamaños, de entre 1.5 a 5 m de altura, al centro del asentamiento había una pequeña depresión o laguneta artificial (ver figura 2).

Durante las excavaciones se registraron dos pozos troncocónicos a más de un metro de profundidad de la superficie, que abarcaban de la capa IV hacia abajo. Los dos pozos son de planta circular con techo abovedado, sus medidas van de 2 a 2.40 m de diámetro, y de 1.60 a 1.90 de altura. Estas formaciones estaban excavadas en estratos arcillosos muy compactos y estériles arqueológicamente. La exploración se inició desde su entrada en la parte superior, vaciando todo su contenido, el cual se cribó, tomándose diversas muestras para flotación. El control horizontal se llevó por cuadros y el vertical por niveles métricos (ver figura 3).

Conjuntos domésticos, cronología y análisis

Las formaciones troncocónicas han sido registradas en muchas excavaciones en diversas áreas de Mesoamérica, como en el Altiplano de Guatemala (Borhegyi, 1965, 1970; Espinoza, 1965; Gamio, 1926; Kidder, Jennings y Shook, 1946; Shook, 1957; Shook y Kidder, 1952); Valle de Oaxaca (Drennan, 1976; Flannery, *et al.*, 1976; Winter, 1972, 1974); Mixteca Alta (Guzmán, 1934); Guerrero (Wietlaner, 1948); Puebla-Tlaxcala (Aufdermawer, 1970; Cook y Rodríguez, 1975; Walter, 1970); Altiplano Central (Barba de Piña Chan, 1956; Manzanilla, 1977; Piña Chan, 1958; Porter, 1953; Reyna, 1975); Huasteca (Martínez Muriel, 1976). En el Area Maya (Puleston y Puleston, 1971) se tienen los *chultunes*, que son de

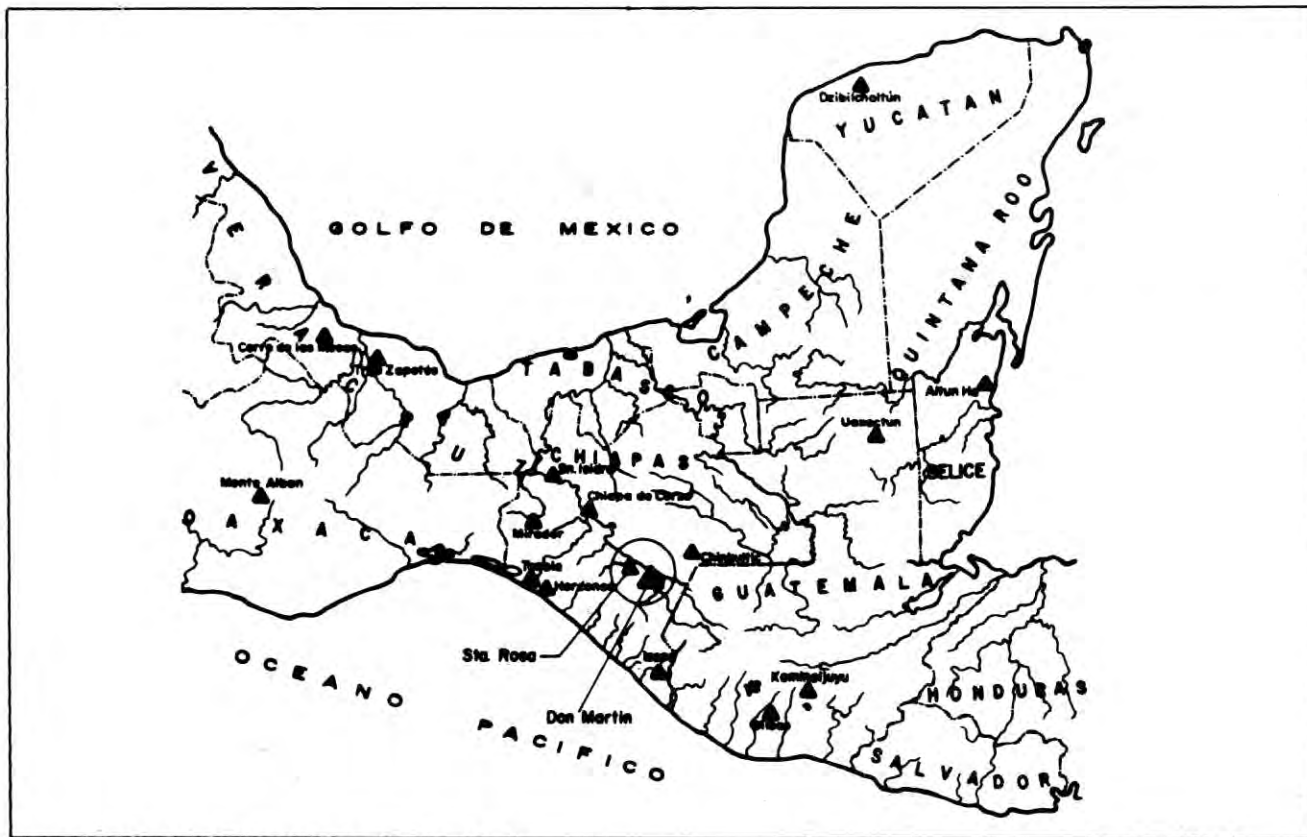


Figura 1. Mapa de localización del sitio Don Martín.



Figura 2. Vista del sitio Don Martín.

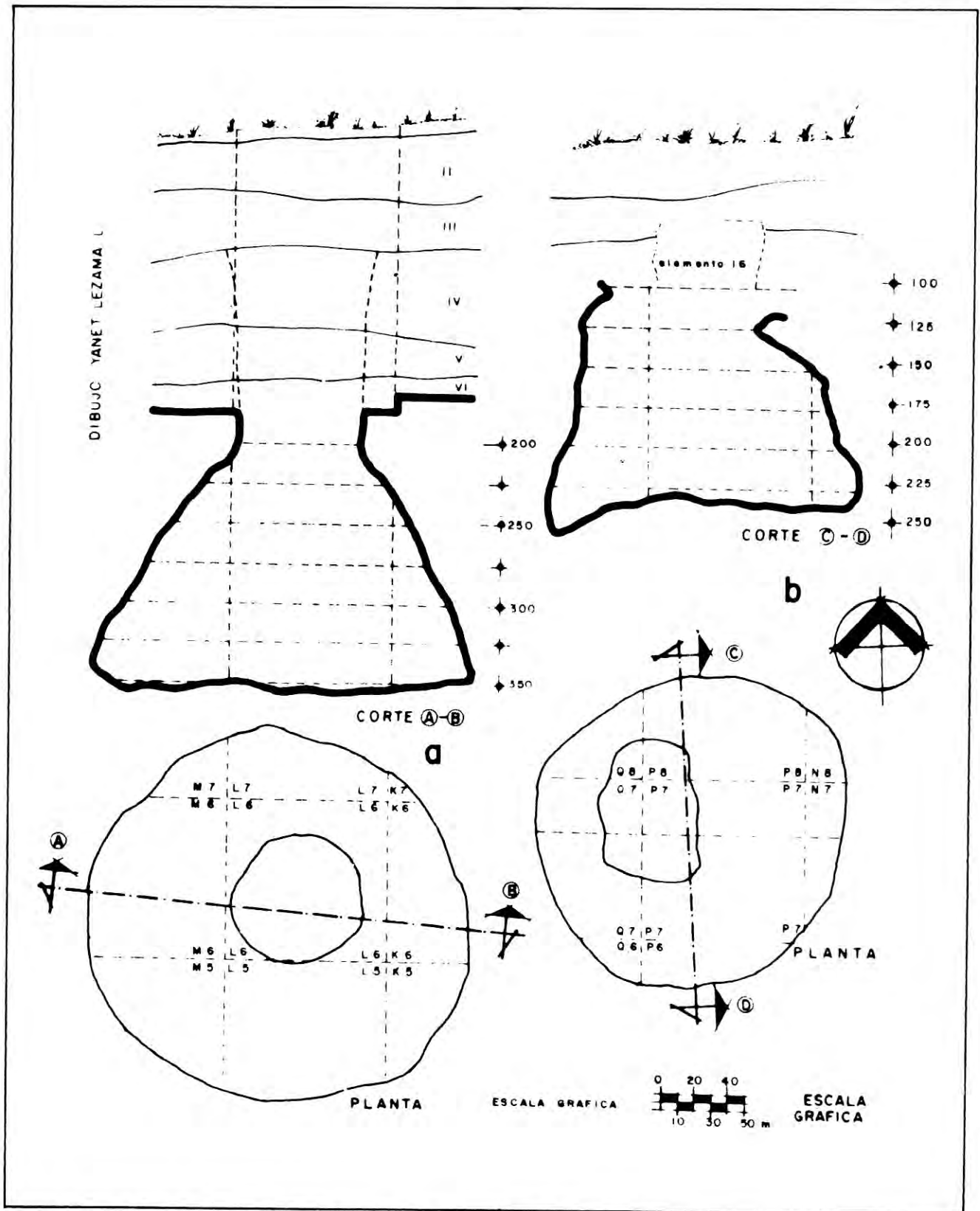


Figura 3. Planta y corte de los pozos troncocónicos. a) Elemento 8 b) Elemento 19



Figura 4. Basura en el interior de los pozos troncocónicos.

forma similar, pero más tardíos, éstos sirvieron como graneros o cisternas, y están estucados en el interior.

A la fecha ha habido pocas investigaciones que han analizado su posición dentro de la comunidad, su contenido, cronología y función, ya que se les considera como hallazgos de menor importancia. Winter (1976:27), en sus estudios de los conjuntos domésticos del Formativo en Monte Albán y Tierras Largas en el Valle de Oaxaca, encontró que los pozos en forma de campana aparecen asociados a casas y otros elementos. El número máximo de pozos registrados en una unidad doméstica es de seis, los cuales, parece, fueron usados en secuencia. Winter opina que posiblemente almacenaron alimentos, pues en su interior se encontró un porcentaje de granos de polen de maíz más alto que en muestras de otros contextos.

Al revisar la literatura sobre las excavaciones de estos pozos, se encuentra que un gran número contenían basura y enterramientos humanos. Parece que al entrar en desuso por causas como el derrumbe de las paredes o el ataque de algún hongo o plaga, eran tapados con lo que se tenía a mano; funcionando de manera secundaria como sepulturas y depósitos de basura (ver figura 4).

Los dos elementos aquí estudiados tienen un mismo tipo de cerámica, muy diagnóstica, llamada San Jacinto Negro, la cual fue estudiada con anterioridad por Brockington (1967) para el sitio de Santa Rosa, unos kilómetros río abajo de Don Martín, y se ubica entre las fases VI y VII de Chiapa de Corzo (200 a.C. a 200 d.C.); o

sea Horcones-Istmo, que corresponde al periodo Protoclásico, momento de mayor actividad en el sitio. Esto coincide con la cronología dada a formaciones troncocónicas reportadas de otras regiones.

Como antes se señaló, se supone, por la asociación de los materiales en el interior de las formaciones, que éstas se llenaron en un lapso corto, durante el Protoclásico, pero se ignora su duración exacta y en que momento situarlos dentro de los 400 años que abarca ese periodo.

A través de un análisis inductivo de los materiales de los basureros, se reconstruyó o infirió la economía de un conjunto doméstico partiendo de la basura —en sentido opuesto al proceso de producción— consumo de los bienes, manufactura y obtención de la materia prima, siguiendo las ideas de Schiffer (1972), quien propone dos modelos de análisis de materiales arqueológicos de desecho, con el fin de reconstruir su "contexto sistémico": uno para elementos durables y otro para elementos consumibles (ver figura 5).

Elementos consumibles

Un problema en el estudio de los elementos consumibles que utiliza una sociedad, es que la mayor parte son de origen biológico, por lo que no se conservan con facilidad; además de que muchos desaparecen con su uso. Es de gran importancia haber detectado un gran

número de restos botánicos en las excavaciones en estos basureros, ya que representan evidencias directas de un conjunto de plantas y animales que formaron parte del complejo cultural de esta comunidad, a la vez aportan valiosa información sobre el antiguo medio ambiente.

Dado que el modelo de flujo para los elementos consumibles es diferente porque de su uso resulta energía liberada, los procesos a investigar fueron: obtención, preparación y uso o consumo.

Este apartado se divide en dos partes: la primera trata los materiales de origen botánico, la segunda los de origen zoológico.

Restos vegetales

Se encontraron más de 50 especies de semillas diferentes, en su mayoría carbonizadas, además de otras partes vegetales, de las cuales se identificaron 27 hasta la especie; 10 hasta la familia y 11 quedaron sin identificar. Sólo cinco de estas plantas son cultivables; las demás son silvestres y corresponden a vegetación de selva alta y sabana. La identificación de estos materiales se llevó a cabo en los Laboratorios del Departamento de Prehistoria del INAH, por el biólogo Lauro González Q.

Dichos materiales tuvieron como principales usos los siguientes: alimentación, estimulantes, condimentos, utensilios, obtención de aceites, fibras, medicamentos y papel.

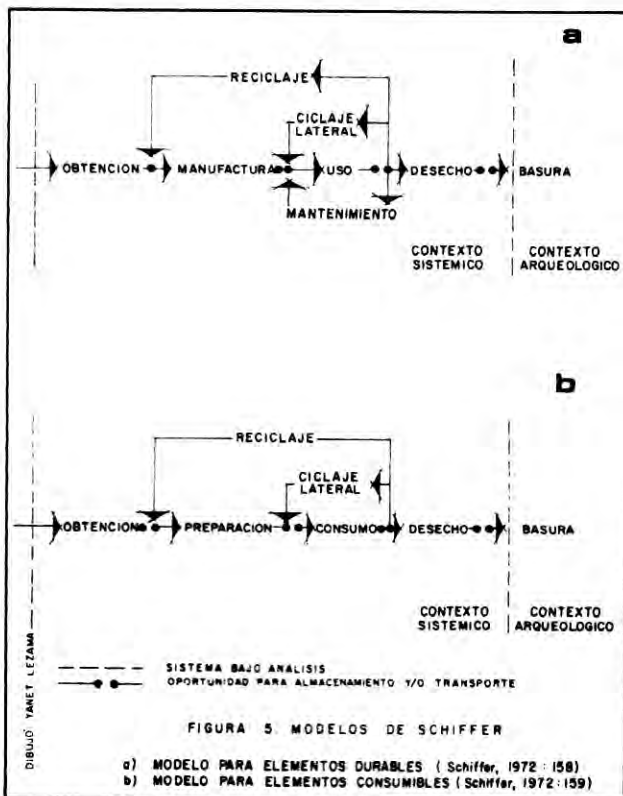


Figura 5. Modelos de análisis, Schiffer (1972).

Alimentos básicos

En este apartado se engloba a los cultivos en que se basó la alimentación o la fuente principal de energía, y su característica es la de ser producidos con fines alimenticios. Tenemos: *Canavalia* o canavalia, *Manihot* o mandioca, *Phaseolus* o frijol, y *Zea mays* c.f. *Nal-Tel* o maíz. Estas especies requieren ser cocinadas para su consumo.

Es importante la presencia de mandioca en este sitio, pues se trata de una planta difícil de detectar arqueológicamente, ya que no se cultiva por medio de semillas, por lo cual aún se discute su papel como alimento básico en la época prehispánica (Flannery, 1982: xix).

Alimentos secundarios

Entre las especies que formaron parte de la dieta complementaria, se detectaron las siguientes, que son, en su mayoría, silvestres, aunque algunas posiblemente fueron cultivadas: *Acrocomia mexicana* o coyol, *Amaranthus* o bledo, o alegría, *Crescentia* o calabaza, *Helianthus* o mirasol, *Orbygnia cohune* u orvignia, *Portulaca* o verdolaga, *Sideroxylon tempisque* o tempisque, *Vitis* o bejuco de agua y una *annonacea* o annona. Algunos de estos alimentos se pueden comer crudos, otros requieren ser cocinados.

Condimentos

Aunque estos productos forman parte de la alimentación se tratan aparte, pues su finalidad es la de dar sabor a otros alimentos; es decir, nunca se utilizan solos. Agrupamos en condimentos al *Capsicum* o chile, *Chenopodium* o epazote y *Manihot* o mandioca.

Estimulantes

En este grupo colocamos las plantas que contienen algún alcaloide que cause un cambio en el estado físico o anímico del hombre, tales como: *Nicotiana* o tabaco, *Acrocomia mexicana* o taberna y *Vitis*. El tabaco requiere ser secado para su consumo; la taberna y el vino requieren de fermentación.

Utensilios

En este grupo sólo tenemos la *Crescentia*, que se utiliza como jicara o vaso. Este se obtiene secando y raspando el fruto.

Obtención de aceites

Se identificaron tres especies cuyas semillas contienen aceite en cantidad, como son: *Acrocomia mexicana*, *Helianthus* y *Orbygnia cohune*. El aceite se extrae de las semillas prensándolas en frío.

Medicinales

Cinco de las especies registradas tienen propiedades medicinales: *Capsicum*, *Chenopodium*, *Crescentia*, *Ficus* y *Nicotiana*. Algunas requieren de algún tipo de preparación para su uso.

Obtención de fibras

Uno de los usos del bejuco de agua es obtener fibras para amarras de leña, machacando los tallos.

Obtención de papel

Se registraron restos de amate; se usó, principalmente, en la fabricación de papel, mediante el machacado de la corteza del árbol. Es interesante señalar que el tabaco, la alegría y el papel, tenían también usos mágico-religioso. El papel debió, además, servir como adorno personal y vestido, tal como puede apreciarse en estelas, códices, vasijas y como es utilizado todavía por los lacandones.

Con base en la cuantificación obtenida, las plantas más utilizadas fueron las dos especies de *Phaseolus*, la *Canavalia*, el *Zea mays* y la *Acrocomia mexicana*.

Restos zoológicos

Se identificaron restos de siete mamíferos, dos reptiles, un anfibio, un ave, un pez y 11 moluscos, además de un gran número de huesos y fragmentos que no fue posible reconocer. Estos materiales fueron estudiados por el zoólogo Ticul Alvarez, en los Laboratorios del Departamento de Prehistoria del INAH.

La obtención de las diferentes especies puede ser por domesticación, cacería, pesca y recolección. De las registradas sólo el perro es de origen doméstico.

El uso o consumo principal a que se destinaron estos animales fue la alimentación; aunque posteriormente se reciclaron algunas partes como la piel, huesos, concha, astas, entre otros, para la fabricación de diversos artefactos. Seguramente en otros casos, vísceras y huesos que el hombre no consume fueron dados a los perros como parte de su alimentación, junto con otros desechos de comida.

En cuanto a su preparación como alimentos, salvo las almejas que tienen la posibilidad de comerse crudas, los demás especímenes se deben preparar al fuego.

Dentro de las especies registradas, que hemos considerado como alimentos básicos, se encuentran las siguientes:

Mamíferos: *Canis familiaris* o perro, *Odocoileus virginianus* o venado cola blanca y *Peromyscus* o ratón de campo.

Reptiles: iguana negra o *Ctenosaura*

Moluscos de agua dulce: *Pachychilus* o shuti, *Pomacea flagellata* o tote y dos especies de mejillones, *Nephronia* y *Unionidae*.

Como alimentos complementarios hemos considerado el *Dicotyles tajacu* o jabali, el *Sylvilagus floridanus* o conejo y varias especies de aves y peces no identificadas.

Una especie muy interesante es el *Bufo* o sapo, ya que es la más abundante en los basureros, y no es comestible. Su utilización parece relacionarse más bien con los estimulantes, ya que este animal tiene una glándula venenosa con propiedades alucinógenas. Es interesante que en San Lorenzo Tenochtitlán el 9.5% de los restos de fauna registrados son de *Bufo* (Coe y Diehl, 1980: 378).

Hay otras especies presentes, tal vez de forma casual: dos de ratas *Oryzomys* y *Sigmodon*, que constituyen una plaga para los sembradíos y depósitos de granos y una de víbora, que tal vez anidó en el troncocónico una vez ya tapado.

Al examinar los huesos provenientes de los diferentes troncocónicos se observó que en el Elemento 8, había por lo menos restos de cinco perros jóvenes, dos o tres venados y en el fondo de la formación un gran número de huesos de sapo, conchas de *Pomacea* y restos humanos. En el Elemento 19 habían restos de cuando menos cuatro perros adultos, tres venados y un jabali, entre otras especies.

Restos humanos

En el fondo de una de las formaciones troncocónicas (Elemento 8), encontramos una serie de huesos humanos sin relación anatómica, como si hubiesen sido arrojados al fondo del pozo en calidad de basura. Según los informes de los especialistas (Peña, comunicación personal), se trata de un entierro directo y secundario, en el que se hallaron restos de dos individuos.

Elementos durables

Nuestra clasificación de elementos durables, de acuerdo al modelo de Schiffer, estará enfocada a investigar su obtención, manufactura y uso. Los materiales estudiados no presentaron atributos mediante los cuales pudiera detectarse el reciclaje lateral, reciclaje y mantenimiento de los materiales, salvo en un par de casos (ver figura 4).

Clasificamos los materiales durables separando los objetos de acuerdo a:

Función general: recipientes, instrumentos, adorno personal, objetos suntuarios y materiales de construcción.

Materia prima o industria: cerámica, lítica, hueso, concha y otros.

Obtención: ya sea local o importados de otras regiones.

Técnica de manufactura o clase: según los materiales.

Función específica o categoría: como malacates, punzones, etcétera.

Vasijas

Las vasijas, según el esquema anterior, deberían formar parte de la sección de instrumentos o de objetos sun-

tuarios, de acuerdo a su uso y obtención. Pero dada la importancia de su estudio en la arqueología y el gran volumen de tiestos encontrados, se separaron para darles un tratamiento en conjunto.

Es innecesario aquí, por limitaciones de espacio, hacer una descripción detallada de cada tipo, así como de su cuantificación. El total de tiestos se dividió en dos clases: pulidos y no-pulidos. Ambas clases se componen a su vez de varios grupos o tipos. Los atributos en los que se basó esta clasificación fueron: calidad o acabado, forma, pasta, técnica de manufactura y decoración. En cuanto a las pastas, sólo se hizo una revisión macroscópica, pues son muy similares en los diferentes grupos.

Hay 11 grupos identificados para las cerámicas pulidas, entre los que destacan el San Jacinto Negro, que es el tipo predominante y del que se obtuvo el mayor número de piezas casi completas (25% de los tiestos) (ver figura 6). El tipo Usulután, que fue identificado para el Formativo Terminal en sitios de Guatemala y El Salvador, aunque en Chiapa de Corzo se encontraron algunas vasijas como ofrendas en tumbas. La cerámica Naranja, que recuerda las formas del anaranjado delgado. La cerámica Rojo y Bayo de formas similares al San Jacinto Negro, pero en otros colores.

Se identificaron ocho grupos dentro de las cerámicas no-pulidas, en su mayoría son tipos de uso doméstico, como ollas, algunos braseros y un par de fragmentos de tecomates, probablemente más antiguos.

Las vasijas son, en general, instrumentos poco especializados; es decir, pueden tener varios usos, sin embargo, sus formas y calidades, vistas en conjunto, pueden dar información sobre su utilización general.

1. Hay una serie de vasijas raras o exóticas al sitio, po-

siblemente importadas, como el Usulután, de muy buena calidad y para fines suntuarios.

2. Se tiene la producción local de una vajilla fina, el San Jacinto Negro, en la que predominan los platos y cajetes, como si se tratase de la vajilla de mesa.

3. Por otro lado está la cerámica mal acabada, de baja calidad, en la que predominan las ollas, que al parecer fueron recipientes para la cocina o servicio doméstico. Esto se apoya en la gran cantidad de tiestos quemados, algunos con restos de comida carbonizada en el fondo.

4. Los braseros y las ollas efigie son, al parecer, para fines ceremoniales.

Instrumentos y litica

Por instrumentos entendemos aquellos objetos utilizados como intermediarios entre la acción humana y la materia prima para modificarla, transformarla física y químicamente en un bien útil. El uso de los instrumentos supone o se relaciona con una serie de actividades económicas, así como un grado de desarrollo tecnológico.

Los materiales líticos de los basureros, por su origen se pueden agrupar en dos industrias.

Industria local

Cantos rodados; esta es, prácticamente, la única industria local, la cual es muy importante, ya que representa la mayor parte de los instrumentos encontrados en los basureros del sitio Don Martín. Hay diversos tipos de artefactos: cinceles, machacadores, martillos, muelas, manos, abrasivos, lascas y núcleos, los que fueron manufacturados con técnicas distintas, como piedra tallada por percusión, pulida, por desgaste y utilización casual.

Industrias importadas

Hay cinceles en rocas metamórficas, navajas prismáticas de obsidiana con tres diferentes técnicas de manufactura, navajas de sílex, muelas en areniscas y varios instrumentos en pizarra, cuya función no fue identificada.

Con estos instrumentos se pueden realizar actividades de corte, percusión, desgaste y molienda.

Instrumentos de cerámica

Los únicos instrumentos de cerámica son una serie de pequeños malacates y varios tejos. Estos instrumentos son de manufactura local. Los malacates están hechos con arcilla mal cocida y sólo un ejemplar está decorado. Los tejos son tiestos reusados a los que se les dio la forma redondeada por abrasión. En cuanto a su función, los malacates, de acuerdo a su tamaño, debieron ser para hilar algodón, mientras que los tejos debieron funcionar como fichas.



Figura 6. Cerámica San Jacinto Negro.

Instrumentos de hueso

En hueso hay un par de agujas y punzones de diferentes formas y tamaños. La materia prima proviene del reciclamiento de los desechos de comida de origen animal; transformada por corte, desgaste, pulimento y en algunos casos por endurecimiento al fuego.

Las agujas están incompletas, por lo que no sabemos si eran para coser o tejer. Sin embargo, su función está íntimamente ligada a la industria textil y, por tanto, a los malacates.

En cuanto a los punzones, tenemos cinco formas y tamaños distintos, lo que indicaría actividades o usos diferentes, que pueden estar asociados con industrias textiles, peletería, carpintería y otros.

Adorno personal y objetos suntuarios de lítica

Los adornos personales y objetos suntuarios son artefactos, que en sentido estricto no son necesarios para la supervivencia física del hombre. Marcan un desarrollo intelectual, artístico y religioso, y tienen, seguramente, un significado económico y social (denota horas libres para actividades no productivas y por lo tanto un excedente económico), también son indicadores de jerarquías y clases sociales.

Se registraron un par de cuentas de forma tubular —una de roca color verde y otra negra—; un fragmento de orejera en travertino; pigmentos en color rojo y amarillo, y fragmentos de mica. Al parecer, todos importados como objetos terminados.

Las cuentas y la orejera debieron utilizarse en el adorno personal, la mica como objeto suntuario y los pigmentos pudieron tener diversas aplicaciones.

Adorno personal y objetos suntuarios de cerámica

Los objetos de adorno más numerosos en barro son las orejeras, las cuales tienen diversas formas y decoración. También hay cuentas, pendientes y algunos fragmentos de figurillas, fabricados con las más diversas técnicas cerámicas.

Adorno personal y objetos suntuarios de concha y hueso

En estos materiales hay cuentas elaboradas con colmillos de felino, hueso y concha. Hay pendientes y siluetas de figuras recortadas en concha; instrumentos musicales, como un *omechicahuastle* fabricado en un fémur humano, así como cascabeles de concha del género *Oliva*. Al parecer, todos los materiales corresponden a un proceso de reciclaje local, salvo los de conchas marinas, que provienen tanto de las costas del Golfo como del Pacífico (*Cerithidea pliculosa*, *Prunum apicinum* y *Nassarius tiarula*). Para su fabricación se utiliza-

ron, prácticamente, todas las técnicas: corte, abrasión, pulimento, bruñido, perforación e incisión.

Las cuentas, pendientes y figurillas pudieron tener funciones semejantes a las manufacturadas en piedra o cerámica; aunque las siluetas en concha pudieron ser parte de un mosaico. Las conchas marinas sin trabajar, las consideramos objetos suntuarios por su tamaño y especie, ya que no son comestibles, son bonitas y pequeñas. Las funciones del *omechicahuastle* y los cascabeles pueden relacionarse con la música y la danza.

Materiales de construcción

Los restos de construcciones son materiales utilizados en la edificación de sus casas, por lo general son de origen local y de fácil adquisición. Sobre técnicas de construcción, patrón de asentamiento y uso del suelo para el periodo Protoclásico hay poca información en los basureros, ya que sólo se registraron una serie de materiales que pudieron utilizarse en la construcción de muros y cimientos de habitaciones: adobes de forma cónica, bajareque quemado, cantos rodados, mortero y calizas, todos de origen local.

Los adobes se fabricaron con arcillas, cal y estructura vegetal, tal vez eran modelados y medio cocidos. El bajareque se aplicaba directamente sobre una estructura de palos, sostenida por horcones con amarres, que en algunas partes se quemaba accidentalmente. Los cantos de río eran usados posiblemente en los cimientos de las casas y para sostener postes unidos por un mortero. La argamasa está hecha a base de cal, arcillas y gravilla. Así, las casas debieron tener muros de bajareque o adobe, encalados de blanco, con techos de palma y una banqueta de cantos rodados alrededor.

Conclusiones

El análisis de los materiales registrados en los basureros estudiados permite llegar a las siguientes conclusiones sobre el sitio:

1. Asentamiento en una región fluvial, rica en recursos y con buenas posibilidades para la agricultura sin necesidad de grandes obras hidráulicas.
2. Puede considerarse la comunidad, hasta cierto punto, autosuficiente; pues la mayoría de los productos registrados son de origen y manufactura locales.
3. Producción por especialistas de tiempo completo, o combinando una situación de campesinos y artesanos a la vez.
4. Una producción de alimentos desarrollada con excedentes.
5. Explotación eficiente del medio ambiente para obtener alimentos y materias primas.
6. Un comercio establecido con otras regiones, que implica una red y un sistema de redistribución.
7. Conceptos mágico-religiosos y estéticos definidos.
8. Utilización de bienes suntuarios o de lujo.

Bibliografía

- Aufdermauer, Joerg**
1970 "Excavaciones en dos sitios Preclásicos de Moyotzingo, Puebla", *Comunicaciones*, No. 1: 9-24, FAPIC, Puebla.
- Barba de Piña Chan, Beatriz**
1956 *Tlapacoya un sitio Preclásico de transición* (Acta Antropológica), Vol. 1, No. 1, Gobierno del Estado de México, Secretaría de Turismo, Toluca, México.
- Borhegyi, Stephan F. de**
1965 "Archaeological synthesis of Guatemala Highlands", *Handbook of Middle American Indians*, Vol. 2: 3-58, University of Texas Press.
1970 "Depósitos subterráneos en forma de botella y sonajas de barro del Preclásico de Guatemala", *Estudios de Cultura Maya*, Vol. VIII: 25-34, Centro de Estudios Mayas, UNAM, México.
- Brockington, Donald L.**
1967 *The Ceramic History of Santa Rosa, Chiapas, México* Papers of the New World Archaeological Foundation, 23, Birgham Young University, Provo, Utah.
- Coe, Michael D. y Richard A. Diehl**
1980 *In the land of the Olmec* (2 volúmenes), University of Texas Press, Austin and London.
- Con Uribe, María José**
1981 *Laguna Francesa* (Colección Científica), No. 100, INAH, México.
- Drennan, Robert D.**
1976 "Fabrica San José and Middle Formative society in the Valley of Oaxaca", *Prehistory and Human Ecology of the Valley of Oaxaca*, K.V. Flannery (Ed) Memoirs of the Museum of Anthropology, Vol. 4, No. 8, University of Michigan, Ann Arbor.
- Espinoza Aguilar, Gustavo**
1965 *Breve informe sobre el descubrimiento de una tumba en San Cristóbal Totonicapán*, Antropología e Historia de Guatemala. Vol. XVII, No. 1 Ministerio de Educación, Guatemala.
- Flannery, Kent V. Ed.**
1976 *The Early Mesoamerican Village* (Studies in Anthropology), Academic Press, New York.
1982 *Maya Subsistence* (Studies in Archaeology), Academic Press, New York.
- Gamio, Manuel**
1926 *Cultural evolution in Guatemala and its Geographic and History handicaps* Art and Archaeology, Vol. 23, Washington.
- García Cook, Angel y Felipe Rodríguez**
1975 "Excavaciones arqueológicas en Gualupita Las Dalias, Puebla", *Comunicaciones*, No. 10, FAPIC, Puebla.
- Guzmán, Eulalia**
1934 "Exploración arqueológica en la Mixteca Alta", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, tomo 1, 5a. época: 17-41, México.
- Kidder, Alfred V., Jesse D. Jennings y Edwin M. Shook**
1946 *Excavations at Kaminaljuyú, Guatemala* Carnegie Institution of Washington, Pub. 581, Washington.
- Manzanilla, Linda**
1977 *Informes de la Segunda Temporada de Trabajos de Cuauhtlán 75-76*. Informe mecanoscrito en el Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, México.
- Martínez Muriel, Alejandro**
1976 *Informe sobre las excavaciones en San José (CH-1-3), Chicayán, Veracruz*, Informe mecanoscrito en el Archivo del Departamento de Salvamento Arqueológico, INAH, México.
1978 *Don Martín, Chiapas: inferencias económico-sociales de una comunidad arqueológica*, tesis de maestría, ENAH, México.
- Piña Chan, Román**
1958 *Tlatilco*, Serie Investigaciones, Nos. 1 y 2, INAH, México.
- Porter, Muriel N.**
1953 *Tlatilco and the Preclassic culture of the New World* Viking Found Publications in Anthropology, No. 19, New York.
- Puleston, Dennis E. y Olga Stavrakis Puleston**
1971 "An ecological approach to the origins of Maya Civilization", *Archaeology*, Vol. 24, No. 4: 330-37.
- Rathje, William L.**
1975 "The Garbage Project: an archaeological perspective on modern household-level resource management", *Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas*, Vol. 1: 230-237, México.
- Reyna, Rosa María**
1975 *Informe preliminar de las excavaciones en Loma de Torremote Cuauhtlán, Valle de México, 1975*, Informe mecanoscrito en el Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, México.
- Schiffer, Michael B.**
1972 "Archaeological context and Systemic context", *American Antiquity*, Vol. 37, No. 2: 156-165, Washington.
- Shook, Edwin M.**
1957 *Lugares arqueológicos del Altiplano Meridional Central de Guatemala*, Arqueología guatemalteca, publicaciones del IDAEH (Biblioteca Guatemalteca de Cultura Popular), Guatemala.
- Shook, Edwin M. y Alfred V. Kidder**
1952 *Mound E-III-3, Kaminaljuyú, Guatemala* Contributions to American Anthropology and History, Vol. XI, No. 53, Publication 596, Carnegie Institution of Washington, Washington.
- Walter, Heinz**
1976 "Informe preliminar sobre una excavación en el sitio Preclásico de San Francisco Acatepec, Puebla", *Comunicaciones*, No. 1: 25-36, FAPIC, Puebla.
- Weitlaner, R.J.**
1948 "Exploración arqueológica en Guerrero", *Cuarta Reunión de Mesa Redonda sobre problemas antropológicos de México y Centro América: El*

Occidente de México: 77-85, Sociedad Mexicana de Antropología, México.

Winter, Marcus C.

1972 *Tierras Largas: A Formative community in the Valley of Oaxaca, México*, tesis doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Arizona, Tucson.

1974 "Residential Patterns at Monte Albán, Oaxaca, México", *Science*, Vol. 186: 981-987.

1976 "The archaeological household cluster in the Valley of Oaxaca", *The early mesoamerican village*, K. Flannery (Ed.) (Studies in Anthropology), Academic Press, New York.

Las calzadas prehispánicas de la Isla de México

Algunas consideraciones acerca de sus funciones

Margarita Carballal Staedtler
María Flores Hernández

Este artículo trata sobre las llamadas "calzadas" y calzadas-diques, que unieron a la "Isla de México" (después ciudad de México) con localidades ribereñas del sector occidental del lago de Texcoco; particularmente sobre el aspecto funcional, donde, entre las diversas necesidades que satisficieron, se destacará la que podría llamarse su función primaria inicial.

El nombre genérico de "Isla de México" así como el territorio que ésta ocupó fue compartido por las ciudades prehispánicas de Tlatelolco y Tenochtitlan. Su ubicación, en unas isletas localizadas al poniente del lago de Texcoco, receptor último del sistema hidrológico de la Cuenca de México, las hizo susceptibles a continuas inundaciones.

Diversas fuentes históricas hacen referencia a los anegamientos, así como a las soluciones intentadas por diferentes gobernantes mexicas, concretamente a la realización de obras para el control hidráulico, que alcanzaron su máximo desarrollo durante el Postclásico Tardío.

Este sistema de control se sustentó en construcciones de grandes dimensiones como diques y calzadas-diques, y obras menores como canales, chinampas (habitacionales y para cultivo), puentes y embarcaderos.

Este artículo se basa, principalmente, en los resultados obtenidos por las autoras en diversas excavaciones de salvamento arqueológico efectuadas en la ciudad de México de 1980 a la fecha, concretamente en los trabajos realizados en las "calzadas" del *Tepeyacac* y de *Nonoalco*.

El contar con datos arqueológicos e información directa sobre estas estructuras permitió analizar bajo otra perspectiva la información escrita y gráfica que brindan las fuentes históricas, así como los datos obtenidos en trabajos arqueológicos previos como los de González Rul (1962) y de Gussinyer (1972).

De entre los diversos estudios que existen sobre elementos específicos como chinampas, canales y diques (Armillas, 1971; Calnek, 1974; Coe, 1964; Lorenzo, 1974), y acerca del sistema en su conjunto (González Aparicio, 1973; González Obregón, 1902; Lombardo,

1973; Palerm, 1973; Ramirez, 1876; Rojas, 1974), cabe destacar los ensayos de Palerm y Rojas.

La obra de los dos últimos autores mencionados, desarrolla la hipótesis del control hidráulica para la Cuenca de México, y puede considerarse la más completa sobre el tema, si bien ellos mismos han señalado la limitación de basarse sólo en datos históricos, ya que en su momento se contaba con muy pocos trabajos arqueológicos referentes a los diques y a las calzadas-diques.

El hecho de no conocer los materiales utilizados y el sistema de construcción, y en algunos casos su trazo, hizo que el trato sobre las funciones quedara a nivel de hipótesis, tal como lo señala Palerm.

La información documental proporcionada por los conquistadores españoles hace referencia a las "vías de acceso" a la capital del señorío mexica sólo al momento del sitio y su caída (1521). Llamadas por los españoles "Calles de tierra ancha" o "calles principales" fueron mencionadas por Bernal Díaz del Castillo (1975: 16) y Hernán Cortés, (1979: 69) quienes se refieren en un caso a tres y en otro a cuatro, respectivamente.

Entre los documentos gráficos se considera al Plano de Alonso de Santa Cruz (1555) como uno de los más confiables. En él se observan claramente cinco "calzadas" y dos ramales que unían a la "isla" con localidades ribereñas (ver lámina 1).

Estas estructuras o "calles principales", siguiendo la ribera poniente del lago, de Norte a Sur fueron las siguientes (ver figura 1): a) *Tepeyacac*, b) *Tenayuca*, c) *Nonoalco* (que iba a *Tacuba*, con un ramal hacia *Azcapotzalco*), d) *Tlacopan* (*Tacuba*, con un ramal que iba hasta el cerro de *Chapultepec*) y e) *Iztapalapa*.

El nombre con el cual se denomina a estas "calzadas" es el mismo que aparece en los textos y en algunos planos e indica una de las localidades unidas por cada uno de estos elementos.

En relación a sus características, las descripciones con que se cuenta son muy generales:

"...Son las calles... digo las principales, muy anchas y muy derechos, y algunas éstas y todas las demás son a mitad de



Lámina 1. Plano de Alonso de Santa Cruz (1555), en él se señalan cinco "calzadas".

tierra y por la otra mitad es agua... de trecho a trecho, están abiertas, por de atraviesa el agua... algunas son muy anchas hay sus puentes, de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas dellas pueden pasar diez caballos juntos a la par..." (Cortés, 1979: 69).

Respecto a los materiales y la forma como fueron construidas se dice lo siguiente:

"...fueran hechas a mano de tierra y céspedes y muy cuajadas de piedra..." (Torquemada, 1975:292).

Los datos referentes a cada "calzada", que a continuación se presentan, comprenden, como antes se señaló, información de origen diverso, incluyéndose los resultados de las excavaciones arqueológicas realizadas.

"Calzada" del Tepeyacac

La "calzada" del Tepeyacac partía del límite norte de la "isla" hasta el cerro del Tepeyacac, cubría una distancia de casi tres kilómetros. Es mencionada en varias fuentes, como son: Cortés (*op. cit.*), Torquemada (*op. cit.*) y Sahagún (1979), entre otras. Se hace referencia a su localización; a la ubicación en el extremo ribereño del sitio de culto a la deidad prehispánica llamada *Tonant-*

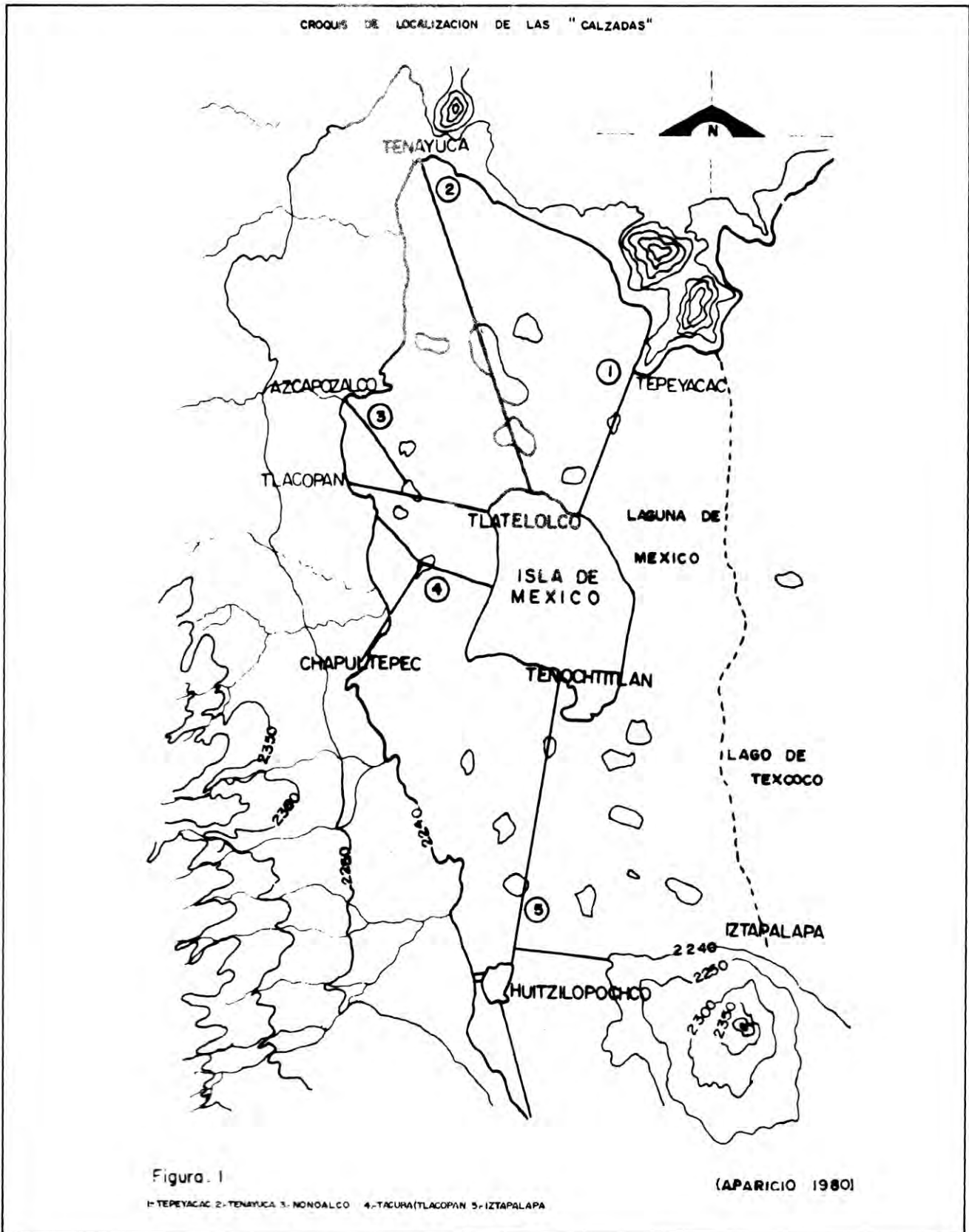
zin, a su importancia estratégica en las batallas y a sus características constructivas.

Respecto a este último aspecto, se cuenta con una descripción bastante clara, debida al fraile Torquemada (1975:728-729), quien estuvo a cargo de una de las reparaciones hechas a esta "calzada".

"Duró esta obra de la Calzada de Nuestra Señora, más de cinco meses, donde andaban al trabajo, cotidianamente, mil y quinientos, y dos mil peones, que trabajan en ella inmensamente... Levántose la Calzada de piedra y tierra, que se traía por agua en canoas, media legua, y una de ella, dos varas de alto y tiene diez y ocho y veinte en partes de ancho; las paredes eran de barro y piedra, y por otra parte de fuera toda estacada de muchas y espesas estacas..."

Las excavaciones arqueológicas (Carballal S.M. y M. Flores, 1985) mostraron seis rellenos de piedra sobrepuestas (ver lámina 2) con un espesor total de 1.80, y un ancho máximo de 11 metros. Estos rellenos estaban conformados por diversos tipos de piedra (basalto, decita y tezontle) y arcillas como parte del relleno y de los acabados de superficie. Las orillas estaban limitadas por estacados para la época prehispánica y con muros de mampostería durante la Colonia (ver figura 2).

De los empedrados se obtuvieron materiales arqueológicos de diversa temporalidad, que abarcan desde la época prehispánica hasta nuestros días. A los niveles



prehispánicos se asocian materiales cerámicos, como son los tipos denominados Azteca III, Azteca IV (Noguera, 1975, y Cerámica Blanca (Sejourné, 1983) correspondientes al Postclásico Tardío. Los materiales coloniales tempranos corresponden a lebrillos y a tipos vidriados, como son el Ambar Verdoso, Bicromo Negro/Ambar Verdoso y Verde Monócromo (Muller, 1981). Del periodo colonial tardío, se registraron los tipos Vidriado Verde, Rojo Bruñido, Engobe Rojo Bruñido (González Rul, 1988) y mayólica tipo Aranamo Policromo (Muller, 1981).

La presencia de estos materiales, junto con la información de los cronistas y de otros textos coloniales y contemporáneos, permitieron establecer la secuencia cultural de la estructura en cuanto a etapas constructivas y a las diversas modificaciones y reparaciones, tanto de las época prehispánica como colonial y moderna.

“Calzada” de Tenayuca

Esta construcción comunicaba a la ciudad de Tlatelolco con Tenayuca y tenía una longitud de cerca de siete kilómetros; los cronistas no la mencionan, aun cuando está registrada en diversos planos de la época colonial. Toussaint y Fernández (1938) ubican su trazo bajo la actual calzada de Vallejo.

Hasta el momento, la única evidencia arqueológica registrada sobre esta “calzada” corresponde a la Colo-



Lámina 2. Proceso de excavación de la “calzada” prehispánica del Tepeyacac. Puede observarse parte de los materiales constructivos (piedras y arcillas) que conformaron los diferentes empedrados.

nia y se trata de los restos de un puente del siglo XVII, localizado en el extremo sur de la actual calzada de Vallejo, muy cercana a Tlatelolco. Tomando en cuenta la distancia entre sus paramentos y por analogía con otras excavaciones de obras semejantes (como Tepeyacac, por ejemplo), en las que se ha podido constatar que durante la Colonia se conservaban en lo general las dimensiones originales de este tipo de construcciones, se calculó una amplitud aproximada de 15 m para la “calzada”.

“Calzada” de Nonoalco

Esta “calzada” comunicaba a Nonoalco, barrio de Tlatelolco, con Tacuba o Tlacopan, contaba además con un ramal que iba hacia Azcapotzalco. El trayecto hasta Tacuba cubría aproximadamente 2.8 kilómetros, mientras que el tramo hacia Azcapotzalco tenía una longitud de 3.7 kilómetros.

Los datos que proporcionan diversas fuentes escritas (Tezozómoc, 1975; Sahagún, 1979; Torquemada, 1975; *Anales de Tlatelolco*, 1948; Cortés, 1979) mencionan la existencia de esta “calzada” por su importancia en la caída de Tenochtitlan, ya que en el barrio de Nonoalco, en el extremo de esta obra, se peleó violentamente contra los conquistadores al mando de Pedro de Alvarado. Sin embargo, no se hace la menor referencia a sus dimensiones o al sistema constructivo.

El registro arqueológico (Carballal S.M. y M. Flores, 1988) mostró una estructura de 15 m de ancho, con cinco rellenos sobrepuestos, correspondientes a la época prehispánica. Se componían de arcillas y limos compactados, donde se intercalaban arenas y gravas finas como firme de los apisonados de arcilla, con taludes laterales (ver lámina 3). Tuvo una altura de 2.10 m, de los que 1.10 sobresalían del nivel de superficie del lago (ver figura 3).

“Calzada” de Tlacopan (Tacuba)

De la puerta oeste del *Coatepantli*, que limitaba al recinto sagrado de Tenochtitlan partía esta “calzada” y llegaba hasta Tlacopan (Tacuba); tuvo una dirección E-NO y curso curvado, su longitud era de, aproximadamente, 2.8 km, además poseía un ramal de 2.3 km que llegaba hasta el cerro de Chapultepec, el cual se trata en este documento por separado.

La importancia de esta obra radica en que es el soporte del acueducto que surtía de agua potable a la “Isla”; existen varias referencias de los cronistas (Sahagún, 1979; Cortés, 1979; Díaz del Castillo, 1976; Torquemada, 1975) que mencionan las batallas que se dieron en esta “calzada”, particularmente la conocida como “La noche triste”.

Aun cuando se carece de registro arqueológico de esta estructura, al integrar información obtenida en los trabajos realizados en la Línea 2 del “Metro” (Gussinyer, 1972) y los resultados de los estudios de resistividad del suelo efectuados en 1983 por la Compañía Mexicana de Aero-

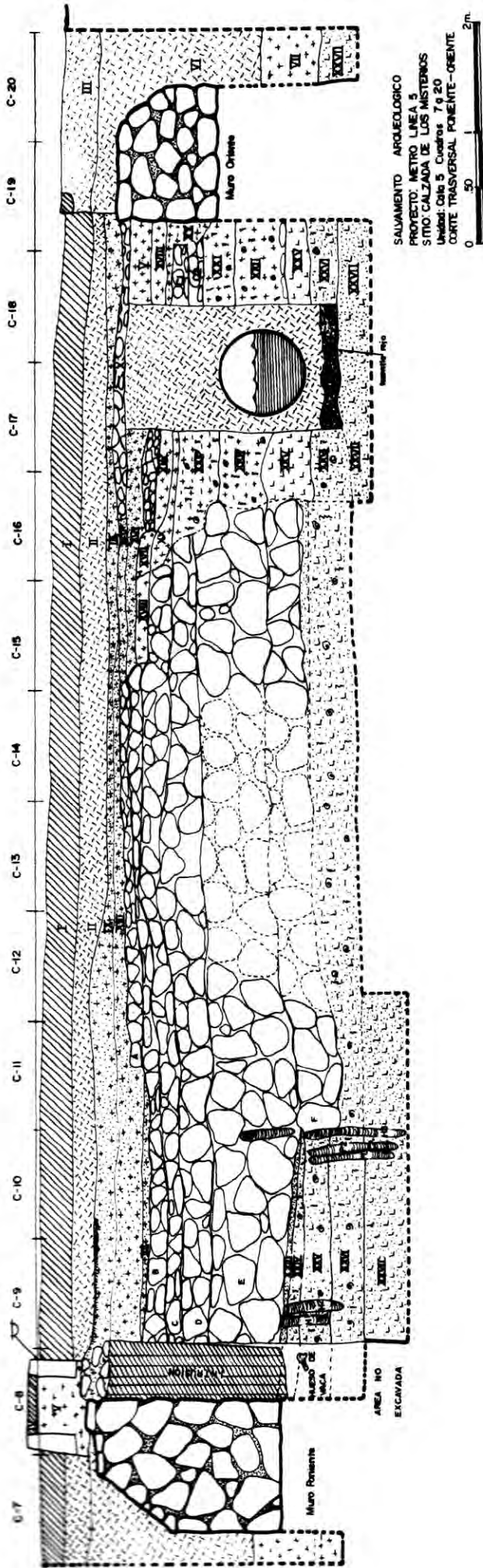


Figura 2

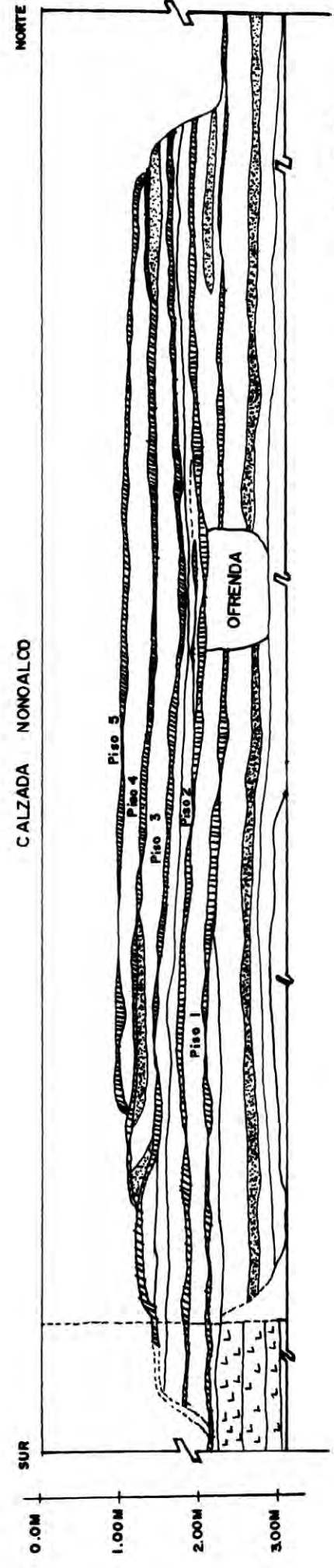


Figura. 3
 SALVAMENTO ARQUEOLOGICO.
 PROYECTO: METRO LINEA 5.
 SITIO: CALZADA NONOALCO
 CORTE TRANSVERSAL SUR-NORTE
 escala: 1:75



Lámina 3. Segmento del perfil estratigráfico de la "calzada" prehispánica de Nonoalco donde se aprecian las arcillas y gravas que la conformaron, así como parte del talud de la orilla norte.

foto, pudo inferirse que esta "calzada" tuvo una amplitud de aproximadamente 22 m. Los argumentos en que se basó esta inferencia pueden consultarse en Carballal S.M. y M. Flores (1985). Este dato permitió, además, reforzar el planteamiento de Alcocer (1935) respecto al desfase del trazo de esta obra hacia el norte de la actual calle de Tacuba.

"Calzada" de Chapultepec

Este ramal unía la "calzada" de Tlacopan con las faldas del cerro de Chapultepec; cubría una distancia total de 3.8 km. Algunas fuentes la mencionan (Durán 1967; Chimalpahín, 1965; Cortés, 1979; Sahagún, 1979; Torquemada, 1975) por dos razones: primero, como ya se dijo, la "calzada" de Tlacopan llegaba hasta el cerro de Chapultepec; segundo, por la existencia de un lugar de culto en su extremo ribereño.

En la década de los sesenta se efectuaron trabajos arqueológicos en las inmediaciones del cerro de Chapultepec (Braniff, 1966; Cabrera, 1975), encontrándose construcciones ceremoniales, depósitos de agua y cañerías prehispánicas, que fueron identificadas como parte del acueducto; pero no se mencionan las características de la estructura que soportaba la calzada. Por esto debe considerarse todavía como factible la reconstrucción hipotética hecha por Alcocer en 1938, con base en los datos de las fuentes. Esta reconstrucción muestra un terraplén de arcilla de cerca de 12 m de ancho y algo más de 50 cm sobre el nivel superficial del lago.

"Calzada" de Iztapalapa

Este camino partía de la puerta sur del *Coatepantli* que limitaba el Recinto Sagrado de Tenochtitlan por la ribera sur del lago, recorría una distancia de 13 km hasta Huitzilopochco (Churubusco); su ramal hacia Iztapalapa fue de 1.8 kilómetros.

Las fuentes escritas la mencionan, se cuenta incluso con una cita de Durán (1967:113) acerca de su sistema constructivo.

"El modo de hacerla fue sobre mucha cantidad de estacas, piedra y tierra, sacada de la misma laguna, como céspedes..."

En los años sesenta, González Rul y Mooser (1962:115) obtuvieron un corte estratigráfico de esta estructura, de la cual se observó la siguiente:

"... que la calzada era un camellón, coronamiento, de tierra apisonada con fragmentos de roca consolidante que daban la apariencia de terracado..."

Las dimensiones que se dan son entre 15 y 20 m de ancho por 1.60 m de espesor.

Tomando en cuenta las características descritas y considerando los siguientes criterios: a) Materiales constructivos (piedra contenida por estacados, piedra y arcilla con taludes laterales o arcillas con taludes laterales); b) Dimensiones (menores o mayores a los 15 m) y c) Localización geográfica (límite del lago de Texcoco o al interior del de México), fue posible agrupar las

"calzadas" de la siguiente forma, de las cuales, con base en el primer criterio, se conjuntaron las demás características.

1. Estructura de piedra contenida por estacados.

Tepeyacac

Amplitud: 10 a 11 metros.
 Espesor total: 1.80 metros.
 Localización: límite del lago de Texcoco.
 Dirección: Norte-Sur.

2. Estructura de piedra y arcilla terminada en talud.

Iztapalapa

Amplitud: aproximadamente 20 metros.
 Espesor total: 1.60 metros.
 Localización: límite del lago de Texcoco
 Dirección: Norte-Sur

3. Estructura de arcilla terminada en talud.

Nonoalco

Amplitud: 15 metros.
 Espesor total: 2.10 metros.
 Localización: interior del lago de México.
 Dirección: Oeste-Este.

En este grupo, por analogía en la localización geográfica, se incluyen las estructuras de Tenayuca, Tacuba y Chapultepec.

Tenayuca

Amplitud: aproximadamente 15 metros.
 Dirección: NW-SE.

Tacuba

Amplitud: aproximadamente 22 metros.
 Dirección: E-NW.

Chapultepec

Amplitud: aproximadamente 12 metros.
 Dirección: E-SW.

Los datos presentados señalan una diferencia muy marcada entre las "calzadas" que cruzaban el lago con dirección N-S y las que lo hacían en sentido E-, SE-NO, pues muestran notorias diferencias en cuanto a sistema constructivo.

Las "calzadas" con curso E-O y similares eran amplias, compuestas por arcillas compactadas terminadas en talud; mostrando en los planos varios tajos o cortaduras y con sus respectivos puentes, de los que hay referencia en las descripciones de los cronistas, particularmente para la de Tacuba. En contraste, las que llevaban un curso N-S tienen en común ser más resistentes y mostrar en los planos muy pocos cortes. Estas últimas, además, se encontraban próximos al lago de Texcoco, del cual, hasta 1449, las separó el Albaradón de Nezahualcōyotl. Por estas características se considera que las "calzadas" del Tepeyacac e Iztapalapa, pudieron ser "Calzadas-diques" y que, para 1499, cuando se construye el Albaradón de Ahuizotl, formaron o constituyeron entre las tres un segundo dique de protección para la "Isla", lo cual confirmaría las hipótesis de Palerm al respecto.

El análisis general de las "calzadas", basado en sus características constructivas y en la información documental, muestran su multifuncionalidad; sin embargo, intentar definir su función primaria inicial, requiere de

una mayor discusión apoyada en datos históricos, que no siempre hacen referencia a quiénes y cuándo las construyeron y aún menos para quiénes.

En primer lugar hay que señalar que aun cuando para 1521 todas las estructuras desde el punto de vista territorial pertenecían al señorío tenochca y estaban incorporadas a su traza urbana, esto no significa que ellos hayan sido los constructores, más que, en último caso de las adaptaciones que efectuaron para incorporarlas. Al inicio de este escrito se dijo que la "Isla de México" fue el asiento de dos ciudades y señoríos independientes, Tlatelolco y Tenochtitlan, hasta que en 1473 los tlatelolcas fueron sojuzgados por sus vecinos.

De acuerdo a los datos presentados, referentes a cada estructura, es claro que las "calzadas" de Tepeyacac, Tenayuca y Nonoalco, pertenecieron a Tlatelolco en función del sitio donde se iniciaban; mientras que las de Tlacopan (Tacuba) e Iztapalapa correspondieron a Tenochtitlan.

En cuanto a las fechas que dan las fuentes históricas respecto a su construcción, aunque no son muy numerosas, sí son claras. La "calzada" del Tepeyacac, según los *Anales de Tlatelolco* (Toscano, 1948) y el *Código en Cruz* (Castillo Farreras, 1984:146) terminó de construirse en 1429.

Para la "calzada" de Tenayuca se manejan fechas tempranas, fines del siglo XIII y principios del XIV (González Aparicio, 1980, Corona Núñez, 1968). A la de Nonoalco también se le da una cronología muy temprana, ésta dentro del siglo XIV (Garibay, tomado de González Aparicio, *op. cit.*).

Para las obras de Tenochtitlan se cuenta con dos fechas tomadas de Durán (1967), donde se dice que la "calzada" de Iztapalapa se construyó a la caída de Azcapotzalco o sea alrededor de 1432. En cuanto a la de Tacuba y su ramal a Chapultepec, se cuenta con la fecha 13 Conejo (1466) para la construcción del acueducto, obra que estuvo a cargo del gobernante texcocano Nezahualcōyotl. Esta fecha es bastante tardía, pero puede considerarse, casi con seguridad, que tanto la "calzada" de Tacuba como su ramal a Chapultepec fueron construidas con anterioridad.

Es importante señalar que las fechas dadas, tanto para la "calzada" del Tepeyacac como para la de Iztapalapa son muy cercanas a la fecha en que Azcapotzalco, capital del señorío tepaneca cae ante los ejércitos de la llamada "Triple", mejor dicho, "Cuadruple Alianza" (Tenochtitlan, Tlatelolco, Tacuba y Texcoco). La construcción de la de Tepeyacac se concluyó al inicio de la guerra, mientras que la obra de Iztapalapa se inició al final de ésta, cuando el señorío mexica comienza a fortalecerse.

Con base en lo anterior pueden hacerse algunos planteamientos:

Tomando en cuenta la ubicación geográfica y el momento en que fueron edificadas todas las estructuras, salvo la de Iztapalapa, es posible concluir que estas debieron hacerse con mano de obra tlatelolca y/o tenochca, respectivamente.

Si se considera que todas fueron construidas con anterioridad a la caída del señorío tepaneca, o tal vez durante el periodo de la guerra, y que estaban dentro de su territorio, su edificación debió estar regida por Az-

capotzalco. Por tanto, las funciones que motivaron su construcción debieron satisfacer necesidades propias de intereses de los tepanecas.

Respecto a las justificaciones para la construcción de estas obras, con base en datos de las fuentes históricas y particularmente en la información obtenida de las excavaciones arqueológicas y considerando el criterio de su ubicación espacial, puede decirse lo siguiente:

1. Tepeyacac. En las fuentes históricas (Sahagún, 1979, Libro XI) se señala que la importancia de la estructura residía en el hecho de ser la que comunicaba con el sitio donde se efectuaba el culto a la diosa Tonantzin, pero los resultados de la excavación arqueológica hacen clara su función de dique desde la primera etapa constructiva.

Así también es importante señalar que como dique no era a la ciudad de Tlatelolco a la que defendía, ya que ésta quedaba desprotegida por el lado Oriente, sino más bien a la sección poniente del lago. El evitar el acceso de agua pudo tener un doble interés, frenar las inundaciones y evitar la entrada de agua dulce, en atención a que en la porción del lago que queda entre las "calzadas" de Tepeyacac y Tenayuca se encuentra la zona de producción de sal. Debe considerarse además que Tepeyacac fue una población perteneciente al señorío tepaneca.

2. La estructura de la "calzada" de Tenayuca conducía al sitio del mismo nombre, el cual estaba estrechamente vinculado, tanto a la casa reinante de Azcapotzalco como a la de Tlatelolco. Se sabe que la madre de Tezozómoc, Cueltaxotzin, era una princesa originaria de Tenayuca (Toscano, 1948:22). Respecto a la "calzada" de Tlatelolco, en los *Anales de Tlatelolco* (Toscano, 1948:48) se dice que en el año 1 *Tochtli* (1350) "...enseguida Quaquauhtzin se sentó como soberano..." Este primer gobernante de Tlatelolco era hijo de Tezozómoc y por tanto descendiente de la casa de Tenayuca.

3. La estructura de la "calzada" de Nonoalco unía este sitio con Azcapotzalco, la capital del señorío tepaneca, además de Tacuba (Tlacopan) que también era poblado tepaneca.

4. La estructura de la "calzada" de Tacuba, aunque comparte con la de Nonoalco el sitio ribereño en el cual confluyen, varían en su punto de partida desde la "Isla de México", ya que esta "calzada" partía de la puerta oeste del *Coatepantli* de Tenochtitlan. La justificación para la existencia de dos "calzadas" que iban a un mismo sitio puede deberse a que, hasta el año de 1473, Tlatelolco y Tenochtitlan eran dos ciudades y señoríos independientes.

5. La estructura de la "calzada" de Chapultepec no requiere discusión en cuanto a su función, ya que desde 1466 funcionaba como soporte del acueducto que surtía de agua dulce a la "Isla de México", función que debió tener incluso con anterioridad, puesto que en los *Anales de Tlatelolco* (Toscano, 1948:16) se señala la solicitud de Chimalpopoca, gobernante mexica (1415-1426), a su abuelo Tezozómoc, gobernante tepaneca, para que Azcapotzalco ayudara a llevar agua dulce hasta la "isla".

6. La estructura de la "calzada" de Iztapalapa, aun cuando debe tratarse por separado, por ser la única cuya construcción se inicia después de la caída del

señorío tepaneca, ya bajo órdenes mexicas, y con mano de obra de los recién sojuzgados pueblos sureños de Xochimilco y Coyoacán, muestra que la construcción de este tipo de obras se asocia al tributo.

Volviendo al objetivo principal de este trabajo, acerca de las funciones primarias originales que cumplieron estas construcciones, comencaremos con las llamadas "calzadas" de tierra terminadas en talud. Su ancho fue superior a los 15 m y su ubicación geográfica corresponde al sector poniente del lago de Texcoco, que después se llamó lago de México. Esto, aunado al hecho de que fueron construidas, al menos, con anterioridad a la caída de Azcapotzalco (1432), permite suponer que las llamadas "calzadas" de Tenayuca, Nonoalco y Tacuba bien pudieron tener como función primaria el señalar los derechos de agua de las localidades ribereñas a que llegaban. Lo anterior es válido, fundamentalmente, si se tiene en cuenta que estas estructuras, que iban desde los islotes que formaban la "Isla de México" hasta diversos sitios ribereños, subdividieron esta sección del lago en varias porciones. Así, las "calzadas" ayudaban a delimitar las zonas de derecho de agua de los pobladores isleños y particularmente de los ribereños, que con seguridad basaban parte de su economía en actividades de caza, pesca y recolección de productos lacustres (Palerm, 1973). No hay que olvidar, además, que uno de los productos prehispánicos más valiosos era la sal y el lago era una de las fuentes de extracción de este recurso (Sánchez Vázquez, 1984). La presencia de estas obras al interior del lago impedía la libre circulación de las aguas, variando su grado de salinidad (Palerm, 1973) y por ende la flora y fauna, de tal manera que estas estructuras constituyeron también un elemento modificador del medio lacustre.

Esta hipótesis es bastante factible si se tiene en cuenta que estos pueblos tuvieron bien demarcados sus límites en tierra, por lo que no sería extraño que sus derechos de agua también lo hayan estado. Por otro lado, no debe olvidarse que todos los poblados mencionados fueron, hasta 1432, dominios tepanecas, o bien se trataba de pueblos sojuzgados, con algunos de los cuales existieron nexos de parentesco (*Anales de Tlatelolco, op. cit.*), lo cual es significativo si se considera que estas obras fueron construidas bajo la anuencia de Azcapotzalco.

Un caso que debe tratarse por separado es el de la "calzada" del Tepeyacac, ya que su sistema constructivo, de piedras contenidas por estacadas, con una amplitud inicial de 6 m y el hecho de encontrarse directamente de frente al embate de las aguas del sector oriente del lago de Texcoco, denota, indudablemente, su función de dique. Sin embargo, esto no descarta la posibilidad que también haya sido usado como límite de aguas, ya que servía de unión entre los islotes y el poblado ribereño de Tepeyacac, también perteneciente al territorio tepaneca hasta 1432, puesto que esta estructura se construyó antes de esa fecha.

Por otro lado, la "calzada" de Iztapalapa, construida poco después de 1432 por los recién dominados pueblos de Xochimilco y Coyoacán por mandato de Izcóatl, señor de Tenochtitlan (*Anales de Tlatelolco, op. cit.*), resulta, al igual que la "calzada" del Tepeyacac, un muro de defensa contra las aguas del lago: es decir, un dique, que

si bien no fue tan consistente como esta última (construida con piedras), sí tiene las características necesarias, debido a que está formado por piedras y arcillas con un ancho aproximado a los 20 metros.

El análisis general de la información presentada, muestra la multifuncionalidad de estas obras, que cubrieron necesidades hidráulicas, urbanísticas, políticas, económicas e ideológicas, como se ha señalado con anterioridad (Carballal S.M. y M. Flores H., 1985). Dichas funciones se fueron modificando a través del tiempo, satisfaciendo las necesidades de los diferentes grupos que detentaron el poder.

Para concluir quisiéramos agregar que el término de "calzadas" para estas estructuras, fue asignado indudablemente por los conquistadores, imponiéndoles así la función principal de vía de comunicación, que sin duda pudieron tener con anterioridad, pero que definitivamente no era su objetivo original ni el principal. En este sentido, también estamos de acuerdo con Palerm cuando señala que uno de los medios de transporte más eficiente al interior del lago era la navegación (Palerm, 1973:19), ya que no había animales de carga ni se empleaba la rueda como medio de tracción.

Bibliografía

- Alcocer, Ignacio**
1935 *Apuntes sobre la antigua México-Tenochtitlan*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
- Alvarado Tezozómoc, Fernando**
1975 *Crónica Mexicayotl*, traducción directa del náhuatl por Adrián León, Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, en colaboración con el INAH, México.
- Armillas, Pedro**
1971 "Gardens on Swamps", *Science*, 174, 4910:653-661, Saratoga.
- Barlow, Robert H.**
1987 *Tlatelolco rival de Tenochtitlan*, Vol. I, editores: Jesús Monjarás-Ruiz, Elena Limón y María de la Cruz Paillés H., INAH-UDLA, México.
- Braniff, Beatriz y Ma. Antonieta Cervantes**
1966 "Excavaciones en el antiguo Acueducto de Chapultepec", *Tlalocan*, Vol. V, Nos. 2 y 3, INAH, México.
- Cabrera, Rubén, Ma. Antonieta Cervantes y Felipe Solís**
1975 "Excavaciones en Chapultepec, México, D.F.", *Boletín del INAH*, época II, No. 15, octubre-diciembre, México.
- Cainek, Edward E.**
1974 "Conjunto urbano y modelo residencial en Tenochtitlan", *Ensayos sobre el desarrollo urbano de México*, Sepsetentas, No. 43: 5-94, México.
- Carballal Staedtler, Margarita y María Flores H.**
(en prensa) "Registro arqueológico de las calzadas prehispánicas", *XIX Mesa Redonda de la SMA*, Querétaro, Querétaro, agosto de 1985.
- (en prensa) "Consideraciones finales en torno a las calzadas y caminos de la ciudad de México", *XIX Mesa Redonda de la SMA*, Querétaro, Querétaro, agosto de 1985.
- Carballal Staedtler, Margarita, María Flores H. y Ma. de Jesús Sánchez Vázquez**
(en prensa) "Un omichicahuaztli en una ofrenda prehispánica en la calzada de Nonoalco", *I Simposio de Antropología Física "Luis Montané"*, I Encuentro Cubano Mexicano de Antropólogos Físicos, Universidad de La Habana, 1988.
- Castillo Farreras, Víctor Manuel**
1984 *Estructura económica de la sociedad mexicana, según las fuentes documentales*, Instituto de Investigaciones Históricas, Serie de Cultura Náhuatl, Monografías 13, UNAM, México.
- Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, Francisco de San Antón Muñoz**
1965 *Relaciones originales de Chalco-Amaquemecan*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Coe, Michael**
1964 "The Chinampas of México", *Scientific American*, 260 (1): 90-98.
- Corona Núñez, José**
1968 *Código Matricula de Tributos*, Secretaría de Hacienda, México.
- Cortés, Hernán**
1979 *Cartas de relación de la conquista de México*, Colección Austral No. 547, Ed. Espasa-Calpe, 6a. ed., Madrid, España.
- Díaz del Castillo, Bernal**
1975 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Colección Austral No. 1274, Espasa-Calpe, 3a. ed., Madrid, España.
- Durán, Fray Diego de**
1967 *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, versión de Angel Ma. Garibay, ed. Porrúa, S.A., México.
- González Aparicio, Luis**
1973 *Plano reconstructivo de la región de Tenochtitlan*, INAH, México.
- González Obregón, Luis**
1902 "Reseña histórica del desagüe del Valle de México, 1449-1855", *Memoria Histórica, técnica y administrativa de las obras del Valle de México 1449-1900*, Oficina Impresora de Estampillas, 1: 31-272, México.
- González Ruíz, Francisco y Federico Mooser**
1962 "La Calzada de Iztapalapa", *Anales del INAH*, T. XIV, No. 43, México.
1988 *La cerámica en Tlatelolco*, Colección Científica No. 172, INAH, México.
- Gussinyer, Jordi**
1972 "Una base para brasero ceremonial tenochca", *Boletín del INAH* No. 3: 17-22, octubre-diciembre 1972, México.
- Lombardo de Ruíz, Sonia**
1973 *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlan, según las fuentes históricas*, SEP-INAH, México.
- Lorenzo, José Luis**
1974 "Algunos datos sobre el albardón de Nezahual-

cóyotl", *Boletín del INAH*, época II, julio-septiembre 1974: 1-10, México.

Müller, Florencia

1981 *Estudio de la cerámica hispánica y moderna de Tlaxcala-Puebla*, Colección Científica, Serie Arqueología No. 103, INAH, México.

Noguera, Eduardo

1975 *La cerámica arqueológica de Mesoamérica*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.

Palerm, Angel

1973 *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del Valle de México*, SEP-INAH, México.

Ramírez, José Fernando

1976 *Memoria acerca de las obras e inundaciones en la ciudad de México*, SEP-INAH, México.

Rojas Rabiela, Teresa, Rafael Strauss y José Lameiras

1974 *Nuevas noticias sobre las obras hidráulicas prehispánicas y coloniales en el Valle de México*, SEP-INAH, México.

Sahagún, Fray Bernardino de

1979 *Historia general de las cosas de la Nueva España*,

Editorial Porrúa, 4a. Ed., Colección "Sepan Cuentos" No. 300, México.

Sánchez Vázquez, Ma. de Jesús

1984 *Zacatengo: una unidad productora de sal en la riberera noroccidental del lago de Texcoco*, tesis de licenciatura, ENAH, México.

Séjourné, Laurette

1983 *Arqueología e historia del Valle de México de Xochimilco a Amecameca*, Siglo XXI editores, México.

Torquemada, Fray Juan de

1975 *Monarquía indiana*, Nos. 41, 42, 43, Editorial Porrúa, S.A., México.

Toscano, Salvador

1948 *Anales de Tlatelolco, unos anales históricos de la nación mexicana y Códice de Tlatelolco*, revisión preparada y anotada por Heinrich Berlin, Antigua Librería Robredo, México.

Toussaint, Manuel y Justino Fernández

1938 *Planos de la ciudad de México, siglos XVI y XVII*, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México.

Un juego de pelota en la ciudad de México

Luis Alberto Martos López
Salvador Pulido Méndez

Durante los trabajos de remodelación del edificio conocido como La Ciudadela para adecuarlo a su nueva función como biblioteca, se realizaron excavaciones arqueológicas en las que se localizaron los restos de una cancha de juego de pelota.

El edificio, que se observa en planta como un gran cuadrilátero con una cruz inscrita (ver lámina 1), fue construido entre 1793 y 1807 a propósito de la instalación de la Real Fábrica de Tabaco, que dependería directamente del poder real, a través de su ejército.

La forma de su estructura hace que el inmueble albergue cuatro grandes patios ubicados en las esquinas, y otros menores, distribuidos según la función que desempeñaban. Los cuatro primeros patios son cuadrados y están circundados por un sinnúmero de crujías, a las que se accede por corredores cuyos techos estaban sostenidos originalmente por sendas columnatas.

Fue en el patio noroeste (Patio A del Proyecto Ciudadela) en el que se localizaron los restos que nos ocupan, y que nos proporcionan nuevos datos para hacer algunas consideraciones acerca de la antigua ciudad de México-Tenochtitlan.

En ese patio se realizaron dos pozos de sondeo para observar la estratigrafía y las evidencias ocupacionales; se excavó hasta 2.50 m de profundidad, pues se alcanzó el nivel freático y no se contaba con los implementos necesarios para abatirlo. Sin embargo, desde los 2 m habían comenzado a aparecer materiales cerámicos de la tradición Azteca III, algunas figurillas y una gran cantidad de clavos arquitectónicos con residuos de estuco. Todo lo cual constituye las primeras evidencias de una ocupación prehispánica, sin que éstas estuvieran mezcladas con materiales de épocas posteriores.

El descubrimiento de los clavos nos hizo pensar en la probable existencia de una estructura de dimensiones mayores, cercana al lugar; por lo que se planteó realizar dos excavaciones más, ya que las primeras (pozos A1 y A2) se situaron al centro del patio, estas dos se emplazaron hacia los extremos poniente y oriente (pozos A3 y A4, respectivamente).

En el pozo A4 se descubrió el muro de cimentación de la columnata este del patio, por lo que se extendió la

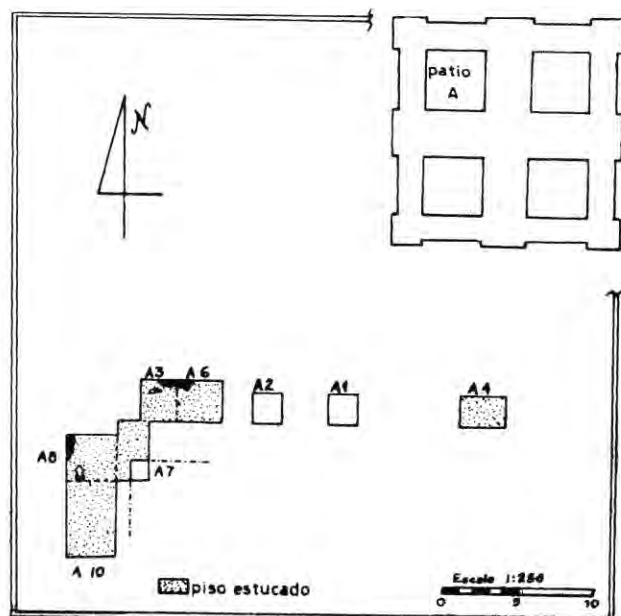


Lámina 1. La Ciudadela, el patio A y las excavaciones. Ubicación de los hallazgos.

excavación del pozo hacia el oeste, para buscar el desplante de los cimientos; así se localizó un piso que entonces no se sabía con qué relacionarlo, pues estaba tan cerca de elementos coloniales que fácilmente podría atribuirse a esa época, aunque la manufactura del mismo era semejante al tipo de construcción prehispánico.

En el pozo A3 (ver foto 1) se encontraron muchos fragmentos de cerámica azteca y numerosos clavos arquitectónicos, además de gruesos bloques (a manera de tabiques) de tepetate o arena pumítica compactada de forma regular, uno de los cuales presentaba repellido, éstos bien pudieron utilizarse en alguna construcción monumental, lo cual reforzaba la idea arriba planteada.

A pesar del nivel freático (a 2.80 m de profundidad), se

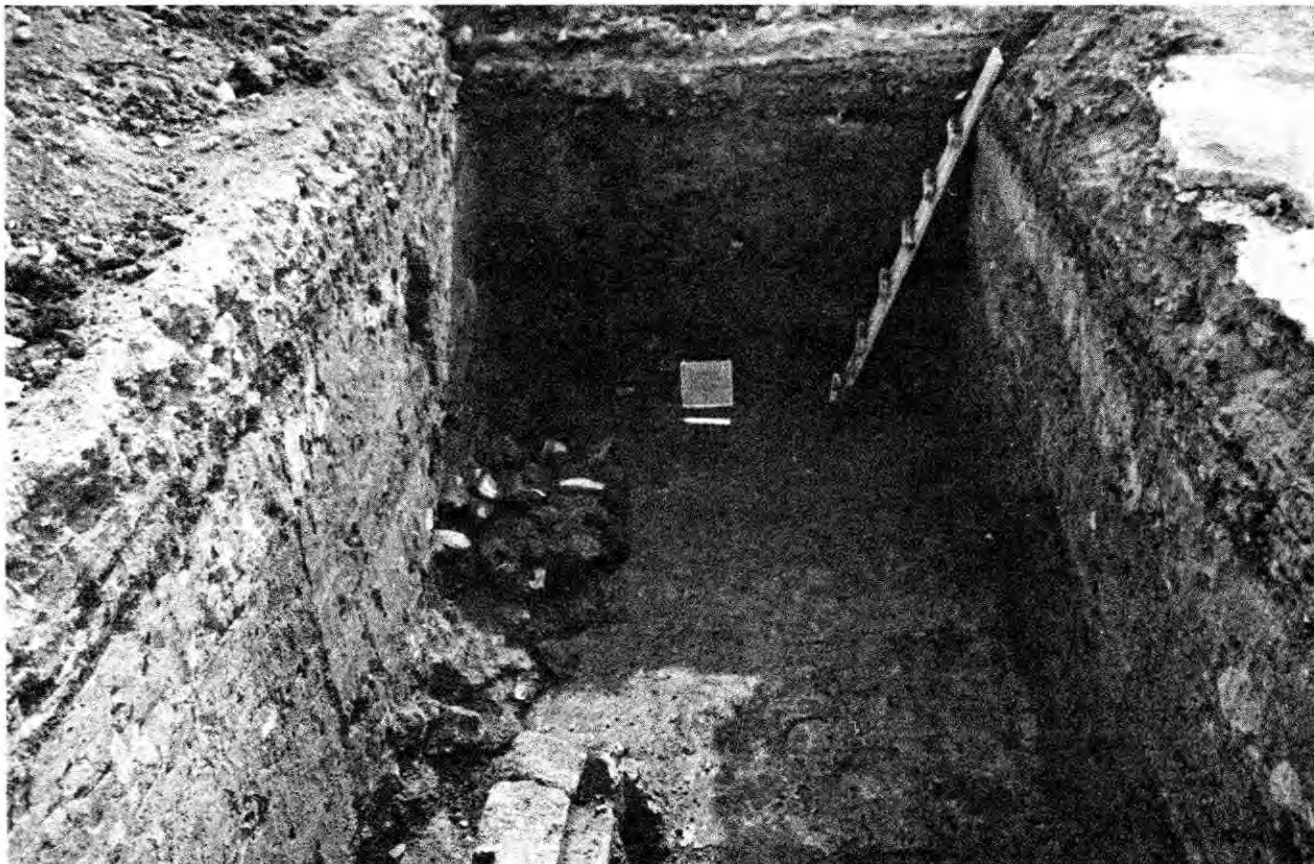


Foto 1. Unidad de excavación A3. Nótese los bloques de arena compactada, los escombros y el piso del recinto del juego de pelota.

localizó el mismo piso registrado en el pozo A4, siendo entonces claro que ese piso se extendía hacia ambos extremos del patio.

Al ampliar las excavaciones sobre el área poniente (pozos A4, A6 y A7), se descubrió que dicho piso remataba en una esquina interna, lo que hizo suponer que se trataba de una gran plataforma, hasta que en un pozo contiguo (pozo A8) se encontró un anillo marcador de juego de pelota. Fue hasta ese momento que pudieron entenderse todos los elementos que se presentaban: una gran concentración de clavos arquitectónicos, la presencia de tabiques de gran tamaño, propios para grandes construcciones, abundancia de cerámica y figurillas aztecas, una larga franja de piso estucado que por lo menos en uno de sus extremos se prolongaba en ángulo recto y, finalmente, la existencia de un anillo marcador sobre el piso. Todo lo cual indicaba la existencia de un juego de pelota (ver fotos 2 y 3).

Aunque no se llegaron a conocer las dimensiones exactas de la cancha (la actividad de la obra y las limitantes del tiempo lo impidieron), sí pueden mencionarse algunas características: la cancha se extiende de Este a Oeste en una longitud aproximada de 27.5 m; del ancho del cuerpo sólo se conservan 6 m que se prolongaron hasta cerca de 9 m en algunas secciones; del ancho de la cabecera se conservaban 12.5 m; el piso de estuco se localizó a una profundidad que variaba entre los 2.80 m

y 3 m, debido al desigual hundimiento del edificio, tiene un espesor que varía entre 1 y 5 cm, y está construido sobre una base o cama de tezontle, basalto y gravilla de 12 cm de espesor; bajo ésta no había más que una delgada capa de arena y sedimentos arcillosos y limosos (ver foto 4).

En el extremo oeste del piso, propiamente en la cabecera de la cancha, se localizó el anillo marcador, el cual estaba directamente apoyado sobre el piso, junto a otros materiales de escombros (clavos arquitectónicos, bloques de tezontle careado, piedras de núcleo, etc.). El anillo es de piedra andesítica, tiene una longitud total de 1.10 m; la espiga es de 53 cm, el diámetro del aro es de 55 a 57 cm y el de la oquedad de 20 cm. El ancho de la piedra varía entre 36 y 49 cm en la espiga y 14 cm en el aro (ver foto 5).

Los datos recuperados en la excavación se apegan en todo a las descripciones que sobre el juego de pelota escribieron los cronistas:

“... es de saber que en todas las ciudades y pueblos que tenían algún lustre y punto de policía y gravedad para la autoridad (...) para no ser menos los unos que los otros edificaban juegos de pelota, muy cercados de galanas cercas y bien labradas. Todo el suelo de dentro muy liso y encalado, con muchas pinturas de efigies de ídolos y demonio, a quienes aquel juego era dedicado, y a quienes los jugadores tenían

por abogados en aquel ejercicio. Eran estos juegos de pelota en unas partes mayores que en otras, y labrada la traza que en la pintura vimos: angosto por el medio y a los cabos anchos; hechos de propósito aquellos rincones, para que, entrándose allí la pelota, los jugadores no se pudiesen aprovechar de ella e hiciesen falla. La cerca de alto tenía estado y medio a dos estados todo a la redonda (...) eran estos juegos de pelota largos de a cien pies y de a doscientos, donde cabían por aquellos rincones cuadrados que a los cabos y remates del juego tenía cantidad de jugadores que estaban en guardia y con aviso de que la pelota no entrase allí (...) en medio de este cercado había dos piedras fijadas en la pared, frontera la una de la otra. Estas dos tenían cada una un agujero en medio, el cual agujero estaba abrazado de un idolo..." (Durán, 1967: 226-227) (ver foto 6).

Ante tales evidencias se presenta inmediatamente una cuestión: ¿Por qué había juego de pelota en las afueras de Tenochtitlan? Existe la idea de que en la periferia de la capital mexicana sólo existían zonas chinamperas y las áreas habitacionales de los macehuales; sin embargo, habrá que recordar que además de los edificios monumentales situados en el centro de la isla, se ubicaban templos y otras edificaciones de grandes proporciones en otras partes de la ciudad. Cortés (1980: 60) afirma que:

Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus idolos de muy hermosos edificios, y por las colaciones y barrios de ella.



Foto 2. Unidad de excavación A8. Piso de la cancha del juego de pelota, con la esquina interior y el anillo marcador in situ.

Las descripciones del padre Las Casas también coinciden en ello:

"... pero en cada barrio y parroquia y fuera del pueblo hasta un cuarto de media legua, tenían otros patios pequeños donde había tres y cuatro y cinco y seys templezuelos o templos pequeños" (Las Casas, 1982: 60).

En la antigua ciudad existía, de hecho, un centro ceremonial en cada una de las cuatro parcialidades en que se dividía. Estos centros se localizaban en barrios denominados *Teocaltitlan*; es decir, "en donde está el teocalli o templo". De esta manera había cuatro barrios *Teocaltitlan*, esto es, cuatro zonas ceremoniales, además de los recintos sagrados de Tenochtitlan y Tlatelolco.

Ahora bien, hay que considerar que entre los edificios de estos centros ceremoniales se asentaban recintos donde se jugaba a la pelota, dada la importancia simbólica y religiosa que el juego tenía para la sociedad mexicana; en la *Crónica Mexicayotl* se señala que fue éste uno de los primeros edificios en levantarse al fundar la ciudad de Tenochtitlan:

"¡Oh hijos míos! cortemos el tlachtli, establezcamos modestamente el tlachcuitectli, así como nuestro tlalmomoztli allá donde viéramos el águila..." (Alvarado Tezozómoc, 1957: 66-67).

Así, podemos hablar de cuando menos seis recintos de juego de pelota en Tenochtitlan; los dos principales (del sol y la luna) en el gran espacio ceremonial y uno en el centro religioso de cada parcialidad, sin tomar en consideración los que debieron existir en Tlatelolco.

No obstante, el juego de pelota localizado en La Ciudadela no queda incluido dentro del *Teocaltitlan* de San Juan, sino en el barrio extremo de Atlampa que, según Caso (1956), estaba limitado al poniente por la laguna, a unos 500 m de La Ciudadela.

Se ha pensado que el barrio ceremonial de San Juan Moyotlán se situaba donde ahora se levanta el templo del Señor San José, en el extremo norte de la actual plaza de San Juan; sin embargo, esta localización queda desplazada un poco al norte del área, donde Caso (*op. cit.*) sitúa el *Teocaltitlan* de esta parcialidad. Según el autor, los límites del mencionado barrio serían: al Norte, la calle de Ernesto Pugibet (justo al límite sur de la plaza de San Juan), al Sur de las calles de Arcos de Belén; al Oriente, la calle de José María Marroquí y al Poniente, la de Revillagigedo.

En cambio, el barrio de Atlampa queda limitado al Norte por la calle de Ayuntamiento; al Oriente, por la avenida Balderas; al Sur por las calles de Tolsá y Barcelona, y al Poniente, por la calle de Abraham González (ver foto 7).

De esta manera, si situamos estos dos barrios en un plano actual de la ciudad de México, podríamos ver que entre ambos existe un área que, de Este a Oeste, comprende únicamente dos manzanas que, según Caso (*ibid.*), corresponden al barrio de Tecuicaltitlan.

Ahora bien, ¿por qué nuestro juego de pelota se encuentra fuera del barrio ceremonial *Teocaltitlan-Moyotla*? ¿No debería, más bien, estar incluido dentro del



Foto 3. Unidad de excavación A8. Otra vista de los mismos elementos.

centro religioso de la parcialidad por ser un juego esencialmente ritual? La respuesta podría ser cualquiera de las dos que a continuación presentamos: primero, el barrio de *Teocaltitlan-Moyotla* no tuvo límites bien señalados, sino que se extendía hasta las actuales calles de Abraham González, por el Oeste; de esta forma el recinto del juego de pelota quedaría incluido en el barrio en



Foto 4. Unidad de excavación A8. Piso del juego de pelota y su firme.

cuestión. La segunda opción es pensar que existiese más de una construcción de este tipo dentro de cada parcialidad.

Hay un dato interesante sobre el recinto ceremonial de la vecina parcialidad de San Pablo Zoquiapa o Teopan que refuerza esta idea. La situación exacta del barrio de *Teocaltitlan* en la referida parcialidad se perdió al desaparecer el barrio en la época colonial; no obstante, localizamos un interesante documento en el Archivo General de la Nación, fechado en 1561, que trata sobre un pleito de tierras en San Pablo. En el proceso se menciona la pugna por "...cierto camellón de tierras que atraviesa el acequia que bá por detrás del matadero de esta cibdad (...) y otros siete que están junto con él e son a la pasada de la acequia que pasa a espaldas del matadero donde dizen Teocaltitlan..." (AGN, Tierras v 19, 2a. pte., f. 1-4).

Además de las descripciones de los terrenos, el expediente incluye una pictografía, presentada por uno de los testigos, en la cual se representan los camellones en pleito, y en uno de ellos está claramente dibujada una cancha de juego de pelota; sin embargo, este terreno en particular, se dice, pertenecía al barrio de "Tecama" (ver foto 8).

Todo esto parece señalar que tales terrenos originalmente pertenecían al barrio de *Teocaltitlan*, de San Pablo, y que fueran del mismo; hacia el poniente había otro barrio, en él había un juego de pelota.

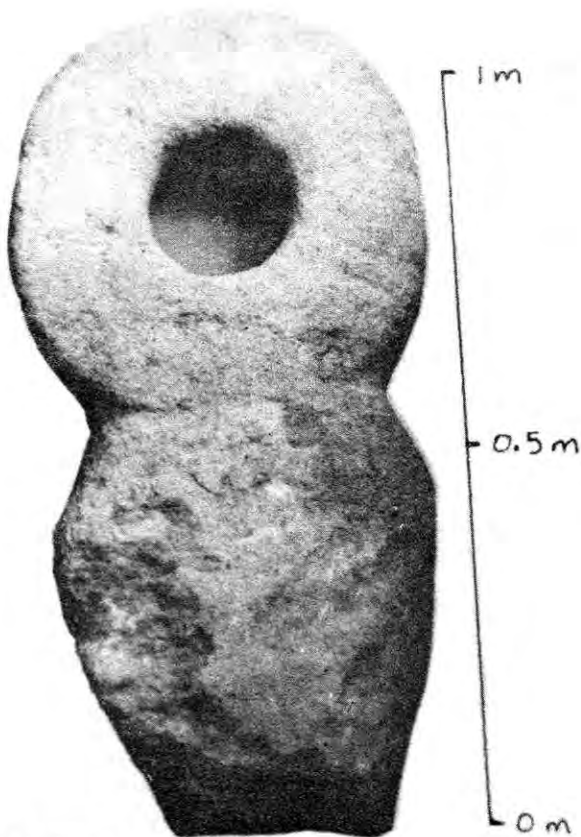


Foto 5. Anillo marcador del juego de pelota.

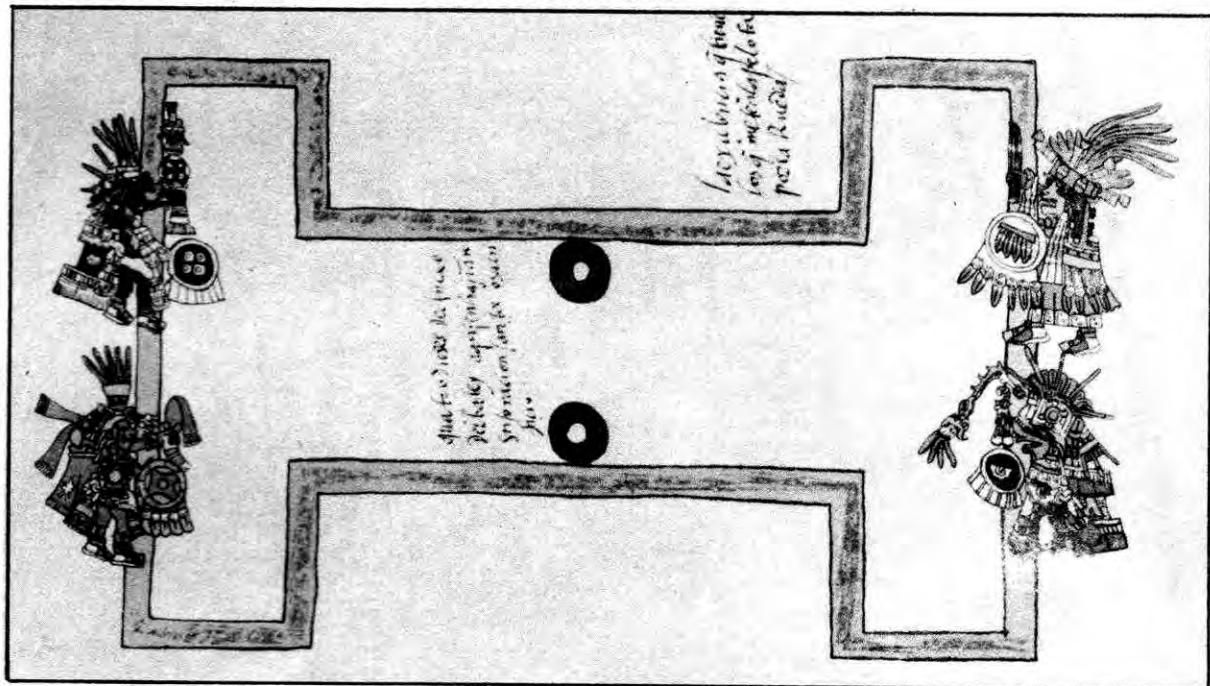
Por las referencias que obtuvimos del documento, pudimos ubicar estos terrenos, aproximadamente, en el área comprendida por el templo de San Pablo, al norte (calle de San Pablo); al sur, tal vez acequia del "Chapitel" (¿callejón de San Antonio Abad?), al este, la acequia Real (Avenida Circunvalación), y al oeste, las espaldas del matadero (José María Pino Suárez). Esta demarcación comprendería el barrio de Teocaltitlan y, como se mencionó, al poniente se localizaría el juego de pelota representado en la pictografía.

Además de ese documento, existen otros datos que parecen afirmar la existencia de este juego de pelota en particular, y reafirman la idea de la existencia de otros fuera de los recintos ceremoniales de las parcialidades. Se trata de la existencia de dos barrios cuya toponimia hace referencia al recinto que aquí se trata: *Tlachcuaque*, 'Tlaxcoaque', traducible como 'Dueños de juego de pelota' y *Tlachcotitlan*, que significa 'Junto al juego de pelota' (Olaguibel, 1898:40). Hay que anotar que a este último, Caso lo ubica justamente a un lado de Tlaxcoaque (Caso, *op. cit.*); ambos barrios se encuentran un tanto alejados del de *Teocaltitlan*, de San Pablo. Es importante señalar también que este probable juego de pelota se localizaría casi a la misma altura del que fue encontrado en La Ciudadela (parcialidad de San Juan Moyotlán), y ambos en los extremos de la ciudad.

Alcocer sugiere la posibilidad de la existencia de diversos juegos diseminados por toda la isla al afirmar que:

Lugares de juego de pelota había por toda la ciudad pero el más importante me parece que era el Teotlachco que era donde acostumbraban jugar los reyes y gentes muy principales (Alcocer, 1935: 43).

Foto 6. Representación de un juego de pelota en el Códice Borbónico.



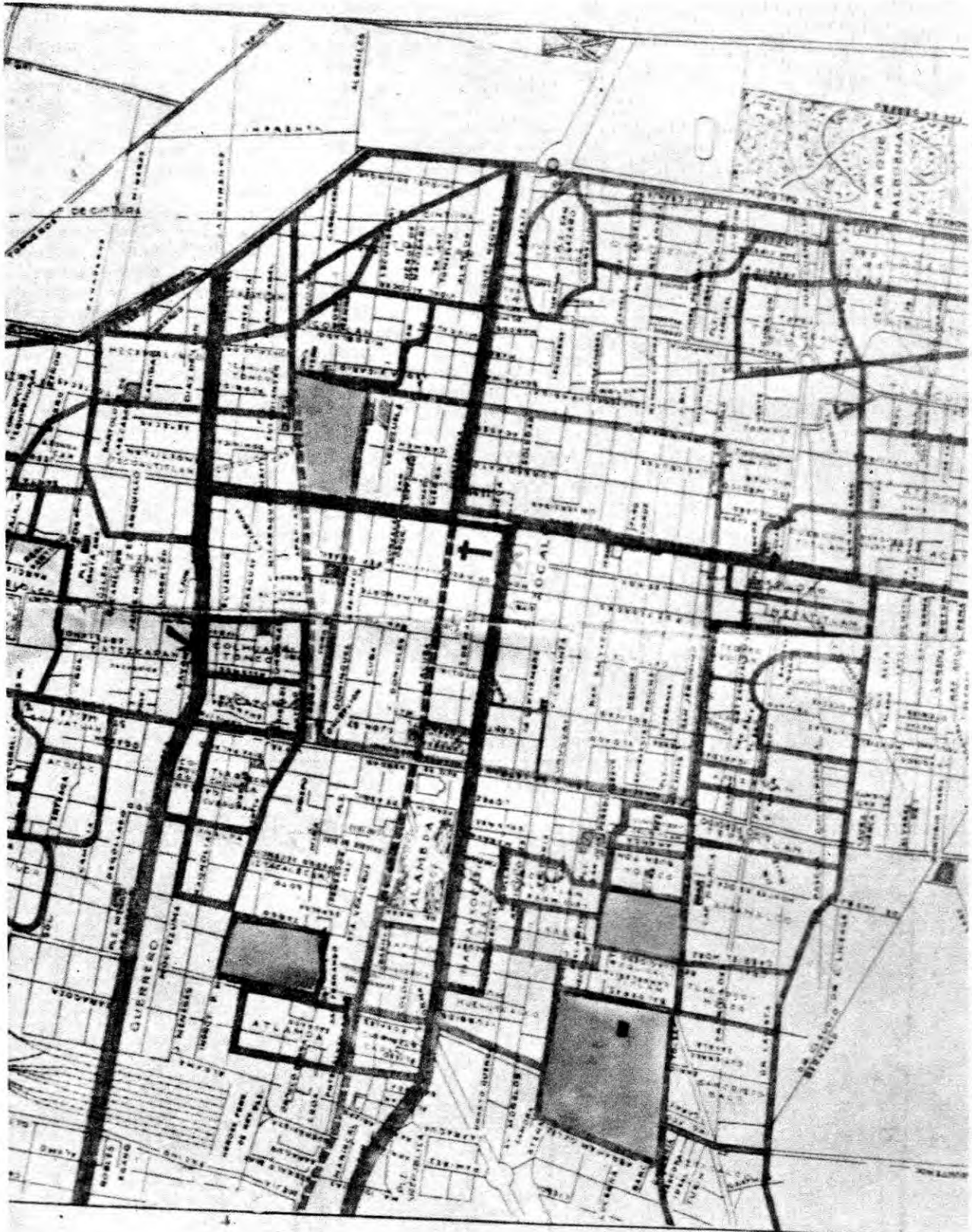


Foto 7. Los antiguos barrios de Tenochtitlan, según Caso. Se señalan los tres Teocaltitlan y Atlapa-Moyotla (la marca pequeña indica la situación del juego de pelota)

Si seguimos con este razonamiento, al *teotlachco* le debían suceder, jerárquicamente, los recintos que se encontraban dentro de cada uno de los barrios *Teocaltitlan* de las cuatro parcialidades, en donde jugarían posiblemente gente principal, y por último, estarían los juegos de pelota emplazados fuera de cualquier recinto ceremonial, en donde podría jugar, presumiblemente, la gente "no tan principal", quizás el pueblo en general.

Es muy posible que después de la caída de Tenochtitlan, los templos de los barrios, al igual que los del recinto principal, fueran destruidos por completo y sus restos hayan quedado particularmente anegados, al menos por un tiempo, debido a la inundación de algunas zonas periféricas del islote o a causa de la destrucción de calzadas, albarradas y acequias, que originalmente mantenían las aguas a un cierto nivel. Este hecho quedó plasmado en el registro arqueológico: en las excavaciones realizadas en La Ciudadela, se encontraron claras evidencias de que el juego de pelota fue completamente arrasado. El piso de la cancha estaba cubierto, en parte, por los escombros de la destrucción; el anillo marcador fue derribado y arrastrado hasta una de las cabeceras, en donde se encontró junto con otros despojos de la estructura.

Por otra parte, cubriendo los restos del mismo, localizamos depósitos estratigráficos de origen lacustre, constituidos, principalmente, por arcillas, humus, arena y bentonita, todo lo cual permite suponer que, después de su destrucción y abandono, estos terrenos permanecieron anegados por algún tiempo. En el documento del AGN citado anteriormente, se afirma que durante los años 1555 y 1559:

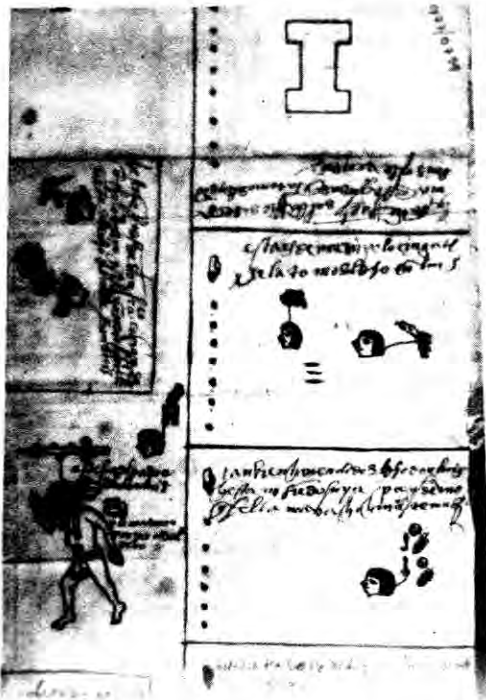


Foto 8. Pictografía del juego de pelota en el barrio de Tecama, en la parcialidad de San Pablo.

... con las muchas aguas que en esta cibdad cayeron anegaron y cubrieron de aguas los dichos camellones de tierra por cuya cabsa estuvieron cubiertos hasta de tres u quatro años a esta parte que se secó el agua y desde el dicho tiempo a esta parte lo a labrado sembrado cultivos... (op. cit. f.9-10).

Es muy probable que lo mismo ocurriera con los terrenos que actualmente ocupa La Ciudadela. En este sentido, diversos planos del periodo colonial muestran estas zonas como áreas cenagosas y puede ser que de esta característica se derive la suposición de que las zonas periféricas de Tenochtitlan no poseían edificios monumentales importantes.

A manera de conclusión diremos que hay datos que permiten suponer que no necesariamente los juegos de pelota debían estar asociados a conjuntos ceremoniales, ya sea a los recintos sagrados o a los de los diferentes campos. Esperamos tener la fortuna de que investigaciones posteriores aporten nuevos datos sobre este aspecto.

Bibliografía

AGN

- 1561 "De Maria Tlaco yndia con Don Luis de Paz e otros yndios sobre ciertos camellones de tierra en la parte de San Pablo", Ramo de Tierra, Vol. 19, 2a. pte. exp 3. f.80-127.

Alcocer, Ignacio

- 1935 *Apuntes sobre la antigua México-Tenochtitlan*, Instituto Panamericano de Geografía, Tacubaya, México.

Alvarado Tezozómoc, Fernando

- 1975 *Crónica Mexicayotl*, UNAM-IIIH, México.

Casas, Fray Bartolomé de las

- 1982 *Los indios de México y Nueva España*, Editorial Porrúa, Colección "Sepan Cuantos" No. 57, México.

Caso, Alfonso

- 1956 *Apuntes sobre la antigua México-Tenochtitlan*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Tacubaya, México.

Cortés, Hernán

- 1980 *Cartas de relación*, Editorial Porrúa, Colección "Sepan cuantos" No. 7, México.

Díaz del Castillo, Bernal

- 1982 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Editorial Porrúa, Colección "Sepan cuantos" No. 5, México.

Durán, Fray Diego

- 1967 *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*, Editorial Porrúa, Colección Biblioteca Porrúa 36 y 37, México.

Lombardo de Ruiz, Sonia

- 1980 *La Ciudadela, ideología y estilo en la arquitectura del siglo XVIII*, UNAM, Cuadernos de Historia del arte, 10, México.

Olaguibel, Manuel

- 1898 *La ciudad de México y el Distrito Federal. Toponimia azteca*, Imprenta y encuadernación de Lambert Hnos., Toluca, México.

Paso y Troncoso, Francisco del

1980 *Descripción, historia y exposición del Códice Borbónico*. Siglo XXI editores, México.

Piña Chan, Román

1969 *Games and sports in old México*, Edition Leipzig, German Democratic Republic.

Sahagún, Fray Bernardino de

1922 *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Editorial Porrúa, Colección "Sepan Cuantos" No. 300, México.

Nuevas perspectivas sobre las migraciones de los pipiles y los nicaraos

William R. Fowler

Los pipiles y los nicaraos fueron grupos de habla nahua que emigraron de México a Centroamérica en una serie de migraciones prehispánicas. En la época de la conquista se encontraron grupos de habla nahua en todos los países actuales de Centroamérica, pero la mayoría de los pipiles habitaron la zona del sureste de Guatemala (ver figura 1) y las regiones occidental y central de El Salvador (ver figura 2) (Fowler, 1983, 1989a: 50-70). Campbell (1985) estima que unos 2,000 hablantes del nahua viven ahora en el occidente de El Salvador. Los nicaraos vivían en la vertiente del Pacífico de Nicaragua, con sus poblaciones más densas en el Istmo de Rivas (ver figura 3) (Fowler, 1989a: 65-68). Aunque son pocos los que sobreviven ahora, los nahuas antiguos desempeñaron un papel esencial en los acontecimientos prehispánicos de la periferia sur de Mesoamérica, y su

herencia cultural, genética y lingüística en Centroamérica sigue indiscutiblemente fuerte en el siglo XX.

Desde mediados del siglo pasado, los estudiosos han pretendido abordar el problema de la reconstrucción histórica de las migraciones de los pipiles y los nicaraos de México a Centroamérica (Squier, 1852, 1853; Buschmann, 1853; Habel, 1878; Spinden, 1915; Lehmann, 1920). Estos tempranos intentos de resolver el problema estuvieron basados, principalmente, en datos históricos y lingüísticos, empero, fueron bloqueados por una falta de datos arqueológicos pertinentes. Posteriormente, después de lograr un entendimiento básico de las secuencias culturales prehispánicas de la costa sur de Guatemala y de El Salvador (Spinden, 1915; Lardé, 1926; Lothrop, 1927; Thompson, 1948), los especialistas

Figura 1. Asentamientos de los pipiles en la costa sur de Guatemala.



podieron sugerir reconstrucciones especulativas de las migraciones que vincularon la arqueología de México con la de Centroamérica (Jiménez Moreno, 1959, 1966; Borhegyi, 1965). Sin embargo, los datos arqueológicos en que se basaron estos esquemas son poco precisos. Aunque no hay duda de que las migraciones tuvieron lugar, tenemos que admitir que sabemos muy poco sobre la secuencia, las causas, y los acontecimientos específicos de las migraciones de los pipiles y los nicaraos.

Estas migraciones de grupos de habla nahua de México a Centroamérica son quizás uno de los mejores ejemplos conocidos sobre los grandes movimientos de población en la historia cultural del Nuevo Mundo y, por tanto, merecen un estudio más pormenorizado. Es decir, aunque hay mucho interés en este problema, se han llevado a cabo muy pocas investigaciones dirigidas específicamente a resolverlo. Por lo tanto, pensamos que sería útil presentar un resumen de la evidencia histórica sobre las migraciones, un examen de las interpretaciones previas, y una reevaluación del problema que ofrece nuevos datos y llega a algunas interpretaciones nuevas de la evidencia histórica, lingüística y arqueológica.

La evidencia histórica

La evidencia histórica sobre las migraciones pipiles es directa y explícita. Se encuentra principalmente en la *Historia General y Natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1851-55); la *Epístola proemial*, del fraile franciscano Toribio de Benavente, comúnmente conocido como Motolinía (Benavente, 1971); y la *Monarquía indiana*, del fraile franciscano Juan de Torquemada (1943).

Oviedo presentó datos críticos recogidos en 1528 por el padre mercedario Francisco de Bobadilla en una pesquisa sobre las creencias y prácticas religiosas de los nicaraos (Oviedo y Valdés, 1851-55: pt. 3, bk. 42, ch. 2, p. 45; ver León-Portilla, 1972:13-24). Un grupo de caciques e indios principales del pueblo de Teocataga, Nicaragua, dijeron al padre Bobadilla que no eran naturales de aquella tierra, y que hacía mucho tiempo sus predecesores vinieron a ella. Interrogados sobre el lugar de donde vinieron sus antepasados, dijeron que sus pueblos de origen se llamaban Ticomega y Maguatega, y que se

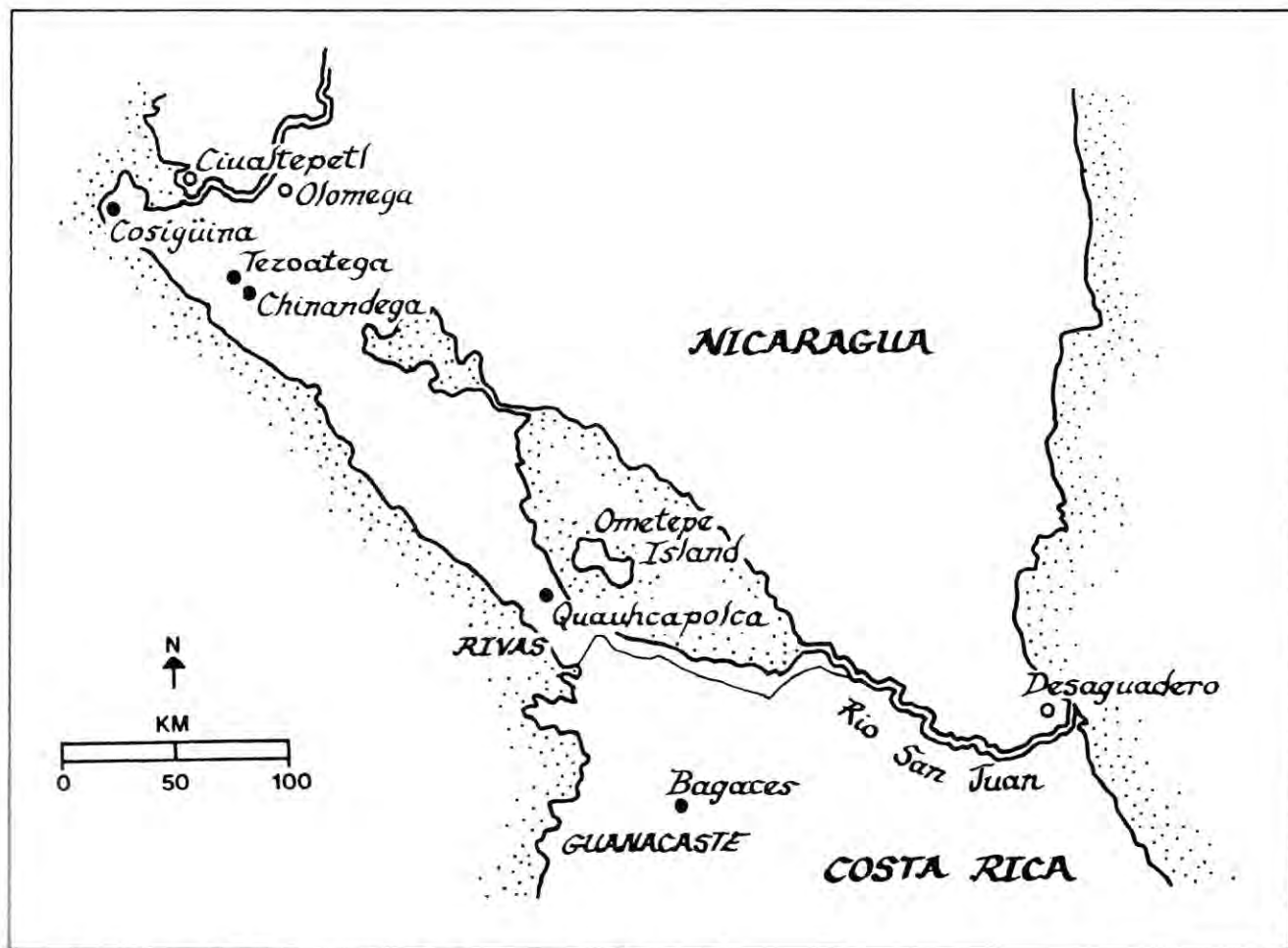


Figura 3. Asentamientos de los nicaraos en el occidente de Nicaragua.

fueron de allí porque sus amos les trataban mal. Dijeron además, que sus antepasados habían servido a sus amos arando y sembrando, como ellos entonces servían a los cristianos, y que estaban tan sometidos que huyeron de su tierra y marcharon a Nicaragua.

Otros datos fueron recopilados por Motolinía, quien apuntó en la *Epístola proemial*, la cual terminó de escribir en 1541, que durante el tiempo de una esterilidad grande, compelidos por la necesidad, salió mucha gente en "una gran flota de *acales* o barcas" de México a Nicaragua por el mar del Sur (el Océano Pacífico) (Benavente, 1971:12). Al llegar ahí, "dieron guerra a los naturales que allí estaban poblados, y desbaratándolos, echaron de su señorío, y poblaron allí aquellos naturales descendientes de aquel viejo *Iztacmixcoatlh*" (*ibid.*).

El aspecto que más intriga de esta relación es la referencia a la migración por mar. Si bien es posible que algunas de las migraciones de los grupos de habla nahua tomaron rutas marítimas, esta tradición se refiere, posiblemente, a la migración por mar de los subtiabas de Nicaragua del área tlapaneca de Guerrero, que ocurrió alrededor del año 1200 d.C. (Kaufman, 1974:49).

Francisco López de Gómara (1946:284), siguiendo probablemente a Motolinía, también informó que muchos mexicanos salieron de Anáhuac durante el periodo de sequía y viajaron por mar a asentarse en Nicaragua.

Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (1975:2:15) también menciona una serie de migraciones, conectándolas con el colapso del imperio tolteca (que él fechó en 959 d.C.), y la llegada de *Xolotl*, el jefe de los chichimecas, en *Tollan*. Apuntó que, mientras que algunos migrantes se asentaron en lugares del México central y Veracruz, otros no pararon hasta que llegaron a Nicaragua.

Por mucho, la relación histórica más informativa y detallada sobre las migraciones de los pipiles y los nicaraos, es la que Torquemada fecha entre 1591 y 1613. Se trata probablemente de la misma tradición que recopiló Bobadilla, y se ha sugerido que proviene originalmente de un manuscrito extraviado de Motolinía, escrito entre 1535 y 1543 (Cline, 1969; Fowler, 1989:23-24).

Según esta tradición, los indios "de Nicoya" o los chorotegas, de habla mangue, y "los Nicaraguas, que son de la [tierra] de Anáhuac, Mexicanos," de habla nahua, salieron de una zona entre Tehuantepec y Soconusco hace "siete u ocho edades, o vidas de viejos" (Torquemada, 1943:1:lib. 3, cap. 40, pp. 331-332). El motivo de la migración fue la tiranía de sus amos, los olmeca-xicallanca, quienes les demandaron tributos muy onerosos. Por tanto, determinaron emigrar de Soconusco hacia el sur. Torquemada apuntó que los chorotegas "iban en la delantera", dando la impresión, confirmada por la arqueología moderna, que ellos emigraron antes de los pipiles y los nicaraos (ver Chapman, 1960:36). Los grupos de habla nahua pasaron por *Quauhtemallan* (Guatemala), algunos estableciendo nuevos pueblos como *Mictlan* (Asunción Mita), *Yzcuintlan* (Escuintla), y *Ecalcos* (Izalco, El Salvador), otros siguiendo la migración hasta llegar a la zona del Pacífico de Nicaragua (*ibid.*:333).

Interpretaciones previas

La declaración de Torquemada acerca de que las migraciones ocurrieron hace "siete u ocho edades, o vidas de viejos" ha sido usada por varios especialistas como punto de partida en el intento de fechar las migraciones. Walter Lehmann (1920:1005), pensó que una "edad" podría ser alrededor de 80 años. Considerando la posibilidad que Torquemada tomó esta tradición de Motolinía, y contando desde el tiempo de este último (ca. 1526) Lehmann calculó que las migraciones podrían haber ocurrido alrededor de 886-966 d.C. Contando desde el tiempo de Torquemada (ca. 1600), calculó que las migraciones podrían haber ocurrido entre 886 y 1040 d.C. Lehmann concluyó que era sensato afirmar que las migraciones de los nicaraos ocurrieron entre 886 y 1040 d.C.; sin embargo (1920:990-991) consideró que el náhuatl de los nicaraos era menos "arcaico" que el náhuatl de los pipiles de El Salvador, y por lo tanto, conjeturó que los pipiles llegaron a Centroamérica en un tiempo anterior a la llegada de los nicaraos, posiblemente unos 600 años antes. La conclusión de Lehmann que el náhuatl de los pipiles era más antiguo que el de los nicaraos, se basó en la clasificación errónea de los dialectos del nahua entre aquéllos que tienen los fonemas /t/, /l/, y /t/, y la creencia que los dialectos que tienen el fonema /t/ representan una etapa arcaica en el desarrollo de la lengua (Campbell, 1985).

Lehmann fue el primero en sugerir que una "vida de viejos" podría referirse al *huehuetiliztli*, el periodo mexicano de dos ciclos de 52 años. Esta sugerencia fue usada posteriormente por J. Eric S. Thompson (1948) y Wigberto Jiménez Moreno (1959, 1966) en sus intentos de fechar las migraciones de los pipiles. Suponiendo que la relación de Torquemada se asentó originalmente alrededor de 1550, Thompson (1948:11) calculó que las migraciones podrían fecharse alrededor de 750-800 d.C. Jiménez Moreno (1959-1077; 1966:67) calculó un tiempo semejante: 748-852 d.C. Sugirió, por lo tanto, el año 800 d.C. para la fecha aproximada de las migraciones pipiles. Esta fecha coincide con el tiempo que Jiménez Moreno había sugerido anteriormente para el comienzo del dominio de Cholula por los olmeca-xicallanca.

Las migraciones de los pipiles son sólo una parte de la reconstrucción histórica de Jiménez Moreno, quien vio también un movimiento de población del México central, motivado por la expansión de Teotihuacan en el siglo V, y culminando con la "diáspora" de los teotihuacanos en, aproximadamente, 650 d.C. La migración de los pipiles de Cholula a la costa del Golfo y adelante a Xolotlan (la costa de Soconusco), como ya se mencionó, se fecha en 800 d.C., y según Jiménez Moreno, esta migración está ligada a la distribución de los llamados yugos, hachas y palmas, los cuales tienen una conexión íntima con el juego de pelota (ver Ekholm, 1946, 1949). También postuló una migración en reverso de Tlapallan, Honduras, o Huehuetlapallan, cerca de Coatzacoalcos, Veracruz, al México central. Este grupo, supuestamente, llegó a Tollan alrededor del año de 900 d.C. donde fue conocido como los nonoalcas (Jiménez Moreno, 1959:1097; 1966:77-78).

La reconstrucción de Stephan F. de Borhegyi (1965)

es semejante al esquema propuesto por Jiménez Moreno, pero aquél se basa más en la evidencia arqueológica. Borhegyi distinguió tres series u "oleadas" de migraciones de grupos de habla nahua de México a Centroamérica. La primera, la migración "Teotihuacan-pipil" fue supuestamente un movimiento expansionista del México central a las costas del Golfo y el Pacífico de México, y más allá a la bocacosta y la llanura costera de Guatemala. Borhegyi (1965:39) fechó esta migración entre 400-500 d.C. La segunda oleada fue el movimiento "Tajinized-Teotihuacan-Pipil" de la costa del Golfo a la periferia suroeste de Mesoamérica, fechada por Borhegyi a 700-900 d.C. Los "Nonoalca-Pipil" formaron la tercera oleada de las migraciones de los pipiles. Este grupo estaba compuesto supuestamente de refugiados, que huyeron de Cholula poco después de 800 d.C., y fueron a la costa del Golfo donde se unieron a los "Tajinized-Teotihuacan-Pipils" (pipil-nicarao), quienes habían quedado en la región después de la segunda serie de migraciones. Este grupo compuesto, según Borhegyi (1965:40), arribó a Centroamérica durante el periodo de 1000-1200 después de Cristo.

Hacia el final de este periodo los supuestos antepasados toltecas de los linajes gobernantes de los quichés, los cakchiqueles y los tzutujiles emigraron de la costa del Golfo a los altos de Guatemala. Según Borhegyi (1965: *Figure 7*), la expansión territorial de estos grupos resultó en la separación de los pipiles y los nicaraos, y el movimiento de los últimos a Nicaragua y Costa Rica.

Una reevaluación del problema

Estas reconstrucciones hipotéticas de las migraciones de los pipiles y los nicaraos son correctas en un sentido muy general, puesto que los movimientos comenzaron en el Clásico Tardío y continuaron hasta bien entrado el periodo Postclásico. La falla que tienen en común es que la evidencia en que se basan estos esquemas es débil y poco precisa. Dependen para los detalles de un grado inaceptable de especulación. Por cierto, el alto grado de precisión cronológica presumido por Jiménez Moreno y Borhegyi no está justificado por los datos.

Sin embargo, la evidencia histórica, lingüística y arqueológica sí indica, sin lugar a duda, que las migraciones ocurrieron. Un número considerable de investigaciones recientes hacen posible una reevaluación que se acerca más a la realidad histórica.

El siguiente resumen está basado en una correlación de los datos históricos, lingüísticos y arqueológicos, los cuales han sido presentados en detalle en otra parte (Fowler, 1989a:32-49; 1989b:232-237). Queremos hacer hincapié en que faltan todavía muchos datos necesarios para resolver este complejo problema; especialmente la investigación arqueológica básica dirigida hacia el entendimiento de la historia cultural del Postclásico en el sureste de Mesoamérica. Lo que presentamos, entonces, es más un delineamiento provisional de posibilidades y límites, que una resolución definitiva del problema. Consideramos, sin embargo, que esta aproximación a las migraciones es más fidedigna que las precedentes, y que la reconstrucción siempre será refinada por medio

de la obtención y el análisis de nuevos datos en el futuro. El resumen está organizado cronológicamente.

El Clásico Medio

Aunque la gran metrópoli de Teotihuacan tenía obviamente intereses en el sureste de Mesoamérica durante el Clásico Medio (400-700 d.C.) (Santley, 1983: Millon 1988), no hay ningún indicio que estos intereses hubieran dado como resultado migraciones hacia Centroamérica. Además, los pipiles arribaron a Centroamérica en una época posterior al auge de aquella urbe. Por lo tanto, aunque es posible que el colapso de Teotihuacan causara movimientos de grupos de habla nahua dentro de México, es muy dudoso que estos llegaran a Centroamérica durante el Clásico Medio. Cabe mencionar también, que ni siquiera se ha demostrado que en Teotihuacan se hablaba el nahua durante el Clásico (Kaufman, 1976:113; Campbell, 1978:44, 47; Justeson *et al.*, 1985). Concluimos que los intentos de vincular los pipiles con Teotihuacan son engañosos. Pero aun si no se hablaba el nahua en Teotihuacan durante el Clásico, la expansión económica y política del Estado teotihuacano podría haber tenido un impacto en la divergencia de la lengua.

Los datos lingüísticos sí indican que los grupos de habla nahua comenzaron a penetrar en Mesoamérica desde su tierra de origen en el noroeste del área, donde probablemente recibieron influencias teotihuacanas. Un tiempo de divergencia temprana en el nahua dio como resultado la separación del pochuteco, un dialecto nahua extinto de la costa de Oaxaca, alrededor de 500-550 d.C. (Kaufman, 1974:48; Luckenbach y Levy, 1980:458-459; Fowler, 1981:538).

El Clásico Tardío

El indicio más fuerte de migraciones de grupos nahuas durante el Clásico Tardío (700-900 d.C.) es la evidencia glotocronológica para un periodo activo de divergencia del nahua fechado entre 650-850 d.C. (Luckenbach y Levy, 1980:459; Fowler, 1981:539). Esta divergencia involucró a los dialectos de la costa del Golfo y los de Centroamérica (García de León, 1976:11). El problema es que no hay evidencia arqueológica para asentamientos de los pipiles en Centroamérica fechados en este periodo, durante el cual Thompson, Jiménez Moreno, y Borhegyi pensaron que comenzaron las migraciones hacia el sur. Según Frederick Bove (comunicación personal, 1985), la densidad de población en la costa sur de Guatemala es muy alta en este periodo, pero es difícil concebir a esta población como pipil ya que sus nexos en cuanto a los artefactos están con el occidente de Guatemala y posiblemente con Chiapas. Asimismo, no hay ningún indicio arqueológico de la presencia de los pipiles en El Salvador durante el Clásico Tardío.

Otro gran problema es el del origen de la cultura Cotzumalhuapa, del sureste de Guatemala (Thompson, 1948; Parsons, 1969). Al contrario de muchas asevera-

ciones (Villacorta Calderón, 1938:94-98; Thompson, 1948:49; Willey, 1964:166, 182-183; M. Coe, 1966:87-90; Schumann, 1985:122), la cultura o estilo artístico de Cotzumalhuapa del Clásico Tardío no tiene absolutamente nada que ver con los pipiles. Este error tiene su origen en el hecho de que la cultura Cotzumalhuapa floreció en una zona, en el sureste de Guatemala, que fue predominantemente pipil en la época colonial (Fuentes y Guzmán, 1932-33:pte. 2, lib. 1, cap. 9, pp. 56-58). Los elementos iconográficos de la escultura de Cotzumalhuapa reflejan influencias del altiplano central y la costa del Golfo de México (Parsons, 1969; Braun, 1979; Hatch, 1987), pero no hay ninguna evidencia convincente para suponer que Cotzumalhuapa era de filiación nahua. Efectivamente, lo más probable es que los pipiles causaran la caída final de la cultura Cotzumalhuapa alrededor del año 900 después de Cristo.

La cultura de Cotzumalhuapa se extendió hacia el sureste hasta la llanura costera del occidente de El Salvador. El sitio arqueológico de Cara Sucia, ubicado cerca de la aldea del mismo nombre en el departamento de Ahuachapán, El Salvador, muestra vínculos en la escultura, la arquitectura, la cerámica y las figurillas con Cotzumalhuapa durante el Clásico Tardío. Paul Amaroli (1984), quien ha llevado a cabo excavaciones extensivas en el sitio, ha interpretado estos rasgos como una toma de esta región por los cotzumalhuapeños, quienes se apoderaron de recursos tales como las huertas de cacao y las salinas. Aunque la cultura de Cotzumalhuapa tiene fuertes nexos con Veracruz (Parsons, 1969), Amaroli (comunicación personal, 1988) piensa que era un fenómeno de desarrollo local, y que no hay que recurrir a la hipótesis de invasión para explicar la presencia de esta cultura en Guatemala y El Salvador.

En el oriente de El Salvador, el sitio de Quelepa, ubicado cerca de San Miguel, muestra cambios drásticos en su cultura material y exhibe rasgos exóticos durante la fase Lepa (625-1000 d.C.), que E. Wyllys Andrews V. (1976, 1977) interpreta como evidencia de la presencia de un grupo de extranjeros de Veracruz. Los rasgos incluyen cerámica de pasta fina, figurillas con ruedas, flautas de cerámica, yugos, palmas y un hacha, todos los cuales indican nexos con Veracruz, pero no necesariamente con grupos de habla nahua. Es digno de notar que los habitantes de Quelepa, durante la fase Lepa, no dejaron las huellas inequívocas de los grupos de habla nahua, como las estatuas de deidades que reconocemos en el Postclásico. Parece inverosímil que un grupo de habla nahua fuera responsable de Quelepa en el Clásico Tardío.

El Postclásico Temprano

Parece que las primeras migraciones pipiles que llegaron a Centroamérica se fechan en el Postclásico Temprano (900-1200 d.C.), íntimamente vinculadas con el fenómeno tolteca en México. La evidencia glotocronológica indica un episodio activo de divergencia en el nahua entre 900 y 1100 d.C. (Kaufman, 1974:49; Lucienbach y Levy, 1980), y la evidencia arqueológica señala que grupos de origen mexicano llegaron a El Salvador durante este periodo.

Durante la primera parte del Postclásico Temprano fueron fundados los sitios de Cihuatán y Santa María, en la cuenca de El Paraíso o la región Cerrón Grande, de El Salvador (Fowler, 1981:78-403; Fowler y Earnest, 1985). Estos dos sitios emparentados tienen un complejo cultural fuertemente asociado con el de Tula, Hidalgo, durante la fase Tollan (Acosta, 1956-57; Cobean, 1974; Diehl, 1983; Cobean y Mastache, 1989). Efectivamente, es difícil señalar algún rasgo cultural de estos dos sitios que no tuviera su origen en el altiplano central o la costa del Golfo de México. Especialmente llamativos son el patrón de asentamiento, muy semejante al de Tula; la arquitectura de estilo tolteca, en la cual se destaca el uso de la decoración talud-tablero; los incensarios grandes bicónicos, con adornos modelados en forma de espigas o caras de deidades nahuas, especialmente Tlaloc; las estatuas en tamaño natural de cerámica modelada que representan a deidades nahuas, especialmente *Tlaloc*, *Xipe Totec* y *Mictlantecutli* (Casasola García, 1975); figurillas con ruedas y figurillas del estilo Mazapan, por lo menos una de las últimas procedente directamente de Tula, según Terry Stocker (comunicación personal, 1989); un complejo de cerámica que enfatiza formas y técnicas decorativas del horizonte Mazapan en el México central, e incluye los tipos exóticos de Plomiza y Policromo Nicoya; y un complejo de piedra tallada en que se destacan las formas bifaciales muy semejantes a las de México central (Fowler, 1981).

Chalchuapa, en el extremo occidente de El Salvador, muestra algunos rasgos en el Postclásico Temprano, como la arquitectura con decoración talud-tablero, una estatuilla en barro de Xipe Totec, dos esculturas de Chacmool, y obsidiana verde que podrían ser evidencia de la presencia de un grupo de pipiles o influencia de tal grupo en una región cercana (Boggs, 1962, 1963; Sharrer, 1978:211-212). La estatuilla de *Xipe Totec*, hallada por Stanley H. Boggs (1944), es casi idéntica al famoso ejemplo descubierto por Sigvald Linné (1934) en Tlamilolpa, fechado en el horizonte Mazapan.

Otros sitios en El Salvador, como Tacusalco, cerca de Izalco; Punta Las Conchas, en la orilla del lago de Güija; Cerro de Ulata, en la costa del Balsamo; y Loma China, en la región del embalse de San Lorenzo, también muestran complejos culturales relacionados, que indican plena participación en el mundo tolteca. Se trata de una invasión o una serie de invasiones a las regiones central y occidente de El Salvador por grupos de habla nahua que trajeron consigo una tradición cultural formada en México. Comenzando en el altiplano central, las migraciones pasaron por la costa del Golfo de México y el Istmo de Tehuantepec. Después de establecerse en El Salvador, los pipiles mantuvieron los nexos comerciales con México y Yucatán.

Antes de tornar nuestra atención al Postclásico Tardío, se debe mencionar la evidencia arqueológica de Miramar, Chiapas (Agrinier, 1978). La presencia allí de un complejo intrusivo con incensarios grandes bicónicos, idénticos a los de Cihuatán y Tula, señalan la llegada de migrantes pipiles viajando hacia el sur, atravesando Chiapas de paso hacia Guatemala y El Salvador, y ayuda a confirmar la tradición de Torquemada. Durante el periodo colonial existía una población nahua bastante grande en el sur de Chiapas, y todavía se hablaba el

náhuatl en la región hasta tiempos recientes (Zantwijk, 1963; Navarrete, 1975; Köhler, 1978:72; Knab, 1980; Campbell, 1988:275-279).

El Postclásico Tardío

La última serie de movimientos de grupos de habla nahua a Centroamérica tuvo lugar durante la primera mitad del Postclásico Tardío. Estas migraciones estaban vinculadas con la disolución del Estado tolteca en México, la cual ocurrió hacia finales del siglo XII (Davies, 1977:352-356, 413; Nicholson, 1978:322; Diehl, 1983:158-161). El último episodio de divergencia del nahua está fechado en 1200-1350 d.C. (García de León, 1976:12, 41; Luckenbach y Levy, 1980; Fowler, 1981:540) y está, sin duda, vinculado con el colapso de Tula y los acontecimientos resultantes.

Es preciso señalar que no hay ningún indicio en la costa sur de Guatemala para una presencia pipil durante el Postclásico Temprano. Los reconocimientos intensivos y extensivos llevados a cabo por Frederick Bove en la zona de Escuintla, Guatemala, han hallado muy poca evidencia sobre la ocupación de la región durante este periodo. Aparentemente, después de un colapso de la población al final del Clásico, esta zona estuvo deshabitada hasta el Postclásico Tardío (Bove, 1989:10-11).

Tomando en cuenta la ausencia general de asentamiento en la costa sur de Guatemala durante el Postclásico Temprano, el mero hecho que *Itzcuintepec* (Escuintla), fue un centro pipil importante durante la época de la conquista (Alvarado, 1934:277), indica que las migraciones pipiles continuaron durante el Postclásico Tardío (1200-1524 d.C.). Un posible sitio pipil de esta zona, que estuvo asentado durante este periodo es Carolina, al sur de La Gómera (Bove, 1989:11). Los pueblos pipiles de Guatemala conocidos históricamente como San Miguel Teguantepeque, Santa Ana Mixtan, San Juan Mixtan, Texcuaco, y Masagua (Fuentes y Guzmán, 1932-33:pte. 2, lib. 2, cap. 1, pp. 74; cap. 2, pags. 74-81; Cortés y Larraz, 1958:1:254) probablemente fueron ocupados también durante esta última etapa de las migraciones pipiles a Centroamérica.

En El Salvador, todavía es difícil distinguir entre los grupos que llegaron durante el Postclásico Temprano y los que llegaron durante el Postclásico Tardío. Aunque se suele decir que la "diáspora" de los toltecas fue responsable de la última serie de migraciones pipiles, y especialmente la llegada de los pipiles nonoalcas a El Salvador, carecemos de la evidencia arqueológica que confirme la hipótesis de la migración de los nonoalcas a Centroamérica. La evidencia principal que apoya esta tradición es toponímica en naturaleza; consiste de algunos paralelos llamativos entre la región de Nonohualco, en el sur de Puebla, y las zonas central y occidental de El Salvador (Vivó Escoto, 1972:21-23). Paul Kirchhoff (1947; ver también Kirchhoff, Odena Güemes y Reyes García, 1976:Mapa 3) reconstruyó las migraciones de los nonoalcas de Tula hasta la región de Nonohualco; de allí, supuestamente siguieron la misma ruta por las regiones del Golfo y el Pacífico que habían atravesado los migrantes anteriores, hasta llegar a Centroamérica.

Aunque estos paralelos son intrigantes, es igualmente posible que los antecesores de los grupos pipiles, que los españoles encontraron en El Salvador en el siglo XVI, habían estado ahí desde el Postclásico Temprano. Sin embargo, no descartamos la posibilidad que los nonoalcas penetraran al territorio de El Salvador en el siglo XIII. Es posible que *Cuscatlan*, uno de los estados más poderosos en la periferia sureste de Mesoamérica fuera un centro de los nonoalcas. Amaroli (1986), en su reconocimiento de la zona de Antiguo Cuscatlan, trató de demostrar la verdadera ubicación de *Cuscatlan*; encontró restos de asentamientos fechados en el Postclásico Tardío, pero ninguna evidencia de ocupación del periodo anterior (Fowler, 1989a:46-49).

La evidencia arqueológica indica que durante este periodo los nicaraos llegaron a Nicaragua (Healy, 1980:337-339, 377). Usando el principio de parsimonia, pensamos que esta migración tardía podría haber tenido sus orígenes inmediatos en El Salvador o Guatemala, en lugar de en México. Sin embargo, esta especulación debe ser comprobada por medio de más estudios comparativos.

Conclusión

Los patrones trazados aquí son sólo un reflejo oscuro de la realidad histórica de las migraciones de los pipiles y los nicaraos. La evidencia histórica, lingüística y arqueológica indica que las migraciones de pueblos nahuas a Centroamérica consistieron de varias series de movimientos, todos vinculados con acontecimientos económicos y políticos del altiplano y la costa del Golfo de México, aunque todavía ignoramos los sucesos exactos. Con respecto a la cronología de las migraciones, afirmamos que no hubo movimientos de pueblos nahuas a Centroamérica durante el Clásico Medio. Aunque es posible que hubieran migraciones dentro de México durante el Clásico Tardío, y la evidencia lingüística sugiere que así fue el caso, no llegaron los pipiles a Centroamérica hasta el Postclásico Temprano. La evidencia de los tres campos coincide bastante bien, indicando que los pipiles comenzaron sus migraciones en México alrededor del año de 800 d.C., y que llegaron a El Salvador alrededor de 900 d.C. Es extraño que no haya evidencia sobre una presencia de los pipiles en Guatemala hasta el Postclásico Tardío, pero las futuras investigaciones podrían cambiar esta conclusión.

Las reconstrucciones previas de Lehmann, Thompson, Jiménez Moreno y Borhegyi resultan ser correctas en un sentido muy general, pero muy imaginativas o equivocadas con respecto a los detalles, acerca de las causas, las rutas, los grupos étnicos y los acontecimientos específicos de las migraciones. La investigación dirigida a resolver precisamente el problema de las migraciones de los pipiles apenas ha comenzado, y se avanzará solamente por medio del trabajo arqueológico empírico en los sitios donde se asentaron los pipiles, y las investigaciones relacionadas de la etnohistoria y la lingüística histórica.

Bibliografía

- Acosta, Jorge R.**
1956-57 "Interpretación de algunos de los datos obtenidos en Tula relativos a la época tolteca", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 14:75-110.
- Agrinier, Pierre**
1978 *A Sacrificial Mass Burial at Miramar, Chiapas, México*, Papers of the New World Archaeological Foundation, No. 42., Brigham Young University, Provo.
- Alvarado, Pedro de**
1934 "Relación hecha por Pedro de Alvarado a Hernando Cortés; (1524). Otra relación hecha por Pedro de Alvarado a Hernando Cortés", *Libro viejo de la fundación de Guatemala y papeles relativos a D. Pedro de Alvarado*, pp. 261-282, Sociedad de Geografía e Historia, Guatemala.
- Amaroli, Paul**
1984 "Cara Sucia: nueva luz sobre el pasado de la costa occidental de El Salvador", *Universitas* 1:15-19, San Salvador.
1986 *En la búsqueda de Cuscatlán: un proyecto etno-histórico y arqueológico*, Manuscrito inédito, Patronato Pro-Patrimonio Cultural, San Salvador, y Department of Anthropology, Vanderbilt University, Nashville, Tennessee.
- Andrews, E. Wyllys V.**
1976 *The Archaeology of Quelepa, El Salvador*, Middle American Research Institute, Publication 42, Tulane University, New Orleans.
1977 "The Southeastern Periphery of Mesoamerica: A View from Eastern El Salvador", *Social Process in Maya Prehistory*, editado por Norman Hammond, pp. 113-134, Academic Press, Nueva York.
- Benavente, Toribio de**
1971 *Memoriales: o, libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, edición, notas, estudio analítico por Edmundo O'Gorman, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Boas, Franz**
1917 "El dialecto mexicano de Pochutla, Oaxaca", *International Journal of American Linguistics*, 1:9-44.
- Boggs, Stanley H.**
1944 "A Human-Effigy Pottery Figure from Chalchupapa, El Salvador", *Carnegie Institution of Washington, Notes on Middle American Archaeology and Ethnology*, no. 31.
1962 "Excavations at Tazumal, El Salvador", *Year Book of the American Philosophical Society*, pp. 488-491.
1963 "Excavations at Tazumal, El Salvador", *Year Book of the American Philosophical Society*, pp. 505-507.
- Borhegyi, Stephan F. de**
1965 "Archaeological Synthesis of the Guatemala Highlands", *Handbook of Middle American Indians* 2:3-58, University of Texas Press, Austin.
- Bove, Frederick**
1989 "Dedicated to the Costenos: Introduction and New Insights", *New Frontiers in the Archaeology of the Pacific Coast of Southern Mesoamerica*, editado por Frederick Bove y Lynette Heller, pp. 1-13. Anthropological Research Papers, no. 39, Arizona State University, Tempe.
- Braun, Barbara**
1979 "Sources of the Cotzumalguapa Style", *Baessler Archiv* 26:159-232.
- Buschmann, Johann K. E.**
1853 *Über die aztekischen Ortsnamen*, Berlin, Ferd. Dummler, Campbell, Lyle
1978 "Quichean Prehistory: Linguistic Contributions", En *Papers in Mayan Linguistics*, editado por Nora England, pp. 25-54, Columbia, Department of Anthropology, University of Missouri.
1985 *The Pipil Language of El Salvador*, Berlin, Mouton.
1988 *The Linguistics of Southeast Chiapas*, Papers of the New World Archaeological Foundation, No. 50 Brigham Young University, Provo.
- Casasola García, Luis**
1975 "Dos figuras de Xipe Totec en El Salvador", *Balance y perspectiva de la antropología de Mesoamérica y del norte de México* 2:143-153, Sociedad Mexicana de Antropología, México.
- Chapman, Anne M.**
1960 *Los nicarao y los chorotega según las fuentes históricas*, Serie Historia y Geografía, No. 4., San José, Universidad de Costa Rica.
- Cline, Howard F.**
1969 "A Note on Torquemada's Native Sources and Historiographic Methods", *The Americas* 25:372-386.
- Cobean, Robert H.**
1974 "The Ceramics of Tula", *Studies of Ancient Tollan: A Report of the University of Missouri Tula Archaeological Project*, editado por Richard A. Diehl, Columbia, Department of Anthropology, University of Missouri.
- Cobean, Robert H., y Alba Guadalupe Mastache**
1989 "The Late Classic and Early Postclassic Chronology of the Tula Region", *Tula of the Toltecs: Excavations and Survey*, editado por Dan M. Healan, pp. 34-46, Iowa City, University of Iowa Press.
- Coe, Michael D.**
1966 *The Maya*, Thames and Hudson, Londres.
- Cortés y Larraz, Pedro**
1958 *Descripción geográfico-moral de la diócesis de Goathemala (1768-1770)*, 2 Vols., Sociedad de Geografía e Historia, Guatemala.
- Davies, Nigel**
1977 *The Toltecs: Until the Fall of Tula*, Norman University of Oklahoma Press.
- Diehl, Richard A.**
1983 *Tula: The Toltec Capital of Ancient Mexico*, Thames and Hudson, Londres.
- Fowler, William R., Jr.**
1981 *The Pipil-Nicarao of Central America*, tesis doctoral, Department of Archaeology, University of Calgary, Ottawa, National Library of Canada.
1983 "La distribución prehistórica e histórica de los pipiles", *Mesoamérica*, 6:348-372.

- 1989a *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations: The Pipil-Nicarao of Central America*, Norman, University of Oklahoma Press.
- 1989b "The Pipil of Pacific Guatemala and El Salvador", *New Frontiers in the Archaeology of the Pacific Coast of Southern Mesoamerica*, editado por Frederick Bove y Lynette Heller, pp. 229-242, Anthropological Research Papers, no. 39, Tempe, Arizona State University.
- Fowler, William R., Jr., y Howard H. Earnest, Jr.**
1985 "Settlement Patterns and Prehistory of the Paraiso Basin of El Salvador", *Journal of Field Archaeology*, 12:19-32.
- García de León, Antonio**
1976 *Pajapan: un dialecto mexicano del Golfo*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Habel, S.**
1878 "The Sculptures of Santa Lucia Cosumalwhuapa in Guatemala, with an Account of Travels in Central America and on the Western Coast of South America", *Smithsonian Contributions to Knowledge*, No. 269, Washington, D.C.
- Hatch, Marion Popenoe**
1987 "Un análisis de las esculturas de Santa Lucia Cotzumalguapa", *Mesoamérica*, 14:467-509.
- Healy, Paul F.**
1980 *Archaeology of the Rivas Region, Nicaragua*, Waterloo, Wilfrid Laurier University Press.
- Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva**
1952 *Obras históricas*, publicadas y anotadas por Alfredo Chavero, 2 tomos, Editora Nacional, México.
- Jiménez Moreno, Wigberto**
1959 "Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica", *Esplendor del México antiguo*, editado por Carmen Cook de Leonard, 2:1019-1108, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, México.
1966 "Mesoamerica Before the Toltecs", *Ancient Oaxaca*, editado por John Paddock, pp. 3-82, Stanford University Press, Stanford.
- Justeson, John S., et al.**
1985 *The Foreign Impact on Lowland Mayan Language and Script*, Middle American Research Institute, Publication 53, Tulane University, New Orleans.
- Kaufman, Terrence**
1974 *Idiomas de Mesoamérica*, Seminario de Integración Social, Guatemala.
1976 "Archaeological and Linguistic Correlations in Mayaland and Associated Areas of Meso-America", *World Archaeology* 8:101-118.
- Kirchhoff, Paul**
1947 "La Historia Tolteca-Chichimeca: un estudio histórico-sociológico", *Historia tolteca-chichimeca; Anales de Quauhtinchan*, editado por Paul Kirchhoff, pp. xvii-lxiii, Antigua Librería Robredo, México.
- Kirchhoff, Paul, Lina Odema Güemes y Luis Reyes García**
1976 *Historia tolteca-chichimeca*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Knab, Tim**
1980 Lenguas del Soconusco, pipil y náhuatl de Huehuetán, *Estudios de Cultura Náhuatl*, 14:375-378.
- Köhler, Ulrich**
1978 "Reflections on Zinacantan's Role in Aztec Trade with Soconusco", *Mesoamerican Communication Routes and Cultural Contacts*, editado por Thomas A. Lee, Jr. y Carlos Navarrete, pp. 67-73. Papers of the New World Archaeological Foundation, No. 40, Brigham Young University, Provo.
- Lardé, Jorge**
1926 "Cronología arqueológica de El Salvador", *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística*, 1:153-162, San Salvador.
- Lehmann, Walter**
1920 *Zentral-Amerika*, Dietrich Reimer, Berlin.
- León-Portilla, Miguel**
1972 *Religión de los nicaraos*, Instituto de Investigaciones Históricas, Monografías 12, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- López de Gómara, Francisco**
1946 *Hispana victrix. Primera y segunda parte de la historia general de las Indias*. Biblioteca de Autores Españoles 22:155-455, Ediciones Atlas, Madrid.
- Lothrop, Samuel K.**
1927 "Pottery Types and their Sequence in El Salvador". *Indian Notes and Monographs*, 1(4):164-220, Heye Foundation, Museum of the American Indian, Nueva York.
- Luckenbach, Alvin H., y Richard S. Levy**
1980 "The Implications of Nahua (Aztec) Lexical Diversity for Mesoamerican Culture-History", *American Antiquity*, 45:455-461
- Millon, René F.**
1988 "The Last Years of Teotihuacan Dominance", *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, editado por Norman Yoffee y George L. Cowgill, pp. 102-164, University of Arizona Press, Tucson.
- Navarrete, Carlos**
1975 "Nueva información sobre la lengua náhuatl en Chiapas", *Anales de antropología*, 12:273-282.
- Nicholson, H. B.**
1978 "Western Mesoamerica: A.D. 900-1520", *Chronologies in New World Archaeology*, editado por R. E. Taylor y Clement W. Meighan, pp. 285-329, Academic Press, Nueva York.
- Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de**
1851-55 *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, 4 tomos, Real Academia de Historia, Madrid.
- Parsons, Lee Allen**
1969 *Bilbao, Guatemala: An Archaeological Study of the Pacific Coast Cotzumalhuapa Region*, vol. 2., Milwaukee Public Museum, Milwaukee.
- Santley, Robert S.**
1983 "Obsidian Trade and Teotihuacan Influence in Mesoamerica", *Highland-Lowland Interaction in Mesoamerica: Interdisciplinary Approaches*, editado por Arthur G. Miller, pp. 69-124, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.
- Sharer, Robert J.**
1978 *Pottery and Conclusions. The Prehistory of Chalchuapa, El Salvador*, Vol. 3, editado por Robert J. Sharer, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

- Schumann, Otto**
1985 "Consideraciones históricas acerca de las lenguas indígenas de Tabasco". *Olmecas y mayas en Tabasco*, Lorenzo Ochoa, coord. pp. 113-127. Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa.
- Spinden, Herbert J.**
1915 "Notes on the Archaeology of Salvador", *American Anthropologist*, 17:446-487.
- Squier, Ephraim George**
1852 *Nicaragua: Its People, Scenery, Monuments, and the Proposed Inter-Oceanic Canal*, 2 Vol., Appleton, New York, D.
- 1853 "Observations on the Archaeology and Ethnology of Nicaragua", *Transaction of the American Ethnological Society*, 3:84-158, Nueva York.
- Thompson, J. Eric S.**
1948 *An Archaeological Reconnaissance in the Cotzumalhuapa Region, Escuintla, Guatemala*, Contributions to American Anthropology and History, Vol. 9, no. 44, Carnegie Institution of Washington, Publication 574.
- Torquemada, Juan de**
1943 *Monarquía indiana*, 3 tomos, Editorial Salvador Chávez Hayhoe, México.
- Villacorta Calderón, J. Antonio**
1938 *Prehistoria e historia antigua de Guatemala*, Tipografía Nacional, Guatemala.
- Vivó Escoto, Jorge A.**
1972 *El poblamiento náhuatl en El Salvador y otros países de Centroamérica*, Colección Antropología 2, Ministerio de Educación, San Salvador.
- Willey, Gordon R.**
1964 "An Archaeological Frame of Reference for Maya Culture History", *Desarrollo cultural de los mayas*, editado por Evon Z. Vogt y Alberto Ruz, pp. 137-178, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Zantwijk, Rudolf van**
1963 "Los últimos reductos de la lengua náhuatl en los Chiapas, *Tlalocan*, 4 (2):179-184.

Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo

Beatriz Braniff

Este artículo es un intento más por entender la región septentrional de Mesoamérica a la cual, alguna vez, llamé la Mesoamérica Marginal. Se trata, al mismo tiempo, de un resumen sobre los diferentes enfoques: ajenos y personales, viejos y recientes, que han permitido avanzar en el conocimiento de esta región y de sus diferencias y a la vez de sus relaciones con la Mesoamérica tradicional, aquélla ubicada al sur de la frontera delimitada para el siglo XVI y que ha recibido más atención por parte de los antropólogos. Intento presentar también una base para la diferenciación de lo que no es mesoamericano, más al norte.

Siendo ésta una región de fronteras, es necesario adoptar modelos e hipótesis que sirvan para entender las interacciones entre grupos de diferente clase y nivel cultural. Los modelos aplicables son numerosos, puesto que deben incluirse tanto aquéllos que puedan servir para definir las "áreas culturales" que entren en juego, como los que sirvan para entender las relaciones internas de los sistemas socio-políticos dentro de las áreas culturales, como las externas; es decir, los sistemas socio-políticos no necesariamente imbricados dentro de las áreas culturales. Se requiere, igualmente, de parámetros que sirvan para puntualizar los distintos niveles de desarrollo, puesto que el tipo de relaciones será de diferente categoría de acuerdo con ellos.

Un problema interesante que se analizará es que el término Mesoamérica se refiere desde su concepción original a un área cultural, mientras que a la región al norte no se concibe hoy en día como tal; es decir, se está ante concepciones diferentes. El occidente de México, que está muy relacionado con la Mesoamérica Septentrional ocupa un lugar impreciso dentro del desarrollo mesoamericano, quizá porque los parámetros empleados han sido siempre los determinados para las regiones nucleares de Mesoamérica. Tampoco se ha concebido estos núcleos como centros de redes que incluyan agrupaciones menos complejas en sus periferias, las cuales pueden estar ubicadas tanto dentro del área cultural como fuera de ella.

Han habido importantes esfuerzos por reanalizar la validez del concepto Mesoamérica (Sociedad Mexicana de Antropología, Mesa Redonda XIX, 1985, Querétaro) y también por reubicar al occidente (Sociedad Mexicana

de Antropología, Mesa Redonda XVIII, 1983, Taxco), pero en ningún caso se ha llegado a conclusiones en cuanto a su esencia.

Estamos, pues, ante una serie de problemas complejos que no se pretende organizar aquí, ni proponer soluciones generales, pues estos temas requieren de amplia discusión. Sólo se presentarán algunas alternativas derivadas de proposiciones incluidas dentro de los varios modelos y diversas hipótesis que hay al respecto. Se tiene como meta aclarar lo que es Mesoamérica, especialmente en contraste con lo que no es —el área norte— para así entender cultural y cronológicamente a Mesoamérica.

Antecedentes

En términos generales, el problema inicia hace un siglo, cuando los antropólogos norteamericanos descubren al nuevo "Suroeste", dentro de su reciente adquisición territorial. Ellos elaborarían esquemas culturales y cronológicos particulares, sin manifestar mayor interés al hecho de que la región había pertenecido a México hasta hacía muy poco tiempo —por lo que el término "suroeste" era a todas luces inadecuado. Además, en esta región persistían elementos del centro y del sur de México que entonces se interpretaban como intrusiones recientes de épocas coloniales. Afortunadamente, este enfoque centralista norteamericano cambió con el tiempo, y recientemente, el problema de las conexiones con Mesoamérica es un tema de estudio muy relevante (ver Wilcox, 1986, para un análisis histórico de estas ideas).

Sería Kroeber quien, en 1939, delimitaría las "Áreas Culturales y Naturales de Norteamérica" definiendo un "Suroeste" centrado en Arizona, Nuevo México y Colorado. Sin embargo, pronto se anexarían, en forma bastante forzada, culturas evidentemente diferentes como la muy antigua *cochise* y las supervivientes de cazadores-recolectores; así como la de los nuevos cazadores atapascanos. Luego se ampliaría geográficamente el concepto para integrar culturas supuestamente relacionadas, ubicadas en el norte de México, ahora bajo el nombre del El Gran Suroeste (ver Kirshhoff, 1954, para

un análisis histórico del Gran Suroeste), lo cual "es un acto superfluo de colonialismo cultural" (Beals, 1954: 193).

Como es de todos conocido, pocos años después, en 1943, Paul Kirchhoff definiría la Mesoamérica Tradicional como una área cultural con base en una lista de elementos etnográficos diagnósticos y específicos, que se referían tanto a las superestructuras, como a aspectos de carácter básico. Estos se presentaban dentro del área cultural, cuya frontera norteña corría a lo largo del Pánuco, Lerma y Sinaloa, en una línea curvada hacia el sur (Kirchhoff, 1943) que colindaba con regiones "áridas" al norte (Sanders y Price, 1968. fig. 5), donde vivían grupos de muy bajo nivel cultural llamados chichimecas, quienes formaban parte de los recolectores-cazadores del norte de México y estaban integrados, por lo tanto, dentro del Gran Suroeste (Kirchhoff, 1942: XVIII; 1943).

Como contraste con esta realidad que se daba en el siglo XVI, en esa misma región chichimeca al norte del río Lerma, se han reconocido desde hace muchos años restos arqueológicos que pertenecen a asentamientos de tipo mesoamericano, que lógicamente corresponden a una época anterior a la que mencionan las fuentes etnohistóricas (Hers, 1989 capítulo 1; Reyes, 1879). Esta es la Mesoamérica Septentrional, cuya evolución se tratará a la luz de nuevos datos e hipótesis. Es en la década de los cincuenta cuando empieza a concretarse la problemática de esta otra Mesoamérica.

Kirchhoff intentaría mejorar el enfoque del Suroeste y del Gran Suroeste, proponiendo la existencia de dos áreas culturales: América Árida y Oásis América. La base de ésta diferenciación sería, en esencia, el patrón de subsistencia, y se incorporaría dentro del primer grupo a los recolectores-cazadores, y dentro del segundo a los agricultores, estos últimos considerados como una derivación de Mesoamérica. Era evidente, sin embargo, que había grupos intermedios y otros que revertían a la caza, la recolección y la agricultura según las circunstancias y necesidades, por lo cual era imposible clasificarlos. Esta proposición recibió duras críticas, puesto que el concepto de área cultural era, así, prácticamente inaplicable, ya que en la región existe una enorme gama de medios ambientes naturales, a veces vecinos, que condicionaron y permitieron toda clase de adaptaciones (Kirchhoff, 1954; ver también comentarios de varios autores en esa misma obra).

Por otra parte, los arqueólogos que se han especializado en la Mesoamérica Tradicional, la conceptualizan como una unidad homogénea y han elaborado esquemas para reconocerla a través del tiempo como un desarrollo también homogéneo, que se inicia a partir de una base neolítica durante el Formativo, para alcanzar un nivel urbano (Clásico y Postclásico), que se liquidaría en el siglo XVI con la colonización europea (Piña Chan, 1985, entre otros).

En la región nororiental de la Mesoamérica Septentrional se establecería una impresionante y larga secuencia arqueológica en la Sierra de Tamaulipas, donde en forma insospechada se daba el desarrollo de la agricultura en una época muy temprana fuera de la Mesoamérica tradicional (MacNeish, 1958). Asimismo, en ese tiempo se iniciaron en Zacatecas y Durango las investigaciones de J. Charles Kelley y su grupo, que incluía a

Pedro Armillas (ver Hers, 1989, para un análisis y resumen) y Braniff inicia su primera investigación que intentaría delimitar la máxima frontera mesoamericana en la porción norcentral. Desde entonces surgieron los problemas de cómo identificarla, vistas la ambiguas proposiciones a las que se ha hecho referencia y especialmente por estar en los límites fronterizos donde debieran darse situaciones de marginalidad y retraso con respecto a las zonas nucleares, así como actividades de penetración (aculturación y colonización) y de retracción, así como de interrelación entre grupos de diferente nivel. En forma simplista se utilizaron tres elementos arqueológicos para definir que se estaba en Mesoamérica: la evidencia de sedentarismo (cimientos, basureros), de agricultura (granos, metates planos) y cerámica; es decir, los elementos básicos del Formativo. Estos instrumentos funcionaron bien en la región, puesto que no se encuentran al norte de la propuesta frontera, la cual coincidía, a su vez, con una frontera ecológica definida por el límite sureño del desierto de Chihuahua y del Gran Salado; por el límite entre los climas B (desérticos) y C (húmedos y templados), y el determinado por la isoyeta de los 500 mm anuales (Braniff, 1961).

Esos trabajos de los años cincuenta fueron integrados en dos importantes obras de Armillas en los que resalta su enfoque ambientalista para explicar, sobre todo, el problema del abandono de aquellas regiones norteñas por parte de los agricultores hacia el siglo XII; en esos mismos trabajos reinterpreta la información de carácter etnohistórico, que por una parte concuerda con la destrucción de Tula, y por otra muestra el rechazo que los tenochcas tenían hacia el *chichimecattalli*. Revisa también las diferentes categorías de chichimecos reconocidos por los etnohistoriadores: los verdaderos y "recalcitrantes" salvajes; los agricultores bárbaros, los mesoamericanos transculturados (los tolteca-chichimeca), y otros de origen norteño que preservaban elementos de alta cultura (los chichimecas de *Xolotl*). Armillas no se enfrentó especialmente al problema del avance de la frontera de los cultivadores, que ubicaba a fines del Clásico y que concebía como reflejos de movimientos activos procedentes de los núcleos vecinos de civilización, o como el resultado de una progresiva aculturación de la población local (Armillas, 1964 y 1969).

A fines de los años setenta hice una síntesis de lo conocido hasta entonces en la Mesoamérica (Braniff, 1972, 1975a y 1975b) y volví después a retomar los problemas generales sobre este tema y los enfoqué hacia regiones más norteñas, extramesoamericanas (Braniff, 1985a; 1985b; 1986; 1988a; 1988b; 1988c 1989a y 1989b).

Los trabajos recientes, llevados a cabo en Zacatecas-Durango, han sido analizados y resumidos en la obra de Marie Areti Hers (Hers, 1989). Para la región norcentral (Guanajuato y Querétaro), el nuevo análisis del Centro Regional de Querétaro (1989) cubre las importantes aportaciones sobre esa zona. Otra obra actual de Foster y Weigand (1985) se refiere al noroeste e incluye trabajos sobre el occidente de México. El estudio más importante sobre la región noreste, Río Verde, San Luis Potosí, es de Michelet (1984 y 1986). Otras dos importantes investigaciones arqueológicas se refieren a la muy descuidada cultura de los chichimecas (Rodríguez, 1983 y 1985).

Los modelos teóricos

Ante la necesidad, siempre presente, de tener a la mano criterios arqueológicos para entender el proceso histórico, la esencia y límites de esta nueva Mesoamérica, he planteado hipótesis sucesivas que aún requieren trabajo.

Se presentó un estudio sobre el tema del área cultural, estableciendo un modelo aplicable a cualquier región, no sólo a Mesoamérica y se incluyeron algunas proposiciones respecto a sus relaciones externas. En esta obra se considera el área cultural como un ecosistema, concepto inspirado en los planteamientos de varios investigadores, entre los que sobresalen Armillas (1964 y 1969), Sanders y Price (1968), Litvak (1975), Martín y Plog (1973) y Pailes y Whitecotton (1979). Dicho modelo enlista las categorías de carácter especial y temporal que deben conducirnos a establecer el carácter específico de una área cultural, incluyendo tanto los denominadores comunes como los más desarrollados, así como la calidad de "intensidad" (Braniff, 1983).

Los trabajos de Olivé (1985) y Niederberger (1987), aunque sólo se refieren a Mesoamérica, desarrollan diseños basados en modelos universales para entender el desarrollo y proceso de complejidad de Mesoamérica. Olivé profundiza en categorías socio-económicas y políticas y Niederberger añade consideraciones de carácter ecológico e ideológico.

Un modelo muy interesante por ser típicamente mesoamericano, aunque restringido en su aplicación inicial, pero que puede ampliarse, se basa en la estructura del "señorío" de la época histórica, convertida en parámetros arqueológicos con indicadores que pueden ser reconocidos en el campo (Castañeda, *et al.*, 1988). Este modelo podría ampliarse, empleando igualmente las analogías histórico-etnográficas relacionadas con las estructuras de los "imperios": como *el huey tlatocáyotl* de López Austin (1985:221) para los mexicas y tarascos, así como las "provincias" mayas y otras, integrando la información de cómo éstas unidades estaban constituidas internamente y cómo se interrelacionaban entre sí a corta y larga distancia. Trabajos como los de Attolini (1988), Broda (1985), Lameiras (1985:359-365) y otros son obviamente aplicables.

Una proposición simplista y revolucionaria a la vez, es la que Di Peso enfoca a lo no mesoamericano, considerando todo lo que sucede al norte, como una sola unidad llamada La Gran Chichimeca. En ella evita el encajonamiento de la región dentro de áreas culturales y se refiere simplemente a una zona geográfica ubicada al norte del Trópico de Cáncer, cuyo común denominador de carácter ecológico es la aridez generalizada. En esa región vivieron varios tipos de chichimecas (los cazadores-recolectores, los agricultores bárbaros y los agricultores civilizados), quienes se adecuaron a los diferentes medios y circunstancias temporales. Dentro de la Gran Chichimeca el autor incluye el discutible Suroeste y Gran Suroeste, y presenta proposiciones para explicar las evidentes presencias mesoamericanas en la región (Di Peso, 1968 y 1974).

En cuanto a las sugerencias para reconocer los amplios sistemas de intercomunicación, existen varios mo-

delos que se refieren a sistemas económicos y políticos, que dejan a un lado el concepto de área cultural. Estos pueden organizarse en dos grupos: los que se refieren a interrelaciones a nivel preestatal y los que se refieren a interrelaciones entre estados. Sugiero que en este último caso, puede coexistir el primer nivel.

Dentro del primer grupo es adaptable el modelo llamado "Esferas de Intercambio"; dentro del segundo son utilizables los modelos que se aplican a las interrelaciones que se dan entre "Unidades Políticas Equivalentes" y las que se dan entre unidades sociopolíticas de mayor poder hacia otras de menor categoría, como es el diseño de Sistemas y Economías Mundiales. El modelo de Esferas de Interacción, es aplicable a ambos grupos.

Las "Esferas de Intercambio" se basan en analogías etnográficas, que se establecen con base en el intercambio de diferentes objetos o servicios. Las "Esferas" pueden tener el carácter de intercambio de objetos o conocimientos relacionados con la subsistencia básica o con el intercambio de objetos de prestigio (Nelson, 1986).

El modelo de "Esferas de Interacción" se inspiró en el antiguo concepto griego del "mundo conocido" o *oikoumena* que se aplicó originalmente a la expansión del mundo hopewelliano. Estas esferas son:

...matrices espaciales donde se da una articulación intersocial que es regular y que es mantenida institucionalmente... Para definir las se utilizan items que son ampliamente intercambiados y que ocurren dentro de un contexto social específico... en un tiempo dado (Binford, 1972).

El diseño de "Estados en Equivalencia" (*Peer Polity*) (Renfrew, 1986) tiende a borrar las antiguas proposiciones difusionistas y tiene como meta el entender el desarrollo de los sistemas socio-políticos, así como la emergencia de su complejidad, integrando los variados tipos de intercambio entre unidades socio políticas (cacicazgos y estados primitivos) independientes y "en igualdad", que existen dentro de una sola unidad geográfica, y en algunos casos más ampliamente.

El modelo de "Sistema Mundial" (Wallerstein, 1974) y el paralelo "Economía Mundo" (Braudel, 1984) contemplan las acciones de colonización y explotación por parte de estados fuertes en competencia (los núcleos) sobre organizaciones menos poderosas (las periferias y áreas externas). En el primer caso (Wallerstein, 1974) las periferias se caracterizan por una especialización diferencial (ecológica, ocupacional o política). Las áreas externas están fuera del sistema económico-político, pero proveen artículos específicos al sistema. Los sistemas mundiales pueden ser sólo económicos (como el capitalismo) o económico-político (los "imperios").

Con base en estos modelos se han propuesto hipótesis respecto a las probables interrelaciones de los estados mesoamericanos y algunas localidades en La Gran Chichimeca. Esta primera proposición fue posteriormente ampliada y perfeccionada por los mismos autores, quienes vuelven a analizar los varios conceptos de economías "mundiales", así como los varios modelos imbricados en éstas, en una importante aportación, cuya lectura se recomienda (Whitecotton y Pailes, 1986).

Finalmente, otro modelo aplicable (al que todavía le falta una estructuración concreta) utiliza la ideología religiosa y mítica (que se manifiesta a través de objetos

materiales), para reconocer a una unidad cultural tanto internamente como en sus extensiones en espacio y tiempo que puede utilizarse para organizaciones estatales, aun cuando "a mayor complejidad cultural los intereses y objetivos (de un grupo) serán más claros y la ideología que acompaña al poder será más consistente" (Mancha y Rivera, 1984, en Braniff, 1985: 26-27).

La ideología en sociedades precapitalistas se realiza a través de formas religiosas míticas... cuando las comunidades sencillas se someten a un poder central, ya no son las fuerzas naturales las que personifican la conciencia religiosa sino que se personifica a ese poder superior en la persona del déspota real o en el ser imaginario que es dios. Ese dios a su vez se convierte en mito y la verdad del mito se comprueba a través de ritos y fiestas. El mito es la legitimización del poder... La ideología es un instrumento representativo y estructural del poder... Las ideas y sus representaciones vienen a ser una práctica política y social que objetivan los intereses y posiciones de un grupo determinado que tiende a mantener el régimen social existente... (Mancha y Rivera 1984, en Braniff, 1985:26-27). Una característica de las sociedades tradicionales es la de agrupar dentro del cuadro de asentamientos importantes, los cultos religiosos, las actividades económicas y las fiestas públicas... La esencia de las prácticas rituales es la de transformar... las manifestaciones seculares, objetos, mensajes, actividades, personajes, instituciones... en entidades sagradas... Los elementos gráficos esotéricos constituyen una especie de metalenguaje ligado a la reflexión cosmológica y religiosa, y representan claramente un repertorio de mensajes y símbolos... (Niederberger, 1987:709; 712).

Proposiciones semejantes son utilizadas para corroborar la presencia de estados mesoamericanos con base en símbolos religiosos particulares, que se encuentran en varios sitios de la Gran Chichimeca (Di Peso, 1968), así como en la definición de una ruta y sistema mundial comercial, que unía sitios como Casas Grandes en Chihuahua, la región de Trincheras de Sonora, el Occidente de México, la región mixteca-puebla y Chichén Itzá en Yucatán después de 1200 d.C. (Kelley, 1986 y Braniff, 1988 a).

Mesoamérica

Esta serie de modelos y otros no mencionados, deben ser coordinados para ser aplicados en forma coherente, lo que no se pretende hacer ahora, aunque sí se utilizan algunas proposiciones, añadiendo información particular para establecer un primer y simplificado modelo de lo que es Mesoamérica, contrastándolo después con lo que es La Gran Chichimeca (*sensu*, Di Peso), para luego integrar información que se tiene sobre la región mesoamericana septentrional. Será evidente para el lector la omisión de muchos temas de investigación que dichos modelos sugieren, y que es necesario cubrir para entender mejor la zona que nos ocupa. Acepto además, como lo demuestra la información arqueológica y etnológica, que hubo conexiones entre Mesoamérica y la Gran Chichimeca a través de largos milenios, y las hipótesis que en adelante se presentan tienen como meta principal intentar estable-

cer una primera base de diferenciación y una mayor precisión cronológica del desarrollo cultural, que ayude a entender las interrelaciones en el tiempo. Este ensayo es apenas un principio.

Los denominadores comunes a nivel básico

Como ecosistema a nivel rural, Mesoamérica tiene como base la agricultura de roza y temporal (Armillas, 1985:39) por lo que requiere ubicarse dentro de una región ecológicamente adecuada, especialmente en relación al patrón de lluvias que posibilita tales cultivos veraniegos (Braniff, 1988b). La isoyeta de 700 mm anuales marca el límite por debajo del cual la agricultura de temporal es totalmente aleatoria y precaria (Niederberger, 1987:51, 95).

La agricultura fue la actividad humana más importante y generalizada. Era el eje de la vida diaria y esa actividad determinó ciclos temporales regulares: ritos y trabajo, tributación y guerra (Rojas, 1985:129). Mesoamérica se caracteriza por relaciones específicas de parentesco y una forma de entender al cosmos, al individuo, a la diferenciación de clases y al poder, que permite a la fecha diferenciar a esta tradición de la cultura "nacional" (Medina, 1988).

Los símbolos, ritos y mitos están íntimamente relacionados con la agricultura y la fertilidad, los que son característicamente concebidos dentro de un orden y equilibrio cósmico, que es el resultado de posiciones opuestas inseparables. Estos conceptos de fertilidad y equilibrio están presentes en todo tipo de materiales, como en la simetría arquitectónica, evidente, particularmente, en los centros cívicos y ceremoniales, así como en el juego de pelota (Braniff, 1985: 46-48). Los diseños como la greca escalonada, el jaguar, el lagarto, la serpiente, los peces y las combinaciones de éstos, a veces asociados al hombre, se relacionan con antiguos símbolos de fertilidad y cultivo (Braniff, 1974b); son también símbolos de comunicación e integración social, conceptos religiosos y formas de poder (Niederberger, 1987:712-715). La navaja prismática de obsidiana es un elemento característico tanto de los niveles básicos, como de los más complejos, y por ello fue artículo de comercio de primera necesidad.

Los denominadores comunes a nivel superestructural

A partir de una base rural de aldeas agrícolas —hacia 2000 a.C.— y con base en una transformación en la naturaleza de los asentamientos, se establece un periodo preurbano hacia 1200 a.C., caracterizado por la emergencia de capitales regionales, que son centros de integración regional de una constelación de pueblos (villages) satélites, que no son radicalmente diferentes a las *cités* (ciudades) autocéfalas de épocas protohistóricas. Estas capitales (cabeceras, no urbes) constituyen el centro de un poder estable y de una organización política centra-

lizada con connotaciones sagradas. Son centros de concentración de la riqueza (del *surpluss* producido por un sistema agrario eficaz y de los recursos comerciales así como del intercambio de bienes básicos y mercancías exóticas). El intercambio se basa en la producción y explotación específica de cada región, lo cual produce una trama multidireccional densa, compleja y formalmente organizada. Este sistema de bienes materiales es paralelo a otro sistema, igualmente regular, de intercambio de información de mensajes, que se basa en un conjunto de símbolos visuales así como en un sistema mítico y un campo semántico común. Cada unidad participa e irriga la vida y el organismo social del conjunto; dicha participación dinámica contiene un esquema cosmogónico y mítico común, y constituye uno de los principales motores de una integración cultural interregional (Niederberger, 1987:747-752).

La diferencia con las etapas posteriores se da con base en la importancia y densidad de este modo de organización política del territorio típicamente mesoamericano, que se define por esa confederación de *cités* políticamente autónomas. El periodo siguiente, llamado Proto urbano, se da hacia 500 a.C., se caracteriza por capitales regionales mayores, con más poder político de integración regional (*ibid.*: 695).

Es en este mismo tiempo (equivalente al Preclásico Superior o Formativo Terminal y Protoclásico) durante el cual

Los avances tecnológicos impulsaron el desarrollo de las fuerzas productivas, que a su vez proporcionó la estructura necesaria para que pudieran formarse los primeros centros urbanos... Ello repercutió en una modificación superestructural drástica, surgiendo el Estado como la organización social apropiada... Fueron estos adelantos quizá los que abrieron la posibilidad de que algunos grupos se aventurasen a colonizar un habitat que antes los hombres no habían podido establecerse (Olivé, 1985:95-98).

La estructura del Estado mesoamericano está en formación entre 800 a.C. y 100 d.C. En este tiempo existen cuatro geometrías constructivas, asociadas desde entonces a la cosmovisión particular mesoamericana. Las geometrías son la circular, la rectangular, la perpendicular y la tetraespacial. Esta última es la única que tiene continuidad en el segundo tiempo (100 a.C. a 650 d.C.) (Yadeun, 1985:122-123).

La homogeneidad arquitectónica de las estructuras, es una manifestación material de otras homologías relacionadas con la organización social y con el sistema de creencias (Renfrew, 1986:5. Ver además Weigand, 1985:90, nota 1).

Para el periodo Proto-urbano, según Niederberger, o de la Revolución Urbana de acuerdo a Olivé, existen en la región norcentral de Mesoamérica —por debajo del río Lerma—, por lo menos dos tradiciones (ver mapa 1) que se caracterizan por arquitecturas, tipos cerámicos, figurillas y otros datos específicos. Una de ellas corresponde a la transformación que se da en la cuenca central de México, después de la fase de "deculturación olmeca" (después de 700-850 a.C.) y son característicos los conocidos sitios de Zacatenco, Ticomán y Cuicuilco (Niederberger, *op. cit.*:695). La otra, que llamo Tradi-

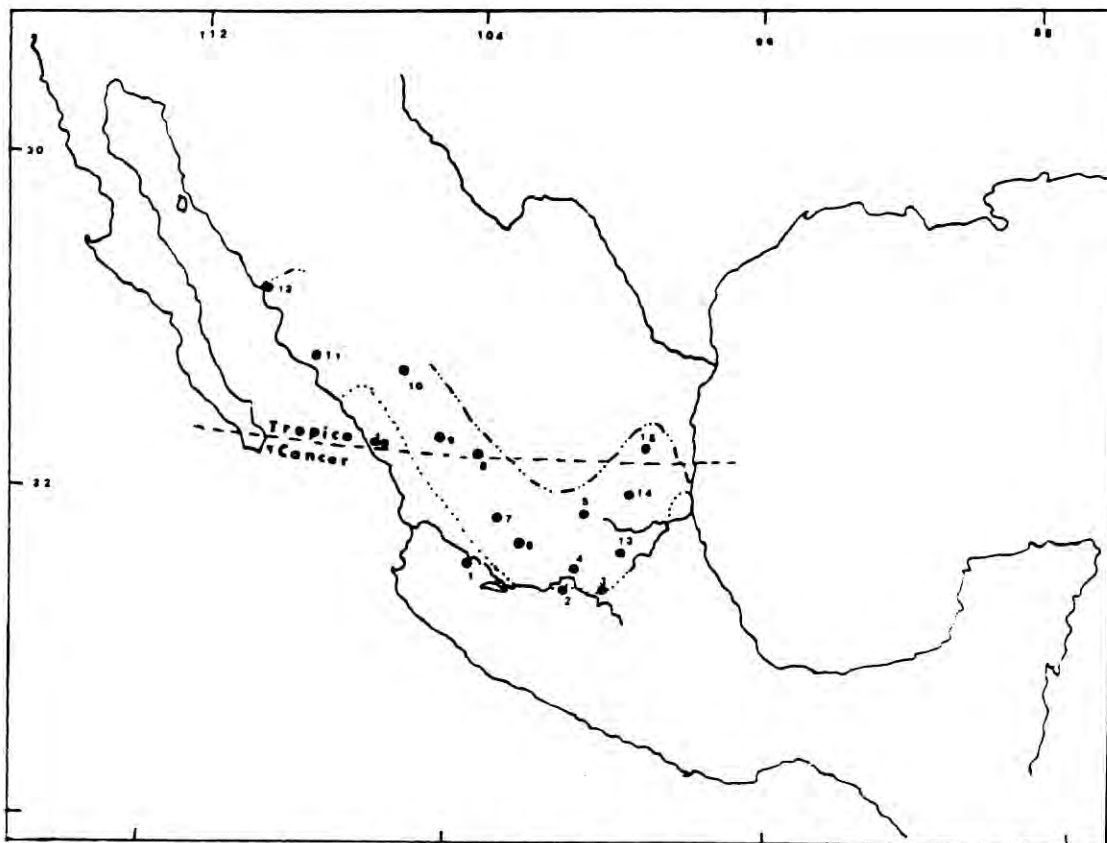
ción de Occidente, se desarrolla a partir de una antigua base formativa que se da hacia 1500 a.C., en Michoacán, Jalisco, Colima, Nayarit y Sinaloa. Esta tradición está claramente desprovista de influencias olmecas y del centro de México (Braniff, 1975a; Weigand, 1985:69 y Scott, 1985). La fase El Arenal (ca. 350-300 a.C., a 150-200 d.C.) en Teuchitlán, Jalisco, representa la culminación del típico culto funerario (tumbas de tiro), y consolidación en forma submonumental del patrón arquitectónico básico (plataforma circular y construcciones circundantes simétricas) y sus asociaciones específicas (juego de pelota abierto, etc.) que serán la base de las subsecuentes fases dentro del Clásico. Existen desarrollos regionales diferentes: una región nuclear en Teuchitlán y las vecinas áreas lacustres de Nayarit, una segunda zona menos compleja que se extiende hasta la zona costera de Jalisco, Nayarit y Colima; finalmente otra, más sencilla y dispersa, en el norte de Jalisco y sur de Zacatecas. En la zona nuclear, rica en recursos no comunes y estratégicos, las complejas tumbas son evidencia de linajes importantes, y las ofrendas asociadas, que incluyen la turquesa química que proviene de regiones extramesoamericanas, indican contactos con amplios territorios y son evidencia clara de una habilidad sociológica para obtener riqueza con fines funerarios y de estatus (Weigand, 1985: 63-70).

Corresponden a esta época, entre otros sitios en Occidente: Morett, en Colima, en su fase Temprana (300 a.C.-100 d.C.) (Meighan, 1972:18), y posiblemente Amapa, Nayarit, en su fase Gavilán, así como la fase Tierra del Padre en Chametla, Sinaloa (Meighan, 1976:16, 267 y fig. 6).

En estos tiempos se coloca, además del ya mencionado Cuicuilco, D.F., al importantísimo sitio de Chupicuaro, Guanajuato. Mientras unos autores ven a Chupicuaro como el componente de un sistema estatal en expansión, cuya foco es Cuicuilco (Florance, 1985:45), otros ven en este último un fuerte impacto que proviene de Occidente (Bennyhoff, 1986:20). La arquitectura circular de Cuicuilco, que no tiene antecedentes en la Mesoamérica Tradicional (Yadeun, en prensa), puede estar relacionada con las plataformas circulares de Teuchitlán (Weigand, 1985:70). Yo considero a Chupicuaro como un heredero de la tradición del Occidente (Braniff, 1975a).

Finalmente, dentro del proceso de desarrollo de Mesoamérica, la cristalización de metrópolis o superpotencias calificadas como "centros de integración supraregional" se dan en un periodo urbano, entre el primer y sexto siglo de nuestra era (Niederberger, 1987:694) o entre 200 y 900 d.C. (Piña Chan, 1985:68). El carácter de las superestructuras es en este tiempo de tipo teocrático (Olivé, 1985:103-104) y la forma arquitectónica tetraespacial es la más adaptada, desapareciendo la geometría circular (Yadeun, 1985:123, en prensa).

Hacia 650 d.C., desaparece Teotihuacan como centro de integración supraregional; construyéndose luego y hasta 950 d.C., el mayor número de capitales de Estado en toda Mesoamérica. Es también el momento de coexistencia del mayor número de variantes temporales de la geometría espacial. Vuelve a aparecer en los valles centrales (Tula -El Corral) la geometría circular, esta vez asociada a la rectangular (Yadeun, en prensa). Es tam-



Mapa 1 Mesoamérica Septentrional. Frontera del S. XVI; del IX. 1. Teuchitlan, Jal., 2. Chupicuaro, Gto., 3. S. Juan del Rio, Qro., 4. Morales, Gto., 5. Villa de Reyes, S.L.P., 6. Cerro Encantado, Jal., 7. La Quemada, ZAC., 8. Chalchihuites, Zac., 9. Schroeder, Dgo., 10. Zape, Dgo., 11. Mochicahui, Sin., 12. Huatabampo, Son., 13. Sierra Gorda, 14. Rio Verde, S.L.P., 15. Sierra de Tamaulipas.

bién en esta época cuando en Mesoamérica aparece el mayor número de canchas de juego de pelota (Taladoire, 1981, en Braniff, 1989).

Hacia 900 d.C., los centros de integración de tipo urbano tienen carácter militarista (Olivé, 1985:106) y es también cuando la estructura urbana se contrae al mínimo. Entre esa fecha y 1250 después de Cristo:

El reproductor cósmico forma ahora parte de la plaza central y se agrega a ella el exhibidor de la muerte (Yadeun, 1985).

Con la llegada de los toltecas al centro de México, aparece un nuevo pensamiento arquitectónico... Es el concepto de 'espacio interior' en un conjunto... Los toltecas llegaron a dominar el espacio interno por medio de soportes aislados... y lograron una mayor amplitud en el interior de los edificios y pudieron construir grandes columnatas y pórticos techados (Acosta Jorge, en Olivé, 1985:106).

Así, los toltecas dominan y organizan a varios grupos aldeanos que se encuentran por la vecindad de Tula; fundan allí su capital, construyendo primero pobres estructuras de adobe y lajas, pero después edificios más ricos con columnas serpentina, pilastras, banquetas, chacmoles, colosos, etcétera, cuya inspiración vino de Chichén Itzá... adoptan el culto a Quetzalcoatl... inician el estilo de los templos circulares-rectangulares y de los altares decorados con calaveras... como se ven en El Corral, lo mismo que los muros decorados con serpientes (Piña Chan, 1985:73).

La Gran Chichimeca (GC)

Empleo las ideas de Di Peso para una definición de carácter general. En forma selectiva y limitada se describirán algunos aspectos de esta enorme y variada región, con el objeto de contrastarla con Mesoamérica y establecer una diferenciación.

La Gran Chichimeca no es un sólo ecosistema sino varios, cuyo común denominador es una generalizada aridez (Cordell, 1984:2), propia de regiones fuera de los trópicos (Braniff, 1985:55). Su límite meridional es, por consiguiente, el Trópico de Cáncer (Di Peso, 1974, fig. 4.1.) más no es una línea recta, pues la región desértica intruye (por razones topográficas, meteorológicas y otras), en forma combada hacia el sur, hasta la porción central del Altiplano Potosino (Braniff, 1961, mapas 3-5; 1985, fig. 1.8.) La Gran Chichimeca así definida, se ubica en la porción mexicana por debajo de la isoyeta de los 400 mm (Rzedowski, 1978, fig. 18) (ver mapa 2) por lo que se infiere que la agricultura de temporal es precaria o imposible.

A partir del siglo X y en definitiva desde el XIII, hasta la llegada de los españoles, la *Chichimecatlalli* se había expandido hacia el sur, anexándose tierras que antes fueron mesoamericanas siguiendo, en forma más o me-

nos paralela, la anterior línea combada (ver mapa 3). La nueva frontera del siglo XVI y la anterior de los siglos X y XIII, incluye regiones cuya lluvia es menor que los 800 mm anuales por lo que actualmente la agricultura de temporal es también precaria (ver mapa 2). Es lógico suponer que si esta expansión hacia el sur tiene que ver con un proceso de desertización progresiva serían las regiones más norteñas las primeras en ser abandonadas por grupos cultivadores. Esta proposición parece confirmarse en Guanajuato, puesto que entre los siglos XIV y XV la frontera entre grupos sedentarios y cazadores-recolectores había descendido hasta aproximadamente el centro del estado, y para el siglo XVI todavía más hacia el sur, casi en los límites con Michoacán (Castañeda *et al.*, 1988; figs. 22 y 23).

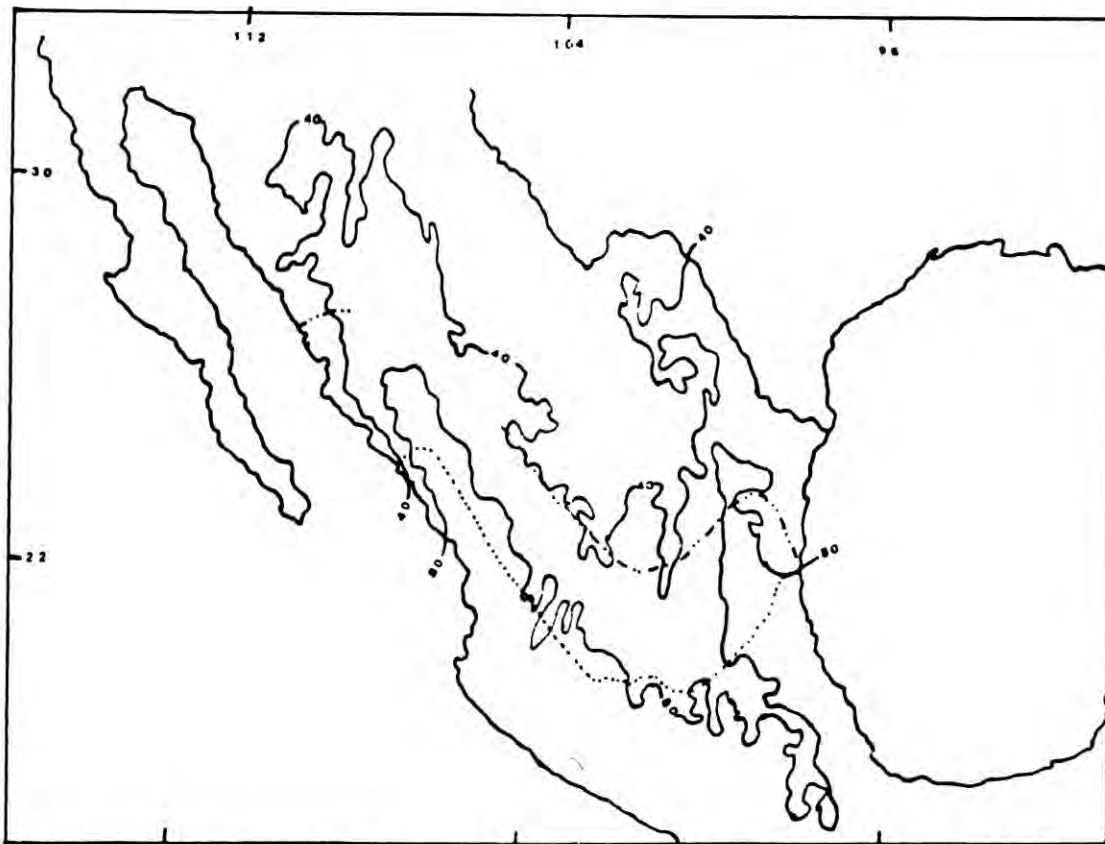
Si de acuerdo con nuestras proposiciones el abandono de esas tierras está correlacionado con un impedimento de carácter ecológico, asociado a la falta de lluvias cíclicas que permite o no el cultivo de roza y temporal, es interesante ahondar más acerca de esos patrones pluviométricos.

En el extremo noroeste de la Gran Chichimeca (el Suroeste para los norteamericanos), se tiene información arqueológica de una época de cambios culturales profundos, que se dieron entre 1200 y 1300 d.C., durante la cual se abandonaron grandes regiones, se poblaron otras y se adoptaron nuevos patrones. Las explicaciones que se dan para estos movimientos, son de tipo

cultural y de cambios en el medio ambiente. Estos movimientos coinciden con una sustitución momentánea de una producción agrícola intensiva por una menos intensiva, y por una mayor actividad de caza y recolección. Sin embargo, pronto se reorganizaría toda la región dentro de sistemas que fueron de diferente calidad que los anteriores (Cordell *op. cit.*, capítulo 1).

Sin embargo, en la región desértica del suroeste los hohokam, hacia 1100 d.C. muestran igualmente una inseguridad cultural que se basa en cambios del medio ambiente, que produjeron cambios culturales sustanciales. Entre otros, se abandona el famoso sitio de Snaketown y se inicia una reorganización política con tendencia a la secularización (a diferencia del carácter religioso anterior). Asimismo, se nota un cambio en los sistemas comerciales, por lo que se dejan de recibir objetos de origen o inspiración mesoamericana, como son las guacamayas, vasijas tripodes y figurillas (*ibid.*: 189: 305-323).

En cuanto a estudios del medio ambiente, se menciona que entre 900 y 1200 d.C., existió un cambio en el régimen de lluvias, que consistió en dos largas épocas, durante las cuales llovió mucho más que antes (las máximas se alcanzan en 950 d.C. y luego en 1150 d.C.), separadas por una sola, pero muy larga sequía (cuya máxima se ubica hacia 1050 d.C.). Antes de 900 d.C., y después de 1200 d.C., la oscilación entre épocas de lluvias y de sequías era mucho más frecuente, aun cuan-



Mapa 2. mesoamérica Septentrional. Precipitación total anual en mm. Basado en Rzodowski 1978, fig. 18.

do la cantidad de lluvia era menor (*Ibid.*, fig. 9.2). También se tienen datos dendrocronológicos que sustentan una gran sequía entre 1279 y 1299 d.C., aunque Martín (1979: 65-68) refuta esta teoría. Hay información acerca de la reducción de nivel freático y profundización de arroyos en esos tiempos.

Sin embargo, los estudios polínicos que se han llevado a cabo en el norte de México no confirman claramente dichas sequías (Brown, 1985).

Como contraste, en la cuenca de México, hacia 1000 d.C., hay una tendencia hacia una mayor precipitación y temperatura que las actuales. Hacia 1250 d.C., la lluvia sigue en aumento y la máxima se alcanza hacia 1750 d.C. Hacia 1250 d.C., la temperatura alcanza su máxima y se reduce notablemente hacia 1500 d.C., cuando alcanza un nivel similar al de hoy en día. Hacia 1750 la temperatura descende mucho más (Niederberger 1987, fig. 596). Los niveles de lluvia en la cuenca actualmente son de 800 mm, y la temperatura (oscilación media) es de 6° (Rzedowski, *op cit.*; figs. 18 y 13).

Una información que puede ser utilizada analógicamente, es de tiempos coloniales, cuando se registran fluctuaciones climáticas de años buenos y malos para la agricultura, que se suceden cada 10 años.

Las crisis de 1624 y 1692 fueron memorables. En el siglo XVIII las sequías y heladas produjeron una serie de hambres y escasez entre 1724 y 1810, las más terribles fueron las de 1749-50; las de 1785-86, y la de 1809-10 (Florescano, 1986: 52 y 71-73).

De acuerdo con la información anterior es precisamente en 1750 d.C., cuando la lluvia alcanza un punto máximo, pero también cuando hace más frío.

Los datos históricos sugieren, por otra parte, que en los valles centrales existió una época de sequías hacia 1150-1200 d.C. (fin de Tula), acompañadas de migraciones chichimecas (Armillas, 1964 y 1969). Esto contrasta con la información arriba indicada, que señala una situación totalmente opuesta a la de 1750 d.C., que es también de sequía, pues es entonces cuando la precipitación pluvial fue mayor que la actual y la temperatura más alta.

Es evidente que se requieren estudios climáticos más precisos. Sin embargo, como señala Michelet (1984), en las regiones semiáridas norteñas, una sequía de dos o tres años consecutivos es suficiente para acarrear el desastre a pueblos cultivadores.

Para el problema que aquí se analiza es de todas formas interesante la concordancia cronológica entre los cambios que se dan en el extremo noroeste hacia 1100-1200 d.C., y el desplome progresivo de la frontera de los agricultores que está bien ubicado en Guanajuato hacia esas fechas.

En cuanto a la agricultura, en gran parte del suroeste de E.U., las plantas cultivadas fueron las que suplían la mayor parte de la alimentación, pero siempre se requirió invertir una considerable mano de obra para asegurar el éxito de la cosecha, empleándose siempre una multitud de sistemas ingeniosos para llevar agua a los campos para conservar la humedad y para detener la erosión. La agricultura de temporal requirió siempre de esa inversión. En otras localidades la agricultura fue sólo suplemento de la caza y recolección y en otras más, sólo un experimento corto y sin éxito (Cordell, *op. cit.*, capítulo 6).

Hay que hacer énfasis en que los sistemas de irrigación que se construyeron en ciertas localidades del desierto por los pueblos Hohokam son infinitamente más amplios y complejos que cualquiera de sus contrapartidas mesoamericanas, a pesar de que la densidad de estas poblaciones es mucho menor (Doolittle, 1988) sugiriéndose así que éste es un desarrollo regional, no importado de Mesoamérica (Braniff, 1985: 83).

En relación a la arquitectura, las casas más antiguas en el suroeste de E.U. (200 d.C.) son las casas foso, de planta circular y semihundidas, que difieren totalmente de la antigua habitación mesoamericana. Se distribuyen en aldeas, a veces alrededor de una casa principal (Cordell, *op. cit.*: 218). Este tipo de casa es el que posteriormente se da en Chihuahua (San Antonio de Padua) hacia 750 d.C. (Di Peso, 1974; volumen 1) y en Sonora (San José Bavicora), entre los siglos XI y XIV (Pailes, 1980: 29). En la región Hohokam la casa foso difiere en cuanto a que tiende a ser rectangular, con entrada lateral de rampa, que se da entre 300 a.C., y 1100 d.C., (Hauray, 1976: 82, fig. 3.28) aunque los recientes estudios cronológicos sugieren que la primera fecha mencionada es mucho más reciente (500 d.C. Schiffer, 1982: 335). En Snaketown la zona habitacional de casas foso rodea una "plaza" central (zona llana circular) y los montículos plataformas circulares de carácter ritual (Hauray, *op. cit.*, 82), se ubican al sur de la zona habitacional. Los juegos de pelota de muros combados ocupan igualmente una posición alrededor de la sección de casas (Wilcox *et al.*, 1981, fig. 32). Posteriormente, entre 700 y 1000 d.C., se da un cambio en ciertas localidades hacia la construcción de "pueblos", que son estructuras que integran cuartos contiguos de múltiples usos. En la mayoría de ellos se encuentra la *Kiva* de planta semihundida y circular, cuya función es ritual, entre otras. En algunas áreas (Chaco) la planta del pueblo tiene forma de anfiteatro (Cordell *op. cit.*: 237-301).

Es en el periodo prehistórico final de "pueblos agregados", que se inicia hacia 1175 d.C., en el periodo Clásico Hohokam (McGuire y Schiffer, 1982: 193 y 335) o hasta 1300 d.C. (Cordell *op. cit.* capítulo 10), cuando se inaugura una nueva época durante la cual se conforman comunidades muy grandes de estilo "pueblo" (cuartos contiguos), varios de los cuales fueron conocidos por los españoles. En la región Hohokam entre 1300 y 1450 d.C., se alcanza la mayor complejidad y se construyen ("complejos", *compounds*, "casas grandes" de muros masivos de adobe, plataformas y los "cerros de Trincheras" (Mc Guire y Schiffer, *op. cit.*). De éste periodo es la fase Paquimé que corresponde al auge de Casas Grandes, Chihuahua, el cual se caracteriza, precisamente, por sus casas grandes de muchos cuartos contiguos, varios pisos y muros de adobe (Dean y Ravesloot, 1988). No obstante que en esta última, existen elementos de tipo mesoamericano, su conformación es totalmente diferente a la arquitectura mesoamericana (Braniff, 1988b; Yadeun, en prensa).

Para concluir y con base en ésta sintética exposición, que se ha referido fundamentalmente a los aspectos ecológicos y arquitectónicos, me parece que existen suficientes argumentos para distinguir a la Gran Chichimeca (o Gran Suroeste) de Mesoamérica. Además es claro que mientras ésta última todavía puede recono-

cerse como una "área cultural" (*sensu* Kirchhoff, 1954), la primera no lo es, por lo que sus evidentes interacciones deben verse a través de otros parámetros como los sugeridos en apartado referente a modelos.

La inserción de Mesoamérica Septentrional a la Mesoamérica Tradicional

De acuerdo a lo mencionado anteriormente, dentro del área mesoamericana tradicional y occidental, en el periodo Preurbano 1250 a 700 a.C., florecen diversas capitales regionales, cuyas características han sido ya descritas. Esas capitales participan entre sí de una simbiosis de carácter económico y cultural, definida esta última con base en intercambios regionales de información y mensajes que se asocian a una ideología religiosa y mítica compartida, representada por símbolos iconográficos, que a su vez sirven como un elemento importante de cohesión política y social.

Durante el siguiente periodo Protourbano —700 a 150 a.C.— proseguirá el mismo sistema arriba descrito, aunque ahora las capitales regionales son mayores y tienen una más amplia capacidad y potencialidad tecnológica, económica y política, alcanzando así la "Revolución Urbana", que cristaliza en las grandes construcciones como las de Cuicuilco y Tlapacoya en el D.F.; Chupicuaro, en Guanajuato, y Teuchitlán, en Jalisco.

Las interrelaciones de estos centros de poder deberían ser estudiadas como el preludio de las formaciones estatales, y el modelo utilizable sería el de "Estados de igualdad", que describimos superficialmente. Un estudio de tipo arquitectónico e iconográfico ayudará a entender dichas interrelaciones, así como a definir las Esferas de Interacción coetáneas.

Es precisamente en este tiempo que se incluye la información sobre los primeros grupos agrícolas de la Mesoamérica Septentrional, en su porción noroccidental. (Los pocos fechamientos que tenemos para el Formativo Terminal en la Mesoamérica Septentrional se insertan en un apéndice al final de este trabajo).

Infiero que la emergencia de los asentamientos referidos se debe a esta revolución cultural, lo que a su vez sugiere una colonización, más que una transculturación de los nuevos territorios. Esta proposición no implica, necesariamente, una mejoría climática para explicar la ampliación de la frontera mesoamericana, como ha sido invocada vagamente en el pasado; aun cuando es de suponer que el medio ambiente debió ser el adecuado para conformar las supuestas premisas de una agricultura de roza y temporal, que hemos propuesto como común denominador mesoamericano. En este sentido es interesante hacer notar que esta colonización temprana casi alcanza la máxima extensión mesoamericana correspondiente a sus fronteras climáticas y que a *grosso modo* sigue el Trópico de Cáncer (ver mapa 3). Esta primera colonización tiene, por lo demás, una apariencia dispersa que sólo se consolidará posteriormente, en

un tiempo equivalente al de los "Estados" del Clásico en Mesoamérica.

En esta discusión cobra importancia mayúscula el sitio y la "Tradición" Chupicuaro de Guanajuato, no sólo por su participación e impacto en la cuenca de México —que ya mencionamos— sino porque se le ha reconocido como la base de desarrollos ulteriores en Guanajuato (Braniff, 1972) y Zacatecas (Kelley, 1966). Desafortunadamente, las investigaciones en Chupicuaro se enfocaron, solamente, hacia el complejo funerario, y si bien aportaron valiosas colecciones, la secuencia cronológica aún no es clara. Los elementos intrusivos en la cuenca de México, permiten colocar a la "Tradición" Chupicuaro, en términos generales, dentro del Preclásico Superior, pero no existe todavía la suficiente información para precisar su ubicación (Florance, 1985). Parte del problema radica en que a esta "tradición" se le adjudica una larguísima temporalidad —entre 500 a.C., y 350 d.C. (Castañeda *et al.*, 1988, fig. 2); es decir, casi un milenio, durante el cual existe una región nuclear (¿más temprana?) alrededor de la Presa Solís (*Ibid*: 323) y versiones regionales y/o temporales del complejo cerámico.

Es evidente que entre la cerámica del sitio Chupicuaro, según Porter (1956) y la Fase Morales que es afín al sitio del mismo nombre (cerca de Comonfort) existen similitudes, pero también discrepancias, que en mi opinión implican una diferencia cronológica. Por una parte hemos identificado en la Fase Morales varios elementos similares e idénticos a la Fase Ticomán (Braniff, 1972, lista 1), que se ubica entre 400 y 150 d.C. (Niederberger, 1987, fig. 595) lo que me hacen suponer que Chupicuaro es más antiguo y cercano a la herencia de la tradición de Occidente, cuya presencia en Tlatilco es evidente en tiempos anteriores (Braniff, 1975: 216).

Una discrepancia importante es el diseño de la greca escalonada, que aun cuando tiene gran antigüedad en Sudamérica (Braniff, 1974b), se presenta, aunque en forma no muy clara, en Morales, Guanajuato. Otros diseños importantes que no existen en Chupicuaro son de aves y cuadrúpedos. Estas decoraciones son muy importantes, pues considero que son símbolos tradicionales y míticos, que deben contener aquella calidad ideológica y de cohesión social que mencionábamos arriba. Estos diseños aparecen posteriormente en los Altos de Jalisco hacia 100-250 d.C. (Bell, 1974), después en Zacatecas, en la Fase Altavista, hacia 300 d.C. (Kelley y Kelley, 1971; Lam. 1) o 750 d.C. (Kelley, 1985; fig. 11.3), y luego en Snaketown, Arizona en la región Hohokam, donde comienzan a aparecer en la Fase Snaketown —hacia 350 d.C. (Haury, 1976; fig. 12.93 y 16.1) o 750 d.C. (Schiffer, 1982; p. 335), y proliferan en las siguientes fases Gila Butte y Santa Cruz —hacia 550 d.C. (Haury, 1976; fig. 12.93 y 16.1) u 800-1000 d.C. (Schiffer, 1982: 335). Ciertos diseños, especialmente la greca escalonada, el ave, la serpiente y combinaciones de éstos, sobrevivirán en contextos más tardíos post 1200 d.C., en Casas Grandes, Chihuahua y entre los pueblos históricos del sur-oeste de E.U. (Braniff, 1986). Estas similitudes sugieren, ciertamente, la continuidad de una ideología (¿transculturación?), más no pueden constituir Esferas de Interacción o Sistemas Mundiales porque no son sincrónicas.

Un diseño ausente en Chupicuaro es la greca esgrafiada en líneas quebradas que se encuentran dentro de los platos de la Fase Morales (Braniff, 1972; lám. 1 f.) —muy similar a los diseños que aparecen en un tipo de la Fase Manantial (Zacatenco 1) de Zohapilco, D.F. (Niederberger, 1976; lám. LVII, 1-6, 10, 11). Este tipo es el que encontramos distribuido hasta el norte de Guanajuato, en el Cópore (Fase Cópore Temprano) (Braniff, 1972: 277 y 1974 fig 3) y el Cubo (Braniff, 1974a: fig. 3).

En relación a los tipos de arquitectura de carácter cívico o religioso que pueden sugerir ideologías y centros de poder y, precisamente en Chupicuaro, éstos, que son pocos, se concentran en el sur del estado. Se ilustra una plataforma rectangular con construcciones superpuestas que recuerda la de Tlapacoya, D.F. (Barba de Piña Chan, 1956; planos 7 y 8) y una versión de la geometría tetraespacial aunque le falta un lado (Castañeda *et al.*, 1988; figs. 3 y 4). Estas construcciones son verdaderamente monumentales, pues alcanzan entre 80 y 120 m por lado. Se menciona además una pirámide circular en Chupicuaro y una construcción circular en la región de Salvatierra (Brown, 1985: 225). Aquí hay que anotar un dato curioso, pues en el norte de Tlaxcala existe un complejo con centro ceremonial, zona residencial y construcciones de tipo fortaleza, asociado a materiales típicamente Chupicuaro (Porter, 1956) (García Cook y Rodríguez, 1975). Desafortunadamente, el estudio está inconcluso. Esta investigación serviría mucho para aclarar la posición de Chupicuaro mismo.

Se ha mencionado ya la arquitectura de Teuchitlán, Jalisco, que es circular asociada a juegos de pelota de tipo abierto y a tumbas de tiro, que sobrevivirá en forma monumental durante el Clásico (Weigand, 1985: 70). Muy posiblemente, la geometría circular, que se da en Snaketown, Arizona (montículos —plataformas recubiertas con estuco, ampliadas periódicamente, con superposiciones) desde la Fase Snaketown (Haury, 1976: 82-94) y en el sitio Gatlin en el Gila Bend (Wasley Johnson, 1965) pertenezcan a esta tradición, como es posible que lo sean también las construcciones posteriores en Ixtlán del Río, Nayarit y en la región de Tomatlán, Jalisco (Mountjoy, 1987).

Volviendo al Formativo, en Totoate, Jalisco, para una fecha muy temprana (100-1 a.C.), la geometría circular de Teuchitlán, aparece junto con la construcción rectangular con un altar central, que será la arquitectura típica de la cultura de Chalchihuites, que incluye a La Quemada durante el Clásico (Hers, 1989: 34 y fig. 3) y también características del mismo periodo en Guanajuato, lo que sugiere una participación con Mesoamérica, por lo menos de tipo ideológico, que tal arquitectura tetraespacial implica. Sin embargo, no parece existir en esta región central noroccidental de la Mesoamérica Septentrional una filiación política hacia ningún Estado dentro de Mesoamérica (Braniff, 1989). La presencia teotihuacana se detecta sólo en la porción sureste de Guanajuato y oeste de Querétaro (Castañeda *et al.*, 1988: fig. 14) y en Salvatierra (Braniff, en elaboración). Algunos tiestos de Anaranjado Delgado se encontraron en el Cópore (Braniff, 1972: 276) y otros en Teuchitlán, Jalisco, lo que contrasta con la clara presencia teotihuacana en el vecino valle de Atemajac, Jalisco (Weigand, 1985:90). Esto hace suponer que, tan-

to la región que dominaba el núcleo ubicado en la región de Teuchitlán y que extendía su poderío hasta el sur de Zacatecas (Weigand, 1985; fig. 218), así como los núcleos de La Quemada y Chalchihuites, que dominaban regiones en Zacatecas y Durango y las diversas culturas regionales localizadas en Guanajuato, que muestran centros de diversas jerarquías durante el periodo Clásico, pudieran considerarse bastante ajenas a los sucesos políticos de Mesoamérica (Weigand, 1985: 60-90). El autor sugiere, sin embargo, que los desarrollos específicos de las fases del Clásico pudieron haber sido una "respuesta social que mantuvo su independencia e identidad, intensificando su herencia del Formativo, transformándose así en un componente de la generalizada civilización mesoamericana". Jiménez (1989, fig. 5 y Castañeda *et al.*, 1988, figs. 5, 13) sugieren que pueden establecerse Esferas de Interacción basadas en la distribución de ciertos tipos cerámicos, figurillas y demás, que podrán en el futuro reconocerse como unidades socio-políticas, autónomas, rivales o satélites de los estados sureños. En un caso servirá bien el modelo de Estados en Equivalencia, en el último, podrá aplicarse el de Sistema Mundial.

En cuanto a relaciones a larga distancia, la temprana presencia de turquesa en Jalisco (Weigand, 1985; p. 64) y Zacatecas (Weigand *et al.*, 1977) bien puede interpretarse como una explotación minera de tipo Sistema Mundial, en Nuevo México. Esta interrelación estaría corroborada por la presencia de un mosaico de tipo mesoamericano, de turquesa, que se encuentra en los niveles más antiguos de Snaketown, Arizona (Haury, 1976: fig. 17.3).

Por otra parte, la arquitectura de "Espacios internos", columnatas y pórticos a los que se referían Acosta y Piña Chan en relación a Tula, Hidalgo, que citamos anteriormente, tiene sus claros antecedentes en La Quemada y Chalchihuites, las cuales se ubican en pleno Clásico (Hers, 1989, ver discusión en el Capítulo 1). Esta evidencia, más el burdo *Chacmool*, y *tzompantli* de Huejuquilla, Jalisco (Hers *op. cit.*, capítulo 3: 45, 83 capítulo 4) el *Tzompantli* de Chalchihuites (Kelley, 1978) los *chacmool* de piedra y cerámica de Snaketown Arizona (Haury 1976, figs. 11.25, 12, 26, 12.34 y 17.3) el diseño del ave devorando la serpiente en Chalchihuites (Kelley y Kelley, 1971 Lam. 48 b.) y entre los Hohokam (Haury, 1976; fig. 15.28 f), así como los cascabeles de cobre y la turquesa en el culto a Tezcaltlipoca (Di Peso, 1968: 5; Jiménez, 1989: 37) son más antiguos en el norte que en Mesoamérica, lo que viene a sustentar más firmemente mis antiguas proposiciones —basadas en otros elementos— de una cultura prototolteca norteña, que tiene bases en el Preclásico Superior y que a fines del Clásico e inicios del Postclásico irrumpe en los valles centrales, específicamente en Tula, Hidalgo (Braniff, 1972: 289-299). Esto mismo es sugerido por Hers, quien propone que esa "Ida y vuelta" está implícita en la información histórica de los mexica (Hers, 1989: 192-197).

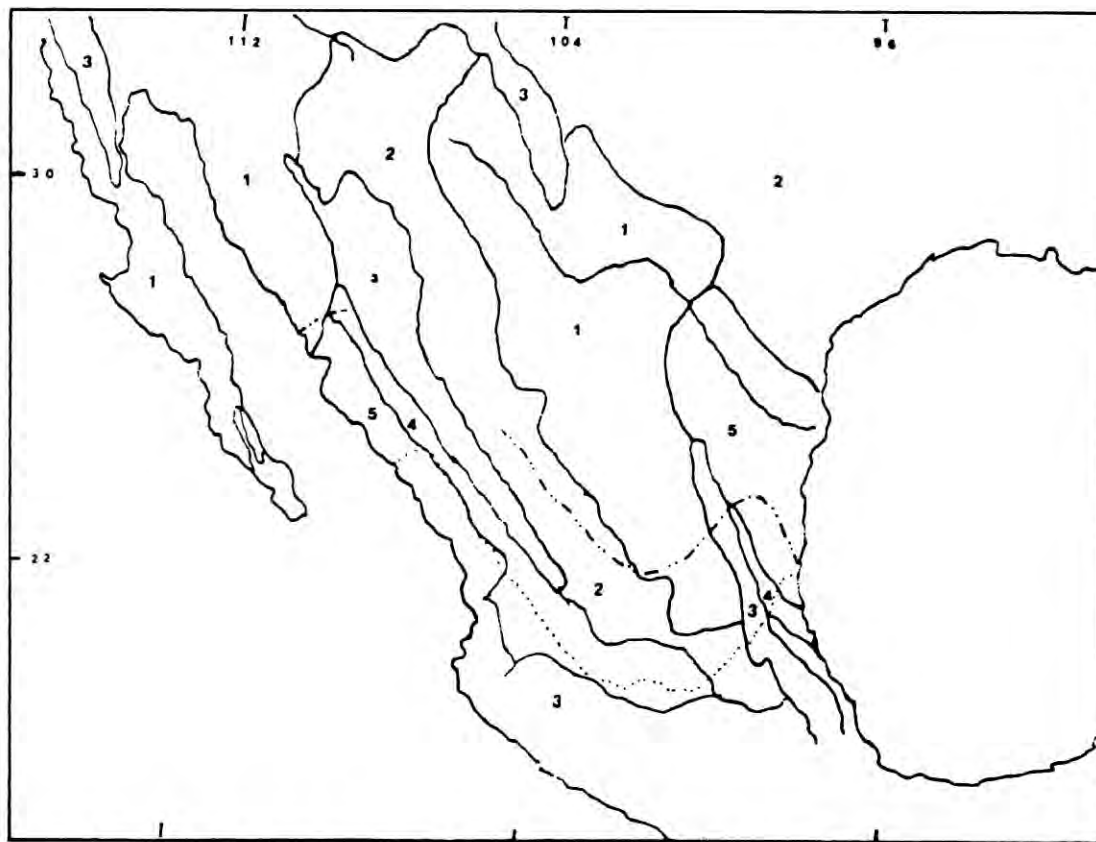
Mientras esto sucede en la porción central y noroccidental de nuestra Mesoamérica Septentrional, una situación muy diferente se desarrolla en la región nororiental que incluye la Sierra Gorda, la meseta de río Verde y la Sierra de Tamaulipas. Las relaciones con

Teotihuacan y la costa del Golfo son evidentes: yugos, palmas, vasos de fondo plano y paredes almenadas, los negros esgrafiados Zaquil, las figurillas moldeadas, los juegos de pelota, perfiles de edificios, etc., verifican la presencia de aquellos centros de poder en la región (Franco, 1970, lam. 20-31, 51-52-55; Braniff, 1975c: 223-241 y Michelet 1984 y 1986) que Michelet asocia con la explotación mineral del cinabrio (Michelet, 1984), que fuera muy utilizado en la pintura mural (Weigand *et al.*, 1977).

El ocaso —los chichimecos, grandes, pequeños y medianos

Existen claros indicios acerca de que el abandono de la región septentrional mesoamericana se inicia hacia 900 100 d.C. (Braniff, 1989; Castañeda *et al.*, 1988: 329), que también puede interpretarse como una "colonización" —si es que el nombre es el adecuado— de grupos "salvajes" chichimecos no agrícolas, o como una involución progresiva de los grupos mesoamericanos civilizados, hacia una barbarie y salvajismo, lo cual está relacionado con un cambio climático hacia la desertización que impidió la agricultura de temporal; las regiones más norteñas, cerca del desierto —el Trópico de Cáncer—

debieron haberse abandonado primero. Esto se sustenta a medias con base en la información que ahora se tiene sobre la cultura de Chalchihuites y la región de Río Verde, San Luis Potosí y la Sierra de Tamaulipas, que nunca más fueron habitadas por mesoamericanos. Sin embargo, el sitio de Villa de Reyes, o Electra, en el altiplano potosino, que es la región más árida de Mesoamérica Septentrional, aun cuando muestra una discontinuidad arqueológica, puesto que el complejo del Clásico (Valle de San Luis) termina abruptamente, al contrario de lo que la lógica sugiere, volvió a habitarse (fase Reyes) por gente que traía un complejo cerámico muy parecido al de la fase Tollan de Tula, Hidalgo (Braniff, 1975; Crespo, 1976). Otros sitios toltecas de la fase Tollan (900-1150 d.C.), se encuentran en Guanajuato: El Cópore Tardío (Braniff, 1972: 276), El Cerrito, cerca de la ciudad de Querétaro (Crespo, 1985, en Castañeda *et al.*, 1988: 328) y Carabino, cerca de San Luis de la Paz (Braniff, 1972, lista 2). En este último aparece, por primera vez en la entidad, un juego de pelota que es de tipo cerrado —como los de Tula—; las construcciones ahora son rectangulares, sin el patio central característico del Clásico (Crespo y Flores, 1984, en Castañeda *et al.*, 1988, fig. 16) que organizaba el patrón tetraespacial. La disposición de estas construcciones difiere de la geometría del centro de Tula (Yadeun, 1985, fig. 7).



Mapa 3. Vegetación del Norte de México. Rzedowski 1964 en Braniff 1985, fig. 1.8.

Estos sitios toltecas en el Altiplano potosino y noeste de Guanajuato no tienen carácter defensivo por lo que la presencia de "aguerridos chichimecas" no se sustenta.

En estos mismos tiempos, hacia el centro oriental del estado, existe, al parecer, un reacomodo hacia una economía mixta de caza recolección con agricultura; y hacia el poniente aparece una nueva tradición cerámica asociada a sitios defensivos (Castañeda *et al.*, 1988: 329-330).

Los tarascos habitan algunos sitios en el sur del estado entre 1350 y 1530 para cuando la frontera se retrae muy al sur, en los límites con Michoacán (*Ibid.*, fig. 22 y 23).

Este proceso de abandono que se inicia en el Epiclásico y que se resume en el momento de los contactos hispanos podría simbolizarse quizá con lo primero que representa *Mixcoatl* y luego *Xolotl* para terminar con aquello que dice:

"Es un lugar de miseria, dolor, sufrimiento, fatiga, pobreza y tormento. Es un lugar de rocas secas, estéril, un lugar de lamentación, un lugar de muerte por sed, un lugar de inanición. Es un lugar de mucha hambre, de mucha muerte. Queda al norte" (Sahagún, 1963, p. 263)

Bibliografía

Armillas, Pedro

- 1964 "Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica". In *Homenaje Márquez-Miranda*, p.p. 62-82 Madrid.
- 1969 The arid frontier of mexican civilization, *Transactions of The New York Academy of Sciences*, Series II, Vol. 31, No. 6, pp. 697704, New York.
- 1985 "Tecnología, formaciones socio-económicas y religión en Mesoamérica". *Mesoamérica y el centro de México*, J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez Rocha, recopilaciones, Colección Biblioteca del INAH, INAH, México, pp. 25-40.

Attolini, L. Amalia

- 1988 *Comercio, poder y los antiguos mayas*, Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH, México, Mecanoescrito.

Barba de Piña Chan, Beatriz

- 1956 Tlapacoya: un sitio Preclásico de transición, *Acta Antropológica*, época II, Vol. 1, No. 1, México.

Beals, Ralph L.

- 1954 Comentarios a "Gatherers and Farmers of the Greater Southwest de P. Kircchhoff", *American Anthropologist*, Vol. 56, No. 4, Part. 1:551-553.

Bell, Betty

- 1974 "Excavations at El Cerro Encantado, Jalisco", *The Archaeology of West México*, Betty Bell editor, Ajijic: 147-167.

Bennyhoff, James

- 1966 "Chronology and Periodization: Continuity and Change in the Teotihuacan Ceramic Tradition", *Teotihuacan*, XI Mesa Redonda: 19-29, Sociedad Mexicana de Antropología.

Binford, Lewis R.

- 1972 *An archaeological perspective*, Seminar Press, New York and London.

Braniff, Beatriz

- 1961 *Artefactos líticos de San Luis Potosí: ensayo de sistematización*, Tesis de Maestría, Escuela Nacional de Antropología, Mecanoescrito.
- 1967 "Informe sobre los sitios arqueológicos en la Presa Begonia, Gto.", Monumentos Prehispánicos, INAH, Mecanoescrito.
- 1972 "Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la Cuenca de México: intento de correlación", *Teotihuacan*, XI Mesa Redonda 1966 *Sociedad Mexicana de Antropología*, 273-323. México.
- 1974a "Oscilación de la frontera septentrional mesoamericana", *The Archaeology of West Mexico*, B. Bell editor, p. 40-50, Ajijic, Jalisco.
- 1974b La greca escalonada en el norte de Mesoamérica, 2a. Parte, Vol. 23-30 INAH, México.
- 1975a "The West Mexican tradition and the southwestern United States", *The Kiva*, Núm. 41 (2); 215-222.
- 1975b "La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, S.L.P., un sitio en la frontera mesoamericana", *Cuadernos de los Centros* No. 17, INAH, México.
- 1975c "El norte de México", *México panorama histórico y cultural VII*, Los Pueblos y señoríos teocráticos, primera parte, SEP-INAH, pp. 217-272. México.
- 1983 *El concepto de área cultural*. Mecanoescrito. UNAM (Aceptado para su publicación en la Sociedad Mexicana de Antropología).
- 1985a *La Frontera protohistórica pima-ópata en Sonora, México. Propositiones arqueológicas preliminares*, Tesis doctoral, UNAM, México.
- 1985b *Mesoamérica y el Noroeste*. XIX Mesa Redonda. Sociedad Mexicana de Antropología. Querétaro.
- 1986 "Diseños tradicionales mesoamericanos y norteños. Ensayo de interpretación". *Arqueología del Occidente y Norte de México*, Homenaje al Dr. J. Charles Kelley, Zacatecas, septiembre de 1986.
- 1988a "The identification of possible elites in prehispanic Sonora", *Southwest Symposium*, Arizona State University, Tempe (en prensa) (Enero).
- 1988b "The mesoamerican northern frontier and the Gran Chichimeca, ponencia en seminario *Culture and Contact: Charles C. Di Peso's Gran Chichimeca*", Amerind Foundation. Dragoon. Octubre.
- 1988c "A propósito del ulama en el norte de México". *Arqueología* 3; 47-97, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH. México.
- 1989a El Formativo en el norte de México. Seminario de Arqueología Román Piña Chan. *El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas*. Museo Nacional de Antropología (julio) en prensa.
- 1989b Arqueomoluscos de Sonora, Noroeste y Occidente de Mesoamérica. Escuela Nacional de Antropología e Historia. *Cuadernos de Trabajo* 9. INAH (ver 1986).
- En prensa *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, S.L.P.* (Revisión de la publicación de 1975). INAH.

- En *La estratigrafía de Morales, Gto.*
preparación
- Braudel, Fernand**
1984 *Civilización material, economía y capitalismo siglos XV-XVIII* Edit. Alianza Editorial. España. En tres volúmenes.
- Broda, Johanna**
1985 "La expansión imperial mexicana y los sacrificios del Templo Mayor", *Mesoamérica y el centro de México*. J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez Rocha, recopiladores. Colección Biblioteca del INAH, INAH, México, pp. 433-476.
- Brown, Roy B.**
1984 *The paleoecology of the northern frontier of Mesoamerica*, tesis doctoral no publicada. Department of Anthropology, University of Arizona, Tucson.
1985 "A synopsis of the archaeology of the central portion of the northern frontier of Mesoamérica", *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*. M.S. Foster y P.C. Weigand, editores, Westview Press, Boulder and London, p. 219-236.
- Castañeda, Carlos, Ana María Crespo, José Antonio Contreras, Juan Carlos Saint Charles, Trinidad Durán y Luz María Flores**
1988 "Interpretación de la historia del asentamiento en Guanajuato," *Primera Reunión sobre las sociedades prehispánicas en el Centro Occidente de México*, Memoria, Centro Regional de Querétaro, Cuadernos de Trabajo 1: 321-356 INAH, México.
- Centro Regional de Querétaro**
1988 *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro occidente de México*, Memoria, Cuaderno de Trabajo 1. INAH, México.
- Cordell, Linda S.**
1984 *Prehistory of the Southwest*, Academic Press, Inc., USA.
- Crespo Oviedo, Ana María**
1976 *Villa de Reyes, San Luis Potosí. Un núcleo agrícola en la frontera norte de Mesoamérica*, Colección Científica, arqueología, núm. 42, INAH, México.
- Crespo, Ana María**
1985 "El Cerrito, asentamiento prehispánico en Querétaro", *Antropología*, boletín del INAH, no. 6, p. 21-25, México.
- Crespo, Ana María y Luz María Flores**
1985 *Carabino. Un asentamiento tolteca en el norte de Guanajuato*, informe, Archivo Centro Regional Guanajuato, INAH, México.
- Di Peso, Charles C.**
1968 "Casas Grandes and the Gran Chichimeca", *El Palacio*, vol., 75-4:45-61.
1974 *Casas Grandes. A Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca*. Amerind Foundation, Publications, no. 9, vol. 1-3.
- García Cook, Angel**
1975 "Excavaciones arqueológicas en Gualupita las Dalias, Puebla", *Comunicaciones*. Proyecto Puebla-Tlaxcala 12. Fundación Alemana para la Investigación Científica, Puebla, pp. 1-8.
- Gorenstein, Shirley**
1974 "Chronological Interpretation", *The Tarascan-Aztec Frontier, The Acambaro Focus*, Archivo Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, mecanoscrito.
- Haury, Emil**
1976 *The Hohokam. Desert Farmers and Craftsmen*, University of Arizona Press, Tucson.
- Hers, Marie-Arèti**
1989 *Los toltecas en tierras chichimecas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Jiménez Betts, Peter**
1989 "Perspectivas sobre la arqueología de Zacatecas", *Arqueología* 5, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, p. 7-50, México.
- Kelley, Ellen A.**
1978 "The temple of the skulls at Altavista, Chalchihuites", *Across the Chichimec Sea*, Carro L. Riley y Basil C. Hedrick, editores, Southern Illinois University Press, Carbondale and Edwardsville, pp. 102-126.
- Doolittle, William E.**
En prensa *Canal Irrigation at Casas Grandes: a Technological and development assessment of its origins*, trabajo presentado en el seminario Culture and Contact, Charles C. Di Peso's Gran Chichimeca, Amerind Foundation (1988).
- Flannery, Kent V. (editor)**
1976 "The Early Mesoamerican Village", *Studies in Archaeology*, Academic Press, New York.
- Florence, Charles A.**
1985 "Recent work in the Chupicuaro región", *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, edited by Michael S. Foster and Phil C. Weigand, Westview Press, Boulder and London, pp. 9-46.
- Florescano, Enrique**
1976 *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México. 1500-1821*, Colección Problemas de México, 8a. edición.
- Foster, Michael S. and Phil C. Weigand (editores)**
1985 *The archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, Westview Press, Boulder and London.
- Franco, José Luis**
1970 "Trabajos y excavaciones arqueológicas", *Mine-ria prehispánica en la Sierra de Querétaro*, Secretaría del Patrimonio Nacional, México, pp. 23-26.
- Kelley, J. Charles**
1966 "Mesoamérica and the Southwestern United States", *Handbook of Middle American Indians*, volume four, pp. 95-110.
1985 "The chronology of the Chalchihuites Culture", *The Archaeology of West and Northwest Mesoamérica*, edited by Michael S. Foster and Phil C. Weigand, Westview Press, Boulder and London, p. 269-288.
1986 "The mobile merchants of Molino", *Ripples in the Chichimec Sea*, Southern Illinois University Press, Carbondale and Edwardsville, pp. 81-104.
- Kelley, J. y E. Abbott Kelley**
1971 "Mesoamerican Studies; An Introduction to the Ceramics of the Chalchihuites Culture of Zacatecas y Durango, México", Part I. *Mesoamerican Studies* 5, Univ. Museum So. Illinois University, Carbondale, Ill.

Kirchhoff, Paul

1942 Introducción, *Noticias de la Península Americana de California* por el Rev. Padre Juan Jacobo Baegert, Antigua Librería Robredo de José Porrúa, México.

En prensa "Los recolectores-cazadores del norte de México" *El norte de México y sur de los E.U.*, pp. 133-144, Sociedad Mexicana de Antropología, México, D.F., 1943 (b).

1954 "Gatherers and Farmers of the Greater Southwest: a Problem in Classification", *American Anthropologist*, vol. 56, no. 4, part. 1: 520-550.

Lameiras, Brigitte B.

1985 "El mercado y el Estado en el México prehispánico", *Mesoamérica y el centro de México*, J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez Rocha, recopiladores, Colección Biblioteca del INAH, INAH, México, pp. 343-370.

Litvak King, Jaime

1975 "En torno al problema de la definición de Mesoamérica", *Anales de Antropología*, 12, pp. 171-195, UNAM, México.

López Austin, Alfredo

1985 "Organización política en el Altiplano Central de México durante el Postclásico", *Mesoamérica y el centro de México*, J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez Rocha, recopiladores, Colección Biblioteca del INAH, INAH, México pp. 197-234.

Mac Neish, Richard S.

1958 "Preliminary Archaeological Investigations in the Sierra de Tamaulipas, México", *Transactions, American Philosophical Society, New Series*, volume 48, part 6, 1958.

Mancha González, Esperanza y Araceli Rivera Estrada

1984 *Las relaciones ideológicas entre Mesoamérica y los hohokam*, Seminario Regional, Escuela Nacional de Antropología e Historia, mecanoescrito.

Martin, Paul S.

1979 *The last 10,000 Years. A Fossil Pollen Record of the American Southwest*, The University of Arizona Press, Tucson.

Martin, Paul S. y Fred Plog

1973 *The Archaeology of Arizona*, Doubleday Natural History Press, New York.

Martínez V., Balbina y Luis Felipe Nieto G.

1987 *Distribución de asentamientos prehispánicos en la porción central del río Laja*, tesis colectiva, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH, mecanoescrito.

McGuire, Randall H. y Michael B. Schiffer

1982 *Hohokam and Patavan: Prehistory of Southwestern Arizona*, Academic Press, New York.

Medina, Andrés

En prensa *La agricultura mesoamericana y su matriz espacio-temporal*, trabajo presentado en el Coloquio Pedro Bosch-Gimpera, Instituto de Investigaciones Antropológicas (1988).

Meighan, Clement W.

1972 "Archaeology of the Morett Site, Colima", *University of California Publications in Anthropology*, volume 7, University of California Press, Berkeley and Los Angeles.

Meighan, Clement W. (editor)

1976 *The Archaeology of Amapa, Nayarit*, *Monumenta Archaeologica* 2, The Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.

Michelet, Dominique

1984 Río Verde, San Luis Potosí, México, *Collection Etudes Mesoamericaines* 9, Centre D'Etudes Meixicaines et Centramericaines, México.

1986 "¿Gente del Golfo tierra adentro? Algunas observaciones acerca de la región de Río Verde, S.L.P.", *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana* no. 8, Facultad de Arquitectura, División de posgrado, UNAM, pp. 80-83, México.

Mountjoy, Joseph B.

1982 *Proyecto Tomatlán de salvamento arqueológico*, *Colección Científica* 122, arqueología, INAH, México.

Nelson, Richard S.

1986 "Pochtecas and prestige: mesoamerican artifacts in Hohokam sites", *Ripples in the Chichimec Sea*, Frances Joan Mathien y Randall H. McGuire editores, Southern Illinois University, Carbondale, pp. 154-182.

Niederberger, Christine

1976 *Zohapilco*, Colección Científica 30, arqueología, INAH, México.

1987 "Paleopaysages et archeologie pre-urbaine du bassin de México", *Collection Etudes Mesoamericaines* 1-11, Centre d'Etudes Mexicaines et Centreamericaines, México.

Nalda, Enrique

1975 *UA San Juan del Río*, tesis profesional, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

Olivé Negrete, Julio César

1985 Estado, formación socioeconómica y periodificación de Mesoamérica, *Mesoamérica y el centro de México*, J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez Rocha, recopiladores, Colección Biblioteca del INAH, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, pp. 81-114.

Pailles, Richard A.

1980 "The Upper Rio Sonora Valley in Prehistoric Trade, en *New Frontiers in the Archaeology and Ethnohistory of the Greater Southwest*. Ed. by Carroll L. Riley and Basil C. Hedrick. *Transactions of the Illinois State Academy of Science*. Vol. 72, no. 4, pp. 20-39.

Pailles, Richard A. y Joseph Whitecotton

1979 "The Greater Southwest and the Mesoamerican World System: an Exploratory Model of Frontier Relationships", *The Frontier: Comparative Studies* II, edited by W. W. Savage Jr. And S. I. Thompson: 105-121, University of Oklahoma Press.

Piña Chán, Roman

1985 "Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino", *Mesoamérica y el centro de México*, J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez Rocha, recopiladores, Colección Biblioteca del INAH, INAH, México, pp. 41-80.

Porter, Muriel

1956 "Excavations at Chupicuaro, Guanajuato, México", *Transactions of the American Philosophical Society, New Series*, vol. 46, part 5, The American Philosophical Society, Philadelphia.

- Ravesloot, John C., Jeffrey S. Dean y Michael S. Foster**
1986 *A new perspective on the Casas Grandes Tree Ring Dates*, paper presented at the Fourth Annual Mogollon Conference, University of Arizona, Tucson.
- Renfrew, Colin**
1986 "Introduction, peer polity interaction and socio political change", capítulo I, en *Peer Polity interaction and socio political change*, C. Renfrew and J.F. Cherry editors. Cambridge University Press, Cambridge. Chapter 1.
- Rodriguez, Francois**
1983 "Outillage lithique de chasseurs collecteurs du nord du Mexique. Centre d'Etudes Mexicaines et Centreaméricaines", *Etudes Mesoaméricaines* II-6, éditions Recherche sur les civilisations, Paris.
1985 "Les Chichimeques" *Collection Etudes Mesoaméricaines* 1-12 Centre D'Etudes Mexicaines et Centraméricaines, Mexico.
- Rojas, R., Teresa**
1985 "La tecnología agrícola mesoamericana en el siglo XVI". *Historia de la agricultura. época prehispánica*, siglo XVI. Teresa Rojas Rabiela y William T. Sanders, editores. Colección Biblioteca del INAH. Instituto Nacional de Antropología e Historia pp. 129-232.
- Rzedowski, J.**
1973 *Vegetación de México*, editorial Limusa, México.
- Sahagún, Bernardino de**
1963 *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain*, book IX, Earthly Things, Trans. trad. de C.E. Dibble y A.J.O. Anderson, Univ. of Utah Press, Salt Lake City, Utah.
- Sanders, William T. y Barbara J. Price**
1968 *Mesoamérica. The Evolution of a Civilization*, Random House Studies in Anthropology, New York.
- Schiffer, Michael B.**
1982 "Hohokam, chronology: an essay on history and method". *Hohokam and Patayan*, Edited by Randall H. McGuire and Michael B. Schiffer, Academic Press, New York, pp. 229-344.
- Snarkis, Michael**
1974 *Ceramic analysis. The Tarascan Aztec Frontier, The Acámbaro Focus*. Archivo Dirección de Monumentos Prehispánicos. INAH, mecanoscrito.
- Sociedad Mexicana de Antropología**
1983 *El occidente de México*, XVIII Mesa Redonda. Sociedad Mexicana de Antropología, Taxco.
1985 *Validez teórica del concepto de Mesoamérica*, XIX Mesa Redonda, Querétaro.
- Yadeun, Juan**
1985 La diacrosincronía de la estructura urbana del Estado: en el caso de Mesoamérica. *Mesoamérica y el centro de México*, J. Monjarás-Ruiz, R. Brambila y E. Pérez Rocha, recopiladores. Colección Biblioteca del INAH, pp. 115-132.
- En prensa *Arqueología del movimiento*.
- Wallerstein, Immanuel**
1974 *The Modern World System. Studies in Social Discontinuity*, Academic Press.

- Wasley, William W. y Alfred E. Johnson**
1965 "Salvage Archaeology in Painted Rocks Reservoir, Western Arizona", *Anthropological Papers of the University of Arizona*, number 9, The University of Arizona Press, Tucson.
- Whitecotton, Joseph W. y Richard S. Pailles**
1986 "New World Precolumbian World Systems", *Ripples in the Chichimec Sea*, Edited by Frances J. Mathien and Randall H. McGuire, Southern Illinois University Press, Carbondale and Edwardsville, pp. 183-204.
- Wilcox, David R.**
1986 "A Historical Analysis of the Problem of Southwestern-Mesoamerican Connections", *Ripples in the Chichimec Sea*, editado por Frances J. Mathien y Randall H. McGuire, Southern Illinois University, pp. 9-44.
- Wilcox, David R., Thomas McGuire y Charles Sternberg**
1981 *Snaketown revisited*, *Arizona State Museum Archaeological Series* 155, Tucson, Arizona State Museum, University of Arizona.
- Weigand, Phil C.**
1985 "Evidence for complex societies during the western mesoamerican Classic period", *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, Edited by Michael S. Foster y Phil C. Weigand, Westview Press, Boulder and London, pp. 47-92.
- Weigand, Phil C., Garman Hardbottle y Edward V. Sayre**
1977 "Turquoise sources and source analysis: Mesoamerica and the Southwestern U.S.A.", *Exchange Systems in Prehistory*, Academic Press, New York, pp. 15-34.

Apéndice: Fechamientos

Guanajuato

Sitio Morales (Comonfort). Fase Morales: similitudes específicas con la Fase Ticomán de la cuenca central (Braniff, 1972, lista 1), fase que ahora se sitúa entre 400 y 150 a.C. (Niederberger, 1987, fig. 595). Otros sitios cercanos —de la misma fase—, se ubican en la región de San Miguel de Allende (Martínez y Nieto, 1987; Braniff, informe 1967).

Sitio El Cópore (sitio 1, en Braniff, 1974, fig. 3). Fase Cópore Temprano. Identificada con un tipo de la Fase Morales (Braniff, 1974, 277).

Sitio El Cubo (sitio 3, en Braniff, 1974, fig. 3). Se identifica con el mismo tipo de la Fase Morales.

Sitios de tradición Chupicuaro en el sur del estado, entre 500 y 350 d.C. (Castañeda *et al.* 1988, fig. 2).

Sitios relacionados con Chupicuaro (Porter, 1956) y con Cerro del Chivo (Gorenstein, 1976 y Snarkis, 1976), en el sureste del estado sin cronología absoluta (Flourance, 1985).

Jalisco

Sitio El Cerro Encantado (Cerca de Teocaltiche), similitudes con la fase Morales de Guanajuato y con el com-

plejo Tumbas de Tiro de Occidente. Una fecha por C14 dio 1800 ± 60 AP (100 a 250 d.C.) (Bell, 1974).

Sitio Totoate. Fechas por C14, entre 100 y 1 a.C. (Hers, 1989, fig. 3).

Varios sitios que se concentran en la frontera entre Jalisco y Zacatecas, del periodo Formativo Medio y Tardío (Weigand, 1985; fig. 2.5.).

Zacatecas

Varios sitios de la fase Canutillo, entre 1 y 500 d.C. (Hers, 1989, fig. 3.)

Sitio de Altavista o Chalchihuites. Fase Canutillo, entre 200 d.C., y 650 d.C. (Kelley, 1985, fig. 11.4).

San Luis Potosí

Sitio Electra (o Villa de Reyes). Fase San Juan (Braniff, 1975: 34-38; Crespo, 1976: 45-47). Una fecha por C14

arrojó la fecha $2020 \pm 200 \pm 70$ a.C. para esta fase (Braniff, en prensa). Tiestos de esta fase han sido hallados en Cerrito de Rayas, León, Guanajuato (Ramos *et al.*, 1968: 313).

Querétaro

Bocamina El Garambullo. Trinchera. Sin asociación precisa. Fechamiento por C14: 15 d.C. (Franco, 1970 p. 23:49) (Sierra Gorda).

Ocho sitios en la región de San Juan del Río. Varios tipos cerámicos con formas similares a las del Preclásico Superior de la cuenca; en un sitio asociado a Figurillas H4 y H1, se propone una cronología entre 500 a.C., y 1 (Nalda, 1975: 82-87 y 99) Hay indicaciones (pocas) de estructuras, una de ellas de carácter ceremonial —pero no se ofrecen planos, (*ibidem.*: 102). La secuencia continúa con una segunda fase— 1-400 d.C., 48 sitios, varias estructuras de tipo ceremonial (Nalda *op. cit.*: 102-105).

Mitla, rescate de la tumba 1-89

Nelly Robles García

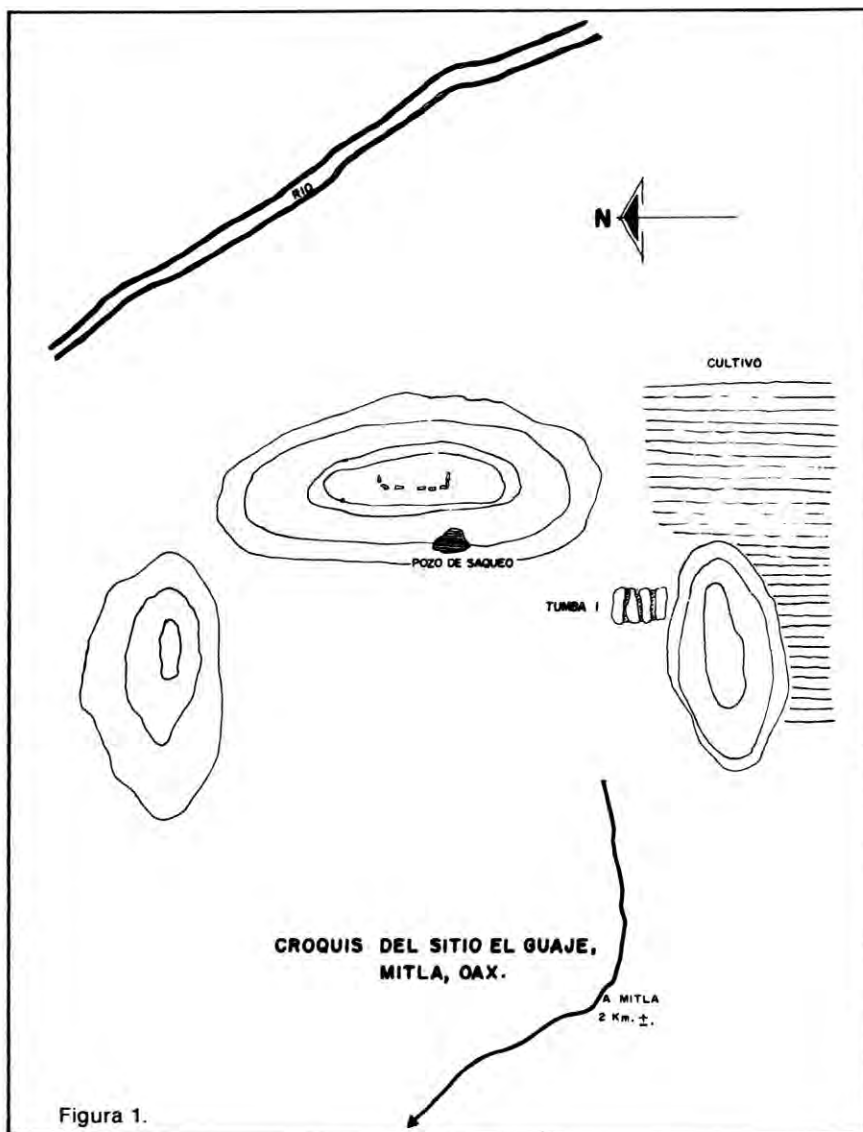
En abril de 1989 se tuvo noticia del descubrimiento y saqueo de una tumba prehispánica en el sitio denominado El Guaje, ubicado cerca del río de Mitla; éste corresponde al periodo Clásico y se compone de una pequeña plaza rodeada por tres montículos, siendo el mayor y más importante el ubicado en su extremo este (ver figura 1).

Excavación

Al llegar, toda la evidencia existente era un pozo irregular hecho por los saqueadores y semi-rellenado por los custodios del INAH.

Para efectuar el robo se rompió una de las lajas de la cubierta de la tumba, con lo cual se ocasionó la destrucción parcial de los tableros de ornamentación y el saqueo de la ofrenda y los restos óseos.

Después de vaciar la tumba, fue evidente que el saqueo se realizó rompiendo con barreta la primera laja al norte de la cubierta. La estrategia de excavación, por nuestra parte, consistió en calcular el largo y ancho de la tumba y realizar una cala de 2 x 2 m, a fin de descubrir toda la cubierta. Se encontraron dos capas de relleno; una de tierra café obscura sin material arqueológico, de espesor variable entre 30 y 40 cm, y la otra de lodo muy compacto y duro, mezclado con cal y piedras que sirvió para afirmar la cubierta de la tumba, que tuvo un espesor variable de entre 15 y 20 cm. La excavación del poco relleno primario se realizó con herramienta



menor y la tierra producto de ésta, fue cernida (calculamos que este relleno no era más del 15% del total de la tumba).

Posteriormente, se excavó una pequeña cala de 30 por 30 cm debajo del piso, misma que resultó estéril en material arqueológico. Se procedió a colocar nuevamente la laja, dejando en el interior evidencias de la excavación; finalmente se relleno toda la cala con la misma tierra.

Tumba 1

La tumba se ubica al pie del montículo sur que delimita la pequeña plaza, ligeramente recorrida del centro del mismo, hacia su costado Este (ver figura 1).

Su ubicación fue Norte-Sur, con entrada al Norte; sus dimensiones 3 m de largo y 1.10 m de ancho, por 1.05 m de profundidad desde la cubierta y de 1.60 m de la superficie.

Arquitectura

Se compone de una sola cámara con una laja como puerta y cuatro lajas irregulares como cubierta. El sistema constructivo de la cubierta fue similar al de la Tumba 2 del conjunto de las columnas de Mitla; entre laja y laja, tenía cuñas que le permitieron cierta



Foto 2. Detalle del sistema constructivo de la cubierta.

elasticidad en caso de movimientos. El interior presentaba el piso estucado y pintado de rojo; un ligero zoclo de todo el perímetro, que midió 10 cm de altura y 7 cm de ancho. Los muros este, sur y oeste, fueron cubiertos por tableros contruidos con piezas geométricas talladas de piedra, que en su interior tenía ensambladas grecas de

las llamadas *xicalcolhiuhqui*, con una manufactura similar a la de la ornamentación de la Tumba 1 del Conjunto de las Columnas (ver fotos 1 - 5).

Tanto los muros como el piso y las partes de la cubierta, presentaron pigmentación roja, muy probablemente de procedencia mineral, similar a la que se aplicó en los conjuntos monumentales de Mitla.



Foto 1. Vista de la cubierta expuesta.

Contenido

Debido al saqueo, al penetrar al interior de la tumba encontramos que sólo una mínima parte al fondo (sur) del piso de la misma conservaba relleno arqueológico no alterado, encontrándose que se trataba de un amontonamiento de huesos sin posición anatómica, debido seguramente a la reutilización de la tumba; dichos huesos, aparentemente de varios individuos, estaban en muy mal estado de conservación.

También se rescataron del relleno evidencias de la ofrenda, éstas fueron las siguientes:

- Un fragmento de hachuela de cobre (objeto 1).
- Un malacate decorado de barro (objeto 2).
- Un pendiente de jadeíta (objeto 3).

- Un fragmento de cuenta de piedra verde con pigmento negro (objeto 4).
- Un fragmento de cuenta pequeña, probablemente de hueso (objeto 5).
- Un fragmento de textil (objeto 6).
- Un cajete miniatura de cerámica café (objeto 7).
- Una cuenta pequeña, probablemente de concha (objeto 8).

En el laboratorio se clasificó el material osteológico mejor conservado. A continuación se enlistan los resultados.

Cráneo

- 1 Cráneo semicompleto.
- 2 Fragmentos diagnósticos de cráneos.
- 41 Piezas dentarias (21 molares y 20 dientes).

Huesos largos

- 4 Fragmentos diagnósticos de fémur izquierdo.
- 4 Fragmentos diagnósticos de fémur derecho.
- 1 Fragmento diagnóstico de peroné izquierdo.
- 3 Fragmentos de peroné.
- 4 Fragmentos de tibia.
- 3 Fragmentos de radio.
- 2 Fragmentos de cúbito.
- 3 Fragmentos diagnósticos de húmero izquierdo.
- 1 Fragmento diagnóstico de húmero derecho.

Conclusiones

La arquitectura de la tumba 1-89 corresponde a la época Postclásica o Periodo Monte Albán V, por la manufactura de su ornamentación; podría haber sido construida al mismo o posterior tiempo que las tumbas 1 y 2 del Conjunto de las Columnas.

Por su distribución espacial; es decir, una plaza central delimitada por montículos; el sitio El Guaje pertenece a la Época III de la secuencia de Monte Albán y es contemporáneo de los conjuntos monumentales del Sur y del Adobe de Mitla y complementario de éstos, en el sentido de representar, tal



Foto 3. Vista parcial de los tableros E y S.

vez, un barrio alejado del sector nuclear de la población de su época (400 a 750 d.C.).

Su reutilización en la Época V, para construir la tumba 1-89, podría corresponder a una tradición de uso ritual, que se manifiesta en el retorno a los sitios o edificios abandonados, aparentemente para utilizarlos exclusivamente como depósitos funerarios en tumbas nuevas. Esta costumbre se observa en el conjunto monumental del Sur, que corresponde a la Época III de Monte Albán, donde se construyó

una tumba cruciforme con ornamentación de grecas en la Época V.

Si tenemos razón en esta hipótesis, podríamos abundar en el sentido de que se tuvo cuidado en guardar la proporción de que a mayor importancia de los sitios Monte Albán III, se construyesen tumbas más grandes e importantes y por el contrario, en sitios menores, como El Guaje, se construyeron tumbas más sencillas y pequeñas en la Época V.

Por el estudio del material osteológico recuperado, se determinó la exis-

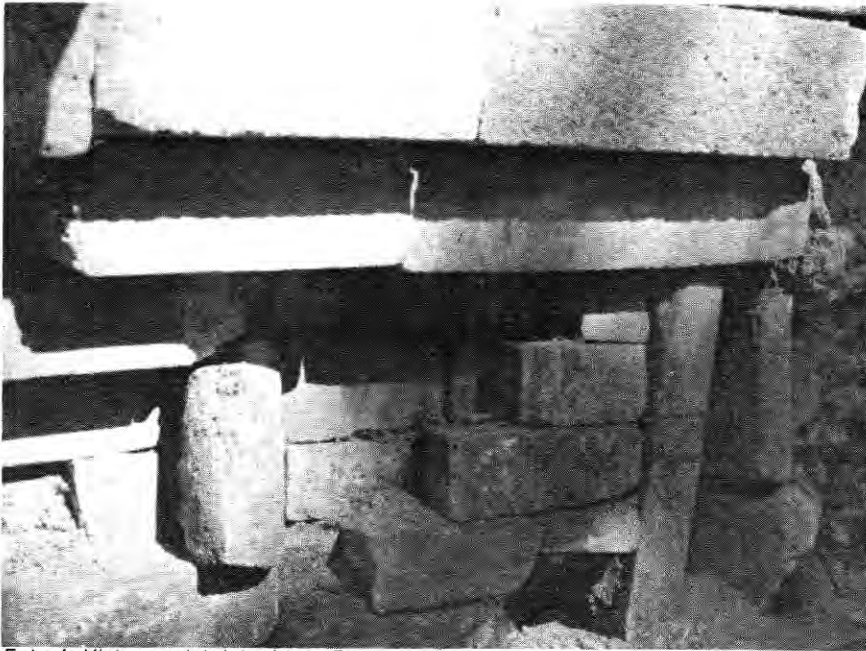


Foto 4. Vista parcial del tablero E.

tencia de por lo menos cuatro individuos en el pequeño sector de depósito primario que pudimos excavar.

Uno de los fragmentos de cráneo presentó evidencias de deformación intencional (remarcando los lóbulos frontal y occipital), lograda con una banda transversal.

Todas las piezas dentarias presentaron evidencias de caries.

Por la presencia de objetos ornamentales se presume que esta tumba contenía una abundante ofrenda, rica en objetos suntuarios.

Es notable la presencia de la muestra de textil rescatado; se trata de un fragmento pequeño (2.5 x 2 cm) de tela de algodón blanco que se preservó probablemente por las condiciones ambientales de la tumba, entre algunos objetos de la ofrenda o las fisuras de las grecas de los muros.

Aunque estamos conscientes de que estos casos de saqueo son imprevisibles, sí es de hacerse notar la falta de colaboración municipal en la vigilancia solicitada en el caso de este hallazgo, ya que fue hasta el tercer día de la exploración cuando se presentaron a observar la tumba con actitud de curiosidad, más que de colaboración, que a su investidura concierne.

Estas experiencias nos llevan a proponer la urgencia de revisar conjuntamente entre INAH y autoridades mu-

nicipales, los artículos de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas, que se refieren a la colaboración y apoyo en caso de hallazgos y, en su caso, realizar convenios de cooperación con el objetivo final de que se reduzcan los daños que cotidianamente se causan al patrimonio arqueológico.

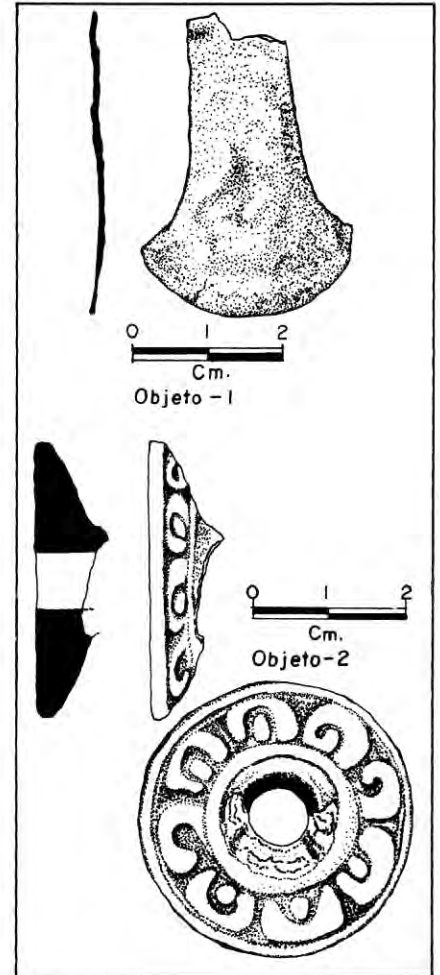


Foto 5. Vista parcial del tablero W.

El Señor de la Muerte, Las Flores-Cinco Poblados, Alamo-Temapache, Veracruz

Humberto Besso-Oberto G.

A través de los medios periodísticos de la ciudad de Veracruz, se supo del hallazgo fortuito de una escultura monolítica prehispánica en el poblado Las Flores-Cinco Poblados, del municipio de Alamo-Temapache, al norte del estado de Veracruz.

Este hallazgo se debió al paso del huracán Debby por esta zona, el cual

propició lluvias torrenciales que aumentaron el cauce y la fuerza del desplazamiento del río Pantepec (Tuxpan), que ocasionaron la erosión y desprendimiento del talud natural de la ribera izquierda, río abajo, y al disminuir la creiente apareció la escultura.

La escultura fue descubierta por los niños Adolfo y Florentino, quienes ha-

bían ido a ver cómo había bajado la creiente del río, ellos avisaron del hallazgo al señor Antonio Garrido, posteriormente los ejidatarios trasladaron la escultura, por medio de un tractor agrícola, hasta el centro del poblado y dieron aviso a las autoridades municipales.

El acceso para llegar al poblado Las

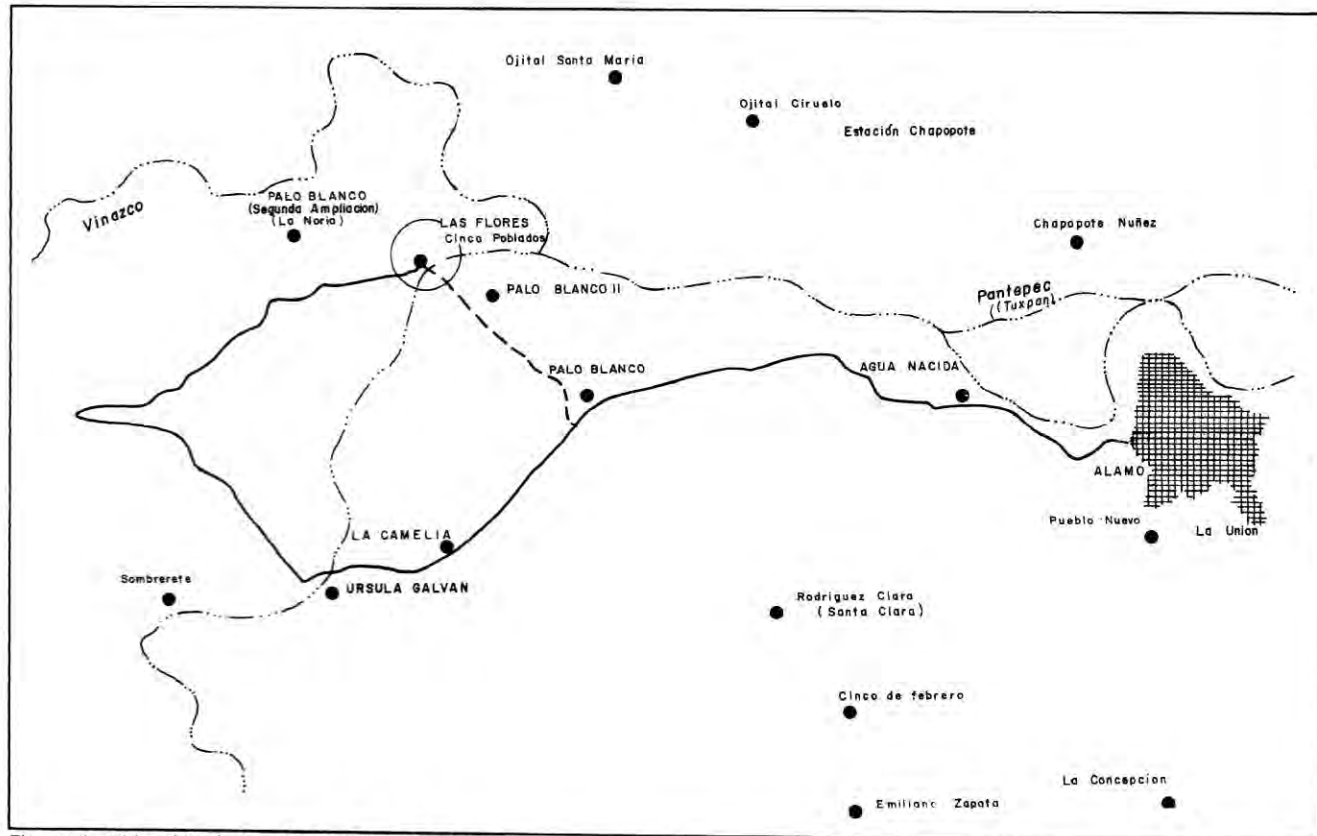


Figura 1. Ubicación de Las Flores-Cinco Poblados.

Flores-Cinco Poblados se señala en la figura 1. Para mayor detalle consultar el plano *F14 D 54 Alamo* de la carta topográfica 1:50.000 de la SPP.

El sitio donde se localizó el monolito, debió haber sido parte del asentamiento prehispánico, ya que aún se observan vestigios, en el talud de la ribera del río, de un piso de piedra laja y de cantos rodados, a una profundidad de 60 cm de la superficie del borde. Asimismo, hay evidencias de cerámica arqueológica.

La figura mide 2.05 m de altura, desde la punta de los pies hasta la punta del gorro cónico y su altura total considerando la espiga enterrada, es de 2.75 m, aproximadamente; tiene un metro de ancho en su parte central y

25 cm de grueso en promedio. Está esculpida en roca arenisca de color crema, su estado de conservación es excelente.

Esta figura es una representación de la deidad de la muerte de la cultura huasteca. Se trata de un personaje de sexo masculino, con rostro y torso descarnados. Los atavíos que utiliza son: taparrabos, *maxtlali*, sostenido por una faja; collar plano con pectoral trapezoidal que tiene una perforación al centro; otro collar de cuentas sobre el collar plano; orejeras planas de las que salen unos pendientes curvos hacia el exterior, gorro cónico (mitra) sobre el cráneo. Dicho gorro o sombrero está compuesto de dos partes, el gorro propiamente dicho y una banda

en la parte superior de la espalda, hasta las dos terceras partes del gorro. Este último atavío es de línea recta abajo y arqueada arriba.

En el torso se pueden observar líneas casi concéntricas, que representan en forma estilizada las costillas de este personaje. Al centro, en su abdomen, un corazón con una perforación en su parte baja; junto a las costillas salen dos cintas que se ondulan sobre el *maxtlali*, como si fueran intestinos.

El brazo derecho está flexionado con el codo hacia afuera; la mano está colocada en la parte superior del pecho y tiene una perforación transversal que seguramente fue utilizada para colocar, ya sea un báculo o alguna vara de estandarte.

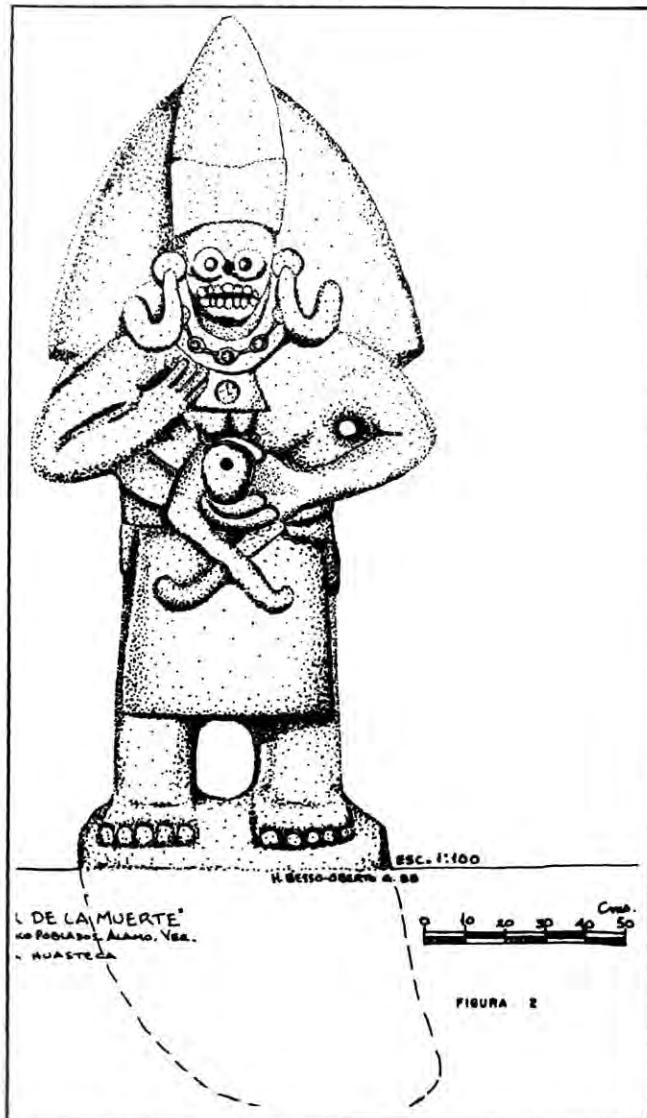


Figura 2. Anverso de la figura del Señor de la Muerte.

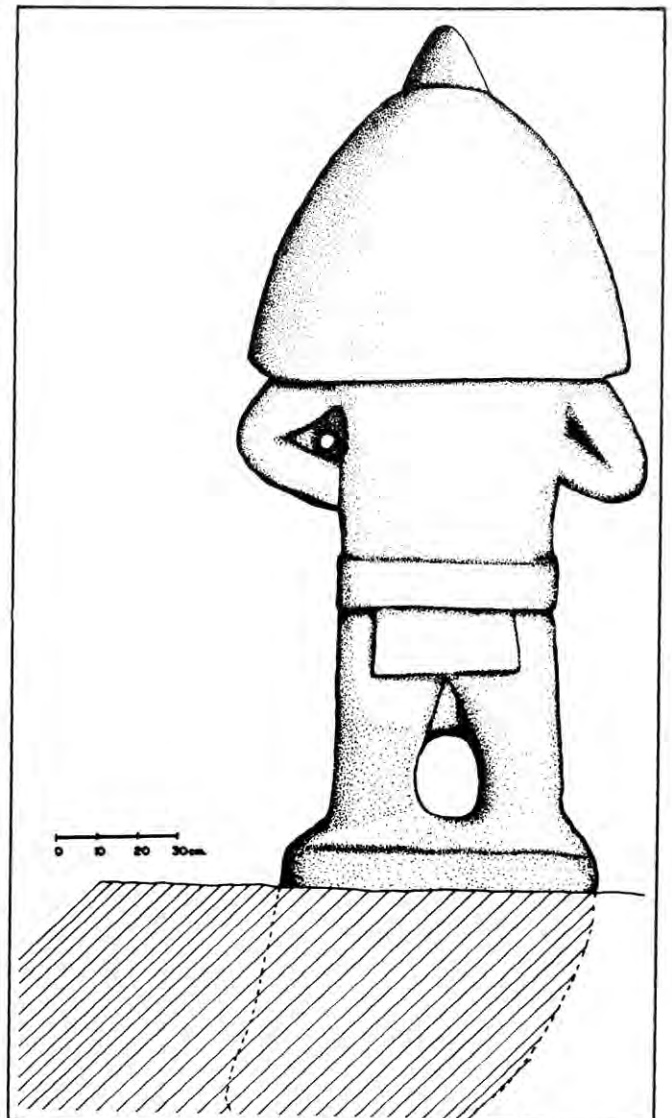


Figura 3. Reverso de la escultura del Señor de la Muerte.

El brazo izquierdo, al igual que el derecho, está flexionado hacia afuera. Sin embargo, a diferencia del anterior, en vez de mano tiene una garra de ave que descansa sobre la oquedad del abdomen y "agarra" al corazón ya mencionado.

Las piernas están totalmente desnudas al igual que los pies y no presentan ningún tipo de tatuajes, como es común en la mayoría de este tipo de esculturas.

Esta escultura tiene semejanza con varias de la región, pero sólo guarda mucha similitud con la que registró Alfonso Medellín Zenil como "El Señor del Mundo de los Muertos" en su publicación *Exploración en la región de Chicontepepec o Huasteca Meridional Temporada I* (Xalapa de Enríquez, 1955, pág. 132), escultura que se localizó en la población La Antigua del municipio de Chicontepepec, la cual queda a 14 kms en línea recta, rumbo noroeste de Las Flores-Cinco Poblados. La escultura de La Antigua, a diferencia de la aquí tratada, es de menor tamaño y en lugar de un corazón en la oquedad del abdomen, tiene un rostro mutilado. Su ubicación cronológica corresponde, al parecer, al Postclásico Temprano.

Es conveniente que se actúe de inmediato para rescatar los pocos, pero valiosos testimonios de este antiguo asentamiento huasteco, para corroborar su temporalidad, ya que corren el riesgo de desaparecer totalmente, ya sea por un deslave del borde o por una próxima crecida del río, lo que borraría los datos arqueológicos del asentamiento prehispánico. Los habitantes de la comunidad ejidal de Las Flores-Cinco Poblados, opinan que estarían dispuestos a "canjear" esta obra escultórica prehispánica por algo que beneficie a su comunidad, por ejemplo, la construcción de un vado para cruzar el río Pantepec (Tuxpan), hacia la población de Palo

Blanco y con ello sacar más fácilmente su producción agrícola hacia el Alamo.

Actualmente y debido al ciclón Debby, el vado natural que existía es

ahora muy profundo y se tienen que utilizar "pangas" (lanchas) para cruzar el río, o utilizar el camino largo señalado en el mapa.



Índice de autores

Humberto Besso-Oberto G.
Centro Regional de Veracruz, INAH

Beatriz Braniff
Subdirección de Estudios Arqueológicos, INAH

Margarita Carballal S.
Subdirección de Salvamento Arqueológico, INAH

Rosalba Delgadillo Torres
Centro Regional de Tlaxcala, INAH

María Flores Hernández
Subdirección de Salvamento Arqueológico, INAH

William R. Fowler
Departamento de Antropología, Universidad de Vanderbilt

Omar Ruiz Gordillo
Centro Regional de Veracruz, INAH

Guadalupe Martínez Donjuán
Centro Regional de Guerrero, INAH

Alejandro Martínez Muriel
Subdirección de Estudios Arqueológicos, INAH

Luis Alberto Martos López
Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, INAH

Ponciano Ortiz
Universidad Veracruzana

Salvador Pulido Méndez
Subdirección de Salvamento Arqueológico, INAH

Rosa María Reyna Robles
Subdirección de Salvamento Arqueológico, INAH

Nelly Robles García
Centro Regional de Oaxaca, INAH

María del Carmen Rodríguez
Centro Regional de Veracruz, INAH

Andrés Santana Sandoval
Centro Regional de Tlaxcala, INAH